

 Seix Barral

**Muriel Barbery**

Un país extraño



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Libros

Guerra

Alianza

Relato

Alianzas (1938)

Preámbulo

Por vuestros muertos

Batalla

Crímen

Más oscuro que la noche

Vino

Poesía

¿Es hermosa?

Fantasmas

Alegría

Todo estará vacío, todo será maravilloso

Otro

Escrituras

Lo que miramos

Té

Vacío

Génesis (1800-1938)

Preámbulo

A los vivos (1800)

Ceniza

Oraciones

Un lirio de Ryoan (1800)

Muertos

Pinturas

Malas hierbas en la nieve (1800)

Mantener  
Poder  
Tan alto el sueño (1800-1870)  
Santuarios  
Profecía  
Por violetas sagradas (1870-1871)  
Rastreador  
Viaje  
Estamos todos (1871-1918)  
Rosas  
Nieve  
De soledad y de espíritu (1918-1938)  
Cuaderno  
Puente  
Caída (1938)  
Preámbulo  
Estamos muertas o estamos vivas  
Estilo  
Estrategia  
Vamos hacia la tormenta  
Árboles  
Piedras  
Las llamas son de arcilla  
Lágrimas  
Los cuatro Libros  
En la hora postrera de amar  
Uno  
Padres  
Epílogo (1938-2018)  
Paisajes  
Novela  
El apocalipsis según Petrus  
Cronología  
Notas  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Alejandro de Yepes y Jesús Rocamora, dos jóvenes oficiales del ejército regular español, se enfrentan al sexto año de la guerra más cruenta que haya conocido el ser humano. El día que se topan con el afable y excéntrico Petrus da comienzo una aventura extraordinaria ya que los dos españoles abandonan su puesto y cruzan un puente invisible: Petrus es un elfo, proviene del secreto mundo de las Brumas en el que ya está reunida una compañía de elfos, mujeres y hombres de la que dependerá el destino de la guerra. Alejandro y Jesús descubrirán la tierra de su nuevo compañero, una tierra de armonía natural, belleza y poesía, pero que también se enfrenta al conflicto y al declive. Juntos participarán en la última batalla y sus mundos, tal y como los han conocido, nunca volverán a ser los mismos.

# UN PAÍS EXTRAÑO

Muriel Barbery

Traducción de Isabel González-Gallarza



**Seix Barral**

*A Sébastien*

*A Gérard, mi padre*

En la hora postrera de amar  
todo estará vacío, todo será maravilloso.



Libros

# 戦争

## Guerra

Por aquel entonces, una gran guerra, la partida estratégica más importante de todos los tiempos, consumió a los dos mundos hermanos.

Quisiera contaros la historia como es debido, pues no puede escribirse en un libro. En realidad, los hombres y los elfos estarían más en paz consigo mismos si conocieran los cuatro Libros.

Los cuatro Libros surgieron de las cuatro fuentes, pero es costumbre reunirlos según dos motivos: por un lado, el crimen, y por otro, la poesía.

*Libro I* – A quien nunca ha implorado en la noche le será negado comprender el precio del deseo.

*Libro II* – A quien confunde fuerza y valentía le será negado recorrer en paz el reino del miedo.

*Libro III* – A quien la belleza nunca ha quemado los ojos le será negado morir al sol.

*Libro IV* – Pero quien pone condiciones al amor conocerá la desgracia infinita.

¿Quién tiene tiempo de pensar en los grandes Libros cuando la guerra está en su apogeo y mueren los vivos? Sin embargo, sus páginas se confunden con el canto de la tierra y del cielo, y se oyen en plena batalla.

# 同盟

## Alianza

En aquellos tiempos trágicos, un grupo de elfos y humanos supo oír los vientos del sueño y creer en un renacimiento de los cuatro Libros.

Había entre ellos dos muchachas, un sacerdote, un pintor y un elfo notable en todos los aspectos cuyo nombre la memoria de los siglos no habría retenido —debido a su ascendencia menor— si no fuera porque, en esa larga guerra, fue catalizador de todos los encuentros.

Lo que sigue es la historia de la última alianza entre humanos y elfos.

# 物語

## Relato

No podemos empezar sin antes decir esto: a nosotros que vivimos bajo la tierra de España sólo nos incumbe el relato del Oeste. Sé que en el Este los nuestros no residen en las profundidades del mundo, sino en la cima de una montaña; en el Norte, en las orillas de un mar congelado y, en el Sur, en una llanura poblada de animales salvajes.

¿Quién nos oye? No tenemos heraldos, tribunas ni rostro, y escuchamos a los muertos contarnos la historia que murmuramos al oído de los vivos.

Alianzas 1938

## Preámbulo

Al inicio de este relato el mundo humano lleva seis años en guerra.

El conflicto lo ha desencadenado una coalición, la Confederación, dirigida por la Italia de Raffaele Santangelo y cuyos miembros principales son Francia y Alemania. Los rumores de que la guerra duraría apenas unos meses son brutalmente desmentidos por una invasión de gran magnitud que afecta a los miembros de la Liga, esto es, España, Gran Bretaña y los países del norte de Europa.

El caso de España es atípico: el rey es un aliado natural de la Liga, pero parte de su ejército, que lleva tiempo preparándose para esta traición, se ha escindido para unirse a la Confederación. Al inicio de la guerra, las tropas de los generales rebeldes rodean a las tropas regulares españolas, fieles a la Corona y a la Liga, y España queda aislada de sus aliados.

Acontecimiento notable, desde 1932, el primer año del conflicto, en los países sometidos por la Confederación se organiza una resistencia civil independiente.

Las intenciones de Santangelo son claras desde el principio. Dado que los miembros de la Liga se niegan a renegociar los tratados de la guerra anterior, pretende redibujar por la fuerza las fronteras europeas. En nombre del orgullo italiano y de la pureza de las razas pone en marcha una política de desplazamiento masivo de las poblaciones de Italia. En 1932 promulga leyes de exclusión étnica que no tardarán en incluirse en la constitución italiana; en 1938, la Europa de la Confederación se llena de campos de internamiento.

## Por vuestros muertos

Alejandro de Yepes había nacido en la tierra que ahora defendía bajo la nieve. Otros combatían por el desenlace de la guerra, pero el general De Yepes luchaba por los arpendes y las tumbas de sus antepasados, y poco le importaba la victoria final de la Liga. Era oriundo de una región tan pobre que sus nobles parecían desarrapados a los ojos del resto de España; por ello, en su tiempo, su padre había sido a la vez muy noble y muy pobre. En el promontorio del castillo <sup>1</sup> se moría uno de hambre contemplando la vista más sublime de Extremadura y Castilla La Vieja juntas, pues la fortaleza se erguía sobre la frontera entre ambas, y con un solo gesto se podían soltar las águilas hacia Salamanca y Cáceres a la vez. Quiso la suerte que Alejandro regresara allí tras seis años de combates lejanos, justo cuando Extremadura se convertía en el eje de la gran ofensiva con la que se esperaba poner fin a la guerra. Más aún, la suerte le permitió al joven general volver a su tierra como un héroe, pues había hecho gala de un sentido de la estrategia que había suscitado la admiración de sus jefes.

Dichos jefes eran hombres de gran valía. Sabían mandar y combatir, y no tenían reparos en odiar a un enemigo más abyecto todavía que el de guerras anteriores. Se consideraban al servicio de la Liga, así como de una España escindida por la traición, y habían librado ambas batallas a la vez con la valentía que nace de una convicción honda y sincera. Extrañamente, la mayoría de los oficiales provenía de las zonas rurales del país, mientras que las ciudades estaban en su mayor parte en manos del enemigo. Era un ejército de hombres acostumbrados desde niños al manejo del fusil, a quienes la rudeza de su tierra había hecho esforzados y astutos. Se habían unido al bando de la Liga por una misma lealtad a sus antepasados y al rey, y no dudaban en enfrentarse a sus hermanos rebeldes. No se arredraban por tener que luchar diez contra uno; a ese respecto, su primer error fue la temeridad: la bravura heredada de sus padres llevó a los oficiales a combatir en primera línea, hasta que otras voces —entre ellas la de Alejandro— se opusieron, argumentando que no se podía arrojar al campo de batalla a soldados sin caudillos. Puesto que éstos habían dado sobradas muestras de coraje, desde ese momento se dejó a un lado el tema del honor. Por otra parte, nadie ponía en duda que el verdadero honor consiste en cumplir con la tierra y el cielo, y que la mejor manera de honrar a los muertos es vivir.

La Confederación francoitaliana sorprendió a Europa y, haciendo correr ríos de sangre, devastó a una España a la que cogió desprevenida, descargando sobre ella escuadrones de hombres enviados a la muerte con indiferencia. En cuanto a los generales de la Liga, sabían que, si bien los

mejores oficiales seguían siendo leales al rey, sus efectivos globales eran irrisorios, y su salvación no dependía de las cifras, sino de un aluvión de milagros. Y eso fue precisamente lo que hizo el teniente De Yepes las semanas que tardaron las fuerzas aliadas en reorganizarse: un milagro. Cuando sus soldados se unieron a las tropas amigas, se descubrió que el oficial menos provisto de hombres y de armas de todo el ejército era el que menos bajas había sufrido y más pérdidas había infligido a los traidores. Encabezaba en aquella época el Estado Mayor de los ejércitos un general notable, ya fallecido, llamado Miguel Ybáñez. No tenía reparos en ascender a los jóvenes oficiales valientes, ni en desfavorecer a quienes no demostraban talento táctico y carecían de sentido de la estrategia. La buena táctica es la columna vertebral del oficial, y la estrategia es a la vez sus pulmones y su corazón. Como en un combate a diez contra uno nadie puede permitirse la falta de brío y de ardor guerrero, Ybáñez quería ante todo buenos estrategas.

En Alejandro encontró a uno de primera.

Al inicio del conflicto, el teniente De Yepes quedó aislado de su mando. Tenía libertad de acción, y su plan era sencillo: ahorrar hombres, tiempo, munición y víveres. Las tropas regulares estaban más dispersas, y las comunicaciones por vía terrestre eran imposibles. Pronto carecerían de recursos, y cada cual imaginaba el escenario del desastre: aniquiladas como chinches, las unidades aisladas perecerían, rodeadas por tropas ampliamente superiores en número. Sin comunicaciones, el conocimiento del terreno es la única posibilidad de supervivencia de un ejército; así pues, Alejandro envió en avanzadilla a más hombres de valía de lo que le hubiera gustado, y perdió muchos más de lo que hubiera querido. Pero volvían los suficientes para proporcionarle una visión clara del teatro de operaciones, algo a lo que el enemigo, sabiéndose en superioridad numérica, sólo prestaba una atención moderada. Batiéndose en retirada sin cesar, Alejandro se infiltraba allí donde podía, como se desliza el agua por una pendiente entre raíces y rocas. Iba hasta las mejores posiciones para la resistencia y el reabastecimiento, y acosaba al enemigo con acciones relámpago que daban la impresión de que estaba en todas partes al mismo tiempo. Durante los enfrentamientos retenía a su artillería, y sus hombres aguantaban los tiros mientras ahorraban recursos, hasta el punto de que un día de diciembre dio orden a los artilleros de no disparar durante casi media hora. Los hombres de Alejandro se encomendaban a la Virgen mientras los obuses enemigos caían como un chaparrón, pero cuando el general adverso, convencido de no enfrentarse ya más que a un puñado de fantasmas, lanzó sobre ellos a la infantería, los mismos que un poco antes rezaban agradecieron a su teniente las valiosas municiones salvadas. Estaban repartidos por el valle a buena distancia unos de otros y no perecieron tantos como la concentración del fuego enemigo hubiera querido. Por fin, batiéndose de nuevo en retirada allí donde pudieran sostener un largo asedio, causaron graves pérdidas en el



bando contrario. Al declinar el día, el adversario, perplejo, no entendía cómo era posible que lo hubieran derrotado cuando no tenía la impresión de haber perdido la batalla.

A petición de Alejandro, ahora ya comandante, Ybáñez había ascendido a teniente a un soldado que sería más tarde comandante cuando él a su vez ascendiera a general. Se llamaba Jesús Rocamora y, tal y como él mismo reconocía, venía de un mísero rincón de España, un pueblucho de Extremadura perdido entre dos extensiones desiertas al sudoeste de Cáceres. El único medio de vida de su aldea natal era un gran lago donde pescaban las pobres gentes del lugar, para luego ir a vender las piezas a la frontera portuguesa. Su vida transcurría, pues, entre una pesca y una marcha igualmente trabajosas bajo el sol despiadado del verano y el frío legendario del invierno. Había allí un cura que malvivía como sus feligreses, y un alcalde que se pasaba el día pescando. Por si eso fuera poco, el nivel de las aguas del lago llevaba diez años bajando. Las plegarias y las procesiones habían resultado inútiles: el lago se evaporaba, y, ya fuera por la cólera de Dios o la de la madre naturaleza, las generaciones venideras estaban condenadas a marcharse o morir. Desde entonces, por esa ironía del destino que torna el sufrimiento en deseo, quienes otrora maldecían su pueblo sentían ahora por éste un apego desgarrador, y aunque en esa vida hubiera poco digno de ser amado, escogían morir allí con el último pez del lago.

—La mayoría de los hombres prefiere morir a cambiar —le dijo Jesús a Alejandro una noche en que, acampados en un pequeño altozano umbrío, pensaban que probablemente ellos mismos estarían muertos al día siguiente.

—Pues tú te marchaste —le objetó Alejandro.

—Pero no por miedo a morir —contestó Jesús.

—¿Qué otro motivo tenías?

—Es mi destino vivir el despojamiento y el dolor por los hombres. Empezó en mi pueblo y debe proseguirse en el mundo.

Alejandro de Yepes tuvo a Jesús Rocamora a su lado durante toda la contienda. Ese hijo de las pescas infernales era uno de los dos únicos hombres a quienes habría confiado su vida sin dudar. El otro era el general Miguel Ybáñez. El jefe del Estado Mayor de los ejércitos del rey, un hombre de baja estatura con las piernas tan arqueadas que se decía que había nacido a caballo, tenía la reputación de ser el mejor jinete de la Corona y, más que subirse a la silla, se aupaba a ella de un salto. Desde allí te miraba con unas pupilas brillantes, y sentías un deseo imperioso de complacerlo. ¿De qué pasta está hecha la aptitud para el mando? Había, sin embargo, en su mirada cansancio y tristeza. Solía escuchar con atención, era parco en palabras y daba las órdenes como quien hace un cumplido a un amigo, con una voz desprovista de toda severidad militar, después de

lo cual los hombres partían dispuestos a morir por él o por España, lo mismo daba, pues el fantasma del miedo se había disipado por un tiempo.

Hay que imaginarse lo que es habitar la provincia de la vida y la muerte. Es un extraño país, y sólo son estrategas quienes hablan su lengua. Han de dirigirse a los vivos y a los muertos como si fueran un mismo ser, y Alejandro conocía ese idioma. De niño, fuera adonde fuera, siempre acababa rondando irresistiblemente las tapias del cementerio de Yepes. Allí, entre las lápidas y las cruces, sentía que estaba con los suyos. No sabía hablarles, pero la paz del lugar era para él un murmullo de palabras. Por otra parte, aunque no significara nada, la música de los muertos lo alcanzaba en un punto del pecho que comprendía las cosas sin necesidad de palabras. En esos momentos de gran plenitud, distinguía en la orilla de su campo visual un intenso destello, y sabía que discernía una forma de espíritu desconocida y poderosa.

En eso también estaba iniciado Ybáñez, y sacaba de ello el temple que lo convertía en tan notable general. En noviembre del tercer año de guerra fue a Cruz de Yepes para reunirse con Alejandro. El joven comandante había dejado el norte y llegado al castillo sin conocer las razones del encuentro. Nevaba ligeramente. Ybáñez parecía sombrío, y fue una conversación insólita.

—¿Recuerdas lo que me dijiste el día en que nos conocimos? —le preguntó—. ¿Que la guerra sería larga y que habría que seguir librándola tras sus sucesivas máscaras? Todos los que no lo comprendieron están ahora muertos.

—Otros que sí sabían lo que estaba en juego también han muerto —contestó Alejandro.

—¿Quién vencerá? —dijo Ybáñez como si alguien se lo hubiera preguntado—. Me han acosado tanto sobre la guerra y sobre la victoria. Pero nadie me hace nunca la pregunta adecuada.

Alzó su copa en silencio. Pese a su miseria, el castillo se enorgullecía de una bodega donde mejoraban con los años los caldos otrora obsequiados a Juan de Yepes, el padre de Alejandro, así como a su abuelo, su bisabuelo y demás antepasados, hasta remontarse muy atrás en el tiempo. Ocurría así: una buena mañana, en algún lugar de Europa, un hombre despertaba y sabía que debía ponerse en camino hacia cierto castillo de Extremadura del que nunca había oído hablar hasta entonces. Al viajero no se le venía siquiera a las mientes que ésa fuera una idea descabellada o inviable, y no vacilaba un instante en las encrucijadas del camino. Esos viajeros eran prósperos viñadores que guardaban en sus bodegas el fruto de su talento, y de allí escogían botellas maravillosas que habrían reservado para las bodas de sus hijos. Se presentaban en la puerta del castillo y entregaban la botella al padre, al abuelo o a alguno de los antepasados de Alejandro, que les ofrecía algún manjar y una copa de jerez. A continuación se marchaban sin más, después de pasar un momento en lo alto de la torre. De regreso en sus tierras, pensaban cada mañana en la copa de jerez, en el pan generoso y en el jamón con reflejos violáceos; el día seguía su curso, y sus allegados constataban lo mucho que habían cambiado. ¿Qué había ocurrido en el castillo? Para los condes de Yepes, los usos habituales de su rango no sufrían alteración ninguna, y ellos mismos

no eran conscientes de la insólita actividad que se desarrollaba en su castillo. A nadie extrañaba, quedaba atrás y se olvidaba, tanto que Alejandro fue el primero en reparar en ello. Pero, cuando inquirió al respecto, no supieron qué responderle, y pasó su infancia con el sentimiento de ser una anomalía en el seno de la anomalía del castillo. Cuando ese sentir crecía hasta hacerle daño, iba al cementerio a tratar con los muertos.

Gracias a esa inclinación por las tumbas, veinte años atrás se hallaba en el cementerio el día de noviembre en que pereció su familia. Unos hombres irrumpieron en el castillo y asesinaron a quienes allí encontraron. Nadie sabía cuántos eran, cómo llegaron ni cómo se fueron. Ninguna mirada —entiéndase las de las ancianas y los pastores— los vio acercarse, fue como si cayeran del cielo y de igual modo volvieran a él. Alejandro dejó el cementerio porque el destello de ese día tenía sabor a sangre, pero al subir el sendero del castillo no vio más rastro en la nieve que el de los corzos y las liebres. Sin embargo, lo sabía ya desde antes de franquear la puerta de la fortaleza. El cuerpo le suplicaba que cayera de rodillas, pero él avanzaba pese a todo por su camino de dolor.

Tenía diez años y era el único superviviente del linaje.

Las exequias fueron singulares. Era como si Extremadura entera se hubiera reunido en Cruz de Yepes, además de los viajeros del pasado que habían podido llegar a tiempo al pueblo. Todo ello componía una extraña multitud, y, de hecho, todo fue extraño aquel día: la misa, la procesión, el sepelio y el sermón del cura, revestido con una sotana que un viento furioso se empeñaba en levantar. Había empezado a soplar justo en el momento de sacar los féretros del castillo y cesado en seco con la última palabra de la oración fúnebre. Después todo volvió a sumirse en el silencio, hasta que las campanas tocaron el ángelus, y los presentes sintieron que abandonaban un paraje desconocido; esa tenue sensación había ocupado los corazones el día entero, una travesía interior al albur de caminos ignorados, que los balbuceos en latín del cura y el ridículo de una procesión de viejos desdentados no habían conseguido alterar. Ahora se sentían despertar de una larga meditación y miraban a Alejandro subir la pendiente escarpada del fuerte. Lo acompañaba un solo hombre, y alabaron la decisión del consejo del pueblo de poner al niño en sus juiciosas manos. Sabían que cuidaría del castillo y sería bondadoso con el huérfano, se alegraban de que lo iniciara en ciertos temas elevados y, sobre todo, estaban aliviados de no tener que encargarse ellos del asunto.

Luis Álvarez tenía unos cincuenta años y, por saña o desidia de los dioses, era a la vez bajo de estatura, cargado de hombros y muy flaco. Pero cuando se quitaba la camisa para las tareas pesadas se le veían bajo la piel unos músculos recios y asombrosamente vigorosos. Asimismo, tenía un rostro banal e inexpresivo donde brillaban unos ojos de un azul profundo, y el contraste entre el anonimato del semblante y el fasto de la mirada transmitía con elocuencia la esencia de su ser. Por su función, era intendente del lugar: velaba por el señorío, cobraba los arrendamientos, negociaba el precio de la madera y llevaba los libros de cuentas. Por su alma, en cambio, era el guardián de las estrellas del castillo. Cuando por las noches cenaban en las cocinas de la fortaleza desierta, Luis hablaba largamente con su pupilo, pues este hombre, entregado al servicio de los poderosos y a los negocios triviales, era en realidad un gran intelectual y un inmenso poeta. Lo había leído y releído todo, y escribía esa poesía lírica que sólo producen las almas fervientes: una poesía de conjuros al sol y de murmullos de estrellas, de amor y de cruces, de súplicas en la noche y de búsquedas silenciosas. Cuando la componía, percibía a través de ella, en la orilla de su campo visual, la misma luz que Alejandro recibía de sus muertos, y sólo él entre todos habría podido responder a las preguntas del niño sobre la peregrinación al castillo. Sin embargo, callaba.

Así, cada día durante ocho años, hacia el mediodía lo verían bajar del castillo con el adolescente y sentarse a su mesa en la fonda, con la misma camisa blanca de cuello de oficial, el mismo traje claro, las mismas botas de cuero gastado y el mismo sombrero de ala ancha cuya paja estival se transformaba en fieltro con los primeros fríos, atuendo al que añadía en invierno una de esas largas esclavinas que suelen llevar los pastores a caballo. Le servían una copa de jerez, y se estaba ahí tranquilo, en una hora en la que pasaba todo el mundo preguntando por su último poema o por la cotización estimada del ganado. Sentado parecía alto porque su porte era erguido, con una pierna cruzada sobre la otra, una mano en el muslo y el codo apoyado en la mesa. A ratos bebía un sorbo de vino y se limpiaba los labios con la servilleta blanca doblada junto a la copa. Parecía rodeado de silencio pese a que hablaba mucho en esos consejos disfrazados de charlas. Lejos de intimidar, su elegancia elevaba y reconfortaba. A su lado Alejandro callaba y aprendía la vida de los hombres pobres.

Un solo hombre de bajo rango puede gobernar un país entero. Dichosos los pueblos que encuentran el consuelo de un ser así, sin el que están abocados a la decadencia y a la muerte. A decir verdad, cualquier cosa puede tener dos lecturas opuestas, todo está en ver la grandeza en lugar de la miseria o en ignorar la gloria oculta tras los declives. El castillo era pobre pero no indigente; reinaba allí una atmósfera de esplendor y de ensueño que el despojamiento hacía aún más notable, y, mientras Luis Álvarez dirigiera el fuerte, se lo consideraba un castillo orgulloso

aunque se supiera que sus tierras ya no daban renta y sus muros se hundían. Tras la matanza de los Yepes, el intendente pasó también a ocuparse naturalmente de las tareas que antes incumbían a éstos. Después de la tragedia presidió el primer consejo de la aldea, el cual, como se recordaría más tarde, se consideró un momento de gran dignidad, y, en este nuestro mundo que se derrumba, tales recuerdos son casi más valiosos que la vida en sí. Mandó ponerse en pie a los presentes antes de decir unas palabras para honrar a los muertos, y no cabe duda de que salvaron a Alejandro del extravío de la tristeza e hicieron de él un hombre sano, en particular la última frase, que le iba destinada, aunque Luis se abstuviera de mirarlo: «A los vivos la carga de los muertos». El niño estaba a la diestra de su intendente, con la mirada febril, pero más inmóvil que una piedra. Sin embargo, después de esas palabras la fiebre de sus ojos se apagó, y se revolvió impaciente en su asiento como cualquier niño de su edad. El intendente invitó a votar a la manera de los ancestros, nombrando los linajes y refrendando las decisiones con un golpe de martillo. Cuando se hubo examinado y votado todo, puso a la asamblea en pie y le pidió al cura que recitase la oración fúnebre. Como el viejo sacerdote tropezaba con las palabras, la continuó él mismo, y al final el consejo al completo pronunció los responsos. No obstante, que no crea nadie que Luis Álvarez reinaba sobre la comarca sólo porque respetaba el ordenamiento de sus ritos: si el intendente del castillo tenía una autoridad natural era porque tejía entre todos unos vínculos arraigados en un suelo de una esencia tan espiritual que quienquiera que conociera su poesía había nacido para gobernar el país. Por fin, justo después del último amén, las mujeres entonaron un viejo canto extremeño. Es un canto que ya no se conoce hoy, en una lengua que ya nadie sabe traducir, pero ¡cuán hermosa era esa música! Qué importa que no se entendiera; a todos llegaba su mensaje de tierras fértiles y cielos de tormenta donde la dureza de la vida se compensa con la dicha de las cosechas.

Fue también Luis Álvarez quien inspiró al fin la vocación de Alejandro por la guerra. La noche en que el muchacho cumplía los dieciséis, conversaban delante del fuego, y el adolescente probaba por primera vez el vino. Desde la muerte de Juan no había vuelto a presentarse ningún visitante en el fuerte, pero había en la bodega botellas de antología para varias eternidades. Alejandro apuraba su segunda copa de Petrus cuando Luis le recitó el poema que había compuesto esa misma mañana.

—Algunos me vienen del corazón —le dijo—. Pero éste me ha venido de otro mundo.

*En la tierra y en el cielo  
Por vuestros muertos vivid  
Y gran despojamiento  
Por los hombres respetad  
Para que en la hora postrera  
Vuestra nobleza nos obligue*

—¿Qué define a la nobleza? —preguntó Alejandro tras un silencio.

—El valor —contestó Luis.

—Y ¿qué es el valor? —volvió a preguntar Alejandro.

—Afrontar el propio miedo. Para la mayoría de nosotros se trata del miedo a morir.

—A mí no me da miedo morir —dijo Alejandro—. Pero sí estar al cargo de hombres y fracasar porque el diablo que hay en mí venza al ángel.

—Entonces debes ir allí donde puedas librar ese combate.

Dos años más tarde, Alejandro se marchó a la academia militar. No tenía ni dinero ni don gentes, de ahí que al inicio de la guerra fuera un simple teniente, y tampoco estaba dotado para las intrigas de carrera. Lo único que deseaba era aprender. Al terminar su formación se las ingenió para unirse a compañías cuyos jefes tenían aprecio por sus hombres; de hecho, aprendió bien y, el día en que estalló la guerra, pensó que estaba preparado.

Por supuesto, se equivocaba.

La lección la recibió de las propias circunstancias así como de un soldado raso, al término de uno de los primeros enfrentamientos de la contienda. Alejandro ya había reparado en ese hombre de la tropa que demostraba gran eficacia en la ejecución de las órdenes. Algo le decía que provenía de la miseria, pero nada en los modales de Jesús Rocamora invitaba a la campechanía o a la condescendencia; irradiaba esa forma de aristocracia que tienen quienes no son de alta cuna y llevan la obligación de la nobleza en el corazón. Era también apuesto, con un rostro franco de rasgos bien dibujados, los ojos azules y brillantes y la boca finamente perfilada. Igual que Alejandro, no era alto pero tenía prestancia; era moreno, de hombros anchos y manos delicadas; añadamos a ello un gusto por adornar su habla con expresiones que harían ruborizarse a un húsar, para luego recobrar la gravedad absoluta que define al servidor de las causas nobles.

El quinto día de la guerra, las tropas de Alejandro estaban rodeadas; el teniente De Yepes vio llegar el momento en que sus hombres ya no lo entendían y, presos del pánico, lo hacían todo al revés. Pero, por uno de esos falsos milagros de la historia, Jesús Rocamora surgió de pronto a su lado, mendigando órdenes con esa mirada que ponen los perros con sus amos.

—La artillería del flanco norte tiene que desplazarse —gritó Alejandro, que encontraba providencial la aparición de un hombre dispuesto a escucharlo.

Entonces lo miró y, estupefacto, reparó en que debería haber estado con la tercera unidad, a seis kilómetros de allí.

—¿Y replegarse por el paso sur? —gritó a su vez Jesús.

Esas instrucciones precisas, que Alejandro había dado ya antes y en repetidas ocasiones, nadie había sabido o querido seguirlas. Jesús Rocamora, en cambio, consiguió que se cumplieran. Mejor aún, ya no se alejó lo más mínimo de su teniente: en cuanto ejecutaba las órdenes, volvía a él como vuelve el perro al amo, esperando la consigna siguiente, que conocía de antemano. Al

cabo de dos horas así, en esa cresta inefable en la que el más mínimo paso en falso te puede precipitar al abismo o pendiente abajo, Alejandro le gritó: «¡Ve, ve, no me preguntes más!». Jesús lo miró sin expresión, y él repitió: «¡Que te vayas!». Entonces Jesús echó a correr como un perrillo y cubrió a los hombres de consignas sin perder el tiempo de ir a consultar a su jefe.

Sobrevivieron. Más tarde tuvieron ocasión de hablar. Conversaban cada noche y aprendían a conocerse, en una fraternidad que anulaba las jerarquías. A la mañana siguiente, el teniente y el soldado recuperaban sus insignias y luchaban codo con codo respetando los rangos, pero cuando Alejandro le confesó que quería para él un estatus más envidiable, Jesús le contestó: «La pesca es el único infierno que conoceré en esta tierra».

Fue también Jesús quien le dio a Alejandro su mayor lección de guerra, gracias a la cual de táctico pasó a ser estratega.

—Será una guerra larga —le dijo a su teniente la noche en que acampaban en el pequeño altozano umbrío.

—Entonces ¿no crees que capitularemos rápidamente? —le preguntó Alejandro.

—Somos los señores de estas tierras, no las perderemos tan pronto. Pero ganar es otra historia. A nuestros jefes les va a llevar tiempo entender que, aunque la guerra haya cambiado en sus formas, su esencia sigue siendo la misma. Una vez que se estabilicen los frentes, unos frentes muy grandes, mi teniente, como no se han visto nunca antes, y que los generales constaten que nadie puede vencer rápidamente, se darán cuenta de que lo habrán apostado todo a una carta, la de la táctica (y una táctica obsoleta), pero que la guerra sigue siendo lo que siempre ha sido.

—Un duelo —dijo Alejandro.

—Un duelo a muerte —añadió Jesús—. Se adaptarán las tácticas, pero, al final, el vencedor será el mejor estratega.

—¿Y qué define a un buen estratega? —quiso saber Alejandro.

—La idea siempre es superior a las armas —dijo Jesús—. ¿Quién le confiaría a un ingeniero las llaves del paraíso? La parte divina que hay en nosotros decide nuestra fortuna. El mejor estratega será aquel que mire a la muerte a los ojos y lea en ellos lo que no debe temer perder. Pero eso cambia con cada guerra.

—Los verdaderos señores son los pescadores —sonrió Alejandro.

Entonces, Jesús le contó su momento de revelación.

—Soy hijo de pescador, pero la primera vez que miré el lago, a una edad en que no podía andar ni hablar, supe que nunca sería pescador. Después de eso olvidé lo que sabía. Según iba creciendo, seguía los pasos de mi padre. Sabía echar y quitar las redes, remendarlas y todas las artes del oficio. Mis primeros catorce años de vida los pasé entre las jarcias y la cárcola, sin querer recordar mi primera mirada. Pero la mañana del día en que cumplí los quince, fui al lago. Era un amanecer brumoso, y alguien había repasado el paisaje con tinta; el agua era negra, y la bruma trazaba dibujos increíbles. Ese paisaje..., ese paisaje le llegaba a uno al alma. Tuve una visión del lago seco, de una gran batalla y del rostro de un niño borrado al instante por el de un

viejo. Por fin todo desapareció, la bruma se elevó hacia el cielo, y yo caí de rodillas, llorando, porque sabía que iba a traicionar a mi padre marchándome de allí. Lloré largo rato, hasta que mi cuerpo quedó más seco que el lago de mi visión; entonces me levanté y miré por última vez las negras aguas. En ese instante sentí que me cargaban con un peso, pero también que esa cruz me liberaba de la vergüenza. Aprendí a leer y a escribir con el cura y, dos años más tarde, me alisté.

Rodeado desde niño por la benevolencia de sus mayores y el afecto de sus pares, Alejandro nunca había conocido la amistad fraterna de los hombres que han vivido el mismo incendio. Con dieciocho años había visto en el ejército el escenario en el que cumplir su deseo de valentía y experimentado esa solidaridad que nace de la posibilidad del combate. Pero nunca hasta entonces había conocido un corazón acorde al suyo. Cuando en ese último año de guerra volvió a Cruz de Yepes para instalar su cuartel general en el castillo, recorrió a pie la calle del pueblo, feliz de que la gente se acercara a estrecharle la mano y los mayores le dieran un abrazo. Delante del fuerte, el cura salió a su encuentro, flanqueado por el alcalde, apoyado en su bastón. Iban de negro, se los veía rígidos y oscuros como espantapájaros, pero con el rostro iluminado, por una vez, por el orgullo de que su joven señor fuera uno de los grandes generales de su tiempo. Alejandro sentía que se le embalaba el corazón por toda esa gratitud y esas celebraciones. A su lado, el comandante Rocamora sonreía, y las gentes de Cruz de Yepes apreciaban a la vez su mirada franca y la devoción por su general; si además Alejandro hubiera sabido que se felicitaban de su amistad con Jesús, que había hecho posible que un señor estuviera en deuda con un pescador, su emoción habría sido mucho mayor.

Y ahí estaban los dos, el joven general y su no menos joven comandante, en lo alto de la torre del castillo, ahora que la guerra duraba ya seis años y había traído consigo todas las calamidades que siempre traen las guerras. Estaban en lo alto de la gran torre de la misma manera que el mundo contenía el aliento sobre las batallas, en la cima en la que un solo guijarro que rueda hasta abajo decide la victoria o la capitulación.

—Va a nevar —dijo Jesús.

Alejandro sólo había conocido dos noviembreros de nieve, el del asesinato de su familia, hacía veinte años, y aquel en que Miguel Ybáñez había ido a verlo a Cruz de Yepes, tres años atrás, en la época en la que el conflicto se estaba extendiendo con una amplitud que nadie había sabido predecir. Tras conversar sobre la larga guerra, Miguel Ybáñez le pidió a Alejandro que lo llevara al cementerio. Los dos hombres guardaron silencio ante las tumbas y, al cabo de un momento, surgió el destello de siempre. Había empezado a nevar copiosamente; el cementerio no tardó en cubrirse de un polvillo que brillaba al sol del atardecer. Al marcharse, Ybáñez parecía enfrascado en pensamientos luminosos y graves. Al día siguiente, justo antes de partir en una mañana de cruel



helada, le dijo a Alejandro que lo ascendía a general de división y le confiaba el mando del primer ejército.

Tres meses más tarde, el general De Yepes se enteró del fallecimiento del generalísimo y supo que la muerte violenta de sus seres queridos marcaría siempre su vida. La de Miguel Ybáñez era para él una tragedia a título personal, pero también como soldado: el Estado Mayor necesitaba un carácter como el de Ybáñez, y Alejandro no había conocido nunca a alguien como él. En su memoria resonaban las palabras que el general le dijo al volver al castillo.

—Medita todo lo que puedas.

Pese a ser oriundo de Madrid, Ybáñez le había contado que de niño pasaba los veranos en la casa de su familia materna, en las laderas de una montaña que dominaba Granada.

—Allí aprendí el poder de las ideas —le dijo—. ¿Qué otra cosa puedes comprender cuando ves salir el sol sobre las nieves perpetuas y, de pronto, la Alhambra está ahí mismo, delante de ti? La destruirán algún día, pues es el destino de las obras del ingenio humano, pero la idea, en cambio, jamás morirá. Renacerá en otra parte, bajo otra forma de belleza y de poder, porque la recibimos de hombres muertos que nos hablan de ella desde el santuario de sus tumbas.

Contemplando su copa pensativo, añadió:

—Por eso concibo el arte de la guerra como una meditación en compañía de mis muertos.

A continuación guardó silencio. Al cabo de un momento añadió una última cosa.

—Pues la idea sola no basta, también es preciso el mandato. Es la pregunta que nadie me hace nunca: ¿de quién lo recibimos y a qué reino nos aboca?

—Lo recibimos de nuestros antepasados —contestó Alejandro.

—Piensas en el mandato y olvidas el reino —replicó Miguel—. Sin embargo, mañana el nuestro estará cubierto de campos de exterminio donde se quemará a los hombres.

He tratado de describir a Alejandro de Yepes a través de las tres figuras principales en su joven vida que compartían la misma aspiración que él. ¿Por qué algunos nacen para llevar la carga de otros, de manera que su vida no es más que una sucesión de batallas por las cuales aceptan esa carga? Por consiguiente, dichas batallas y dicha carga los forjan como guías a los que sus tropas o sus hermanos seguirán hasta pasadas las puertas del infierno. Sin embargo, esa carga de almas no cesa en el umbral de los cementerios, pues los muertos forman parte del pueblo encomendado a esos hombres singulares, y ese peso terrible del reino de los difuntos, esa ardiente obligación de contestar a la llamada es lo que llamamos la vida de los muertos: una vida incandescente y muda, más intensa y magnífica que las demás, de la que algunos de entre los vivos han aceptado ser los mensajeros.

*¡Hijos! ¡En la tierra y en el cielo!*

*¡Hijos! ¡Vivid por los muertos!*

*¡Hermanos! ¡Despojaos!*

*¡Hermanos! ¡Que vuestra nobleza nos obligue!*

Libro de las batallas

# 戦

## Batalla

¿Qué distinguió a esa guerra de las anteriores?

Por un lado, el mundo del Oeste ya no conocía a sus muertos, ya fuera porque había envejecido demasiado y se aproximaba a un final que no quería ver, o porque había alcanzado los límites de su sueño y tenía que construir otro. En cualquier caso, le faltaba el murmullo de los muertos, sin el cual nadie puede vivir con honor. ¿Quién puede considerar decente una vida sin mandato?

En cuanto a mí, me pareció desde el principio que la batalla debía resolverse mediante la reescritura radical del sueño de la historia. Nunca antes había estado el crimen tan cerca de imponerse sobre la poesía.

# 殺人

## Crímen

La vida de Alejandro de Yepes había comenzado con el asesinato de los suyos, había proseguido con el de su protector, y el general presentía con razón que habría de soportar otros crímenes. Lo que en cambio ignoraba es que su propia historia tenía su origen, mucho antes de que él naciera, en un crimen lejano cuyos protagonistas le eran desconocidos.

El hecho de que no se cometiera por afán de lucro ni de poder, sino porque el asesino presentía oscuramente que a su víctima la enviaba el diablo, le confería un lugar atípico en la cadena de muertes importantes, que dejaba abierta la puerta a la esperanza de que también pudiera traer algo positivo.

¿Se puede escapar a la fatalidad del crimen? La esperanza y el horror; todo ello se contará más adelante. No hay más que relatos, no hay más que ficciones, y poco me importa conocerlos de antemano.

## Más oscuro que la noche

Han pasado dos horas, Alejandro contempla la nieve caer en la noche desde la torre de su castillo. Acaban de despertarlo, y no está seguro de entender lo que ocurre.

—¿Cuánto lleva nevando? —preguntó.

—Dos horas —contestó Jesús—. En dos horas han caído dos metros de nieve.

—Dos metros —dijo Alejandro—. ¿Y dices que esos hombres han llegado sin dejar huellas?

—Nuestros centinelas están tan juntos unos de otros que ni una hormiga podría pasar entre ellos. Además, ningún hombre puede franquear esta nieve. No sé cómo han llegado, pero no ha sido por la carretera.

—¿Por el cielo? —preguntó.

—No lo sé —dijo Jesús—. De pronto aquí estaban, delante de nosotros, en la gran sala, y uno de los pelirrojos ha pedido hablar con el general De Yepes, precisando que sentía lo de la nieve.

Alejandro se pasó la mano por la frente.

—Lo sé, mi general, dicho así todo parece extraño. Pero me apostaría la cabeza a que no son enemigos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Alejandro.

—En la bodega —contestó Jesús—. Lo ha pedido el pelirrojo. Parecía muy al tanto de todo, he de decir.

Se miraron un instante.

—¿Debo pedirles que suban? —preguntó Jesús.

—No —contestó Alejandro—, ya bajo yo.

Y, volviéndose:

—Hay algo raro en esta nieve.

—No cae como siempre —dijo Jesús.

La bodega ocupaba toda la superficie del castillo. Era un espacio gigantesco iluminado por las antorchas que en tiempos paseaba el intendente entre las hileras de botellas. Con un rastrillo, Luis dibujaba figuras en el suelo de arena y tierra batida en función de su estado de ánimo. Cuando al día siguiente las pisaba, permanecían intactas, y no era ése ni mucho menos el único prodigio del lugar. No hacía falta ser arquitecto para comprender que un castillo entero no podía descansar

sobre una cavidad tan grande desprovista de pilares. Se circulaba por pasillos delimitados por anaqueles de cobre viejo que nadie sabía cuánto llevaban ahí, y la distribución del vino en ellos era también un misterio. Luis colocaba en cierto lugar la botella que le entregaban y, al día siguiente, la encontraba en otro. Las únicas botellas que se podían sacar libremente de su nicho estaban al final de la última hilera, al fondo de la bodega, allí de donde había sacado el Petrus para celebrar los dieciséis años de Alejandro. Por último, en algunas ocasiones, la puerta permanecía cerrada y, cuando volvía a abrirse, todo allí había cambiado, aunque la belleza perduraba siempre. Cualquier antorcha que Luis encendiera proyectaba una luz irisada que se reflejaba en el cobre de los anaqueles y se perpetuaba, centelleando de un extremo a otro del subterráneo; líneas móviles de perlas luminosas trazaban en el espacio una arquitectura translúcida y perfecta; el entrecruzado de pasillos de tierra y arena daba una sensación de paz; tenía Luis que acompañar al visitante fuera, o éste se habría quedado allí el resto de sus días.

Esa noche la bodega resplandecía aún más que de costumbre. En sus botellas inclinadas, el vino despedía destellos tornasolados de oro pálido, y un extraño fulgor cubría el suelo con un plateado mate. En un rincón de penumbra encontraron a los tres hombres, que chillaban como cerdos bajo sus oscuras capas con capucha. Por la del que reía más fuerte asomaban unos mechones rojizos, y el segundo, de cabello moreno, era tan corpulento que, comparados con él, los otros parecían duendes.

Alejandro carraspeó, inmóvil y con los brazos cruzados, a dos metros del trío. No le prestaron atención. Los intrusos habían encontrado en algún sitio un tonel sobre el que habían dispuesto unas copas y una impresionante hilera de grandes caldos. Naturalmente, estaban los tres como cubas, situación que Jesús resumió exclamando:

—¡Menudos bribones!

Alejandro carraspeó otra vez, sin más éxito que la primera, mientras el tercer granuja acariciaba una botella de un champán preciado, diciendo:

—Ahora necesitamos unas burbujas.

En ese instante se le fue hacia atrás la capucha, revelando una cabellera igual de rojiza y brillante que la de su compañero; un destello del cobre de los anaqueles pasó por sus rasgos afilados de ardilla, y luego todo volvió a sumirse en tinieblas. Sólo brillaba el cristal de las copas donde se vertía un champán que Alejandro y Jesús contemplaban en silencio. Algo no cuadraba, pero eran incapaces de decir el qué, salvo que tenía que ver con el líquido en sí que el segundo pelirrojo servía con cuidado. Los demás, muy concentrados, vigilaban la operación. Por fin se relajaron de golpe, y Jesús y Alejandro vieron que las burbujas se precipitaban al fondo de las copas, donde se disolvían con un silbido en un pequeño torbellino.

—Virgen santa —murmuró Jesús.

Ironía del momento, si bien los carraspeos o las exclamaciones no habían sabido distraer a los

bebedores, ese murmullo les hizo volverse de golpe. El primer pelirrojo se levantó —no sin esfuerzo— y tomó una antorcha. Daba cabezadas, bizqueaba ligeramente y emitía sonidos insólitos de tanto en tanto. Sin embargo, parecía ser el jefe, pues los demás lo miraban a la espera de que tomara la iniciativa.

—Ya, ya —masculló.

Entonces se volvió hacia sus compinches con aire afligido. El más alto le señaló el bolsillo, y el rostro del jefe se iluminó mientras repetía: «¡Ah, ya, ya!». Los tres hombres bebieron hasta la última gota de una petaca que se sacaron de la capa. Por la mueca que ponían se adivinaba que el sabor era amargo, pero lo más asombroso fue que se les pasó la borrachera al instante y se levantaron como si antes no se hubieran trasegado la mitad de la bodega; todo lo cual hizo que Alejandro y Jesús enarcaran una ceja interesada, pues tampoco a ellos les disgustaba beber.

Todos se miraron de nuevo en silencio.

El jefe de la pandilla era un hombre de baja estatura y barriga prominente, con el rostro y los ojos redondos, la tez clara y numerosas pecas; lucía además una buena papada y una cabellera abundante, tenía los hombros caídos y la nariz respingona; para decirlo en pocas palabras, no era bien parecido. Pero no hay soldado que no sepa discernir el peligro disfrazado de ingenuidad, y Alejandro y Jesús veían que la mirada del hombre desmentía su porte y que, por inofensivo y bonachón que pareciera, habría sido temerario subestimarlos y que quienes hubieran cometido ese error probablemente no habían vivido para contarlos. En resumen, se daban cuenta de que ese amable borracho era uno de los suyos.

—Les debo una explicación —dijo el hombre.

El moreno avanzó hacia ellos, hizo una rápida inclinación y dijo:

—Marcus, para servirlos.

El otro pelirrojo lo imitó, diciendo:

—Paulus.

A lo que su jefe añadió, inclinándose también:

—Petrus, servidor de ustedes.

Y, sin el menor apuro, les preguntó:

—¿Les tienta una copita de champán invertido?

Pasó un instante. Alejandro seguía con los brazos cruzados y aire severo, erguido y mudo ante los desconocidos. En cuanto a Jesús..., a su pesar bien que le habría gustado probar ese champán *invertido*. Llega siempre la hora en que un hombre cabal descubre una inclinación por la extravagancia, máxime cuando ha visto lagos evaporarse sin previo aviso y brumas trazar en el cielo caligrafías sibilinas. Además, pese a lo extraño de las circunstancias, esos hombres le inspiraban confianza.

Con expresión impenetrable, Alejandro avanzó un paso.

Transcurrió otro instante.

Avanzó otro paso y sonrió.

—Alejandro de Yepes —dijo, tendiéndole la mano a Petrus—. Supongo que ya conocen a mi tutor. Acaba de pasar detrás de ustedes.

—Oh, nos hemos conocido hace un rato —contestó Petrus mientras le estrechaba la mano—. Me alegro de que también se le aparezca a usted.

—¿Tú no lo has visto? —le preguntó Alejandro a Jesús.

—No, mi general —contestó éste—. ¿Ha visto al fantasma del intendente?

—Justo detrás de este caballero —murmuró Alejandro—, justo detrás de él.

Hizo un gesto de invitación en dirección al tonel.

—Y, ahora, si tienen a bien compartir con nosotros ese champán *invertido*.

¿Cabe sorprenderse de su flema? Hacía tanto tiempo que Alejandro oía la voz de los muertos que no le resultó raro que también se los pudiera ver. La aparición de Luis deambulando por el pasillo lo había impresionado, y esperaba con curiosidad lo que ocurriría a continuación.

Se acomodaron alrededor de la mesa improvisada.

—Hay que concentrarse bien —dijo Petrus, sirviendo el champán despacio en dos copas.

—Un rico *millésime* —observó Jesús—, sería una lástima privarnos de algo así.

—Aún no han visto nada —dijo Paulus—. Una vez que se prueba el champán al revés, uno ya ni se plantea volver a tomarlo al derecho.

—¿Eso es también lo que hacen con la nieve? —preguntó Alejandro.

Petrus pareció extrañarse.

—Cae del derecho, me parece a mí.

—Se refiere a Maria —dijo Paulus.

—Ah —contestó Petrus—, claro. Sí, sí, hay alguien que la hace caer por nosotros, de ahí su aspecto un poco personal, digamos, más meditativo, que altera la percepción del enemigo.

—Los radares de los aviones pueden traspasar la nieve —observó Jesús.

—No me refiero a esos enemigos —dijo Petrus—. Habrán constatado que el clima ha estado un poco cambiante estos últimos años: las tormentas, las heladas, los diluvios.

—¿Eso también se lo debemos a su Maria? —quiso saber Jesús.

—No, no —contestó Petrus—, Maria sólo rige la nieve, es el enemigo quien distorsiona el clima.

Y dejando la botella añadió:

—El champán y los fantasmas, en cambio, sólo están en esta bodega.

Alejandro alzó la copa y observó el líquido pálido. El espectáculo del descenso de las burbujas producía un agradable picor en la nariz, y cabía imaginar que crearía en la lengua algo así como una pequeña explosión.

Error.

Era tan poca la explosión en el primer sorbo, tan plano el sabor, y tan carentes de relieve las



burbujas, que Alejandro y Jesús se miraron de reojo decepcionados.

—Esperen un poco —dijo Paulus, con la indulgencia de los iniciados por los yerros de los profanos.

De hecho, el prodigio actuaba ya, pues ambos hombres notaron que los embargaba la sensación de estar tendidos en la hierba, con los ojos fijos en el firmamento, en uno de esos días en que el destino nos es propicio. En su boca se extendía un sabor a tierra que casaba con la ligereza como de cielo del champán, hasta alcanzar una euforia cuya sustancia no habrían acertado a describir.

—Son los beneficios de lo que alía la tierra con el cielo —dijo Petrus—. Cuando las burbujas caen al fondo, conservan la cualidad de cielo del vino, pero intensifican su cualidad de tierra.

Tras dedicarle una tierna sonrisa a su copa, añadió:

—Déjenme decirles que poco se puede hacer si el material de base es mediocre.

Cuando apuraron la primera copa, Alejandro y Petrus se sonrieron, y Jesús reparó en los ojos grises, hermosos y pensativos del pelirrojo.

—¿Por dónde han llegado? —preguntó.

—Por el puente —contestó Petrus—. Por el puente que une nuestro mundo con el suyo.

Y, tras un silencio, añadió:

—A ustedes les es invisible.

—¿Están muertos? —quiso saber Jesús—. ¿Son fantasmas?

Petrus lo miró con sorpresa.

—No creo que los fantasmas beban champán —dijo.

—Si no vienen de la otra vida, ¿de dónde vienen? —preguntó Jesús.

—Hay una sola vida y engloba a los vivos y a los muertos —contestó Petrus—. Pero hay varios mundos, y los nuestros se comunican desde hace tiempo. En realidad, el primer paso del puente ocurrió aquí, en Cruz de Yepes, aunque no hace mucho que lo sabemos.

Tomando la botella de champán, añadió:

—Tengo una larga historia que contarles, y eso merece otra copita.

—¿Podemos saber el nombre de su país? —preguntó Alejandro.

—Lo llamamos el mundo de las brumas —contestó Petrus—. El mundo de las brumas, donde viven los elfos.

Hubo un silencio.

—¿Los elfos? —dijo Jesús—. ¿Vienen del mundo de los elfos?

Se echó a reír.

—¿O quizá son ustedes mismos elfos? —preguntó Alejandro sin sombra de ironía.

Jesús miró a su general como si estuviera loco.

—No lo encuentro más sorprendente que todo lo demás —dijo Alejandro en respuesta a su mirada.

—Lo somos —confirmó Petrus—, lo somos. —Y, volviéndose hacia Jesús, le dijo con delicadeza—: Lo veo un poco perplejo, permítame que le sirva otra copa.

Apuró la botella y, con un leve gesto de la barbilla, le indicó a Paulus que abriera otra.

—¿Otras burbujas más? —preguntó éste.

—Déjenme ofrecerles uno de mis caldos predilectos —dijo Alejandro amablemente, como si los anteriores procedieran de una reserva desconocida.

Se dirigió al fondo de la bodega.

—Pensaba que los elfos vivían en el Norte —dijo Jesús—. En el Norte de los cuentos y las leyendas.

Miró la hilera de copas que tenía delante y añadió:

—Y que no bebían.

—También creará que Dios vive en el cielo y que no bebe —contestó Petrus.

Ante la expresión horrorizada de Jesús, añadió:

—A ver, yo no digo que beba. Sólo digo que todos sabemos que el espíritu del mundo no lleva barba y no ha instalado su trono en una gran nube rosa.

Jesús no parecía menos horrorizado, pero Alejandro, que volvía de las entrañas de la bodega, lo distrajo.

—Interesante —murmuró, dejando una botella sobre el tonel.

Petrus se inclinó para leer la etiqueta y sonrió.

—Amarone —dijo—. El vino de los relatos.

Marcus frunció el ceño.

—No nos queda té —dijo.

—Qué imprevisión por nuestra parte —dijo Petrus sin dejar de sonreír.

Levantó la mirada y pareció dirigirse a alguien invisible:

—Nos traerás un poco, ¿verdad?

—¿Era té lo que tenían en la petaca? —preguntó Alejandro.

—Sí —contestó Marcus—, té gris muy concentrado.

—El té de nuestro mundo —añadió Paulus—. Tiene unas... mmm... unas propiedades especiales.

Calló y lanzó una mirada interrogativa a Petrus.

Pero a Petrus le traía sin cuidado y sonreía al Amarone con gratitud.

—Elfos —dijo Jesús—. ¿Y allá arriba también tienen vino?

—Por desgracia, no —contestó Petrus, con la expresión apenada de pronto.

Ahuyentó la triste confidencia con un gesto de la mano.

—De ahí el interés de los puentes —dijo—. Pero nótese que no es *allá arriba*. Los elfos no viven en el cielo, que ya está bastante concurrido.

—¿Por los ángeles, quiere decir? —preguntó Jesús—. ¿Han visto alguno alguna vez?

Petrus sonrió divertido.

—Los únicos atascos del cielo son los de sus ficciones —dijo.

Tomó un sorbo de Amarone y exhaló un largo suspiro.

—Es el mejor que he probado —dijo—, y, bajo tan favorables auspicios, empezaré el relato por el principio.

Jesús rio.

—Ahora que sé que no hay ángeles en el cielo —dijo—, podemos empezar por donde sea.

—Ah, pero sí los hay en esta tierra —dijo Petrus.

Acarició amorosamente su copa.

—El puente que une el mundo de las brumas con el mundo de los humanos parte de un lugar secreto de nuestra tierra al que llamamos el Pabellón de las Brumas. Permite, por orden del guardián de dicho pabellón, llegar a cualquier punto de la tierra de los hombres. Su arco está anegado en una espesa bruma en la que se sumerge el viajero, el guardián realiza su tarea, y el viajero va a parar allí donde desea. Los elfos pueden ir y venir a su antojo, algo que siempre les ha sido imposible a los humanos. Sin embargo, hace unos días cuatro de ellos cruzaron el puente por primera vez.

Sirvió a todos una copa de Amarone.

—Ahora, la guerra. Esa parte la conocen: los frentes son inmensos; los combates, interminables, y nadie parece capaz de ganar. La Confederación, que tenía la victoria al alcance de la mano hace dos años, se enfanga hoy en tácticas absurdas. En cuanto a la Liga, está extenuada por la duración del conflicto y la violencia fatal de los cataclismos.

—Háblenos de esos cataclismos —pidió Alejandro.

—Los elfos no pueden combatir en el mundo de los hombres —dijo Petrus—. O, más exactamente, pierden en él la mayoría de sus poderes y les es imposible matar. Pero sabemos recurrir a elementos naturales, aunque por lo general nos prohibimos ir en contra de la naturaleza. Por desgracia, un elfo muy poderoso de nuestro mundo, el que desencadenó la guerra, hace caso omiso de esa prohibición y provoca dichos desajustes del clima, que utiliza como arma.

—¿La guerra la desencadenó un elfo? —preguntó Jesús—. Creía que había sido por las intrigas de Raffaele Santangelo.

—El presidente del Consejo italiano es un elfo —dijo Petrus.

La barbilla de Jesús se hundió.

—Sin embargo, Santangelo no es más que un siervo —continuó Petrus—, que pasó al mundo humano para respaldar los designios de su amo, el elfo cataclísmico, que se quedó en las brumas. Siento ser tan melodramático, pero éste es poco más o menos el escenario de la verdad.

Se sirvió una tercera copa de Amarone, probablemente para reponerse del melodrama.

—¿Tiene nombre ese elfo? —preguntó Alejandro.

—Nosotros lo llamamos Aelius —dijo Petrus.

—¿La Roma antigua está de moda en su mundo? —preguntó Jesús.

—Los patronímicos de los elfos, a diferencia de los de los humanos, no provienen de sus linajes. Da la casualidad de que uno de los nuestros, un elfo muy poderoso aliado de la Liga, vive en Roma, y nos hemos inspirado en su lugar de residencia.

Se le dibujó una gran sonrisa.

—En cuanto a mí, he tenido la coquetería de aunar el Imperio romano y la viña de Francia.

Recuperando la seriedad, bebió un largo sorbo de vino.

—¿No les parece extraño que Santangelo no haya vencido? —preguntó.

—A todo el mundo se lo parece —dijo Alejandro—, nadie entiende su estrategia.

—Es usted estratega y miembro del alto mando de la Liga —dijo Petrus.

Alejandro lo miró pensativo.

—Creo que Santangelo no quiere vencer —dijo—, no quiere un bando victorioso ocupado en sanarse las heridas. Quiere que los hombres mueran, todos los hombres, sean del bando que sean. Lo he dicho muchas veces, pero nadie quiere creer que, después del último conflicto, todavía pueda haber alguien que desee una guerra total. Pese a ello, estoy absolutamente convencido de que ése es el objetivo de Santangelo. ¿Por qué? No tengo ni la menor idea.

—Hay humaredas negras sobre una parte de la Europa ocupada —dijo Petrus—. Sus aviones las han detectado. ¿Qué creen que son?

—Piras —dijo Alejandro—. Pero ¿qué arde en ellas?

Petrus calló, con la mirada sombría.

—Es eso entonces —dijo Alejandro.

—Nunca hasta ahora había mostrado la especie humana tal saña en el exterminio de los suyos —dijo Paulus—, nunca hasta ahora habían conocido los elfos combates más sangrientos. Las brumas también están en guerra, y los nuestros mueren a millones.

—Al principio, Aelius solamente quería la muerte de los hombres —dijo Petrus—, pero quien desea la muerte de uno solo acaba deseando la de todos. Acaba deseando la muerte como corona para que unos pocos elegidos reinen sobre las tierras quemadas.

—¿Por qué quería la muerte de los hombres? —preguntó Jesús.

—Porque nuestras brumas se debilitan, y los considera responsables de ese mal —contestó el elfo.

—¿Las brumas del puente? —preguntó Jesús.

—Las brumas de nuestro mundo —contestó Petrus—. Somos un mundo de brumas. Sin ellas no podemos sobrevivir.

—¿Son su oxígeno? —preguntó Jesús.

Petrus lo miró perplejo.

—¿Nuestro oxígeno? No, no. Respiramos el mismo aire que ustedes. Pero somos elfos. Somos una comunidad de brumas.

Se pasó la mano por la frente.

—Esta parte siempre es la que más me cuesta explicar. Se me olvida cada vez que ustedes lo separan todo.

—¿Puede ser que tenga razón? —preguntó Alejandro—. ¿Que seamos responsables del debilitamiento de sus brumas?

Petrus, Paulus y Marcus cambiaron una breve mirada.

—Es algo que nos hemos preguntado —dijo por fin Petrus—. Pero, aun siendo así, no justificaría la guerra. Y estoy convencido de que no es la verdadera causa.

—¿Cuál sería entonces?

Petrus sonrió.

—¿El declive de la poesía? —dijo.

Alejandro sonrió a su vez. Que Petrus mencionara la poesía lo hermanaba con Luis Álvarez. El tiempo se abolió, y volvió a ver a su tutor saboreando una copa de vino delante de la chimenea:

—Cuanto más envejezco, más busco el fervor —le había dicho entonces—, y más lo encuentro allí donde antes sólo veía belleza. Eres joven y entusiasta, tu espíritu es fresco y exaltado, pero el fervor nada tiene que ver con eso. Si nos abandona, nos tornamos agitados y febriles; si nos embarga, somos un lago calmo y tenebroso, más oscuro que la noche, más inmóvil que las piedras. Con esa condición, podemos rezar sin mentir.

—Yo nunca rezo —había dicho Alejandro.

—Oh, sí que rezas —había sonreído Luis—, rezas cada día cuando vas al cementerio. Nunca rezan tanto los hombres como cuando aguzan el oído para oír a sus muertos. Pero deberás rezar aún más si quieres cumplir con la tierra y el cielo, y deberás dar a tus plegarias la misericordia de la poesía. Ahí está el fervor, y, en su estela, la belleza.

En el claroscuro de la bodega, el Amarone formaba en las copas una laca oscura que a Alejandro le recordó el lago tenebroso de Luis, y de pronto recordó el sueño de la noche anterior. Estaba en el centro de una galería de madera ante un valle arbolado y brumoso. Las brumas tenían una respiración orgánica, un soplo impregnado de una vida inasible y vibrante. Alejandro permaneció largo rato ante el paisaje prodigioso que un velo de angustia iba alterando paulatinamente. En el momento en que la inquietud se imponía sobre la alegría de hallarse allí, se volvió y, en la oscuridad de una cabaña de madera con aberturas desprovistas de ventanas y adornos, divisó a una mujer. No distinguía sus rasgos, pero sabía que era joven y le parecía que le sonreía. Entonces se despertó. Hacía varios años que soñaba con esa mujer, desde que había dejado Cruz de Yebes para hacerse soldado, y esa vez, justo después de despertar, había visto su rostro, su palidez y sus ojos de glaciador. Ahora no habría sabido decir si era hermosa o no, no habría sabido decir nada de ella salvo que era joven y rubia, y que sus ojos eran graves. Le había parecido que le sonreía, pero lo miraba seria, y toda su infancia estaba en esa mirada, así como los valles de Extremadura, sus piedras, su aridez, las laderas del promontorio en el que vivía, los inviernos rigurosos y las auroras de color violeta.

—Por decirlo de manera más prosaica —prosiguió Petrus—, creo que nuestras brumas mueren

porque, en general, las cosas mueren. La única esperanza de salvarlas es aceptar que renacen bajo otra forma. Eso es lo que nos esforzamos en hacer quienes queremos creer en la eternidad de la poesía. No hay otra salida. Cuando todo termine, el mundo que conocemos estará muerto.

—Muy conmovedor —dijo Jesús—, pero aún no nos han dicho el motivo de su venida.

—Enseguida —dijo Petrus sin ofenderse—, enseguida.

Apuró su copa y lanzó a la botella vacía una mirada afligida. Alejandro se levantó, se dirigió de nuevo al fondo de la bodega y volvió murmurando: «Interesante», como la primera vez.

Petrus leyó la etiqueta y pareció emocionarse.

Jesús se inclinó también.

—Nuits-Saint-Georges —leyó—, vino de Borgoña.

—He ido allí a menudo —comentó Petrus—. La primera vez era bastante joven.

El recuerdo lo complació y se sonrió.

—Y volví hace veinte años exactos, justo después de mi visita al castillo de Yepes.

Ya no sonreía.

—Habíamos escogido su fuerte para custodiar en lugar seguro a nuestra protegida, Maria, de la que les hemos hablado antes, la que rige la nieve. Pero cuando llegué acababan de asesinar a su familia, y decidí ocultar a Maria en Borgoña.

—¿Sabe quién los mató? —preguntó Alejandro.

—Todavía no —contestó Petrus—, pero todo está relacionado. Elegimos su fortaleza para ocultar en ella a Maria por una serie de indicios concordantes. Entre otros hechos perturbadores, también nos hemos enterado hace unos días de que el primer elfo que pasó al mundo humano probablemente viniera a Cruz de Yepes. Además, el castillo tiene el mismo lema que nuestras brumas.

—«Mantendré siempre»<sup>1</sup> —dijo Alejandro.

—Que es también el lema de nuestro Consejo —dijo Petrus.

—¿Y qué papel tiene Maria? —preguntó Jesús.

—¿Maria? —repitió Petrus, extrañado por la pregunta—. Federa nuestras fuerzas.

—¿Es una elfa? —insistió Jesús.

Petrus vaciló un instante.

—No estamos seguros de lo que es —contestó.

Jesús parecía a punto de hacer una nueva pregunta, pero el elfo levantó la mano.

—Ahora, si me lo permiten, les diré lo que esperamos de este encuentro.

Echó una ojeada a su copa.

—Aparte de estas maravillas —añadió—. Naturalmente, no es fácil resumir una guerra en pocas palabras. Pero da la casualidad de que mañana se librará la última batalla.

Jesús se echó a reír.

—Esas guerras ya no existen —dijo—. Esto no es Alejandro Magno en Gaugamela, ni siquiera Napoleón en Wagram. Ya no hay última batalla.

—Me temo que sí que la hay —dijo Petrus—, se libraré mañana, y deben ustedes participar en ella, siempre que consigamos que crucen el puente.

Se rio bajito como para sí. De pronto parecía viejo, pero su mirada era más azul aún que al inicio de su relato, de un gris de sílex con destellos plateados.

—Es hora de recibir a nuestra Señora y dejar que termine ella la historia —dijo.

Se puso de pie y, con él, los otros dos elfos. Haciéndose los tres a un lado, se inclinaron profundamente.

Delante de ellos, en la penumbra, estaba la joven que el general De Yepes había visto en sus sueños.

*Más oscuro que la noche*  
*Más inmóvil que las piedras*  
*El lago en el que oramos*

Libro de las oraciones

# 酒

## Vino

Los míos viven bajo la tierra encantada de Cruz de Yepes, y no hay lugar más agradable para nuestra tarea que la bodega del castillo, pues el vino conserva la memoria de los siglos, las piedras y las raíces antiguas.

No es de extrañar que los elfos no conozcan la viña. A los que están juntos les basta la realidad, no son gente de ficciones y ebriedad. Pero el vino de los humanos es hermano de la amistad y las fábulas. Da a los murmullos de los difuntos la expresión que lleva lejos sus palabras. Por él la amargura de la soledad se torna dulce, en ese exquisito solaz que tantas flores produce. Aúna la nobleza de la tierra y las crónicas del cielo, las raíces profundas de las cepas y los racimos ebrios de sol; nadie como el vino para contar la saga del cosmos.

No obstante, hubo en la indiferencia de las brumas por la viña una excepción notable: Petrus era un elfo a carta cabal y un maestro del vino. Apreciaba la poesía de su mundo, pero sobre todo las historias de los humanos, que escuchaba gustoso con una copa en la mano. Por ello, encarnaba la pasarela entre ambos mundos, como todos los demás actores providenciales de esta guerra.



## Poesía

Si hay una ebriedad que comparten elfos y hombres es la de la poesía.

En día de llovizna o noche de pálida luna, acoged a los vientos de la llanura y componed versos en honor a los poetas antiguos. El hálito del mundo os atraviesa y se va, pero, retenido en vuestro sentir, recibe una forma singular: nace el poema.

## ¿Es hermosa?

Rubia, pálida y delicada, los consideraba gravemente, y la vida de Alejandro dio un vuelco.

Durante mucho tiempo había esperado que la guerra forjara en él al hombre en el que soñaba con convertirse. De Luis había aprendido que un hombre ha de guiarse por las estrellas; de Miguel, que el reino nace de la idea, y de Jesús, que el corazón vive de despojamiento. Le había encomendado a la guerra la tarea de tornar esas enseñanzas en destello de cementerio de manera que pudiera honrar la carga de sus muertos. Ahora que habían pasado seis años, algo seguía escapándosele, y tenía la esperanza de que los elfos constituyeran la pieza que faltaba para que su destino se cumpliera bajo la forma desconocida, más hermosa y más terrible, de una mirada femenina. Nadie entiende lo que ocurre en el fulgor de un encuentro: la eternidad se contrae en él hasta el vértigo divino y requiere una vida entera para volver a desplegarse a escala temporal humana. ¿Cuánto tiempo tendremos?, se preguntó Alejandro.

La joven entró en el círculo de luz de la antorcha y le sonrió.

La vida entera de Alejandro se precipitó en esa sonrisa. Las visiones lo anegaron, y, como en el sueño, dominaba vastas extensiones que reunían las horas de su infancia. La clave está en el paisaje, se dijo, y sintió en la palma de la mano la caricia de una iluminación, pero cuando sus dedos creyeron asirla, se rio de haber querido retener el agua de los sueños. A las laderas de Extremadura se mezclaban las de un paraje de altas cimas y valles profundos que se cerraban sobre minúsculas aldeas. Coronando las montañas, un cielo de nubes fugaces; en la orilla de su visión, el destello de siempre; sobre una eminencia, una iglesia en la que aguardaba un piano. ¿Cómo lo sé?, se preguntó, recorriendo a lomos de un águila invisible el valle del promontorio, grandes llanuras fértiles y, por fin, los arrabales de una ciudad extranjera.

—Roma —anunció la joven.

Alejandro calló, y ella dijo:

—Soñé contigo cuando estaba en el Pabellón, y nuestros recuerdos se mezclan.

Alejandro seguía callado, y ella parecía turbada. La luz vacilante de la antorcha le alteraba los rasgos, pero al decir «se mezclan» había avanzado un paso más. ¿Qué edad tiene?, se preguntó Alejandro con espanto. Examinó su rostro, el oro de su cabello y la claridad de sus ojos. ¿Puede un ser tan joven tener una mirada así?, se preguntó también, y entonces supo que era pianista. ¿Es hermosa?, se preguntó, y aunque percibiera de ella cada detalle y cada rasgo descubrió con un sentimiento de ebriedad que no lo sabía. Vio también que su frente era demasiado ancha y su

cuello, demasiado delgado, y pensó que se asemejaba a un cisne que errara en insólitos parajes. Qué absurda idea, se dijo; cada vez más extraviado y embriagado por su propio extravío, rio. Se preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde su aparición. Detrás de él alguien carraspeó, y Alejandro se estremeció. Avanzó un paso y se inclinó a su vez.

—Usted es Maria —dijo.

Se oyó un ruido indistinto, y Petrus surgió a su lado tropezando, con la mirada desenfocada y la nariz enrojecida.

—No, no —dijo—, Maria está en Nanzen.

Agarrándose en vano al borde de su capa, estuvo a punto de desplomarse sobre la joven. Con sorprendente agilidad, se recuperó *in extremis*, y mirándola masculló:

—Pequeña, sé buena con el tío Petrus.

La joven apretaba contra sí una cesta de mimbre de la que sacó tres viales grises que entregó a los elfos. A éstos se les pasó la embriaguez tan deprisa como la primera vez, y Petrus, brioso como un corcel, se dirigió a Alejandro:

—Maria se ha quedado en el Pabellón de las Brumas.

—Me llamo Clara —dijo la joven, y de nuevo pareció turbada.

Petrus la miró y luego miró a Alejandro.

—Me he perdido algo —masculló.

Jesús fue a su vez a inclinarse ante Clara.

—¿Es la hermana de Maria? ¿Son elfas? —preguntó.

Petrus miró a Clara con orgullo y ternura.

—Hace veinte años menos un día exactamente nacieron dos niñas fuera de lo común —dijo—. A la primera la tienen delante. Su padre es el guardián de nuestro pabellón, su madre era una mujer admirable, pero, en toda lógica, Clara nunca debería haber nacido, pues las uniones entre elfos y humanos siempre han sido estériles. La segunda de estas niñas, Maria, nos espera en Nanzen. Nació del jefe de nuestro Consejo y su compañera elfa pero, al contrario que nosotros, tiene, como Clara, una apariencia estrictamente humana.

—Pues a mí ustedes me parecen humanos por completo —dijo Jesús sorprendido.

—No en nuestras brumas —explicó Petrus—. Allí verán cuán diferentes somos de ustedes. Sólo aquí adoptamos una apariencia única. Pese a su sangre élfica, sólo Maria y Clara conservan en ambos mundos la misma fisonomía.

—¿Cómo son ustedes cuando están allí arriba? ¿Les crecen alas? —preguntó Jesús, empeñado en situar en el cielo las brumas y los seres alados.

—No nos crece nada —dijo Petrus desconcertado—. Simplemente somos plurales.

—¿En el mundo de los elfos se habla español? —Jesús insistía en sus preguntas pragmáticas.

—Quienquiera que pase una temporada en el Pabellón puede hablar todas las lenguas terrestres —contestó Petrus.

—¿Qué papel tienen Maria y Clara? —preguntó Alejandro.

—Pues salvar el mundo —contestó Petrus.

—Casi nada —dijo Jesús.

—La cuestión —prosiguió Petrus sin hacerle caso— es de qué manera. Seis años de guerra y seguíamos ciegos, hasta que, hace cuatro días, fue a parar a nuestras manos un cuaderno gris que nos viene del siglo XVI. Pertenece a un elfo que cruzó también el puente. Era un pintor de gran talento, del que conservamos un cuadro que pronto verán. Pero el hecho más asombroso y, para nosotros, más interesante, es que fue el primer elfo que se quedó definitivamente en su mundo y optó por una vida humana.

Petrus se rascó la cabeza.

—Es otra larga historia, y no puedo empezarla ahora. Digamos que ese cuaderno contiene información crucial, tanto para el desenlace de la guerra como para el porvenir de nuestras brumas, y que ahora podemos determinar nuestro próximo movimiento. No es el que hubiéramos soñado, a decir verdad, lo que hemos sabido nos obliga a una decisión radical. Pero estamos en un punto en el que no hay más alternativa que arriesgarlo todo o aguardar una muerte segura.

—¿Quién toma semejantes decisiones en sus brumas? —preguntó Alejandro—. ¿Usted? —añadió, dirigiéndose a Clara.

Ésta rio.

—Las decisiones las toma el Consejo de las Brumas.

—Que preside el padre de Maria, si lo he entendido bien. ¿Es, pues, su rey?

—El Jefe del Consejo está al servicio de las brumas —dijo Clara.

—¿Sus brumas están vivas? —preguntó Jesús, que no había renunciado a entender las cosas.

—Bueno, hemos de irnos ya —dijo Petrus—. Todo lo que aún no saben lo sabrán una vez cruzado el puente.

—¿Una vez cruzado el puente? —preguntó Jesús.

—Vamos a tratar de cruzarlo con ustedes —prosiguió Petrus—, y es la razón por la cual está Clara aquí, pues los humanos sólo pueden pasar con ella.

—Creo que se les ha escapado un detalle —dijo Jesús—. El general De Yepes manda el primer ejército. No abandona su puesto en mitad de una ofensiva para ir a tomar el té a un pabellón celeste.

Hubo un silencio.

Entonces Petrus se rascó la nariz y dijo:

—Sin embargo, ése es exactamente el plan.

Y, dirigiéndose a Alejandro:

—No será una deserción.

Se interrumpió. Alejandro lo miraba sin verlo y, más allá de él, observaba la penumbra. Petrus miró en la misma dirección.

—Los muertos, pues —murmuró el elfo.

Alejandro se quedó sin respiración.

Delante de él estaban todos sus muertos.

Se mostraban tal y como habían sido en tiempos pasados, y de no haber sabido que estaban muertos, Alejandro habría jurado por su honor que no eran fantasmas. Su familia, Luis, Miguel, los hombres caídos bajo su mando, los lugareños olvidados hacía tiempo, todos habían franqueado las puertas de la muerte y se habían unido al batallón de los vivos.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta, y la congregación difunta desapareció, con excepción de Miguel y Luis.

Tenía la misma sensación que dieciocho años atrás, cuando enterraron a los suyos, y las exequias parecían envueltas en el letargo de un sueño. Departía con Luis y Miguel, de vuelta de entre los muertos, bajo la forma de imágenes que éstos compartían con él; veía a su tutor, con treinta años menos, encabezando a un grupo de hombres que caminaba bajo un sol de justicia. La tierra al rojo vivo zumbaba con mil insectos, y los hombres avanzaban con un destello sagrado en la mirada. Examinaba el rostro y los ojos claros del poeta, su frente aristocrática y su cuerpo deforme, y pensaba: ¡qué poder tiene este hombre! Surgió una nueva imagen. Un muchacho segaba la hierba de un campo en suave pendiente. A su alrededor, los largos tallos se tumbaban y se levantaban con un movimiento fluido de cisne. Avanzaba despacio entre las malas hierbas, mientras el tiempo se abolía y ya no existía más que esa marcha a campo abierto. Sólo deseo ese éxtasis, pensaba Alejandro, y, por fin, Luis le hablaba. Volvía a ser el hombre maduro sentado a su mesa de consejo; a su lado, la copa de jerez horadaba el espacio con una mancha de sangre, y el joven general escuchaba las palabras que le decía su tutor, tan apuesto, tan pobre y tan digno en su feudo insignificante.

—«Todo estará vacío, todo será maravilloso» —murmuró Alejandro.

Despertó de su ensoñación y vio que Jesús lo miraba.

—Nos vamos —le dijo—. Cruzamos el puente con ellos.

Hubo un silencio.

—¿No los has visto? —le preguntó a Jesús.

—¿Más fantasmas? —respondió éste.

Hubo otro silencio. Jesús suspiró.

—Espero que sepan lo que hacen —le dijo a Petrus.

—No tenemos ni la más remota idea —contestó el elfo.

Recorrió la amplia bodega con la mirada.

—Volveremos, espero —dijo.

—¿Cómo piensa hacernos cruzar? —preguntó Alejandro.

—Me disponía a decírselo —contestó Petrus—. Es lo último que deben saber antes de cambiar

de mundo. Las brumas, el cuaderno gris, el cuadro y todo lo demás serán ya para cuando estén al otro lado. Por ahora vamos a pedirles que tomen un té un poco alterado cuyo sabor deja bastante que desear.

—¿Cómo saben que ese brebaje suyo no nos matará? —preguntó Jesús.

—Hace cuatro días, Maria y Clara cruzaron por primera vez gracias a ese mismo té —contestó Petrus—. Pero no estaban solas. Las acompañaban dos humanos.

—¿Quiere decir humanos de verdad? —preguntó Jesús—. ¿No fantasmas ni seres medio qué sé yo?

—Humanos de verdad —contestó Petrus—, todo lo humanos que se puede ser.

—¿Nos esperan allí? —preguntó Alejandro.

—Nos esperan y, más aún, nos están mirando en este mismo instante —contestó Petrus—. Un sacerdote y un pintor, aunque también son soldados.

Por una razón desconocida, a Alejandro esas palabras le recordaron las de su tutor, y murmuró de nuevo: «vacío, maravilloso».

—Creo que ya es hora —le dijo el elfo a Clara.

La joven le sonrió con ternura.

—Siempre obedezco al tío Petrus —dijo con una deliciosa ironía.

Sacó otros viales de su cesta y, cuando estuvo frente a Alejandro, le sonrió también con una pizca de picardía que daba a entender algo así como: «Estamos apañados». Enamorarse en plena guerra, ¡a quién se le ocurre!, pensó él. Por segunda vez esa noche, se echó a reír en voz alta. Petrus lo miró receloso antes de alzar su vial, en cuyo prisma el centelleo de los muertos se propagó por todos lados en la bodega.

Cada cual se bebió su té gris.

Durante unos segundos no pasó nada. El líquido tenía un sabor espantoso a fermentación y descomposición.

Esperaron unos segundos más.

La vida se abrió en dos partes iguales que se aplastaron a ambos lados del infinito y volvieron a unirse de golpe bajo el cielo. A Alejandro y a Jesús aquello les resultó interminable y a la vez les pareció que se producía fuera del tiempo. En el instante en que el mundo se difuminó, por su mirada interior desfilaron imágenes: campos, lagos y nubes de clima sereno, sobre los que aparecían en filigrana los rostros de seres queridos. Sobre todo tuvieron la sensación de que la eternidad se había transmutado en viaje, y que podrían haberse quedado para siempre en esos limbos donde se experimentaba un periplo sin movimiento ni duración, desplegado en un espacio infinito carente de lugares y formas. Por fin todo se apagó de golpe en un gran vacío sensorial. Ahora ya no podían apartar la mirada del espectáculo que se extendía ante ellos.

Más allá del arco rojo del puente de las brumas, bajo un cielo negro un viejo pabellón de madera dominaba un valle de árboles blancos. En toda la escena inmóvil no había más colores que la blancura de los árboles y la negrura del cielo, exceptuando el carmín del puente, que formaba a la vista una mancha de sangre.

Entonces Alejandro miró a Clara, y supo que era hermosa.

*¿Es hermosa?*

*A la vista una mancha de sangre*

Libro de las pinturas

# 亡靈

## Fantasmas

Se les dé la forma que sea, vano es negar la existencia de los fantasmas. Aunque pocos humanos los vean fuera de su imaginación, sólo eso ya demuestra lo presentes que están en sus vidas.

¿Cómo conocemos lo que ocurrió en tiempos antiguos? Pues lo conocemos. La sangre de las épocas corre por nuestras venas como un río y, con ella, por poco que prestemos atención a la tierra y al cielo, el legado del pueblo que nos precedió.

Esto no es magia ni quimera. ¿Quién olvidaría el primer trazo jamás dibujado a la hora de pintar el paisaje del mundo?



# 快活

## Alegría

Clara no siempre había sido pícara y alegre. Al pasar de niña tanto tiempo en un erial de sentimientos, no rio por primera vez hasta los once años. Pero el amor y la guerra bañaron su alma solitaria de una alegría que sin duda todos necesitarán si es cierto, como escribió un día un gran hombre, que la alegría es la forma más amable del valor.

## Todo estará vacío, todo será maravilloso

El grupo que había venido de la tierra de los hombres estaba en el puente de las brumas, bajo un cielo de tinta con matices de luz. El día surgía de las tinieblas, iluminando el paisaje. En el corazón de ese paisaje, el arco rojo del puente resplandecía con una fuerza desconocida. A diferencia del mundo, los seres de carne habían conservado sus colores.

—No comprendo lo que veo —dijo Jesús.

—Ve la esencia de nuestro mundo —contestó Petrus—. Cuando lo mire con los ojos del té, lo verá de un modo más normal.

—¿Más té? —masculló Jesús.

La madera vibraba ligeramente bajo sus pies.

—Bienvenidos a Nanzen —dijo Petrus.

El cielo negro impresionaba a Alejandro. Parecía pintado a la aguada, la mirada seguía sus lánguidos reflejos tornasolados, mientras se diluían en otras figuras magníficas. Del cielo de tinta líquida provenía la luz de esas lacas oscuras a las que los surcos invisibles del pincel dan una textura de claridad. Aunque Nanzen fuera enteramente blanca y negra, con excepción del puente, la sensación de naturaleza era allí más intensa que en otros lugares. La blancura de los árboles desvelaba su osamenta sin que ello ocultara su belleza global, y, en el centro de ese teatro vegetal, estaba el Pabellón de las Brumas. Ofrecía al viento sus aberturas sin ventanas ni adornos que, pese a la forma cuadrada del edificio, estaban dispuestas de manera asimétrica. Sin duda ese ritmo quebrado brindaba una visión melódica del paisaje; conforme la mirada erraba por los senderos, el panorama se iba dibujando según la música más hermosa; pero, si les hubieran preguntado a ambos lo que veían, habrían respondido tan sólo: un viejo quiosco abierto a las tormentas. Lo rodeaba una galería en la que el tiempo había dejado su pátina, y Alejandro comprendía que el edificio no era un vestigio del pasado, sino el espíritu del mismo. Esto no tiene ni pies ni cabeza, pensó antes de que lo arrebatara una nueva iluminación.

—Sus líneas son perfectas —dijo en voz alta.

Y pensó: Este refugio desvencijado es un absoluto de proporciones.

El puente rojo reinaba en ese territorio de despojamiento. Con el arco anegado en espesas brumas, irradiaba una forma de acuerdo desconocido.

—El puente de brumas es el puente de los acuerdos naturales —dijo Petrus—. Mantiene unidos los elementos de nuestra comunidad. Pero realiza también la unión y la síntesis de nuestros

mundos.

Se interrumpió.

—Conocerán toda la historia —prosiguió—, pero por ahora no hagamos esperar más al comité de recepción.

En efecto, en ese momento salía del pabellón e iba a su encuentro una delegación, y mi rigor de memorialista me obliga a precisar que Alejandro y Jesús se quedaron boquiabiertos. Una mujer y dos hombres, escoltados por cuatro seres tan absurdos como espléndidos, acudían a recibirlos por un sendero de piedras negras. Más tarde contaremos qué impresión le causó la mujer a Jesús, por ahora nos limitaremos a decir que estaba absorto en la emoción de descubrir a los elfos en su mundo natal. Más altos que los humanos, parecían compuestos de especies distintas que se fundían unas en otras siguiendo un lento ballet de metamorfosis. A la cabeza de la delegación avanzaba un caballo blanco a la vez hombre y jabalí, que *se convertía* sucesivamente en cada una de sus tres esencias constituyentes. El hombre rubio de ojos de glaciador se tornaba caballo de nieve, luego sus ollares se transformaban en un morro ancho y humeante, le salían cuernos y era ya un jabalí leonado, más hermoso que todos los que Alejandro había visto en su región de grandes cacerías. Por el rostro de la criatura pasaba a intervalos un reflejo de arroyo antiguo, y por un claro entre las brumas vio que el puente se erguía sobre un río plateado bordeado de hierba alta. Tal era la fragancia de eternidad que despedía el elfo, que suscitó una grandísima reverencia en el joven general. La segunda criatura de la escolta, un hombre moreno que un instante después parecía un caballo de mercurio, le inspiraba el mismo respeto. Su pelaje tenía reflejos muy hermosos, que conservaba la piel de liebre en la que al final se convertía, un pelaje y marrón, muy sedoso, que se estremecía suavemente.

—El Guardián del Pabellón y el Jefe del Consejo —anunció Petrus.

¿Qué tierra es esta que engendra jefes semejantes a dioses?, pensó Alejandro.

—Es la impresión que suelen causar los altos elfos —murmuró Petrus.

Detrás de los amos de las brumas, dos elfos desplegaban la delicadeza de sus rasgos humanos y el lustre de su manto de caballos salvajes, mientras que la tercera especie era para uno una ardilla y, para el otro, un oso polar. No suscitaban tanta deferencia como los primeros, y le pareció a Alejandro, por contraste con los altos elfos, que eran elfos menores, pero de una belleza quizá más conmovedora todavía, pues estaba imbuida de inocencia. Petrus bajó a su vez por el arco en pendiente del puente, y Alejandro y Jesús lo siguieron, rompiendo el hechizo, conscientes de que, sorprendentemente, se iban acostumbrando al cielo negro. Cuando sus compañeros élficos pusieron pie en el sendero de piedras y se transformaron a su vez, se vio que todos tenían una esencia de hombre y de caballo, y que Petrus se convertía, además, en la ardilla más bonita,

rolliza y jovial que hallarse pueda, para después ceder paso a un pequeño alazán de hermosos ojos grises y pensativos. A su lado, Paulus se transformaba también en ardilla, y Marcus se tornaba un gran oso pardo. En el momento en el que recuperaban forma humana, una extraña prenda venía a cubrir su cuerpo. Parecía un tejido flexible y orgánico con ondulaciones que morían cuando la parte humana del elfo se desvanecía. Habría sido difícil decir qué fibras lo tejían, pero se ajustaba al cuerpo conservando los reflejos del animal, y a Jesús le habría gustado poder tocar su luz y su carne.

A Alejandro lo fascinaba sobre todo el camino que llevaba hasta el pabellón. Anchas y planas, las piedras reflejaban los árboles de la hondonada, que estaban por debajo, como si hubieran estado por encima. No bordeaban el camino, pero las losas irradiaban un movimiento de ramas al viento que suscitaba la impresión de caminar bajo densas frondas. Puso el pie en la primera piedra y lo sorprendió la onda invisible de río que recorría su dureza mineral.

—Pronto verán las piedras líquidas —dijo la adorable ardilla regordeta en la que había vuelto a transformarse Petrus.

Detrás de los cuatro elfos, un cura con sotana cerraba la marcha de la delegación. Su rostro era magnánimo y franco, y su silueta de barriga prominente traducía su gusto por las cosas terrestres. A Alejandro, que no tenía a los curas en gran estima, le gustó enseguida, así como a Jesús, que los veneraba, de lo que se puede concluir que no habían encontrado en la Iglesia un único tipo de hombres, pues en ella hay tanto tristes almas como auténticos exploradores que se adentran en tierras desconocidas sin pretender iluminar más conciencia que la suya. Sobre todo, sus curvas generosas no podían ocultar su mirada, la de un hombre que había visto, y lo que había visto le había hecho crecer. Andaba con el brazo apoyado en el hombro del otro hombre, que era alto y muy apuesto, de la misma edad que el cura —unos sesenta años quizá— y que, según Petrus, había sido pintor. El hombre les sonreía con esa elegancia que nace de la sana costumbre de reírse de uno mismo y, a la vez, de tener por principio consideración por los demás. También éste les causó buena impresión a ambos.

En ese instante, la joven levantó la mano en un gesto de bienvenida. Desprendía una autoridad singular pese a su apariencia frágil: de cabello y ojos negros, era delgada, muy elegante, de tez dorada y labios rojo vivo. Bajo la piel de su rostro corrían finas venas que se diseminaban en círculos concéntricos desde el puente de la nariz. En algunos momentos se volvían más pálidas, hasta difuminarse y desaparecer por completo, y luego volvían a palpitar suavemente y a oscurecer sus rasgos graves. De pronto sonrió, y Alejandro vio que esa sonrisa era para Clara.

Volviéndose a medias, miró a la joven y se quedó sin respiración. Le devolvía la sonrisa a Maria; en esa sonrisa vio amor fraterno y una compasión que avivó aún más su propia pasión. Ahora sabía que tendría que rezar largo rato por la noche, ya no para morir con honor, sino para que esa llama no cayera bajo el enemigo; ¿cómo lo soportaría yo?, se preguntó, y no pensaba tanto en lo que sentía como en lo que Clara encarnaba. Y así fue como Alejandro de Yepes, con treinta años cumplidos, nació al amor. Ni la abnegación del combate, ni el juramento de derramar en él hasta la última gota de su sangre, ni la lealtad a la tierra de sus antepasados, ni la poesía de Luis o la idea de Miguel habían sabido mostrarle tan claramente el camino, y si bien creía aproximarse cuando estaba ante sus muertos, faltaba siempre el eco de un suspiro. Le parecía ahora tan evidente que hasta entonces siempre había querido tomar y no dar, que la vergüenza se hizo patente en su rostro. Ya había experimentado en parte ese sentimiento en la bodega cuando sintió que amaba porque ese amor lo elevaba. Pero la sonrisa de Clara a Maria arrancaba como un vendaval furioso los últimos clavos que lo ligaban a su vida de antes, mientras que esa aspiración al don de sí mismo al que se encaramaba gracias a ella cambiaba uno a uno los parámetros de su corazón. Ahora entendía la lección de Luis, la agitación que engendra el entusiasmo cuando el fervor tiene el poder de bañarnos en aguas tranquilas, ese fervor que le hacía ignorar si Clara era hermosa sin que ello mermara su deseo.

Cuando la embajada de la alianza de los humanos y los elfos estuvo a unos pasos de ellos, se detuvo. De cerca, la belleza de los elfos era casi insoportable. Tenía su origen en la perfección de las formas humanas y animales mezcladas en esa lenta coreografía de mutaciones, pero también en el modo que tenían de expresar sus emociones mediante ligeras radiaciones que trazaban dibujos en el espacio, y ya fuera el orgullo, la tristeza, el cansancio, la bondad, la picardía o la bravura, formaban una sinfonía de etéreos esbozos, inteligibles a la manera de los cuadros abstractos, que volvía su fuero interno transparente para los humanos. Alejandro miró a Petrus y lo anonadaron los aguafuertes que la única ardilla alcohólica del mundo civilizado lanzaba al aire a ráfagas saltarinas. Había ahí valentía, una irreverencia que coqueteaba con el atrevimiento, el candor y la obstinación, así como toda una cohorte de aspiraciones juveniles bañada en sabiduría antigua, de manera que, por esta armonía entre ligereza y profundidad, el elfo menor que era Petrus parecía en realidad un elfo mayor.

—¿Estoy soñando o llevan el corazón escrito en la frente? —murmuró Jesús.

Los dos hombres se arrodillaron entonces para saludar a los elfos de la tierra de las brumas y a sus compañeros humanos.

Al doblar la rodilla, Jesús Rocamora tenía la sensación de volver un poco a la realidad. La piedra estaba tibia al tacto, y le gustaba cómo se estremecía la vida orgánica que había en ella. Los

primeros minutos habían sido una sucesión de profundas impresiones: la ausencia de colores en un primer momento, la joven morena después, y los propios elfos al fin, con su fantástica multiplicidad. Ahora que se iba acostumbrando al cielo negro y a los seres trimorfos, se le revelaba el verdadero impacto del cambio de mundo.

—Bienvenidos a Nanzen —dijo María.

Tenía una voz grave que le trajo a la mente un recuerdo inasible. Por una razón desconocida recordó su único encuentro con Luis Álvarez el segundo año de guerra, un único y breve encuentro en un enero de heladas interminables y soldados extenuados. Al final, Luis le recitó tres versos. Aunque algunos hombres no estén hechos para las palabras, ello no significa que no pueda caerles un poema que los buscaba entre las estrellas, y será ya para ellos un compañero fiel en días de gloria y tiempos de hambruna. Esos tres versos eran lo único que, de la literatura, llegaría jamás hasta Jesús, pero los reconoció como suyos desde el primer instante. Después de recitarlos, Luis había añadido:

—Éstos son singulares porque los conocía antes de componerlos.

—¿No ha de conocerse siempre de antemano lo que se compone? —le había preguntado Jesús.

Luis se había reído y había contestado:

—Si eres un buen artesano, quizá. Pero si quieres ser poeta o guerrero, tienes que aceptar perderte.

*En estos duelos*

*Alma líquida*

*Duermo vestido de nubes*

Los versos transportaron a Jesús a un gran silencio blanco. En el corazón de ese silencio empezó a nacer una sensación, y, sin acertar a explicarlo, leyó en ella el anuncio de su redención. Después ese momento pasó, y si Jesús pensaba a veces en esos tres versos era porque le desesperaba no entender la manera en que actuaban en su vida. Pero ahora que tenía ante sí a una joven con el rostro bordado de venillas oscuras, el poema tomaba cuerpo al ser acogido por la pasión y los duelos de otra persona. Como lo somos todos, Jesús era un compuesto extraño. Por su infancia en el lago pensaba que la vida es una tragedia, y por haber huido de allí se imponía la obligación de soportarla sin una sola queja. Era cristiano por haber frecuentado a su párroco, un hombre recto cuya obstinación en rezar hacía impotente y sublime, y por quien pensaba que las cruces son lo que dan derecho a vivir pese a las deslealtades. Llevaba la suya sin amargura, con una alegría asombrosa para un hombre de deber y de remordimientos, a lo que hay que añadir un corazón sano y unas ganas de vivir sin los cuales sus cargas lo habrían aplastado. Pero, aunque no sabía lo que María había vivido, sí conocía su dolor y su perfume a anhelos; pensaba que las brumas del lago de su infancia habían subido hacia el cielo negro para aliviarles a ambos la pena, y que el poema de Luis explicaba en cierta manera su encuentro y ligaba del mismo modo sus destinos. Naturalmente, siendo como era un hombre tan hermético a la introspección como a la

poesía, no eran esas las palabras que se decía, y a nadie sorprendería si, a fin de cuentas, aquello se tradujera en un solo pensamiento en el que puso toda su esperanza: «Sufriremos juntos».

—Me llamo Maria —añadió la joven.

Se volvió hacia el hombre que era también un caballo gris y una liebre.

—Por su autoridad sobre el Consejo de las Brumas, mi padre me ha rogado que os recibiera aquí —dijo.

—Bienvenidos a Nanzen —dijo a su vez el Jefe del Consejo.

—Bienvenidos a Nanzen —dijo el hombre que era también un caballo blanco y un jabalí—. Como Guardián del Pabellón, es para mí un honor conocerlos. Son ustedes aquellos a los que no esperábamos, pero parece que Cruz de Yepes tiene un papel en la historia de nuestro puente.

Alejandro y Jesús se levantaron, reparando en que ya no les resultaba incongruente conversar con un caballo o una liebre.

—¿Cómo debemos llamarlos? —preguntó Alejandro.

El Jefe del Consejo sonrió.

—Es la primera pregunta que hacen los humanos.

Emitió una modulación dulce que no era verdaderamente una melodía, más bien un sonido acuoso en el que fluía un río antiguo.

—Ése es mi nombre —dijo.

Se dirigió a los suyos en la misma lengua musical y natural que bañó el espíritu de Alejandro y de Jesús con una lluvia de verano. Era tan hermosa y se inscribía de manera tan íntima en el paisaje, que ahora Nanzen les daba vértigo.

—Pero también apreciamos la lengua de los hombres —prosiguió el Guardián del Pabellón—, y nos gusta tomar sus nombres. Para ustedes, seré Tagore.

—Solon —dijo a su vez el Jefe del Consejo.

Jesús, que no conocía ni a uno ni a otro, miraba a Maria. En el instante en que el guardián había utilizado la lengua de los elfos, había visto en sus pupilas el destello de los grandes árboles que se reflejaban en las losas de piedra, por lo que comprendía que en ella vivían frondas invisibles cuyo recuerdo era tan vivo que en ocasiones se transformaba en visión.

—He crecido como tú en tierras pobres —dijo la joven—, pero había en ellas árboles muy hermosos.

Se volvió hacia el pintor y el sacerdote y dijo:

—Ahí tenéis a dos hombres que los conocieron en el pasado.

Éstos avanzaron y les alargaron la mano a Alejandro y a Jesús.

—Alessandro Centi —dijo el pintor—. En mi casa, en Italia, me llaman Sandro.

El sacerdote hizo una pequeña reverencia inesperada.

—Soy el padre François —dijo—, me alegro de que se crucen nuestros caminos.

Jesús se santiguó.

—¿Es usted francés, padre? —preguntó.

—Así es —contestó el sacerdote.

—¿Estamos en el cielo? —siguió preguntando Jesús.

El padre François miró a Petrus y se rio.

—De ser así, los ángeles son bien raros —dijo.

Recuperó la seriedad.

—A decir verdad, no sé si todo esto es real o lo estoy soñando.

—Quienes beben saben que la realidad está en el fondo de una botella de Amarone —dijo

Petrus.

—Soy el único que puede decir lo que hay en el fondo de una botella italiana —declaró Sandro.

—El éxtasis —dijo Petrus.

—Y lo trágico —añadió el pintor.

Dirigiéndose a todo el grupo, Maria señaló el pabellón con un gesto invitante.

—En nombre del Consejo de las Brumas —dijo—, os invito a compartir el té.

Se inclinó ligeramente ante Tagore, y encabezó el cortejo camino de Nanzen.

Nanzen. Conforme avanzaban hacia el pabellón, descubrían por debajo un valle de grandes árboles cuyos límites las brumas no dejaban distinguir. El pabellón, construido sobre un promontorio, descansaba sobre unos pilares fijados sobre un espeso musgo donde brillaban perlas de rocío. Una galería, a la que se accedía por unos peldaños desgastados, rodeaba la vieja cabaña. Cuando Alejandro apoyó el pie, sintió una vibración breve pero intensa. Entró justo después de Tagore, Solon y Maria. El resto de la delegación los seguía, y Clara y Petrus cerraban la marcha. Desde fuera el edificio parecía más bien exiguo, y a Alejandro y a Jesús les sorprendió descubrir que era lo bastante grande para albergarlos a todos y que aún diera una sensación de espacio. Al dejar la galería para entrar, sintieron que atravesaban un umbral invisible, y ahora los sonidos del mundo les llegaban ahogados. Extrañamente, la tranquilidad del lugar le parecía a Alejandro de la misma naturaleza que las brumas del valle, hecha de la misma evanescencia en la que se notaba una profunda respiración vital. Alrededor, gracias a las aberturas, que aislaban del panorama ciertos elementos, el paisaje era como una sucesión de cuadros. Detrás, atrapado en un ventanuco, el puente rojo no mostraba más que el tramo ascendente de su arco; de la estrechez de esa perspectiva nacía la abstracción de una mancha roja arrojada en la superficie de un lago de tinta. A la fuerza del cuadro se añadía, visible desde las otras aberturas, el fasto de los árboles y de las brumas en sus desapariciones y renaceres sucesivos. Cada vez que el viento agitaba una rama, cada voluta de bruma, cada matiz del cielo negro producía sin cesar la más alta configuración de belleza.



El oso blanco les señaló su lugar en el suelo del pabellón. Tagore y Solon se hallaban frente a frente, presidiendo el cenáculo.

—Quartus, para servirlos —dijo el oso blanco, inclinándose ligeramente.

—Hostus —dijo el otro elfo menor en el preciso instante en que se convertía en ardilla.

Añadió:

—Somos los asistentes de este día.

El suelo de madera estaba desnudo salvo por un fino polvo plateado que sus pasos no alteraban. Una brisa ligera trazaba en él arabescos en movimiento. En una de las paredes de arena, como único adorno visible, había una franja de tela clara con caligrafías desconocidas, tan hermosas como dibujos, de una tinta semejante a la del cielo. Entre dos visiones fugaces de árboles en la bruma, contra la pared que daba al valle, había un banco sobre el que reposaban tazas, teteras, cuencos de barro y algunas espátulas y cazos de madera basta. Debajo del banco, vasijas de té dispuestas en hilera. Al lado, en un brasero colocado sobre el entarimado, silbaba un hervidor de hierro.

En la habitación ya no había más sonido que la ebullición del agua ni más movimiento que el baile del polvo plateado. Quartus y Hostus colocaron delante de cada huésped dos tacitas de forma y tamaño distintos, luego Quartus llevó a Tagore una tetera, un cuenco y una vasija de té. El Guardián del Pabellón sacó una especie de bizcocho marrón y friable del que tomó un fragmento. Hostus introdujo el cazo en el hervidor para sacar agua, y Tagore sirvió sobre el té desmigajado una primera ración de agua que reservó en el cuenco de barro. Al fin, el asistente le trajo otro cazo con agua y, como el primero, lo vertió sobre las hojas.

Bruscamente, el guardián emitió un suave trino, y todo cambió. La fuerza de los ritos confiere a los hombres una dignidad algo rígida, hasta el momento en que se conmuta en trance y, haciéndoles salir de sí mismos, les permite crecer. En Nanzen los elfos no habían abandonado su indolencia, pero su mirada traducía la conciencia de la belleza y de la vanidad del mundo, la certeza de las tinieblas y el deseo de honrar aquello que, pese a la guerra, mantenía en pie a los seres en la vida. El tiempo pasaba, los imperios se derrumbaban, y los seres perecían; en el corazón de ese desastre, persistía una pizca de sublime; era hora de ponerse serios pero no solemnes, deferentes sin ser formales, así como alegres, por grave que fuera el momento.

El reflejo plateado en el rostro de Tagore se hizo más profundo. Algo se levantó en él. Era una transfiguración impalpable, pero Alejandro, pensando en Luis Álvarez, hermoso pese a su fealdad de engendro iluminado de fervor y, por esa misma luz, más peligroso que un asesino, miró a

Tagore, que, de tan espléndido, se había vuelto peligroso él también. ¿De dónde sacan esa fuerza?, se preguntó. Mirando en derredor la austeridad del pabellón, sus caligrafías de tinta, su polvo de plata y sus panoramas de árboles y de brumas, se contestó a sí mismo: De la belleza.

—Y del fervor —murmuró Petrus a su izquierda—. Nótese que se llega también por la poesía o, mejor aún, por el Amarone.

Solon lo miró, y Petrus calló, riéndose bajito para sí.

Tagore fue a verter el té en la primera taza colocada delante de cada huésped. Cuando volvió a su sitio, alzó la suya a la altura de los ojos, pero, para sorpresa de Alejandro y de Jesús, trasvasó el contenido a la segunda taza. Los demás lo imitaron y, siguiendo el movimiento general, se llevaron a la nariz la taza vacía.

Habían imaginado un perfume insólito; los bañó un olor a polvo y a sótano. Había allí tantos estratos de memoria y de sensaciones de infancia que Alejandro y Jesús revivieron las aventuras del pasado, cuando el sótano abría las puertas de un paraje encantado, un paraje de musgo y escondites en el que se viajaba sin moverse y la esperanza no tenía límites, un paraje de sotobosques, de bodegas donde se metabolizaban los sueños, un paraje bendito de ese tiempo inagotable que el día de mañana se escurriría como el agua entre los dedos; olían el té, deseando que aquello no acabara nunca, mientras la magia de la taza vacía trazaba su camino a través de los años. Se veían ahora en los bosques del tiempo en que ya no eran niños. Un diluvio ha empapado las ramas y la tierra, que gotean y humean en la claridad recuperada, del suelo se eleva un olor a sendero mojado con una energía telúrica acorde a la de su juventud. Pero, ay, han de avanzar y madurar, los muchachos son ahora hombres, y su fe en el infinito se ha convertido en conciencia de la muerte. Sin embargo, desde la ventana del fuerte, inclinados sobre el patio mojado, el general De Yepes y su comandante inspiran el aroma acre que se eleva hacia ellos entre el cielo y la tierra y los roza al pasar. Hemos retrocedido en el tiempo, pensó Alejandro cuando la taza se volvió inodora y sintió que lo abandonaba la ebriedad de ver el mundo con el prisma del pasado.

—Es costumbre que, antes de beber el té, uno de nosotros recite un poema —dijo Solon.

Alejandro pensó en las palabras del fantasma de Luis, y le volvió a la memoria un recuerdo antiguo.

—Hay en mi país un canto que se reserva para los entierros, en un español que ya nadie sabe hablar —dijo—. Es una vieja poesía de Extremadura, que las mujeres me dieron hace tiempo para mis muertos.

Comprendiendo de pronto el viejo idioma, recitó los dos últimos versos.

*A los vivos las cosechas, a los muertos las tormentas  
Entonces todo estará vacío, todo será maravilloso*

Hubo entre los elfos un murmullo prolongado.

—Son las palabras que alguien ha escrito aquí esta mañana —dijo Solon, señalando la franja de tela sobre la pared de arena—. Acostumbramos a escribir los poemas después de haberlos recitado, pero, hoy, una mano invisible se nos ha adelantado.

—No entiendo nada —dijo Jesús. Empezaban a dormírsele las piernas y se preguntaba si se beberían el té de una vez por todas.

Tagore sonrió, dejó la taza vacía y bebió despacio el contenido de la taza llena. El sabor del té era sutil y no conservaba nada de su aroma a polvo y sótano. Se percibía en él la amabilidad de los días y el solaz de los crepúsculos, nada cambiaba, nada se transformaba, el té se bebía, el universo descansaba.

Pasaron unos segundos.

Alejandro guiñó los ojos.

Delante de ellos, en el centro de la habitación, había aparecido un cuenco de barro.

Los bordes irregulares daban origen a una consistencia de luz que atraía la mirada. Su creador había conservado la textura tosca del barro con el que estaba moldeado, pero la forma era de una elegancia extrema. Los bordes eran rectos y altos, sin ensanchamiento ni regularidad tampoco, esculpidos con relieves agitados y un poco aplanados donde se ponen los labios. Unos toques de plata mate, dispuestos aquí y allá, formaban una pátina antigua, aunque se sabía, sin comprender cómo, que el cuenco se había moldeado el día anterior. Si alguien hubiera preguntado a Alejandro y a Jesús lo que veían, habrían contestado que un simple cuenco de barro cocido, aunque fueran conscientes de contemplar la obra del tiempo, y no sólo esa obra, sino también la sencillez de los sentimientos que ésta exige. ¿Qué arte es este que incorpora la imperfección del desgaste y nos insta a ser modestos y puros?, pensó Alejandro. La belleza está atrapada en una erosión voluntaria donde se contempla el todo de nuestras vidas, por lo que ya no nos queda sino vivir de discreción, de tierra y de té.

—Hace tiempo vi este cuenco en sueños —dijo María—. Éste exactamente.

—Según dicta la tradición, a la escritura del poema sigue siempre la aparición de un cuenco —dijo Petrus—. Son todos espléndidos, pero éste tiene algo más que exalta el corazón.

Tagore se lo ofreció sucesivamente a cada uno de los presentes. Cuando le tocó beber a Alejandro, creyó sentir la suavidad de los labios de Clara allí donde los había posado antes que él, y recibió en la lengua el sabor apagado del té.

El guardián recuperó su lugar.

Esperaron en silencio.

La vida fluía. La vida derivaba. La vida se amplificaba, hasta alcanzar un nivel de crecida. ¿Qué eran esas luces en el bosque? El mundo había cambiado, y ya no veían nada. En ellos, el río crecía y arrastraba joyas. ¿Eran flores pálidas? ¿Estrellas en la superficie de las aguas negras?

Después el agua rebasó las riberas oscuras, y en un resplandor de tormenta Alejandro y Jesús descubrieron el mundo de las brumas.

*En estos duelos*

*Alma líquida*

*Duermo vestido de nubes*

*A los vivos las cosechas, a los muertos las tormentas*

*Entonces todo estará vacío, todo será maravilloso*

Libro de las oraciones

# 他人

## Otro

Todo relato mayor es la historia de un hombre o una mujer que abandonan la desolación de sí mismos para abrazar el vértigo del otro.

Requiere ese viaje el canto de los muertos, la misericordia de la poesía y el conocimiento de los cuatro Libros.

El Libro de las oraciones.

El Libro de las batallas.

El Libro de las pinturas.

Y el cuarto Libro al que, en este momento del relato, no podemos dar nombre sin temor de que no sea comprendido.

Ésta es la historia de unos pocos que conocieron en la guerra la paz del encuentro.

# 文字

## Escrituras

El mundo de las brumas conocía varios lenguajes. Los elfos se comunicaban entre sí mediante modulaciones de arroyo y de brisa, y quienes habían estado en el pabellón de Nanzen hablaban todas las lenguas de la tierra. Durante mucho tiempo no tuvieron escritura, pero, cuando surgió el deseo, eligieron una en particular.

Había para ello dos razones.

La primera era por uno de los países humanos en los que se escribía así. Como el suyo, estaba rodeado de vacío bajo la forma de mares tumultuosos perdidos en la niebla, y correspondía a la hipótesis del antiguo poeta, según la cual la tierra de los vivos no es más que una isla rodeada por la bruma o las aguas de un gran sueño.

La segunda era más esencial: esas escrituras no sólo eran hermosas, sino que se admiraba en ellas el vuelo de las libélulas y la gracia de las malas hierbas, la nobleza de los dibujos de ceniza y los grandes torbellinos de las tormentas.

Resulta, pues, comprensible que nos haya tentado trazar algunas de éstas en la seda de Nanzen, pues la belleza, la naturaleza y el sueño son, si no nuestro coto reservado, sí al menos el pan nuestro de cada día.

## Lo que miramos

Ante su mirada interior se extendía el territorio de los elfos. De la misma manera que el aroma de la taza vacía había abierto en Alejandro y Jesús las puertas del pasado, el té había transformado su espacio mental, y compartían una visión que no les pertenecía pero hacía desfilarse por su mente los paisajes de las brumas, que habían recuperado sus colores.

—Hay alguien en mi cabeza —murmuró Jesús.

El cielo era azul o dorado, la vegetación estallaba en verdes y rojos mezclados con toques de naranja y púrpura, el cuenco tenía una pátina gris realzada por regueros de cobre viejo, pero esta reviviscencia les provocaba alegría a la vez que una nostalgia inesperada del cielo negro y los árboles blancos.

—Quien ha visto la osamenta de la belleza ya nunca vuelve a mirar como antes —dijo Sandro—. Yo me sigo preguntando si te aguza los ojos o te los quema.

—¿De dónde nos vienen estas visiones? —preguntó Jesús—. Tengo la impresión de estar simultáneamente aquí y allá.

—Del té y de la intervención del guardián —contestó Hostus—, que tiene el poder de ver lo que está lejos y de compartir esa visión con nosotros. Estamos aquí juntos y con él allá. Podemos mirar a un tiempo lo que tenemos delante o dentro de nosotros.

—Hasta ahora, los Guardianes del Pabellón nos han venido de las dos grandes casas altas, las de los jabalíes y las liebres, que son más poderosas en contemplación y en adivinación —dijo Solon—. Las casas bajas de las ardillas y los osos, en cambio, son más vivas y ágiles en la acción.

—Entonces ¿las ardillas y los osos pelean mejor que los demás? —preguntó Jesús mirando a Tagore, que había cerrado los ojos y no parecía oírlos.

—En absoluto —dijo Petrus—, los jabalíes y las liebres son grandes guerreros. Pero no se los conoce por su sentimentalismo, y a ellos el impulso del combate les viene del razonamiento, mientras que a las ardillas les nace de los arrebatos del corazón.

—Cuando no están ocupadas en beber —dijo Marcus.

—En compañía de los osos —añadió Petrus.

Y, dirigiéndose a Alejandro, le dijo:

—Los altos elfos son la aristocracia de este mundo, pero aquí no se entiende como en el suyo. He sido barrendero buena parte de mi vida, y ello me vale tanta consideración como si hubiera sido Guardián de Pabellón.

—¿Barrendero? —dijo Jesús.

—Barrendero de musgo —explicó Petrus.

—¿Qué define entonces a un aristócrata? —preguntó Jesús.

—Tiene a otros a su cargo —contestó Solon—. Las cargas de la comunidad descansan sobre sus hombros. Dicho esto, la historia ha demostrado que algunas ardillas tienen más ingenio que todas las liebres juntas y saben asumir cargas que aplastarían a más de un jabalí.

—¿Puede verse desde aquí cualquier lugar del universo? —quiso saber Alejandro.

—Cualquiera —contestó Solon—. Y si quieren mirar lo que Tagore se dispone a enseñarles, trataré de narrarles la historia de las brumas.

—Y, ya de paso, igual podríamos entender el papel que desempeñamos nosotros en ella —dijo Jesús.

Todos callaron ante el nuevo paisaje que desfilaba por su mente.

—Katsura —dijo el Jefe del Consejo.

Hasta ese momento, los árboles y las brumas se habían sucedido con una gracia monótona. Ahora los huéspedes del guardián veían de manera intermitente pabellones de madera, la silueta de altas montañas o los perfiles de extraños jardines. Entonces la visión horadó la niebla y se inmobilizó despacio en vertical sobre Katsura. Era una gran ciudad rodeada de cimas, con viviendas bajas dispuestas en terraza en lo que debería haber sido la falda de una colina. Sin embargo, pese a sus esfuerzos por ajustar lo que descubrían a lo que ya conocían, debían rendirse ante la evidencia: Katsura, capital de los elfos, ciudad principal de la provincia de las Nieves, descansaba sobre la nada, reposaba sobre la ladera de la bruma como otras sobre la ladera de una montaña. Hasta donde alcanzaba la vista, se divisaba la misma magia de relieves y viviendas en equilibrio sobre capas de vapor. El mundo flotaba sobre una gasa ligera y la gran urbe resplandecía colocada sobre el vacío. Nunca el ojo humano había contemplado panorama más admirable, pues las construcciones de madera bañadas en niebla eran, a la manera de Nanzen, humildes y perfectas, y flotaban entre el cielo y las brumas etéreas en un santuario de nubes y misterio. Como en Nanzen también, las casas de tejas grises, minúsculas algunas de ellas, otras más vastas y semejantes a templos, estaban rodeadas por galerías. Una de estas edificaciones en particular atraía la mirada. La precedía un gran patio rectangular cubierto de nieve con árboles cuyas ramas oscuras estaban espolvoreadas de copos. En esas ramas de invierno, tortuosas y nudosas como las de viejos frutales, habían eclosionado flores delicadas, de color rosa o rojo alrededor de sus estambres claros, con los pétalos redondos ribeteados de escarlata y de blanco. La sangre de las corolas, la madera negra y el centelleo de la nieve eran el verano y el invierno amándose en la austeridad de las ramas desnudas, y eran necesarias esas ramas retorcidas como garras para que el ojo, dejando que el corazón soportara su éxtasis, recogiera en ellas la flor que había dejado atrás el invierno. Una ráfaga de viento se perdió en la tapia del patio, y los pétalos se arrugaron hasta desvanecerse.



Entonces, al volver a levantarse con un grácil arabesco, el viento, transformando el aire en pincel, ofreció a la escena un brillo y una disposición aún más hermosos todavía.

—¿Qué flores son esas que se abren bajo la nieve? —preguntó Alejandro.

—Flores de ciruelo —contestó Clara—. Es una esencia que no da frutos, sólo perfumes en invierno.

—La sede del Consejo de las Brumas —dijo Petrus, señalando el edificio del patio rectangular—. Alberga también la gran biblioteca en la que en tiempos fui barrendero. Hay bajo la nieve hermosos musgos y senderos de arena cubiertos de hojas secas que se barren todos los días.

—¿Qué hacen los barrenderos en invierno? —preguntó Jesús.

—Leer —dijo Solon—. Pero esa parte de la historia la dejamos para después.

Alejandro se concentró en el gran valle más allá de la ciudad. A lo lejos, asomando entre las brumas, se distinguía un puñado de tejados grises que colgaban de la línea del cielo. Por todas partes la misma nieve, las mismas flores púrpura en las ramas desnudas, las mismas laderas de montañas escarpadas. Y de cima en cima, de teja en teja y de flor en flor se dibujaba un cuadro del color de la primera Nanzen, un drama de tinta y de sangre entre luz y tinieblas. Todo flotaba, las brumas se envolvían en sí mismas, y el mundo resplandecía en facetas sucesivas.

—A veces las brumas eligen cubrir el universo con excepción de una única rama desnuda —dijo Petrus—. Otras veces se contraen, y vemos de las cosas la mayor proporción posible. Pero nunca abarcamos su totalidad.

—Todo reposa en el vacío —murmuró Jesús.

—Hay islotes de tierra en suspensión entre las brumas —dijo Solon.

Por segunda vez, Hostus llevó el cuenco a cada uno de los huéspedes. A Alejandro le sorprendió el sabor nuevo del té, intenso y lleno de cuerpo, con un toque de una especia desconocida sobre un aroma de flor blanca.

—Nuestro té se abre y se desarrolla como el vino —dijo Petrus—. Hay caldos de añada y bodegas para que envejeczan. El que están bebiendo tiene más de dos siglos. Con cada sorbo avanzan en el tiempo, en el secreto de las piedras y en la vida de la tierra.

Alejandro miró la tela clara en la que antes se había inscrito el poema y le pareció que la caligrafía había cambiado. Algunos caracteres parecían personajes, otros, árboles o flores, y empezaba a acostumbrarse a sus formas insólitas y a distinguir en ellos retazos de sentido, pero sus intuiciones eran fugaces y se desvanecían justo cuando creía descifrarlas.

Ocurrió subrepticamente, como el frufú de una tela o un rayo de luz. ¿Estaba a su alrededor? ¿En su interior? Un instante antes estaban solos, y ahora eran multitud. Cuando recorría su cementerio, el joven Alejandro oía la voz de los muertos en un eco que le parecía provenir de las profundidades de la tierra, pero, esta vez, surgían presencias de la bruma de un modo que resulta difícil describir, pues los humanos son ajenos a la comunidad del espíritu, a los vínculos

impalpables de aquellos que, carentes de cuerpo propio, conocen no obstante la unión de las conciencias. A las brumas se les otorgaban todas las existencias de esas tierras que, sin figurarse ni hablarse, se experimentaban en la ósmosis.

—Las brumas están vivas —dijo Jesús con un suspiro.

—Digamos que son el hálito que reúne a los vivos —dijo Petrus.

—Regulando desde el pabellón la armonía de las brumas aseguramos la perennidad de nuestro mundo —añadió Solon.

—Creía que los fenómenos naturales se regulaban solos —dijo Jesús.

—Nuestra existencia reposa sobre la de un vacío habitado, un medio osmótico que hemos de alterar para que responda a las necesidades de nuestra comunidad. Las brumas son la trama de la eternidad y, por lenta que a los humanos pueda parecerles nuestra evolución, vivimos en el tiempo. Por ello transformamos las brumas gracias a las propiedades de nuestro té, el poder de alteración temporal sin el cual nos ignorarían. Bebemos el té y las brumas nos escuchan, las brumas nos escuchan y estamos juntos.

—¿Cómo los escuchan las brumas? —preguntó Alejandro.

—El guardián las acoge y retransmite su mensaje a la comunidad —contestó Solon—. El té le otorga ese poder de acogida y, a cambio, les enseña a las brumas las necesidades de los elfos.

—¿Acoge las brumas? —preguntó Alejandro—. Creía que las alteraban.

—Acoger ya es alterar —dijo Solon—, es incluso el grado más alto posible de alteración de la realidad. Pocos de nosotros, sin embargo, somos capaces de ello al nivel de exigencia de las brumas, y no es fortuito que el guardián más poderoso jamás conocido se haya alzado en estos tiempos de guerra total. Sin la empatía de Tagore, pienso que ya habríamos sucumbido.

—¿Sin su empatía por las brumas? —preguntó Alejandro.

—Su empatía por la totalidad de la que no somos sino un fragmento —dijo Solon—. Todo está ligado, todo está en armonía.

—No todo se transforma en su contrario —dijo Alejandro—. Los seres vivos no se convierten en rocas.

—No —dijo Solon—. Pero pueden oír la tristeza de las piedras.

Al ver que Alejandro, desconcertado, callaba, añadió:

—Quien no oye la tristeza del mundo no puede conocer su propia tristeza.

—En ese caso, me pregunto qué opinión tienen de los humanos —dijo Alejandro.

—La mayoría de ustedes no oye ni las piedras ni los árboles ni a los animales, nuestros hermanos, aunque vivan en nosotros los elfos como vivimos nosotros en ellos —dijo Solon—. Ustedes ven la naturaleza como el medio que comparten con los demás seres; para nosotros es el principio que nos hace existir, a nosotros mismos y a todo lo que ha sido y será.

De resultas del segundo sorbo de té, la presencia de los elfos se intensificaba. En Alejandro y

Jesús, mil impresiones daban origen a una cacofonía de imágenes: tuvieron la sensación de que se zambullían vertiginosamente en un valle arbolado y supieron que saltaban de copa en copa antes de posarse en una rama nueva. Pronto fue una veloz carrera por un bosque anterior a los seres humanos en el que apenas penetraba la luz del sol. A ras de suelo la carrera era larga entre la exhalación de las hojas secas, impulsada por el júbilo de que la savia bajo la corteza fuera también la que corría por sus venas. De pronto todo se iluminó, y sobrevolaban gigantescas extensiones de campos de arbustos de denso follaje tallado en olas paralelas. De las ondulaciones de dunas verdes donde, a los surcos de labor, hacían eco surcos de bruma, emanaba ese aroma a sagrado que Alejandro conocía de los cementerios o los campos de batalla. Cuando llevaban ya un rato sobrevolando las plantaciones, la presencia de elfos de la comunidad se intensificó aún más. Nunca están solos, pensó Alejandro, y era como si experimentara cada una de esas conciencias ajenas sin conocer ninguna de ellas, y sintió clavada en su pecho una estaca a la vez familiar y extraña.

—Los campos de té de Inari —dijo Clara.

La miró, y la estaca le hizo sangre en el corazón.

—Es lo que provoca en los solitarios la presencia de quienes no sufren de soledad —dijo ella—. Los campos de té albergan la presencia de la comunidad.

—Entonces ¿el té es una especie de elixir telepático? —preguntó Jesús.

—Hay dos formas de consumir el té —explicó Petrus—. Por un lado está el consumo ordinario de cada elfo, que nos conecta unos a otros y mantiene vivo nuestro vínculo. Y por otro, el consumo extraordinario, que tiene lugar en el pabellón. Es el mismo té, pero Nanzen le confiere otros poderes.

La visión de Tagore cambió, y vieron una laguna en la que las brumas delimitaban un canal en el que, impulsadas por una fuerza invisible, flotaban despacio a la deriva unas barcazas entre muros de niebla que se erguían como altas cordilleras y parecían avanzar sobre la trama de la bruma.

—La circulación entre los grandes islotes es uno de esos poderes —dijo Petrus—. Cuando se abre el canal, la bruma se vuelve líquida, y se navega por ella como por un río. En tiempos de paz, las esclusas se manejan a horas fijas, pero el Guardián del Pabellón puede modificarlas a su antojo. Una de las grandes batallas de esta guerra es la de las vías de circulación. Intervenimos sin cesar en la configuración de los pasos para bloquear al enemigo.

—No veo remeros ni velas —observó Jesús.

—En nuestro mundo todo se mueve mediante la intención y la visión —contestó Petrus—. Gracias al té, el guardián y sus ayudantes visualizan el rumbo y se lo transmiten a los pasadores.

El espectáculo volvió a transformarse, y el lento avance de las barcas se difuminó, sustituido por un curioso jardín. Pero ¿puede llamarse así a lo que no tiene ni flores, ni árboles ni tierra? Desprovisto de la alegría de las áreas de vegetación, era un espacio cerrado compuesto sólo por piedras y arena. En una playa surcada de líneas paralelas, unas rocas de formas y tamaños

distintos figuraban cimas aisladas en el mar. En el horizonte de la arena, otras se elevaban en una cordillera en miniatura de picos esculpidos por las fuerzas de la tierra y del tiempo. Todo estaba inmóvil pero se oía el sonido de la resaca, todo era inanimado pero se sentía que el paisaje estaba vivo. No alcanzo a imaginar lugar más apacible, pensó Alejandro, y sintió un alivio que hizo menos doloroso el tormento de la estaca. Se volvió hacia Jesús: estupefacto, vio resbalar una lágrima por la mejilla de su comandante.

—Las piedras son líquidas —le dijo Jesús con una voz casi suplicante.

—¿Cómo? —preguntó Alejandro sin comprender.

Observó las piedras y, de pronto, él también lo vio. Vagaban sobre el jardín unas lenguas de bruma y, por donde habían pasado, la roca se volvía líquida: conservaba su forma pasando de la solidez del granito al azogue de la lava. Alrededor, la arena se tornaba un lago recorrido por destellos de gema, antes de recobrar su mineralidad dura. Así pues, la arena y las piedras no figuraban sólo el agua y las montañas, sino que también encarnaban la solidaridad de los estados de la materia, y, al contemplar la escena, Jesús Rocamora revisitaba el inicio de su vida.

—Somos un mundo de incesantes metamorfosis —dijo Solon—. Nos transformamos en caballos y en animales de la tierra y del cielo, pero, en el pasado, además de las tres esencias éramos todas las especies a la vez.

—El vapor se hace sólido, la roca se hace líquida, y verán que también lo vegetal se hace fuego —dijo Petrus—. Ello sólo es posible porque vivimos entre las brumas.

—¿Cómo se llama este jardín? —quiso saber Jesús.

—El jardín del cielo —contestó Petrus.

—Del cielo —murmuró Jesús.

Por su mejilla rodó otra lágrima.

—En el cielo todo se transforma, pues, en su contrario —dijo.

—Lo contrario sigue siendo lo mismo, pero bajo su forma extrema, pues todo procede de una misma materia de múltiples facetas —dijo Solon.

El jardín de piedras desapareció, y una forma indistinta apareció en el horizonte, tal vez una ciudad en distintos niveles o un alto rimero de nubes. Quién sabe lo que miramos, pensó Alejandro. Pero se aproximaban, y era, en efecto, una ciudad de casas de madera, rodeada de campos ondulados donde también se cultivaba té, aunque las ondas eran menos suaves que las de Inari, y las hojas, de un color gris y frío.

—Ryoan, la ciudad del enemigo, rodeada por sus campos de té gris —dijo Petrus.

Era tan vasta como Katsura, con los mismos edificios con galerías, los mismos tejados de tejas grises y los mismos árboles de flores rojas. Era la misma belleza en la nieve, la misma unión de las estaciones en el encanto de las ramas negras, pero, pese a ello, el espectáculo era espantoso.

—No hay bruma —dijo Jesús en voz baja.

—Ya no hay bruma —lo corrigió Solon—. Eran en tiempos las más hermosas de este mundo, y no conozco a nadie entre nosotros que no hubiera dado la vida por esa gloria. Pero Ryoan pasó a

manos del enemigo, y pueden ver hoy el triste resultado. Todo se inmoviliza y se llena, perdemos el aliento y nuestros vínculos, ya no podemos respirar, y la comunidad se desmorona.

Permanecieron un momento ante la ciudad caída, imaginando su esplendor pasado, mientras Alejandro sentía de nuevo su vida zozobrar. La disciplina que se había impuesto para convertirse en los campos en portavoz de sus muertos, su vieja soledad pese a la amistad, su castillo atezado de crimen y poesía, la guerra y sus abyectos séquitos al fin, todo ello lo arrastraba un río desconocido en el que flotaba una corriente ininterrumpida de escombros. Si la austeridad de tinta y blancura de Nanzen le había resultado familiar y si la humildad del cuenco de barro lo había exaltado, era porque ambas le habían hecho ver la osamenta despojada de su vida; entonces, mediante la magia de sentir a su alrededor la presencia impalpable de la tribu de los elfos, las brumas habitadas le habían hecho la ofrenda de la vía ajena: cuando bajaba al interior de sí mismo y aceptaba su propia desnudez, recibía a cambio la voluptuosidad del encuentro. ¿Acaso la presencia de los elfos era semejante a un bálsamo y había curado el luto de su corazón, o su amor por Clara lo había abierto a la posibilidad de acoger? Planteo la pregunta, pero poco importa, pues los grandes poderes son en nosotros las quimeras que nos elevan o nos matan, ya que vivir no es sino mantenerse en pie gracias a que uno se cuenta a sí mismo la historia adecuada. La presencia de la comunidad de los elfos era para Alejandro un remedio más fuerte que el sufrimiento pasado, y la sonrisa de Clara terminaba de convertirlo en un ser transfigurado. La estaca clavada en su corazón se arrancó, y se la llevó la corriente del río.

Jesús contemplaba él también la ciudad del enemigo. Por la fuerza de las brumas, su fe había adquirido una dimensión nueva. Que permitieran el hálito mediante el cual las piedras se volvían semejantes al agua las convertía en mensajeras de su redención. Las rocas líquidas podían cambiar el deshonor en honor, la traición en don y la condena en salvación, pero esa alquimia requería la desnudez del vacío. Por otra parte, sabemos que el comandante Rocamora, aun no siendo hombre de lenguaje, no dejaba de ser un alma sensible a la fuerza de la poesía, y no nos sorprende que fuera permeable a la gracia de las piedras movientes. Añado, pues tengo por estos hombres un afecto innegable, que el joven general De Yepes y el joven comandante Rocamora, movidos por la esperanza nueva de que el sufrimiento pudiera devenir en fervor, acababan de dar un paso por un camino que rara vez toman los hombres. Lo traza la respiración del vacío que se lleva todo farrago que nos traba; no obstante, no sólo hay que experimentarlo en uno mismo, sino también descubrirlo alrededor, en la discreción de la que nace la verdadera belleza, mediante la única rama de un mundo anegado en niebla o un cuenco de barro más desnudo que los árboles del invierno.

—¿Qué dice el nuevo poema? —preguntó Alejandro a Clara.

—No sé leer vuestra lengua —contestó ella, mirando la tela diáfana.

—«La última alianza» —dijo Petrus, que se había vuelto hacia la pared donde brillaba tenuemente la caligrafía de tinta.

Tras una vacilación, añadió:

—La separación es un mal, la unión, nuestro modo de vida y nuestra única salvación. Por ello queremos que esta guerra se asiente sobre nuevas alianzas.

Miró a Solon con aire interrogador.

—De la profecía hablaremos más tarde —dijo el Jefe del Consejo.

Petrus calló, y Alejandro dijo:

—Están condenados, pues, a beber té hasta su último aliento.

El elfo exhaló un largo suspiro.

—Ése es el quid de esta guerra —contestó—. Fíjense en el color de los campos de té de Ryoan. Ese gris ceniciento viene de una podredumbre noble que roe las hojas por un proceso del todo natural. Basta un grado elevado de humedad, y el hongo se desarrolla en los arbustos del té. Ustedes tienen algo similar con el vino, y ello produce caldos magníficos, ¿verdad? Aquí, sin embargo, las consecuencias son funestas, y es lamentable que no lo hayamos comprendido antes. Pero esta ceguera, como lo demás, se debe a los poderes del té gris.

—¿Funestas? —preguntó Alejandro—. Lo que hemos visto hasta ahora es que disipa la ebriedad de los borrachos y abre a los humanos la puerta de este mundo.

—Ésos tan sólo son unos pocos beneficios secundarios —dijo Solon—. Por el poder del té gris pudo el enemigo construir su puente y su pabellón y mantenerlos invisibles mucho tiempo.

La visión de Tagore tomó altitud, y descubrieron el puente y el pabellón de Ryoan al otro lado de la ciudad. Eran de factura similar a los de Nanzen, con la diferencia de que la madera estaba cubierta de pan de oro. El arco tenía la misma curva y la misma elegancia que el del puente rojo, y el pabellón, la misma apariencia de aberturas caóticas y de galerías inmemoriales, pero no se veían más brumas que en la ciudad de Ryoan, y ante ese esplendor dorado todos tuvieron un sentimiento de profunda disonancia.

—El paso se hace mediante el poder del té gris —dijo Petrus—. Por ese mismo poder conduce Aelius la guerra y acelera el debilitamiento de las brumas a las que pretende salvar. Fíjense en que la fuerza del enemigo reside en una sustancia más fácil de producir que cualquier arma del mundo.

Hubo un silencio.

—Por ello hemos tomado una decisión radical —declaró Solon.

Las imágenes desaparecieron. Tagore abrió los ojos, y Alejandro sintió que se le encogía el corazón. Sin saber por qué, le volvieron a la memoria las palabras que Jesús había pronunciado hacía mucho tiempo, la tarde en que conversaban después de la batalla en el pequeño altozano

umbrío. El mejor estratega, había dicho entonces, será aquel que mire a la muerte a los ojos y lea en ellos lo que no debe temer perder.

Tagore asintió con la cabeza.

—Vamos a destruir los campos de té —dijo—. Todos, hasta el último, mañana al amanecer.

*Quién sabe lo que miramos*

Libro de las pinturas

# 茶

## Té

Al parecer, los elfos amaban la poesía pero no inventaban historias. A quienes viven en inteligencia con el mundo poco importan las obras de la imaginación, sobre todo también porque el té desempeñaba el mismo papel que el vino y las ficciones de los humanos, a saber, arraigar a la comunidad en su tierra y en el espíritu de sus miembros.

¿Puede imaginarse una vida que no conozca fábulas, novelas ni leyendas? Hay que soportar sin tregua la carga de ser uno mismo, no hay distancia entre la conciencia y la fantasía, ni escapatoria de la verdad desnuda, pero, a cambio, grande es el éxtasis de vivir en la gloria íntima de las cosas.

Sin embargo, cuando los elfos empezaron a ver el declive de su mundo, ello les suscitó una determinación nueva. Sin duda nació así la tentación de Ryoan, mientras que otros pensaron que una alianza del té y del vino podría tal vez salvarlos del naufragio.



# 空

## Vacío

Dicen que todo nació del vacío el día en que un pincel trazó en él la línea que separa el cielo y la tierra.

La poesía es el justo equilibrio de la tierra, el vacío y el cielo, y de su olvido nace el crimen.

Hay que viajar ligero, decía el antiguo poeta. ¡Cuántos lastres pesan sobre los humanos!  
¡Cuánto bien les traerían las brumas de Nanzen!

## Génesis 1800-1938

## Preámbulo

La práctica del relato es cosa extraña. La víspera de la gran batalla de esa era, en el sexto año de la guerra más letal jamás sufrida por elfos y humanos, en un cambio decisivo de los tiempos como sólo han existido dos en la historia de los humanos del Oeste, he de tomar un atajo para continuar mi relato. De la misma manera que la tierra nunca parece tan vasta como después de la marea, las historias y las fábulas necesitan el flujo y reflujo de los mares; entonces, en el punto de inversión de la dirección de las aguas, surge una simple concha que puede acoger ella sola en su seno la totalidad del cosmos. Esa concha es nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro sentimiento y nuestro saber, y a ella hemos de pedirle que nos ilumine en la noche.

He aquí, pues, hace algo menos de un siglo y medio, nuestra concha solitaria cuando se retira la gran marea de los reinos.

## A los vivos (1800)

Pocos elfos fueron en apariencia tan insignificantes como Petrus, y pocos destinos tan esplendorosos como el suyo. De hecho, hubiérase dicho en un principio que su suerte sería la de seguir siendo tan oscuro como las silvas y la honrada familia de ardillas que lo vio nacer. Al este de Katsura, los Bosques Oscuros formaban una región de montañas y forestas pobladas de pinos espinosos plantados en terraza, con ramas que coronaban troncos torturados, dibujando en ellos una suerte de sombrillas de una elegancia conmovedora. La naturaleza los engendró numerosos para después colocarlos uno a uno sobre la roca, eligiendo cada emplazamiento como el cofre de una alhaja. Después lo anegó todo en brumas, y ello daba como resultado, emergiendo de la nada, un paisaje de picos cubiertos de pinos semejantes a trazos de caligrafía. Los Bosques Oscuros estaban muy bien considerados por la comunidad élfica, que iba a admirar allí, bañados en la majestuosidad de las nieblas de altitud, la salida y la puesta de un sol que glorificaba cada rama y el perfil de cada hoja. Los elfos se contaban de una cima a otra la belleza del espectáculo, y Petrus había crecido entre esas auroras y esos crepúsculos, entre sus murmullos y su poesía. La línea de las crestas horadaba el espacio, y sobre el oro del cielo se dibujaba la curva de los pinos.

Son muchas las montañas que pueden engendrar dichas maravillas, pero ninguna hay que pueda compararse a éstas. El azar las había querido vertiginosamente altas y estrechas, y, dondequiera que se dirigiera la mirada, se veía un océano de nubes sobre el que se asentaba la masa afilada de los relieves. En algunos lugares, los árboles, engastados en un único pico saliente, tenían en la espuma del gran vacío una delicadeza de encaje. En otros era una cordillera entera la que se elevaba sobre el resto y ofrecía a la vista su sucesión de puntas. Pero lo que colmaba la mirada no era la repetición infinita de ondulaciones de cimas, sino el hecho de que dominaran una lechada vaporosa que nacía de las laderas antes de depositar en ellas el beso de un pino. Abismándose en el espectáculo en el que parecía haberse refugiado el misterio de la creación, uno no se encontraba sino a sí mismo; uno descubría ser la montaña misma en una tormenta que ponía el mundo boca abajo y volvía a dejarlo en el seno de su propia conciencia; y es lo que venían a buscar a los Bosques Oscuros los elfos de todas las provincias, recorriendo un largo camino para hallarse por la mañana en vertical sobre el misterio. Más tarde recordarían la roca dura, aquí lisa y amable, allá más afilada que la hoja de un cuchillo, y volverían a ver el paisaje de los Bosques

Oscuros, el terciopelo de las brumas y la belleza de los macizos como si se hubiera tratado de su propio paisaje interior.

Lógicamente, la provincia estaba habitada sobre todo por elfos ardillas, osos y águilas a los que no asustaban ni las pendientes escarpadas ni el vértigo de las alturas. Las aldeas parecían haber sido transportadas por el aire antes de ocupar su lugar sobre las altas mesetas; después, todo había quedado cubierto, y luego descubierto, y así hasta el infinito. Por ello, lo que era cierto del mundo de los elfos en su conjunto lo era allí cien veces más por el hecho de que esos colosales salientes lanzados hacia el cielo daban a las brumas unos valles no menos colosales que ocupaban gigantescas extensiones en las que no se veía la mano del elfo. Desde allí, sobre el pico Hiei,<sup>1</sup> cuando en el horizonte sólo se divisaban tres agujas flotando sobre el magma, y de pronto otras diez atravesaban la superficie, uno se sentía nacer por segunda vez. Las montañas, que nacían de la nada, estaban en suspenso por encima de esa ausencia; mediante la fuerza del vacío, el espíritu y la roca danzaban juntos en la cima de la existencia antes de volver a la nada de origen, y ese juego del escondite en el que se moría y se renacía sin cesar daba a la montaña la forma de conciencia que hasta entonces no había tenido.

En tal región había nacido y crecido Petrus, que aún no se hacía llamar así. Conservaba un afecto sincero por los parajes de montaña y las poesías de aurora. Arrullados por el cariño de los suyos y el favor de las grandes brumas, sus primeros decenios de vida habían conocido el embrujo y el amor en abundancia. Lejos del ruido y la furia del resto de la creación, los elfos ardillas constituían una casa tranquila. No escribían poesía, pero disfrutaban con gusto de la que componían los demás elfos y, aunque adoran la velocidad del vuelo, podían permanecer inmóviles mucho tiempo. Practicaban la frugalidad, pero sabían recibir con prodigalidad y, aunque estuvieran lejos de Katsura, nunca eran los últimos en responder a las llamadas del Consejo. A fin de cuentas, era como si la conformación de su tierra se les aplicara a ellos mismos: tan oscuros como sus bosques y tan nobles como sus montañas, vagaban en ella en paz entre cimas de árboles y de acantilados, y no conocían dilemas metafísicos ni deseos de horizontes desconocidos.

Pese a tan idílico paisaje, la juventud de Petrus había sido algo tormentosa. En el seno de su numerosa parentela era único, pues normalmente todos los elfos están hechos de idéntica manera: como humanos son hermosos y altivos, como caballos son nobles y de raza, su tercer animal es de proporciones ideales, pero hay que rendirse ante la evidencia de que nuestro héroe estaba bastante lejos de los estándares de la especie. Más bajo que sus hermanos, era asimismo más entrado en carnes, hasta el punto de que, de pequeño, le asomaba una barriguita que nunca se le había visto a ningún local, y, de año en año, los rasgos finos de sus semejantes en él tomaban asiento en un rostro bien redondo. Tenía, es cierto, los ojos más extraordinarios de los Bosques Oscuros, y su

madre había terminado por convencerse de que Petrus se resumía a un par de pupilas plateadas. En realidad, no eran sólo los ojos, sino la mirada lo que tenía tan hermoso, y el contraste entre el hocico redondeado y el brillo pensativo de sus ojos creaba en quienes lo trataban un apego irresistible, tanto es así que el único elfo de las brumas de aspecto ordinario tenía un don particular para granjearse el afecto de sus congéneres. Pero si lo seguían era tanto porque lo apreciaban como porque querían protegerlo en aventuras en las que no podía participar solo, pues corría el riesgo de dejarse la vida. Las brumas nunca habían conocido elfo más desmañado: había estado a punto de perder la cola al quedarle atrapada entre dos rocas, lo cual, que se recordara en los Bosques Oscuros, no había ocurrido nunca antes y le había valido el calvario de quedarse atascado en su esencia de ardilla hasta la curación total de su apéndice (y el calvario añadido de roer avellanas, que —otra rareza de su naturaleza— no le gustaban demasiado, y esta contrariedad superaba al dolor que sentía en su pobre cola comprimida). Hay que decir que sus liberadores, una vez disipado el temor de que estuviera herido de gravedad, apenas podían contener la risa mientras se afanaban en desplazar las rocas. Tres días antes, el mismo Petrus había estado a punto de matarse al dar un salto de ardilla justo cuando había decidido transformarse en caballo, y sólo había debido su salvación al grueso manto de agujas frescas en el que había aterrizado sin mucha gracia. Y, ya el colmo, de cuando en cuando y sin razón aparente tropezaba con su propia cola. ¡Tropezar con la cola! Para un elfo, esto era tan inimaginable como transformarse en un caldero. En resumen, de todo ello y sin apenas entender nada, habían sacado una conclusión manifiesta: Petrus iría de catástrofe en catástrofe, pero su buena estrella lo salvaría cada vez.

Naturalmente, su apariencia y su torpeza no eran sino la punta del iceberg. Lo que había más allá era la configuración de un espíritu que no era como los demás y al que las cuestiones de las montañas —el renacer perpetuo, los asombros fusionadores, etcétera— dejaban indiferente. La mañana de su primera centena, contemplando con desgana un destello de cimas pobladas de pinos lacados de jade, se dijo que le era imposible seguir viviendo por más tiempo en ese tedio sublime. Estaban con él sus compinches de siempre, una preciosa ardilla y un gran oso pardo, que tenían esa vivacidad elegante y poderosa de la que carecía Petrus, y éste, volviéndose hacia ellos, que estaban absortos en silencio admirando el paisaje, declaró:

—No aguanto más, tengo que marcharme.

—Y ¿adónde irías? —preguntó el oso, abandonando a su pesar el fastuoso panorama.

—A Katsura —contestó Petrus.

—No aguantarías vivo ni diez minutos de viaje —observó la otra ardilla—, y si sobrevives a tu propia mala suerte, te equivocarás de canal.

—Da igual donde vaya —se obstinó Petrus—. No quiero acabar como un pino viejo en su cumbre sin haber visto nada del mundo.

—Pero el mundo está en ti —objetó el oso—, en cada pino, en cada cumbre y en cada roca con los que te cruzas.

Petrus suspiró.

—Me aburro —dijo—, me muero de aburrimiento. Al próximo poema sobre el crepúsculo, me arrojo al vacío.

Se oyó a lo lejos una modulación de voz tan flexible como un bambú, tan cristalina como un río y que, en lengua de hombres, quería decir más o menos esto:

*Bosques Oscuros en friso de brumas*

*El pino, amigo mío*

*Murmura en el crepúsculo*

—Bueno —dijo el oso poniéndole la pata en el hombro a Petrus, que sujetándose la cabeza entre las manos la sacudía de lado a lado lúgubrementemente—, no te tortures así. Todo problema tiene solución.

La solución era la que Petrus había dicho. Tenía que marcharse. Rugía en él una llamada que el paso de la centena había hecho irreprimible, y al día siguiente abandonó los Bosques Oscuros en compañía de sus dos comparsas, a escondidas de su madre, que lo habría atado a un árbol, y sin tener ni la menor idea de lo que haría en Katsura.

—Iremos contigo hasta la capital —le dijeron sus amigos—, y luego volveremos aquí. No podemos soltarte en el mundo sin escolta, dónde se ha visto.

Si hubo alguna vez un viaje épico ciertamente fue ése. No cabe duda de que sin sus ángeles de la guarda —en los que se habrá reconocido a los futuros Paulus y Marcus—, Petrus se habría perdido y matado cien veces. Y es que a su distracción y su torpeza se añadía la fascinación del viaje. Nunca había respirado así; nunca, desde que los había abandonado, le habían sido tan queridos los Bosques Oscuros y nunca había descifrado tan bien su mensaje. El alejamiento actuaba como un revelador, desvelaba la escena que había contemplado en vano toda su vida y le confería sentido por la magia de la nostalgia. Volvía a ver el monte Hiei y su aguja lanzada hacia el cielo con un pellizco en el corazón tan delicioso como desgarrador, y se asombraba de que hubiera tenido que marcharse para sentir la plenitud de ser cada roca y cada espina de sus pinos en una amistad susurrante en la que se acariciaba el misterio de lo vivo. A los cuatro días de abandonar el territorio de los Bosques Oscuros, tuvo un momento de añoranza tan viva y tan dolorosa que se detuvo en mitad del camino, conmocionado al sentir el éxtasis de ese arrebató. Acababan de abordar la región de las Marcas del Sur, una breve llanura fría por encima de la cual las brumas se deslizaban como gaviotas sobre la orilla. Era la última etapa antes del primer canal, pues llegaban ya a los límites de la tierra y pronto tendrían que requerir los servicios del pasador. Habían rodeado durante mucho tiempo los abismos de brumas sobre los que descansaban las montañas, pero pronto ya no habría camino, y todos pensaban emocionados en su primer paso de esclusa. Nunca habían abandonado su hogar, y Paulus y Marcus tenían que reconocer que la aventura les gustaba. Petrus, sin embargo, se quedó plantado en medio del sendero, abrumado y

radiante, y tan ausente a cuanto había a su alrededor que habría pisado sin darse cuenta la lengua de un dragón.

El canal era uno de los más pequeños de las brumas, pues las Marcas del Sur y los Bosques Oscuros tenían la menor densidad de población de ese mundo. No obstante, cuando se divisaba el estuario, el espectáculo era prodigioso. La tierra negra se estiraba perezosamente entre sus franjas de niebla antes de encallar contra una montaña de brumas que se erguía hacia un cielo indefinidamente alto; ya no había referencias ni medida, sólo una intuición del infinito que hacía estallar las escalas visuales.

—Quién sabe lo que miramos —murmuró Petrus, que había salido del abismo de sus reflexiones para sumirse en el del canal, sin saber distinguir ya lo real de lo descabellado.

En la punta del estuario encontraron otros aspirantes a la travesía, que aguardaban bebiendo té en la posada. Allí, una pequeña elfa nutria de apenas veinte años servía a los viajeros. Petrus, que no tenía ninguna gana de beber, se desplomó sobre una silla y allí se quedó, sin tocar la taza, lo cual es una lástima, pues el té que se sirve en el estuario de las Marcas del Sur se prepara siguiendo un proceder particular con vistas a hacer más cómodo el periplo.

Por el momento todo estaba tranquilo. Se oía el trino de los pájaros, se admiraban las brumas veloces, las tierras negras y sus senderos de peregrinación. Instalados a la mesa, en perpendicular sobre el infinito, los viajeros conversaban entre ellos plácidamente. La vida osmótica de los elfos, su inmersión en la dimensión cosmológica del mundo hacen de ellos una especie que no conoce la solemnidad. Los hombres sólo recurren a ella porque, siendo pequeños en su día a día, en ciertas circunstancias han de elevarse por encima de sí mismos para alcanzar un nivel de alma inhabitual. Pero los elfos son grandes siempre, pues respetan en su corazón la presencia de la totalidad, por lo que no necesitan elevarse ni relajarse. Así, mientras esperaban a que se abriera el canal, cada cual bebía tranquilamente su té al pie de la desmesura. Las aberturas de la posada dejaban ver grandes porciones de laguna y de cielo mezclados como en tantos cuadros llenos de encanto, pero, como el tiempo era bueno esa tarde de final de otoño, todo el mundo se había quedado en la galería exterior para disfrutar de los esponsales de la tierra y el cielo.

El canal de las Marcas se abría dos veces al día, al despuntar el alba y hacia las cinco de la tarde, y unía la región con Hanase,<sup>2</sup> capital de la provincia de las Cenizas, en unas cuatro horas de lenta travesía. Desde allí hacía falta otra esclusa antes de llegar a Katsura. Un poco antes de las cinco, los viajeros vieron llegar al padre de la pequeña nutria, que era también el pasador. Su caballo, de manto incrustado de reflejos marinos, se transformaba en una nutria de impresionante envergadura. En cuanto a sus rasgos humanos, parecían haber cambiado de sustancia y, aun conservando su forma, haberse vuelto líquidos, iluminados por esa luz imprecisa que se encuentra



en la superficie del agua. ¿Sería por vivir en esas desoladas Marcas del Sur, donde la tierra se había tornado arena, y el cielo, mar? Su fisonomía representaba la inmersión esencial, la ola primigenia por la que ya no somos objetos, sino flujo. Quién sabe lo que miramos, volvió a pensar Petrus, rumiando su incapacidad de fundirse con la corriente de las brumas, que lo dejaba frustrado y triste, a la orilla del río donde retozaban sus congéneres.

—Hay que fastidiarse —murmuró.

El canal se abría ya. Recordemos que todo se regía desde Nanzen, y en Nanzen, desde el pabellón, y en el pabellón, mediante la armonía entre su guardián y las brumas. En esa época, dicho guardián era un elfo jabalí que acababa de cumplir cuatrocientos años de servicio y conocía íntimamente las corrientes de ese mundo. Todo se desarrolló, pues, con absoluta serenidad; el canal se abrió, las brumas que hasta ese momento subían al cielo se envolvieron en sí mismas y se deshicieron en una alfombra líquida en la que aparecieron unas barcazas amarradas a un pontón de madera; por fin todo se estabilizó, y cada cual, conectándose con las brumas, se puso en fila detrás del pasador. Absorto en sus cavilaciones metafísicas y en la pesarosa aflicción de sentirse excluido de la gran hermandad de los elfos, Petrus seguía el movimiento con atención distraída. Por añadidura, para comprender las maniobras de embarque habría tenido que beber el té de la posada. Por ello, desconocedor de ciertas consignas que los demás sí habían recibido, lo hizo todo al revés: en lugar de quedarse en el centro del pontón y, con la vista baja, ir en línea recta hasta su barcaza, se desvió ligeramente a la izquierda y, sin abandonar su humor sombrío, dirigió a las brumas una mirada agria.

Una fulgurante sensación de vértigo lo arrojó por encima del pontón. Sonó una tremenda zambullida que hizo volverse a todo el mundo, incluido el pasador, que se atragantó de incredulidad. Pero antes de que Paulus y Marcus pudieran decir una palabra e, instándolos a no moverse de donde estaban, el elfo lanzó a las brumas una llamada de auxilio.

—No tengáis miedo —les dijo.

Transcurrió un instante en el silencio más total. Protegiéndose del vértigo, los viajeros concentraban la mirada allí donde había desaparecido el desdichado. Al cabo de un buen rato, se vieron por fin remolinos en la superficie del paso, y Petrus se elevó despacio por encima de las brumas, atrapado en una red que sostenían con la boca cuatro delfines plateados. El contraste entre la expresión azorada de la ardilla, cuya cola atascada en un ojo de la nasa le impedía transformarse, y la elegancia sonriente de los grandes delfines era tan impactante que Paulus y Marcus renunciaron a seguir conteniendo una carcajada. Comprimido y maltrecho, el hocico del náufrago, atascado en la red, goteaba lastimosamente. Tenía el pelaje empapado y parecía una pobre criatura raída puesta a secar delante de la chimenea. Los delfines doblaron la red para poder auparlo sobre la madera firme, y, agotado y muerto de vergüenza, Petrus se desplomó sobre el pontón respirando como una turbina.

—En quinientos años de carrera nunca había visto algo así —comentó el pasador, que en su forma de nutria conservaba el mismo aire de estupefacción que mostraba de hombre en el momento de la caída.

—Sin embargo, lleva redes —observó Marcus.

—Son para el equipaje —contestó el pasador—, por si hay viento o sacudidas. Pero... ¡para un elfo!

Petrus seguía jadeando.

—Gracias, amigos —dijo a los delfines con un hilo de voz ronco.

Uno de ellos se acercó a él y, levantando su hocico plateado, lanzó al aire un arpegio agudo antes de desaparecer por donde había venido.

—Delfines de las brumas —murmuró Paulus—. Había oído hablar de ellos, pero verlos es otra historia.

—Hay en las brumas un gran pueblo —comentó el pasador—, entre el cual cuento a mis mejores amigos.

Y, dirigiéndose a Petrus, añadió:

—Quizá sean también su destino las amistades extrañas.

Petrus habría querido contestar, pero se le había quedado encajada una pata entre dos tablas del pontón y trataba de zafarse lo más discretamente posible, lo que lo llevaba en realidad a movimientos frenéticos que reavivaban las carcajadas de Paulus y Marcus. Por fin logró su propósito y, levantándose de un salto, arrancó sin querer una tabla milenaria.

El pasador lo miró anonadado.

—Bien —dijo al cabo de un momento—, vamos allá.

Marcus y Paulus escoltaron a su amigo empapado, y todo el mundo pudo subir a bordo. Eran seis por barcaza, con un total de cuatro embarcaciones. El pasador ocupaba la del trío, al que se había unido un par de elfos corzos. La bruma chapoteaba débilmente contra la quilla de los barcos, mientras Petrus recuperaba el aliento en la proa. Tras su caída, en los segundos que habían precedido la llegada de sus salvadores, no había sentido angustia. Las brumas del canal tenían la textura conjunta del aire y el agua, la resistencia de un líquido en el que se podía respirar, y esa trama acuosa y gaseosa avivó en él la conciencia de un tiempo en el que los vivos poblaban indiferentemente el mar y la tierra, en una vida ligera hecha de oxígeno, de sol y de agua.

—Habitamos la atmósfera —pensó mientras el pasador cerraba los ojos, dando inicio así a la travesía.

Suspiró, con la esperanza de un merecido descanso. Habría sido magnánimo, en efecto, que pudiera seguir absorto en sus consideraciones sobre las amistades extrañas y las fluideces cosmológicas. De la bruma brotaban iridiscencias grises dispuestas por un pintor delicado que hubiera dado un toque claro aquí y allá, una aguada en capas sucesivas de tinta oscura. Por

momentos, los flujos brumosos se elevaban de golpe hacia el cielo y se recogían allí en una nube deshinchada. Luego todo se iluminaba y, en la claridad que sigue a la tormenta, como si un pincel hubiera separado el mundo en dos, se veía dibujarse el trazo perfecto del horizonte. Normalmente, Petrus habría disfrutado con esas demostraciones de pintura cósmica, pues valoraba la belleza del universo aunque la considerara con una mirada distinta a la de sus pares: mientras que sus semejantes sólo deseaban la belleza en sí, él sentía que llamaba *a otra cosa*, pero no tenía ni la más remota idea de lo que podía ser esa otra cosa. Con frecuencia, cuando contemplaba las cimas de sus bosques moteados de sus inefables pinos, percibía en ellos un ondular que pugnaba por salir, vibraba ligeramente en el aire con cada poema de crepúsculo, pero se marchitaba después, a falta de esa semilla de la que carecían y de la que, era consciente, carecía él también. Y si bien había en la poesía algo de esa misteriosa turbación, la adecuación de los versos con un exterior del que se sentía irremediabilmente separado lo dejaba insatisfecho, privado de la herramienta que le habría permitido por fin *vivir* sus éxtasis.

Había creído, pues, que la travesía sería para él una pausa en la que podría volver a ser él mismo, y los primeros minutos habían parecido cumplir esa promesa. Pero hacía ya un rato que la barcaza se balanceaba mucho a su juicio; sobre todo sentía nacer una náusea que lo intranquilizaba.

—¿Tú también estás mareado? —le preguntó a Paulus en un susurro.

—No —contestó extrañado el elfo. Y consternado añadió—: No tendrás el mal de las brumas, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Petrus alarmado.

Paulus lo miró con asombro.

—El mal de las brumas. El mal de los transportes. ¿Has bebido el té de la posada? Normalmente, no deberías marearte.

—No, no lo he bebido —dijo Petrus muy inquieto ya—. No me apetecía.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus acercándose a ellos—, ¿por qué habláis en voz baja como si estuvierais conspirando?

—No se ha bebido el té —contestó Paulus con tono cansado—. No le apetecía.

Marcus miró a Petrus.

—No puedo creerlo —dijo por fin.

Y a medio camino entre la exasperación y la compasión:

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal —dijo Petrus, que no sabía qué lo mortificaba más, si la náusea o la perspectiva de que empeorara.

Como circunstancia agravante, unas horas antes, al abandonar sus pinos, de pronto adorados, se había atiborrado de paté de hierbas (que le encantaba) y de esas pequeñas bayas rojas y dulces que se encuentran en la orilla de las Marcas del Sur (que lo volvían loco). Después le había dado

un sueño espantoso, que le había hecho bastante desagradable la última parte del periplo. Ahora ya no se trataba de dormir, pues el paté, las bayas y otros restos más antiguos de compota de arándanos se disputaban el honor de salir los primeros de su estómago, mientras Petrus, mirando espantado a su alrededor, no veía lugar alguno susceptible de recibirlos.

—No irás a vomitar, ¿verdad? —le preguntó Marcus con un murmullo irritado.

—¿Te parece que tengo elección? —jadeó Petrus. Su pelaje había adquirido una interesante tonalidad verdosa.

—En la barca no, por favor —dijo Paulus.

—En las brumas, de ninguna manera —objetó Marcus, y suspiró de compasión y de cansancio—. Quítate la ropa —le dijo—, y haz en ella lo que tengas que hacer.

—¿En mi ropa? —preguntó Petrus indignado.

—Quédate de ardilla o de caballo, como prefieras, pero quítate la ropa y haz el menor ruido posible —contestó Marcus.

Petrus quiso replicar algo, pero pareció frenarse de golpe, por lo que sus compañeros comprendieron que había llegado el instante fatal. Transformado en hombre, se volvió en un gesto de pudor, y quitándose la ropa dejó al descubierto unas bonitas nalgas blancas y redondas moteadas de pecas antes de convertirse en ardilla. Lo que sigue quedará para siempre en los anales de las brumas, pues nadie había visto ni, sobre todo, oído nunca nada semejante. Los elfos rara vez vomitan, pues no cometen excesos perjudiciales para el equilibrio de sus organismos, por lo que el hecho en sí era ya bastante asombroso. Pero han de saber que, entre todos, las ardillas lo hacen sin delicadeza, por lo que los otros se volvieron con espanto tras el primer gorgoteo liberador.

—¿Qué ocurre? —preguntó el pasador mientras Petrus vomitaba con un estruendo apocalíptico.

—Sufre el mal de las brumas —contestó Paulus.

—Lo siento —hipó Petrus entre dos ráfagas de paté.

El pasador y los corzos se lo quedaron mirando estupefactos.

—¿No ha tomado el té de la posada? —preguntó el pasador.

Nadie contestó. Durante un momento pudo verse que el elfo juntaba una serie de indicios concordantes y, contemplando la escena, comprendía por fin que se trataba de un loco. En ese instante, Petrus se alivió con un último e interminable espasmo, y el pasador estalló en una carcajada que hizo vibrar la barcaza, destrozándoles el tímpano a los corzos. Recuperó paulatinamente la seriedad y, mirando a la ardilla que, muy pálida, se abrazaba a su ropa, dijo:

—Amigo mío, no me cabe duda de que el tuyo será un destino interesante.

Algo en lo que, ahora lo sabemos, no se equivocaba. Por el momento, sin embargo, el viaje se había tornado una pesadilla, y el estómago de Petrus, vacío como no lo había estado desde hacía varios decenios, ya sólo vomitaba un hilillo de bilis amarga y la vergüenza de haber manchado su ropa.

—No voy a matarte —le dijo Marcus—, no te mereces ese alivio.

Pero Petrus le lanzó una mirada tan patética que su amigo se ablandó un poco.

—Espero que al menos te sirva de lección —suspiró por fin.

Paulus, en cambio, se mostró mucho más positivo.

—Nunca había visto a uno de los nuestros vomitar —dijo con vivo interés—. Parece algo de verdad espantoso.

Y la travesía prosiguió con su lentitud acostumbrada, acunando a Petrus en su náusea. Los demás disfrutaban de la navegación de bruma. El pasador había cerrado los ojos, y, en acuerdo con Nanzen, las barcasas avanzaban sin sobresaltos. Era momento de oración, y cada elfo lo sabía sin que nadie se lo hubiera enseñado. Sumergidos en el vacío habitado de las brumas, en simbiosis con los vivos de ese mundo, convirtiéndose en el vapor que transmitía el mensaje y, más allá, transformándose en agua, aire, montañas, árboles y rocas, los pasajeros se sumían en la gratitud de la gran mezcla cósmica. Así se recitan aquellas de nuestras oraciones que no requieren liturgia y se cantan aquellos de nuestros himnos en los que no se trata de adorar, si rezar, como yo lo creo, significa amar la vida. La barcaza traspasaba las brumas, la vida se replegaba suavemente sobre sí misma, y cada cual se acurrucaba en los surcos del misterio de estar allí presente.

Y el periplo llegó a su fin. El canal empezó a cerrarse por detrás de las barcasas, y en la orilla apareció un pontón similar al de las Marcas del Sur.

—Saldrás el primero y avanzarás en línea recta —le dijo el pasador a Petrus cuando arribaron—. Aquí no hay delfines, sino buzos, y no les apetece lo más mínimo zambullirse justo cuando se cierra el paso.

Obedeciendo concienzudamente, Petrus se dirigió a rápidos saltitos hacia la orilla y se desplomó allí jadeando, antes de descubrir, sin respiración, dónde habían llegado.

Delante de ellos, Hanase se erguía en la cima de una prominencia de brumas tan densas que daban la impresión de impulsar a la ciudad hacia el cielo. En esa escena flotaban partículas grises que se elevaban de jardines de árboles y de piedras en los que se distinguían formas más pequeñas y redondas.

—Hanase —anunció el pasador.

Inmóviles en la orilla, todos callaban. Según la fórmula ritual, añadió:

—A los muertos la carga de los vivos.

Y se quedaron allí en silencio, honrando en su corazón a quienes los habían precedido.

*A los muertos la carga de los vivos*

*A los vivos las amistades extrañas*

## Libro de las oraciones

灰

Ceniza

La ceniza es el límite de la materia y el sueño, el mundo hecho visible en su casi evanescencia.

# 祈

## Oraciones

¿Es el Libro de las oraciones el más antiguo de todos? Algunos piensan que requiere la violencia previa de las batallas. Pero aquellos a quienes hablan las grandes nubes y la respiración de los árboles saben que el primer hálito es también la primera oración, pues nadie puede combatir sin acoger antes en sí las perlas del aire.

«Como un día que se desliza entre dos nubes de tinta, como una noche que suspira en las brumas ligeras», escribía el poeta. Ese descanso del mundo requiere del hálito para advenir a la vida: ese éxtasis por el cual los hombres salen de sí mismos, esa magia por la que el universo se invita en ellos es el texto literal de la primera oración. En ese trance impalpable, por los hálitos unidos en la atmósfera conjunta de los vivos y los muertos, conocen lo que, antes que ellos, sus padres combatieron y pintaron.



## Un lirio de Ryoan (1800)

Hanase, ciudad de las Cenizas, segundo santuario de las brumas.

—Creo recordar que el año que estudiamos los cuatro santuarios, tú roncabas al fondo del aula después de atiborrarte de grosellas —dijo Paulus.

—Ah, sí, los cuatro santuarios —dijo Petrus lidiando con un vago recuerdo anegado en digestión y siestas.

Se pusieron en camino. Anochecía y las luces se encendían en las faldas de la colina. Petrus, que sólo soñaba con una buena cama y algo de materia para llenarse el estómago, encontraba monótono el camino que iba en línea recta hasta la ciudad.

—Los cuatro santuarios —masculló quedándose dormido y tropezando con su cola.

Detrás de él, Marcus suspiró.

—Oh —repitió Petrus deteniéndose bruscamente—, los cuatro santuarios, Hanase, la ciudad de las Cenizas.

—Bravo —dijo Marcus, dándole un palmetazo.

—Quiero decir que ya lo recuerdo. Y eso que estoy casi seguro de que me dormí en esa clase —dijo Petrus, cautivado por el mecanismo que acababa de revelársele y empezando a sospechar que su torpeza y su distracción también podían ser rasgos de su genialidad.

Por el momento, en el angosto pasillo de tierra, las brumas vespertinas suspiraban al ritmo de circunvoluciones indolentes; aunque fuera casi noche cerrada y no se vieran árboles, el pasillo estaba bañado en esas dispersiones umbrosas de claridad que ofrecen las frondas cuando el tiempo es bueno, y esa ligereza de alas de libélula que caía de las ramas invisibles hacía resplandecer su marcha nocturna.

—Las transparencias del camino de Hanase son famosas —dijo el pasador, alcanzando a Petrus—, dicen que son más hermosas aún que las de Nanzen. Sea como fuere, ambas tienen en común la memoria de los orígenes.

—¿De los orígenes? —repitió Petrus, que estaba pensando en otra cosa.

Le dolía la cabeza, y todo volvía a estar enmarañado.

—La memoria de los árboles —dijo el pasador mirándolo con cierta perplejidad.

—¿Y eso qué relación tiene con los orígenes? —masculló Petrus por cortesía.

El pasador se detuvo en mitad del camino.

—¿Cómo que qué relación tiene con los orígenes? —preguntó.

—Perdón, estaba un poco ausente —dijo Petrus, que, arrancado de repente de sus

pensamientos, no entendía nada pero no quería líos.

El pasador reanudó la marcha.

—Algunos, hoy en día, olvidan los orígenes —dijo el elfo con enfado y tristeza—, esto no va a terminar bien.

—¿Podrías hacer el favor de cerrar la boca hasta mañana? —murmuró Marcus.

—Estaba pensando en otra cosa —contestó Petrus—, tengo la mente confusa y el estómago vacío.

—Está pensando en comer —dijo Marcus volviéndose hacia Paulus.

—Por otra parte —prosiguió Petrus—, en los Bosques Oscuros ya he tenido mi cupo de memoria de los árboles, murmullo de los pinos y respiración del mundo, no quiero más de eso aquí.

Paulus le pegó una colleja.

—Cierra el hocico —le dijo—, no quiero oírte blasfemar.

Petrus se frotó el cuero cabelludo con un ademán de reproche.

—Bueno, y ¿qué es esa ciudad de los muertos? Si me lo dijeran, igual me callaba.

Paulus suspiró y, recorriendo la hilera de caminantes, alcanzó al pasador.

—¿Puede indicarnos una casa de té abierta a estas horas? —le preguntó.

—Yo los llevo —dijo el pasador, lanzándole una ojeada afligida a Petrus—. También podrán hacer noche allí.

Pero, tras un breve silencio, esbozó una sonrisa de oreja a oreja en su fisonomía de nutria sedosa.

—Desde luego, con su amigo no hay quien se aburra —dijo.

Pronto llegaron a las puertas de Hanase. Las calles eran estrechas, y mientras subían hacia la cima de la colina bordeaban grandes jardines de donde salían los copos grises que envolvían la ciudad. Reinaba la oscuridad en esos recintos donde apenas se distinguían las formas de árboles o piedras, y otras, más redondeadas, de las que parecían volar las lentejuelas cenicientas. Petrus, que había olvidado el hambre y el dolor de cabeza, seguía a sus compañeros en silencio, impresionado por el ambiente insólito de la ciudad. Se cruzaron con una multitud de elfos que deambulaban en el halo de las partículas algodonosas, rodeando hermosas casas con galerías de madera amuebladas con mesas bajas y cómodos cojines.

—Casas de peregrinación —le dijo el pasador a Paulus, señalándole una—. Podrían dormir en una de ellas. Pero creo que su amigo necesita una experiencia más fuerte.

En lo alto de la ciudad se detuvieron ante una vivienda sumida en la oscuridad. En una tabla de madera, a la derecha de la entrada, sólo se leía el signo del té.

—La casa de té más antigua de Hanase —dijo el pasador.

—Espero que tengan sitio —dijo Marcus—. Estoy molido.

—Nanzen manda sobre los flujos del té —dijo el pasador—, siempre hay sitio.

Se inclinó amablemente.

—Los dejo —se despidió.

Y, con un tono medio burlón, medio amable, le dijo a Petrus:

—Buena suerte, amigo.

Una vez solos, los tres compinches se miraron.

—¿Hay que llamar a la puerta? —preguntó Paulus.

—¿Quieres cantar una serenata? —replicó Petrus con hosquedad.

Volvía a tener hambre y dolor de cabeza. Levantando la mano, se dispuso a llamar.

La puerta se abrió sin ruido antes de que terminara el gesto, desvelando un vestíbulo que olía a sotobosque y a lirios. Sobre el suelo de tierra batida, tres grandes piedras planas, recién lavadas con agua clara, los invitaban a adentrarse en la penumbra. Al fondo del recibidor, un entarimado sobreelevado llevaba a una abertura sin puerta, adornada con una cortina corta donde estaba impreso el signo del té. Estaba caligrafiado con un estilo cuyo nombre nuestros amigos ignoraban, pero que yo puedo decirles, si lo desean, porque es importante para la belleza del momento: trazado con el estilo de las malas hierbas, el signo del té los invitaba a entrar. Bajo sus pies desnudos, el agua formaba como el vado de un río. A la derecha, en una alcoba, un palito de incienso declinaba su fragancia a corriente y a mantillo, a la que debían el velo de lirios y de musgo que los envolvía.

—Me encanta el lirio —dijo Petrus (que no era sólo sensible al buen comer, sino también a los aromas).

Se sentaron en el borde del entarimado y esperaron a que se les secaran las plantas de los pies. A continuación se dirigieron a la abertura e, inclinándose, pasaron por debajo de la cortina.

Delante de ellos se extendía un largo pasillo; a cada lado había puertas correderas cerradas; alrededor se oía el ruido sordo y tenue de la lluvia sobre las piedras, aunque dentro del edificio estaban a cubierto, y de la tormenta sólo les llegaba el sonido. Sin embargo, al insinuarse en los recovecos de su corazón, la melodía queda les daba ganas de llorar. Recorrieron el pasillo hasta otra abertura tapada por una cortina donde se veía el mismo signo impreso. Más allá sólo había oscuridad. Agachándose el primero, Paulus pasó por debajo de la tela, y Marcus y Petrus lo oyeron exclamar desde muy lejos.

—Qué te apuestas a que al otro lado hay un vórtice sin fin —masculló Petrus.

—Me sorprende que conozcas ese término —dijo Marcus.

Detrás de la cortina había un umbral oscuro donde Petrus sintió que sus sentidos se ponían en alerta, y entonces se les desveló la escena que había suscitado la exclamación de Paulus.

Se encontraban sobre un estrado que dominaba un jardín. La luna lo iluminaba por completo, asistida por faroles de piedra que contenían antorchas encendidas. A ras del suelo de madera los esperaban tres cuencos de barro. Más allá se extendía el jardín. Un curso de agua describía meandros hasta un estanque donde se reflejaba el cielo negro y, sobre las aguas inmóviles, las azaleas desnudas de invierno, con las ramas desplegadas en orden de batalla, ofrecían a la vista más alegría aún que la liberalidad estival de sus flores. Rodeaba el estanque una playa surcada de líneas paralelas. Aquí y allá se veían las hojas de un bambú sagrado que asomaba por encima de los surcos de arena; en otra parte, tres piedras abombadas ponían las comas del texto arenoso. Más lejos, la luna, que hacía brillar las frondas de los arces, goteaba trenzas de luz. Pero el jardín, pese a ser muy hermoso, no debía su sustancia a sus elementos de naturaleza: en la punta del estanque, una fuente de bronce arrojaba al crepúsculo sus cenizas ligeras; volaban hacia el éter como mariposas nocturnas, desde el fondo de la copa subían despacio hacia el cielo.

—Es una urna funeraria —murmuró Petrus.

—Es una urna funeraria —dijo una voz femenina que les hizo volverse como un solo elfo hacia una yegua de nieve que les sonreía amablemente.

Se transformó en una liebre cuyo pelaje, tomando el brillo de la luna, se irisó con destellos plateados. Cuando por fin se metamorfoseó en mujer, no pudieron apartar los ojos de su rostro intemporal, tan delicadamente nacarado que parecía espolvoreado de nube clara, y esa belleza eterna y la textura exquisita de su piel le evocaron a Petrus un mundo desconocido y grandioso.

—El pasador nos ha pedido que los acojamos esta noche —dijo.

Y dirigiéndose a Petrus:

—Si es tan amable de darme su ropa, se la lavaremos.

Se le ruborizó el pelaje.

—Beberá el té más cómodo en forma humana —le dijo ella.

Y añadió:

—Parece que ha impresionado usted al pasador.

Mortificado, Petrus le entregó su ropa manchada, y la mujer desapareció detrás de la cortina.

Paulus y Marcus lo miraron con sorna.

—Limpieza de lujo —dijo Paulus burlón.

—Le has encasquetado tu vómito a la criatura más hermosa del universo —observó Marcus.

—No lo he hecho a propósito —dijo Petrus lastimeramente.

—Peor me lo pones —dijo Paulus—, eso quiere decir que volverás a hacerlo.

Contemplaron el jardín en silencio. El arroyo, en cuyo lecho habían dispuesto las piedras para crear la melodía más bella, arrullaba la escena con su música concertada. Ese tipo de actividad siempre había aburrido a Petrus tanto como las caligrafías de té y los adornos florales que formaban parte, con la alfarería y el canto, de la educación de los jóvenes elfos durante un número inverosímil de años. Sentía un hormigueo en las piernas cuando se enfrentaba a las lecciones artísticas, y su único consuelo era codearse con las flores, que eran su pasión. La mayor parte del

tiempo, por desgracia, había que contentarse con contemplar una desdichada peonía que se marchitaba sobre su tallo antes de plantarla en un jarrón bajo el poema de té. Pero, cada vez que abordaba el ejercicio, es decir, que farfullaba cualquier cosa en el panel floral, el profesor adoptaba un aire afligido y, sacudiendo la cabeza, mascullaba una vaga disculpa antes de arrancarle la flor de las manos.

—Has puesto un tulipán blanco bajo una oda a tres camelias escarlatas —le decía Paulus—. ¿Ni siquiera puedes hacer el esfuerzo de leer el poema?

—Ojalá pudieran comerse —contestaba Petrus con un suspiro.

Pero de vez en cuando mordisqueaba alguna a escondidas, pues no sólo le volvía loco el perfume de las flores, sino también su sabor, y conocía todas las que eran comestibles. Reparen, por favor, en el alcance de la extravagancia de Petrus: los elfos comen pocas flores u hojas y, por supuesto, no prueban bocado de proveniencia animal, pues las primeras constituyen la fuente de la vida, y los segundos son hermanos para ellos; así, darse un festín de esa índole equivaldría a devorar lo que los hace existir o, peor aún, devorarse a sí mismos, por lo que Petrus ponía siempre mucho celo en ocultarse bien cuando daba rienda suelta a su vicio. El trébol, la violeta y la capuchina formaban su trío predilecto, pero tampoco hacía ascos a las gavanzas, plantadas en abundancia alrededor de la casa familiar porque para su madre no había nada más refinado que sus corolas frágiles sobre espinas negras. Como Petrus temía a su madre más que a cualquier otra potencia secular en el mundo, redoblaba las precauciones cuando saqueaba los arbustos. De hecho, nunca lo descubrieron, pues aunque torpe en los asuntos que no le interesaban, era sin embargo más astuto y furtivo que un sioux cuando algo despertaba su deseo.

Esta vez Petrus era sensible al encanto del arroyo. La noche se hacía más densa, y algo en él se ralentizaba. Un copo vino a posarse sobre su pata, y lo consideró con curiosidad.

—Nadie sabe a quién miramos —dijo la elfa liebre, sobresaltándolo.

Él siguió observando la ceniza, tan ligera y poderosa en su casi inmaterialidad.

—¿Son nuestros muertos? —preguntó.

Ella le devolvió su ropa.

—Son nuestros muertos —contestó.

No sin renuencia, Petrus dejó que la ceniza saliera volando y cogió su ropa, con la que se cubrió justo en el instante en que se transformaba en hombre.

—Es usted una alta-elfa —dijo Marcus—. Es la primera vez que conocemos a una representante de su casa.

Ella les indicó con un gesto que tomaran asiento ante los tres cuencos vacíos. Una alta-elfa, pensaba Petrus, por eso lleva en los hombros esa carga invisible y, alrededor, ese perfume a mundo oculto. Quizá sea eso lo que busco.

—No es eso lo que busca —dijo la elfa—. Su destino está en otra parte, pero no sé verlo.

Últimamente ocurren en las brumas cosas inhabituales, y nos hemos vuelto más atentos a las circunstancias insólitas. Quizá sea usted una de las piezas del extraño puzzle que está tomando forma.

Paulus y Marcus adoptaron la expresión de quien quisiera ser descortés pero su buena educación se lo prohíbe, y el propio Petrus, aunque halagado, parecía dubitativo.

—¿El puzzle? —preguntó, no obstante, con amabilidad.

—El Consejo emitió ayer un nuevo aviso de alerta sobre varias provincias donde las brumas conocen dificultades —dijo la elfa.

—¿Ello concierne a Hanase? —preguntó Petrus.

—Como habrán podido observar desde la esclusa, nuestras brumas están intactas —contestó ella.

Se le ensombreció el semblante.

—El día en que se vean afectadas, podremos decir adiós a este mundo.

Hizo un gesto elegante con la mano derecha.

—Pero éstos no son sino pensamientos fugaces de la noche.

Vieron que los cuencos se habían llenado de un té dorado que espejeaba como los lados de bronce de la fuente.

—Que alguno de ustedes elija una flor y recite un poema —los invitó.

Marcus miró a Petrus con aire burlón.

—¿Querría el señor Puzzle hacer honor a su pasado estudioso? —preguntó.

Curiosamente, el señor Puzzle quería. Ya fuera por lo extraño de la situación, el hambre que tenía o el roce del copo de ceniza, le parecía que la inanidad de sus años de estudio se estrellaba contra los acantilados del instante, extrayendo de su ganga una trémula corola.

—Quisiera un lirio —dijo.

Tendido entre los cuencos apareció un lirio, más pequeño que los que suelen verse en sus jardines, con pétalos blancos moteados de azul pálido, corazón violeta y estambres de color naranja.

—Un lirio de Ryoan —dijo ella—. Se encuentran sobre todo en la provincia de las Brumas Oscuras, pero también los hay en menor medida aquí. En la tradición de los mundos, los lirios son los mensajeros, la flor del anuncio.

—¿La tradición de los mundos? —preguntó Petrus—. ¿De qué mundos?

—El mundo de los elfos y el mundo de los hombres —dijo ella—. He estudiado la simbología humana de las flores, y es similar a la nuestra.

—¿Conoce el mundo de los hombres? —preguntó Petrus.

—No —contestó ella—, sólo se puede ver desde Nanzen, pero en tiempos pertencí a la comunidad de los jardineros del Consejo. En mis ratos libres iba a la biblioteca a leer libros que hablaban de humanos y de flores.

—¿Los hombres existen de verdad? —preguntó Marcus—. ¿No es una leyenda?

—¿Una leyenda? —dijo ella extrañada.

—Resulta difícil creer en la existencia de lo que sólo se concibe con el pensamiento —dijo Marcus.

—La existencia no es un dato variable —dijo ella—. La realidad es el lugar donde advienen y se unen el hambre y la fe, la vida y la muerte, el sueño y las flores. Un árbol, un elfo, una nota de música, una quimera engendrada por la noche; todo existe, procede de la misma materia y se despliega en el seno del mismo universo.

Calló, y de pronto a Petrus se le ocurrió un poema que recitó a los presentes.

*El mandato y el reino  
En el corazón de una anciana  
Un lirio de Ryoan*

Paulus y Marcus lo miraron estupefactos, pero su anfitriona cerró los ojos y meditó un instante.

—No puedo ver todo lo que convoca su poema —dijo—. Hay vivos, muertos y amistades extrañas.

—He visto... he visto imágenes raras —dijo Petrus.

Trató de asir una que se escabullía como el agua.

—Había un rumor de otro mundo —murmuró turbado.

Ella lo miró pensativa. Al cabo de un momento, hizo el gesto ritual de invitación llevando al suelo las manos unidas por las puntas de los dedos e inclinando el rostro hacia ellas. La saludaron, inclinando a su vez la cabeza y alzando los cuencos al cielo. A continuación bebieron. La luna resplandeció y arrojó a través de las cenizas un destello plateado. El té tenía un sabor a arcilla y a tiza que se transformaba en polvo y tierra.

—Nunca he bebido nada parecido —dijo Paulus.

—Este té tiene mil años —dijo ella.

—¿Mil años? —preguntó Marcus con un hilo de voz—. ¿A qué debemos este honor?

—Al pasador y a Nanzen —contestó ella.

—No sabía que un simple pasador podía pedirle a Nanzen que sirva un té de mil años a tres viajeros desconocidos —dijo Paulus.

—¿Un simple pasador? El canal que une las Marcas con las Cenizas es uno de los más antiguos de este mundo —dijo ella—, y siempre son elfos notables los responsables. Además, las nutrias constituyen una casa baja singular que engendra caracteres que se cuentan entre los más extraordinarios de las brumas.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Petrus.

—Si tienen a bien beber de nuevo —contestó ella—, lo entenderán.

Tomaron otro sorbo. Desde que Paulus y Marcus, que seguían bajo los efectos del té de las Marcas, habían desembarcado en las orillas de Hanase oían a su alrededor el rumor lejano de los muertos, al que se unía la efervescencia de los vivos. Abriéndose camino hasta estratos de

empatía desconocidos, el primer sorbo de té de mil años había transformado el eco sordo en un débil clamor que el segundo sorbo convertía ahora en tumulto sinfónico. Para Petrus, en cambio, que se había terminado la última cantimplora de los Bosques Oscuros mucho antes de la esclusa de la partida y, por consiguiente, no captaba gran cosa de las brumas desde hacía un buen puñado de horas, el primer sorbo no había hecho milagros, pero el impacto del segundo había sido tan intenso que había dado gracias al cielo de tener el estómago vacío. Tienen que entender de qué manera resuena la voz de los muertos de Hanase. Su canto no trae ningún mensaje, no son más que cenizas mezcladas con la atmósfera, y esa nieve en la que se han diluido las vidas pasadas transforma la realidad en una música indistinta, una melopea flotante que se adentra en cada elfo tanto como éste se introduce en ella, funde los límites de su ser para dilatarlo más allá de lo visible y metamorfosea el mundo en un medio fluido en el que evolucionan juntos los vivos y los muertos.

—Me siento como si nadara —alcanzó a decir por fin Petrus, aferrándose a su cuenco.

—Es el mensaje de las cenizas —dijo la elfa—. Nos mezclamos todos en una misma atmósfera. Su náusea viene de que ha pasado sin transición de la conciencia de las fronteras a la intuición de la mezcla.

—¿De ahí viene la sensación de inmersión? —preguntó Petrus.

—Todo entra siempre en contacto con todo mediante la inmersión en la materia vaporosa. Gracias a ella podemos mezclarnos y transformarnos sin perdernos, gracias a ella también se mezclan la vida y la muerte. El té de mil años sólo les ha hecho más perceptible esa fluidez.

Pasado un instante, añadió:

—Las nutrias navegan en la frontera entre la tierra y el agua, y viven en el seno de la memoria de la comunión.

La visión de un viejo rostro surcado de arrugas cruzó la mente de Petrus y desapareció.

—¿Los humanos tienen la misma apariencia que nosotros? —preguntó—. Creo que he visto en mi mente a la anciana del poema.

—Yo también la he visto —dijo ella—. Desde luego parece estar condenado a tener encuentros extraños.

—No es más que una visión —dijo Petrus.

Ella no dijo nada.

—¿El camino de la esclusa ha conservado la memoria de árboles desaparecidos? —preguntó Paulus.

—De entre todos los seres vivos, los árboles son aquellos que mejor encarnan la realidad de las mutaciones —dijo ella—. Son los vectores inmóviles del génesis y de la transformación de todas las cosas. Las transparencias del camino están hechas de la presencia invisible de árboles muertos desde hace tiempo que, como las cenizas, viven aún en nosotros bajo otra forma.

Meditaron un momento esa transparencia más allá de la muerte.

—¿Qué significa *estar con* si ya no se tiene conciencia? —preguntó Paulus.



—Lo que somos antes de nacer y después de morir —dijo ella—. Una promesa y un recuerdo.

—Para los vivos —dijo él.

—Para los vivos —confirmó ella—. Los que han pasado son miembros por completo del gran pueblo que se nos confía, y la obligación de responder a su llamada es lo que llamamos la vida de los muertos.

—¿Es eso lo que hacen los altos-elfos? —preguntó Petrus—. ¿Contestar a esa llamada?

—Algunos nacen para asumir la carga de los demás seres —dijo ella—. Ése es nuestro reino y nuestro mandato, el ministerio que da vida a las potencias de la muerte, a su territorio y a su legado. Esa eternidad y esa responsabilidad les incumben de ahora en adelante porque hoy han bebido el té de mil años.

El jardín resplandeció con destellos de luna. La sensación de inmersión se intensificaba. Bebieron un tercer y último sorbo de té. Pese a que no era muy dado a las efusiones metafísicas, Petrus se abandonaba a la paz de la mezcla de la que había hablado la elfa, preguntándose de dónde venía el que las cenizas tuvieran que transitar por esas urnas sin fondo. En las celebraciones funerarias se quemaba el cuerpo de los elfos difuntos, pero él nunca había tenido conocimiento de que luego se trasladaran a Hanase. Se arrojaban desde lo alto del pico preferido del muerto y desaparecían de la vista para siempre.

—Nada desaparece para siempre —dijo su anfitriona—. Las brumas trasladan las cenizas hasta aquí. Las urnas sin fondo son la huella de esa eternidad que han recorrido antes de volver a mezclarse en el tiempo de los vivos.

—Entonces ¿los muertos están vivos? —preguntó Paulus.

—No, qué va —dijo ella riendo—, están muertos.

Petrus sonrió. No cabía duda de que el viaje estaba mejorando. Ya no tenía náuseas, y el impacto del segundo sorbo de té se disolvía en el tercero. Flotaba indolentemente y oía el tumulto de los muertos sin reparar más en él que en los poemas de crepúsculo de sus Bosques. El hecho de que ella se hubiera reído de la idea de que los muertos pudieran estar vivos lo reafirmaba en su indiferencia por las efusiones místicas. Sin embargo, oigo mejor el canto de los muertos de lo que siento la presencia de los vivos, pensó.

La joven se levantó.

—Sus lechos están listos —anunció.

Pero, antes de despedirse, le dijo a Petrus:

—Una vez en Katsura, vaya a la biblioteca del Consejo y preséntese allí como amigo de Las Malas Hierbas.

—¿De Las Malas Hierbas? —repitió él sorprendido.

—Es el nombre de nuestro establecimiento —dijo ella.

Los tres amigos hicieron una profunda inclinación, pues no encontraban nada que decir que

estuviera a la altura de lo que acababan de vivir.

—Espero que pueda disculpar nuestra tosquedad, no sabemos cómo darle las gracias —dijo finalmente Marcus.

—Sólo ahora empieza la verdadera experiencia —dijo ella.

Señaló con la mano el fondo del jardín.

—Sus aposentos están al otro lado.

Dicho esto, se marchó.

Se quedaron un momento callados contemplando la escena. Una nube cubría parte de la luna, y los ritmos del mundo se habían sosegado. Las cenizas se elevaban hacia el cielo en perezosos remolinos, la melodía del arroyo languidecía, la luz sobre las hojas de los arces había dejado de espejear. En cuanto al canto de los muertos, había tomado otra amplitud, más baja y más grave. Qué paz de repente, pensó Petrus, y sintió que lo envolvían los espíritus del reposo.

—¿Vamos? —preguntó Paulus.

No había camino visible hacia el otro lado del jardín, y tuvieron que resolverse a pisar la arena. Pero aunque tuvieran la sensación de hundirse en ella, sus pasos no alteraban las líneas. A medida que avanzaban, la distancia parecía duplicarse, y los arces de alrededor, retroceder y crecer. Sobre todo había en el jardín una atmósfera distinta, más aguzada, que confería claridad a las ideas. La percepción había ganado en agudeza, y la travesía del recinto se tornaba periplo. Pero un periplo ¿hacia qué?, se preguntó Petrus. O ¿hacia quién?

De pronto supo que caminaba hacia alguien, que cada paso lo acercaba a ese encuentro, y que había ido allí sólo para eso.

Por fin llegaron al fondo del jardín. Al otro lado de la hilera de arces, apoyado sobre unos pilotes clavados en un agua negra, un estrado de madera los aguardaba para la noche. Conforme se aproximaban, los sonidos del jardín se fueron desvaneciendo, y sintieron que se adentraban en una burbuja de silencio. Después, a su espalda, el jardín se desvaneció también, y se hallaron en una isla iluminada por la luna, perdida en el centro de una laguna oscura. No había ni un soplo de aire; en afinidad con los ritmos de la tierra, las estrellas se retenían de centellear. Armándose de valor, subieron los peldaños; en el suelo del estrado, una onda de río invisible les envolvió los tobillos.

No obstante, sólo tenían ojos para los colchones dispuestos para la comodidad de la noche. Gruesos y mullidos a la vista, eran de cenizas movedizas.

—¿Colchones de cenizas? —murmuró Paulus.

—Noche de los muertos —se oyó contestar Petrus, justo cuando un cansancio enorme se abatía sobre los tres.

A ver si llego al colchón, pensó, antes de avanzar un paso y desplomarse sobre su lecho de

polvo.

Fue una noche extraña, caminaba en sueños por un sendero bordeado de grandes árboles, sabiendo que hollaba la tierra de los humanos. Tal vez porque la luz era distinta o porque había en ese bosque como un desaliño —cierta fantasía en las arboledas y los caminos, como si los hubieran podado y trazado al azar—, el caso es que se sentía una presencia cuya indolencia le gustaba. El sendero llevaba a la linde del bosque, y Petrus desembocó delante de un paisaje de verdes colinas. A lo lejos, dos laguitos resplandecientes; alrededor, viñas que se fundían con el paisaje; más abajo, en un vallecillo, una aldea. De los tejados puntiagudos y rojizos de las casas de piedra se elevaban finas líneas de humo; por la ternura de la vegetación debía de ser primavera; las flores asomaban entre la tierra recién removida de los parterres. Crecían en abundancia esos eléboros de color púrpura con vetas que tanto gustan a los elfos al final del invierno, pero también junquillos, tulipanes recién abiertos, crujientes como tortas, y muscari salpicado de azafrán y de ciclámenes. Sobre esas amables alfombras, unos grandes lirios formaban los batallones encargados de la vigilancia del jardín. Sus pétalos inferiores se pavoneaban en una curva colgante que dibujaba un semblante de mejillas aterciopeladas de las que salía una lengua barbuda. Eran más altos y más complejos que los de Ryoan, con un toque de marcialidad algo ridícula, pero emanaban la misma fragancia de anuncio y mensaje que hacía de los arriates depositarios de un secreto. Ahí cultivan los vegetales que madurarán en verano, pensó Petrus, y se percibe el aroma de los simples que perfuman y curan. Al cabo de un instante, añadió: es un sueño, pero todo es verdad, y puedo avanzar sin temor a despertarme. Se puso en camino hacia la aldea. Una nubecita deshinchada cruzó el azul del cielo, y se levantó algo de brisa. Acariciaba sus fosas nasales con el perfume de los tulipanes mezclado con una nota de melisa; el sendero serpenteaba entre los árboles primaverales y se embriagaba con esa naturaleza insólita. Aquí todo es posible, se dijo. Al llegar a la altura de las primeras casas, pensó: esta campiña es mi paisaje.

Entonces todo se difuminó, pues la anciana del poema de té avanzaba a su encuentro con los brazos cargados de flores silvestres; sonreía en la luz primaveral, y Petrus se deleitaba mirando a la mujer de rostro apergaminado bajo la cofia con lazos de color nomeolvides. Las flores de borraja respondían a la alegría azulada de éstas, y tenía su fisonomía un vivo encanto no exento de picardía. Lo adelantó sin verlo, y Petrus se puso a seguirla. Poco después aflojó el paso delante de una hilera de lirios rosa y entró en el patio de una granja. Echó una ojeada a su espalda, subió la escalinata y desapareció en el interior. Petrus se quedó un momento donde estaba, petrificado. Por esa mirada por él solo percibida se transfiguraba la realidad en una sucesión de escenas bañadas en una luz irreal. Ahora ya sabía que la vieja campesina había traído al mundo a una hija, y esta hija a otra que, en el futuro, traería al mundo a otra a su vez, hasta que ese linaje de mujeres

se terminara, en la quinta generación, con la venida de un hijo muy amado. Sabía que la última de ese linaje conocería por su antepasada la ciencia de los simples, y que el encuentro verdadero sería el de la última descendiente que aún estaba por nacer. Entonces el teatro de los mundos se le reveló. Unos gigantescos frentes cubrían un continente entero, incesantes penachos de humo se elevaban hacia el cielo, los ejércitos se reunían bajo un cielo de tormenta, y el hijo muy amado moría en un campo cubierto de cadáveres. Permaneció un momento contemplando horrorizado ese apocalipsis rugiente hasta que, sin previo aviso, el decorado se transformó. Era un apacible atardecer veraniego, habían colocado en el jardín unas mesas decoradas con los grandes lirios de junio, y una voz femenina decía: «Las hermosas tardes de San Juan» y, tras un silencio: «Ve, hijo mío, y que sepas por toda la eternidad lo mucho que te amamos». ¿Cómo es que entiendo su lengua?, se preguntó Petrus y, justo en ese momento, despertó. Se llevó una mano al corazón. Todo está en el sueño, pensó, el paisaje, el amor y la guerra. Recordó las palabras de la elfa liebre —«El día en que las brumas de Hanase se vean afectadas, podremos decir adiós a este mundo»— y lo embargó el presentimiento de que se avecinaba un desastre. Vamos, se dijo, estoy divagando. Pero antes de que se desvanecieran los últimos vestigios del sueño, pensó: Aquí están el éxtasis y lo trágico bajo una cofia con lazos. Luego despertó del todo.

Creían haber descansado en colchones de ceniza sobre unas aguas negras, pero habían dormido sobre capas de hierba fresca a ras de suelo del primer estrado. Llovía, y el jardín resplandecía. Lo que la lluvia le hace al jardín, pensó Petrus, en el mundo pasa, pero aquí concentra el universo. Abandonándose a la música del agua acariciando el agua, se alegró de ese encuentro líquido en el que se borraba el tiempo ordinario de los vivos.

—Tenemos que irnos —dijo Marcus—, va a abrirse el primer canal para Katsura.

Se levantaron y se miraron.

—¿Todos habéis soñado con grandes cosas? —preguntó Paulus.

Los otros dos asintieron con la cabeza.

—Será mejor que nos pongamos en camino —dijo Petrus—, tengo hambre y quiero beber todo el té posible antes de irnos.

De pronto tenía prisa por proseguir viaje y, mirando el estanque por última vez, se dijo: Todo comienza. Recorrieron en sentido contrario el pasillo de la víspera, volvieron a cruzar el vestíbulo que olía a lirios y salieron a la calle bajo un sol resplandeciente. No había ni rastro de la lluvia tibia y melancólica del jardín. A su alrededor revoloteaban las cenizas que la claridad matinal ribeteaba de luz. Conforme bajaban hacia la esclusa, la multitud se iba haciendo más compacta, y por fin llegaron al gran canal que llevaba a Katsura. Cuando se abrió ante ellos, grandioso y gigantesco, surgió un centenar de barcas.

—Llegamos con retraso —dijo Petrus antes de precipitarse al interior de la posada donde los esperaba un batallón de teteras humeantes.

Bebió largos sorbos de un té negro con sabor a castaña antes de zamparse una bandeja de tartaletas que chorreaban miel. Paulus y Marcus, que se habían reunido con él a un ritmo más pausado, comieron con mesura unos bocados de milhojas de calabaza, tras lo cual salieron y se unieron a las personas que hacían cola en el pontón.

Las barcazas podían acoger a una docena de viajeros, pero al embarcar con calma en la última se hallaron a solas con dos elfos jabalíes acompañados de uno de sus jabatos. Petrus seguía al pie de la letra las instrucciones de los pasadores —nutrias, castores y gaviotas— que vigilaban las maniobras con atención. Con la satisfacción del deber cumplido, se desplomó en el lugar que le habían asignado.

Entonces las barcazas se pusieron en movimiento sobre la bruma líquida, y los tres elfos partieron, sin saber que viajaban en compañía de sus muertos.

*Hermanos, no olvidéis el mandato y el reino  
Hijos, en el corazón de una anciana un lirio de Ryoan*

Libro de las oraciones

# 死者

## Muertos

Los elfos oyen a sus muertos sin embajadas, pues acogen mediante el té y las brumas todo lo que ha sido y será jamás. Por ello, al menos una vez en su vida, cada elfo pasa un tiempo en el segundo santuario: lo sepa o no, irá allí.

Liberados de las ganas de vivir, los muertos no desean llorar ni reír. Cultivan la emoción sin el apetito y la alegría más allá de la conquista. Saben descifrar un sentido que no se ahoga en la sed. Pero es de esta búsqueda desapegada de la necesidad de donde puede nacer la intuición de la belleza de vivir.

Aunque pocos hombres conocen ya la sabiduría de la inmersión en las cenizas.

# 繪

## Pinturas

En el sueño de Petrus, el teatro de los mundos estaba iluminado por esa luz fría y pura que ha inspirado las obras pictóricas más hermosas. Las pinturas son las traducciones inmóviles de nuestros sueños móviles, que nos bañan en una claridad de cuadro.

No es de extrañar, pues, que un cuadro pintado en Ámsterdam en 1514 haya tenido un papel decisivo en este relato. Tenía que ver con el primer puente entre los mundos, pero también con el crimen y sus inconmensurables consecuencias.

Hay que conocer la luz y los paisajes del Norte para entender la decisión de ese pintor singular de afincarse en Ámsterdam, pues lo mismo podría haber ido al Sur, al Este o al Oeste, ya que había obtenido del pabellón la libertad de iniciar su vida humana allí donde quisiera.

Por último, hay que conocer la historia de los hombres y de los elfos para entender lo que había decidido pintar y para percibir, bajo la superficie visible, su centelleo invisible.

El centelleo invisible tras la transparencia de las lágrimas.

## Malas hierbas en la nieve (1800)

Partieron sin saber que ahora viajaban en compañía de sus muertos. Desde Hanase se tardaba seis horas en llegar a Katsura, capital de los elfos, y Petrus tenía la intención de que esas horas fueran agradables. Había bebido el té de las Cenizas y se había llenado el estómago. Por otro lado, el espectáculo de las cien barcazas deslizándose por la bruma líquida valía la pena. Avanzaban en frentes de diez, dibujando en el ancho canal una figura magnífica. De repente disfruto mirando, se dijo Petrus, sorprendido de ese humor contemplativo vinculado al recuerdo de la casa de té. Me pregunto qué ha ocurrido allí realmente, se dijo, recordando la noche de los muertos. Al final dejó de pensar de manera ordenada y se abandonó al trance ligero del viaje. Nadie hablaba, los pasadores se limitaban a dispensar breves instrucciones para la comodidad de los viajeros. Esto podría durar para siempre, pensó Petrus y, embargado por un cansancio repentino, bostezó ruidosamente.

—Quedan seis horas menos diez minutos de travesía —observó Marcus.

—Seis horas menos diez minutos de catástrofe potencial —rezongó Paulus.

—He bebido té —replicó Petrus ofendido.

Paulus lo miró con escepticismo, pero Petrus se abismó en la contemplación del nuevo panorama del canal.

En el decorado monocromo de las brumas, desgarbadas y sublimes en su desenvuelta agitación, habían surgido unas malas hierbas que parecían trazadas con tinta negra, destacaban sobre la blancura general en matorros irregulares, algunos tupidos como bosquecillos, otros ralos, con apenas tres briznas cuyo arco se doblaba como el cuello de las pañideras.

—El nombre de la casa de té —murmuró.

En la evanescencia del mundo, las malas hierbas evocaban los renglones de un texto. Tenían una gracia inaudita porque surgían de la bruma sin que se vieran sus raíces, pero lo que más le intrigaba a Petrus era que se pudieran leer las espigas negras como una caligrafía. Esa belleza de la escritura de la poesía que, hasta entonces, lo aburría mortalmente, le parecía hoy vibrante y llena de significado. Algo lo llamaba y, por primera vez, se sentía *atravesado* por figuras exteriores; su enigmático relato prometía deleites sin parangón con los poemas en los que había sido educado. Los elfos sienten demasiado respeto por el reino de los seres vivos como para buscar limitarlo, dejan a sus bosques y sus pastos la libertad de crecer como les parezca; por consiguiente, el jardinero que hay en ellos no es sino un servidor de la naturaleza que, a través de



su prisma, se refracta sublimándose. Pero Petrus estaba seguro de que había algo en el espectáculo de las malas hierbas del canal que no se resumía ni a la libertad de las cosas naturales ni a la intención de magnificarlas: un espejeo tornasolado con un toque de aventura, un misterio delicioso en aroma de revelación encantada. ¿Quizá ese algo esté en mí?, se preguntó, y por segunda vez en dos días se le ocurrieron dos versos.

*Malas hierbas en la nieve*

*Dos niños de noviembre*

Me estoy volviendo poeta, pensó divertido. Dos niños, eso no es élfico, es humano, siguió pensando. De repente, todo desapareció, el canal recuperó su vacuidad, y Petrus se sintió huérfano. Vamos, pensó, esto de las travesías no es lo mío. Se acomodó en su asiento para descabezar un sueñecito, pero de pronto le vino una imagen a la mente, tan clara que le hizo incorporarse de un salto. La niña avanzaba a su encuentro envuelta en un velo iridiscente que bailaba despacio a su alrededor. Marcus lo miró, arqueando una ceja en un gesto interrogativo, y la aparición se desvaneció. Pero no se le quitaba de la cabeza, Petrus seguía viendo la carita seria —la niña tendría unos diez años quizá—, la piel oscura y dorada, la boca de un rojo vivo. Al rato la visión pasó.

—¿Va todo bien? —le preguntó Marcus.

Petrus asintió con un gesto y volvió a arrellanarse en su asiento. Nadie hablaba; no tardó en quedarse dormido.

Se despertó bruscamente, movido por una sensación de urgencia. Le parecía que su sueño había sido largo y profundo, y esperaba que el periplo estuviera ya por concluir.

—Llevas más de dos horas frito, roncando como un demonio —le dijo Marcus con rencor—. No nos has dejado pegar ojo.

—¿Dos horas? —repitió Petrus consternado—. ¿Aún quedan cuatro horas de travesía?

—Está visto que los ronquidos no afectan a la aptitud para el cálculo —le comentó Marcus a Paulus.

—No voy a aguantar —dijo Petrus.

—¿Cómo que no vas a aguantar? —preguntó Paulus.

—Tengo que evacuar el té —contestó, echando un vistazo en derredor.

Marcus y Paulus lo miraron, consternados a su vez.

—¿Cuántas tazas te has bebido? —preguntó por fin Marcus.

—No lo sé —dijo Petrus irritado—, tal vez una docena. ¿No me reprocharéis ahora que he sido concienzudo?

—Una docena —repitió Paulus.

—¿No has leído los carteles? —preguntó Marcus.

—¿Era mucho pedirte que leyeras los carteles? —insistió Paulus.

—Íbamos con retraso —dijo Petrus—, no iba a perder tiempo leyendo poemas.

Hubo un silencio.

—¿No eran poemas? —preguntó.

Marcus y Paulus no contestaron.

—No he leído los carteles —dijo—. Estaba ocupado bebiendo.

—Y comiendo —añadió Marcus.

—Si no, habrías leído que por la duración de la travesía se recomienda beber una sola taza de té —añadió Paulus.

—Es un té muy concentrado —dijo Marcus.

—Y hay un aseo en la posada, para ir antes de salir —dijo Paulus.

—Pero normalmente eso sólo hay que explicárselo a las crías de elfo —completó Marcus.

Al decir Marcus «muy concentrado», Petrus había empezado a sospechar algo.

—¿Habéis visto las hierbas? —preguntó.

—¿Las hierbas? —repitió Paulus.

—Las malas hierbas —dijo Petrus.

—No había hierbas —dijo Marcus.

Petrus escuchó la respuesta con interés, pero por desgracia su vejiga requería ahora toda su atención.

—Es imposible que aguante cuatro horas —dijo, poniéndose a sudar como un loco.

—Pues no te queda más remedio —dijo Marcus.

—Es sobreélfico —dijo Petrus—, no voy a poder.

Paulus emitió un silbido de irritación.

—Al menos no en la barcaza —dijo.

—Sobre todo no en las brumas —dijo Marcus, y suspiró—. Quítate la ropa y haz ahí lo que tengas que hacer.

—¿En la ropa? —preguntó Petrus alarmado.

—Pues entonces aguántate las ganas —contestó Marcus.

Petrus se sentía muy mal, pero la perspectiva de volver a manchar la ropa le resultaba tan odiosa que quiso creer que sería capaz de lograr lo imposible. Se revolvió nervioso en su asiento durante diez minutos, pasando del caballo a la ardilla y después al hombre sin encontrar postura ni forma que pudiera aliviarle.

—Si te vas a poner malo, ésa no es solución —le dijo Paulus exasperado.

Petrus se disponía a contestar cuando reparó en que el elfo jabato lo miraba con interés. Lo que me faltaba, un espectador, pensó contrariado. Sus padres se habían dormido, pero el pequeño jabalí lo observaba con sus hermosos ojos marrones ribeteados de pestañas rebeldes y, pese a la

urgencia del momento, Petrus se fijó en las líneas redondeadas del joven hocico, el trazado delicado de las franjas dorsales y la adorable pulcritud de sus sedosas pezuñas. ¿Cómo un animal tan bonito puede volverse tan feo al crecer?, se preguntó, pues, aunque los jabalíes de las brumas sean más bonitos que los de la tierra humana, hay que decir que tampoco es que sean muy refinados. A Petrus no le gustaban mucho las avellanas y las bellotas, y la idea de tener que remover la tierra para encontrarlas y alimentarse le daba náuseas (de hecho, a semejanza de sus congéneres y salvo circunstancia contraria, sólo se alimentaba cuando adoptaba forma humana, y sospechaba incluso que su caballo era alérgico al forraje).

Cautivado por sus contorsiones, el jabato seguía mirándolo sin reparos.

—Has bebido demasiado té —le dijo—, te he visto en la casa de té, tenías muchísima sed.

—No tenía sed —replicó Petrus malhumorado.

—Puedo darte un jarrón —prosiguió el jabato, haciendo caso omiso de su respuesta—. Es un regalo para el Jefe del Consejo. Si quieres, te lo presto, lo vacías cuando lleguemos y me lo devuelves discretamente. La ropa no te bastará —añadió realista—. Por eso se me ha ocurrido lo del jarrón.

Hubo un silencio prolongado que Paulus quebró con un carraspeo.

—Es muy amable por tu parte —dijo—, pero no podemos hacer eso.

—¿Por qué no? —preguntó el jabato, convirtiéndose en el pequeño espécimen humano más admirable que hallarse pueda.

Tenía el cabello muy rubio y unos ojos azules de los que costaba apartar la mirada. ¿Sería tal vez por lo claros que eran, en forma de almendra y festoneados por unas suaves pestañas, rubias también, coronadas por unas cejas perfectas? ¿O provenía su belleza del destello que, migrando de sus labios de color de rosa y artísticamente dibujados, encendía en ellos una llama exquisita? El joven elfo les sonreía, y era como si el universo entero resplandeciera, tanto que Petrus, rendido al embrujo de ese rostro que llamaba al amor, olvidó brevemente su tormento.

—Un jarrón destinado al Jefe del Consejo no puede servir de orinal —prosiguió Paulus.

Pero él tampoco podía apartar la mirada del esplendor de ese rostro juvenil.

—Ello no mermará su belleza —contestó el interesado antes de volver a sonreír.

Perdiéndose en esa sonrisa como en un bosque tapizado de hierba doncella, Marcus, Paulus y Petrus sintieron a la vez que su determinación flaqueaba.

—No está bien —dijo Marcus en un último esfuerzo de decencia falto de firmeza.

El joven elfo cogió el objeto, envuelto en una tela flexible estampada de amapolas y marcada con los sellos de su familia. Los elfos tienen dos sellos, el del animal que los constituye y el de su casa personal. El sello de los jabalíes, en honor a la predilección de la especie por la vida nocturna, consiste en una luna en cuarto menguante sobre un campo de té. A ello se añadía el de la familia del jabato, en este caso un lirio moteado sobre un fondo de minúsculas estrellas. El jabato en cuestión comprobó que sus padres seguían durmiendo y se acercó a un trío tan falto de voluntad

como de reacción. Sus movimientos tenían una fluidez hipnótica, y, mientras extraía el jarrón de su nube de amapolas, Petrus, Marcus y Paulus lo miraban pasmados. Dejó el jarrón delante de ellos.

—Es una urna —murmuró Paulus.

Era una urna, en efecto, de un bronce claro y cambiante que pasaba de rojizo a gris, luego a marrón y, por fin, a un blanco lechoso como el de un cometa.

—Proviene de la broncería más antigua de las brumas —explicó el joven elfo—. Hemos ido a buscarla a Hanase y la llevamos a Katsura para regalársela al Jefe del Consejo.

—Pensaba que las urnas no viajaban —dijo Paulus.

—Sólo las urnas sin fondo —contestó el joven elfo.

Se transformó en potro, un precioso potro bayo. Pero, por adorable que fuera, el ensalmo que tenía a los tres cautivados se rompió, y Petrus sacudió la cabeza como si saliera de un sueño.

—Aprecio tu ofrecimiento —le dijo al potro—, pero no puedo aceptarlo.

Y como las cosas se habían puesto muy serias, y no veía que pudiera seguir reteniéndose, dio unos pasos hacia el fondo de la barcaza, se volvió y, enseñando su blanco trasero, se quitó la ropa. Una vez convertido en ardilla hizo sus necesidades lo más discretamente que pudo. El alivio y la pena que sintió a la vez fueron tan grandes que podría haber llorado, y de hecho al final se le escaparon unas lágrimas de gratitud porque, además del insigne relajo, se había producido un milagro: a medida que manchaba su ropa, ésta se iba secando. El tejido en movimiento absorbía el líquido, se plisaba y luego secaba. Cuando terminó no se atrevió a vestirse de nuevo, pero agitó la tela delante de las narices de sus amigos y del potro.

—Caramba —dijo Paulus—. Bajo la lluvia no se seca tan rápido.

—Me extraña que no nos hubiéramos dado cuenta antes —dijo Petrus—, me habría ahorrado este mal rato.

—Debes de ser el primer elfo que se orina en la ropa, por eso no nos habíamos dado cuenta —dijo Paulus.

—Es cósmico —dijo el potro transformándose en jabato.

Recuperando su forma humana, envolvió la urna y fue a dejarla a los pies de sus padres. Su siesta era apacible, y Petrus se asombró de que esa pareja de pacíficos altos-elfos hubiera engendrado a un monstruito tan sutil, pues sabía que el rubito tenía las dotes de seducción del demonio. Al romperse el hechizo de su sonrisa y sus cerúleos ojos, Petrus había tenido una breve sensación de peligro y, ahora que el joven elfo volvía hacia ellos, sentía un poso de malestar que el rostro resplandeciente ya no alcanzaba a disipar.

—¿De qué provincia eres? —le preguntó Marcus.

—Somos de Ryoan —contestó—, de ahí el lirio de nuestro sello. Mi padre es el emisario del Consejo para la provincia de las Brumas Oscuras. Preside la asamblea permanente y manda sobre las unidades regulares.

—¿Es costumbre que los emisarios obsequien con urnas al Jefe del Consejo? —preguntó Paulus.

—Por lo general se obsequia al conjunto de la cámara alta. Pero este es año electoral, y se muestra gratitud al jefe mediante regalos personales.

—Es verdad —dijo Marcus—, se me había olvidado, el Jefe del Consejo cumple cuatrocientos años de servicio.

—Es un momento histórico —dijo el joven elfo—, vais a llegar a una Katsura en plena efervescencia.

—Habrá entonces un nuevo guardián en Nanzen —dijo Paulus pensativo—. Si no me equivoco, lo designa el Jefe del Consejo y luego lo votan los nuevos consejeros.

—Un día iré a Nanzen —declaró de repente su compañero de viaje.

Marcus se rio.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó.

—Seré nombrado Guardián del Pabellón —respondió el joven elfo—, y me convertiré en el amo de Nanzen.

Se lo quedaron mirando boquiabiertos.

—El destino lo decide el deseo —dijo el pequeño alto-elfo—. Hasta entonces vamos a respaldar a nuestro campeón.

—¿Quién es ese campeón? —quiso saber Petrus.

—Un alto-elfo liebre de las Brumas Oscuras que se presenta por primera vez a las elecciones, contra un alto-elfo liebre de la provincia de las Nieves que ya forma parte del Consejo.

—Ryoan versus Katsura —dijo Paulus—. Desde luego, nuestros Bosques Oscuros jamás engendrarían un jefe.

—Basta tener un poco de ambición —dijo el joven elfo—. ¿No queréis pasar a la historia?

—Somos miembros de casas bajas —contestó Marcus—, supongo que eso explica nuestra escasa sed de poder. La historia, en cambio, es ámbito de todos. Y no sabía que a los candidatos se los llamara campeones.

—Nunca se ha visto aspirante más atípico —comentó el joven elfo—. No viene del círculo de los consejeros aunque provenga de otro linaje prestigioso, el de los maestros jardineros del Consejo. Es tan brillante que, cuando apenas tenía doscientos años, se ganó el respaldo de los consejeros. Ahora aspira al cargo supremo.

—¿Tu familia votará por él? —preguntó Petrus.

—Mi familia y otras muchas —contestó su interlocutor—. Los elfos tienen miedo, necesitan un jefe audaz para combatir los nuevos peligros de los tiempos venideros.

—¿Los nuevos peligros? —repitió Marcus.

El otro lo miró como si acabara de caerse de un guindo.

—El Consejo emitió anteayer un nuevo aviso de alerta sobre varias provincias en las que las brumas tienen problemas.

—Sí —dijo Paulus—, eso ya lo hemos oído en Hanase. ¿Qué tiene eso que ver con tu jefe audaz?

—Mi padre piensa que no es más que el principio de una larga agonía y que necesitamos a alguien que no tema hacer frente a las causas.

—¿Y cuáles se supone que son esas causas? —preguntó Petrus.

Estaba de mal humor por haberse quedado atrapado en su esencia de ardilla y sentía una desconfianza creciente. El joven elfo se transformó en jabato antes de tomarse el tiempo de responder; bajó las pestañas en un gesto elegante y cuando levantó los ojos dijo con tono de conspirador:

—Los humanos.

Los otros tres lo miraron estupefactos, y él pareció satisfecho del efecto que había producido.

—¿Cómo podrían los humanos tener nada que ver con las fluctuaciones de las brumas? —preguntó Paulus perplejo.

—Es una larga historia —dijo el jabato.

Pretendía seguir hablando, pero un bache sacudió con fuerza la barcaza. Un murmullo de asombro se propagó por el canal, y los pasadores cerraron los pasos de comunicación. La sacudida despertó a los padres del jabato y, al encontrar a su hijo en compañía del trío, se acercaron sonriendo y se inclinaron amablemente. En su forma humana eran indeciblemente bellos, y tan morenos como su vástago era rubio.

—Espero que nuestro joven charlatán no los haya importunado demasiado —dijo el padre.

—En absoluto —contestó Paulus cortésmente.

—Muy extraño este sobresalto —dijo la madre, frunciendo el ceño.

Tenía una voz baja de inflexiones algo indolentes que gustó a Petrus.

—Su hijo nos ha dicho que son ustedes de Ryoan —dijo Paulus—. Al parecer es una ciudad incomparable.

—Bienvenidos —contestó ella—, siempre es un placer compartir el esplendor de nuestras brumas oscuras. ¿Puedo preguntarles de dónde son?

No tuvieron tiempo de contestar, pues nuevas instrucciones rogaban a los viajeros que permanecieran sentados, y los tres elfos jabalíes volvieron a sus asientos. Pero al cabo de un rato, como no ocurría nada extraordinario, todos se abandonaron a la calma de la navegación. Petrus se sumió en sus pensamientos. «Quizá sea usted una de las piezas del puzle que va tomando forma», había dicho la elfa liebre de la casa de té, y, de hecho, Petrus tenía la sensación de que se habían perdido en el corazón de una partida que los superaba. Aunque fueran alucinaciones engendradas por su consumo excesivo de té, las malas hierbas del canal lo perturbaban como si de verdad se hubiera tratado de caligrafías. Aun siendo quimeras, ¿no podrían indicarnos algo?, se preguntó. Y, agotado por esas consideraciones descabelladas que le daban dolor de cabeza, se quedó dormido. Pero antes pensó también: ¡Qué aventura! Y, sumiéndose en el sueño, sonrió.

Por fin llegaron a Katsura.

—Nuestra primera esclusa de verdad —dijo Paulus.

Los pasadores despertaron a los viajeros un poco antes de que el canal empezara a cerrarse detrás de las barcazas, las cuales, inmóviles, permanecían sobre una porción de brumas líquidas, mientras las que quedaban detrás volvían a convertirse en vapor. Delante de ellos se extendía el vacío de otras brumas: era la esclusa. Los pasadores avanzaban unos centímetros entre sacudidas, el canal se iba cerrando y, rápidamente, las embarcaciones se encontraron pegadas unas a otras en el último cuadrado líquido del mundo. Ni un ruido, ni un movimiento; las brumas se enrollaban sobre sí mismas en un tiempo en suspenso en el que todos contenían la respiración. No había un solo nativo de ese mundo que no supiera que la esclusa de Katsura era peligrosa, y, aunque no hubiera ocurrido en cinco siglos, una maniobra de abordaje distraída podía arrojar la embarcación, al pasador y a los pasajeros al vacío del que nadie retorna.

Tras un largo momento, los pasadores se relajaron. Llegaba un ruido a sus oídos, las brumas se disipaban y desvelaban, a lo lejos y por debajo, la gran ciudad bañada en luz. Bajaban despacio hacia Katsura según una trayectoria vertical que le había dado a la esclusa el nombre de Pozo de las Brumas, un pozo de media legua recorrido diez veces al día y en ambos sentidos por entre cien y doscientas embarcaciones de peregrinos. Era media tarde y el sol de noviembre brillaba sobre los tejados grises. Todavía no había caído esa hermosa nieve ligera que cubre la provincia desde final de año hasta principios de abril; los ciruelos y los arces resplandecían con sus colores otoñales, por lo que, vista desde arriba, Katsura parecía un incendio; los grandes ginkgos añadían sus toques ambarinos de fuegos fatuos congelados en pleno proceso. Más allá se extendía un paisaje de árboles envueltos en niebla con algunas aldeas aisladas aquí y allá, pero lo que dominaba eran las montañas vaporosas sobre las que se apoyaba la ciudad. Se erguían sobre los picos nevados que rodeaban la población y dibujaban un conjunto tan imponente de relieves que Katsura parecía flotar encima como la superviviente de un naufragio. Y, si uno seguía contemplando la ciudad, la descubría más firme y arraigada que una roca porque las brumas le daban, por contraste, un vigor que no habría podido ofrecerle la tierra firme. Conforme bajaban, crecían más y más, y parecían concentrar en sí una fuerza que, de no ser por su belleza y su armonía con el resto del paisaje, habría resultado amenazadora.

Por fin vieron aparecer los pontones. El área de desembarco se encontraba un poco por debajo de la ciudad, en una perspectiva nueva que también daba vértigo, pues no había nada más admirable que la avalancha de casas de madera intercaladas con los árboles más hermosos de ese mundo. Se distribuían entre los edificios según un plan desordenado que a Petrus se le antojó idéntico al de las malas hierbas del canal, por lo que su primer encuentro con Katsura le suscitó una misma impresión de escrituras a la espera de ser descifradas.

En el centro de la ciudad y su maravilloso jardín, la sede del Consejo de las Brumas atraía todas las miradas por sus asombrosas proporciones. Pocos edificios de importancia hay que no

parezcan lo que son: lugares de celebración o de poder cuya apariencia quiere distinguirse de los lugares ordinarios. Pero la sede del Consejo conseguía ser el corazón de ese mundo y a la vez mostrarse humilde y susurrante, repartida entre sus alas bajas y sus patios ocultos en función de un esquema asimétrico y secreto. Seguramente habría patios umbríos, el murmullo del agua de una fuente sobre una piedra donde beben los pájaros, una sala oscura y fresca desde la que el Jefe del Consejo contemplaba la luna, y así sucesivamente de manera indefinida en el laberinto de esa casa alta que diluía la evidencia del poder en un ondeo de humildad. Desde donde estaban veían todo eso, y todo el mundo lo veía como ellos, y ése era el designio de los fundadores de Katsura, que sólo se llegara hasta ella después de haberla descubierto desde arriba y observado desde abajo, antes de renunciar a una y otra perspectiva para quedarse con la de la meditación.

Dio inicio el desembarco, y Petrus, con su ropa bajo la pata, se aplicó en seguir las consignas. Katsura lo maravillaba, y el aire que respiraba le parecía más vivo que en otros lugares. En tierra firme se despidieron de sus compañeros de viaje.

—Buena suerte —le dijo Paulus al jабato en el momento en que éste se convertía en ángel rubio—, que tu búsqueda te guíe con sabiduría.

Pero el joven elfo miraba a Petrus.

—Tengo el presentimiento de que volveremos a vernos —le dijo.

La familia de elfos jabalíes se volvió y se alejó con paso indolente, pero Petrus sintió que algo que no alcanzaba a entender del todo lo helaba por dentro.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó Marcus.

—Vamos a la biblioteca —contestó Paulus.

—Ni hablar —replicó Petrus—, antes quiero encontrar un techo, lavar mi ropa y sustentarme un poco.

—¿Sustentarte? —dijo Paulus—. ¿Quieres decir atiborrarte? De ninguna manera. Primero vas a ir a presentar tus respetos de parte de Las Malas Hierbas. No quiero que vayas por ahí a darte una comilona antes de haber cumplido con tus deberes.

—¿Mis deberes? —dijo Petrus—. ¿Qué deberes?

—Oh —dijo Marcus—, tienes razón, ¿qué deberes puede tener uno a cambio de un té de mil años?

—¿Te parece que una ardilla sucia es el mejor embajador para presentar respetos? —protestó Petrus.

Pero Paulus se puso en camino, seguido de Marcus y de Petrus, que, suspirando, avanzaba a regañadientes.

Su suplicio, sin embargo, duró poco. Apenas se tardaban diez minutos en llegar a las primeras



casas y al dédalo de callejuelas que subía hacia la sede del Consejo. ¡Qué maravilla de ciudad!, se decían los amigos al descubrir los adoquines tibios y suaves al tacto, los árboles majestuosos que bordeaban los pasajes umbríos y las bonitas casas con sus aberturas ocultas por rollos de bambú que conjugaban un efecto de transparencia y opacidad. Jardincitos de musgo rodeaban las galerías, y su exigüidad suscitaba una sensación de profundidad que, al cabo de un rato, Petrus atribuyó a los elementos distintivos que adornaban cada vivienda: aquí una piedra mate y excavada en la que se invitaba el agua de lluvia, allá un breve aguacero de bambús sagrados y acullá el diálogo de un arce y una azalea. Por doquier a su alrededor se declinaban las grandes montañas de vapor cuyas crestas ondulantes podían verse si uno levantaba la cabeza, o aparecían justo delante en una callejuela que terminaba en el vacío. A veces una arboleda desaparecía bajo una cascada de bruma y renacía luego a la vista conforme la masa gaseosa más compacta e imponente que un iceberg que se la había tragado se disipaba o se desplegaba en busca de otras frondas. De las casas, sin embargo, sólo se difuminaban de manera intermitente la pendiente soleada de un tejado, la galería misteriosa o una jardinera de violetas que cuelga de una puerta, en virtud del equilibrio del mundo de las brumas que persigue la visibilidad de las construcciones de los elfos.

Para cuando se hallaron lo bastante cerca para divisar la sede del Consejo, Petrus ya había olvidado que estaba contrariado y que tenía hambre. Precedía a la alta casa un gran patio rectangular plantado con centenares de ciruelos entre senderos de arena clara; alrededor se extendía un musgo fino que moría como una ola en los confines de la tapia; por ello las fronteras del jardín parecían inciertas y móviles, y el lugar, pese a su misterio, abierto a las corrientes del mundo.

Se quedaron un momento en silencio contemplando la marea de ciruelos.

—Cómo será cuando estén en flor —murmuró Paulus.

Numerosos elfos recorrían los senderos admirando los árboles. Al día siguiente sería invierno, pero esa tarde de noviembre la tibieza del aire daba la sensación de que el otoño no acabaría nunca y que, de languidez en languidez, de luz cálida en luz cálida, uno recordaría no olvidarse de amar. ¡Oh, qué deseo tengo de amar!, pensaba Petrus, rozando con la pata el borde de un reguero de musgo fresco. ¡Oh, cuán amable es la vida!, pensaban Paulus y Marcus, sonriendo a la nada. ¡Oh, qué hermoso otoño! ¡Oh, el amor!, pensaban los elfos en los senderos, y, más allá del Consejo, más allá de la ciudad, más allá de las montañas se transmitía el mensaje que, nacido de los árboles y las estaciones, mantenía unido ese mundo.

Podrían haberse quedado allí largo rato, en la calidez de esa ensoñación amorosa, pero a su encuentro avanzaba un elfo liebre.

—Nos han advertido de su llegada —les dijo cuando llegó a su altura.

Los tres amigos se inclinaron, y Paulus y Marcus se hicieron humanos.

—Si tienen la amabilidad de seguirme —dijo el elfo—, los conduciré a la biblioteca.

Al reparar en lo que Petrus tenía bajo la pata, le preguntó:

—¿Algún problema con su ropa?

La ardilla en la que se había quedado atrapado Petrus se ruborizó hasta la punta de las orejas.

—Por desgracia se me ha... esto... ensuciado durante la travesía —farfulló.

El elfo liebre esbozó una mueca de extrañeza, pero no hizo ningún comentario.

—Vamos —dijo, y lo siguieron por el sendero principal que llevaba a la sede del Consejo.

Se entraba por un gigantesco pórtico reforzado por grandes pilares circulares. Era inmenso el vigor que irradiaban esas columnas de árboles muertos tras una vida inmemorial, y, franqueando el reborde inferior del pórtico, los tres amigos lo acariciaron. La superficie era rugosa, surcada de siglos y recorrida por disonancias bajas. Al otro lado del pórtico, una galería de madera rodeaba otro patio rectangular, más pequeño pero plantado con los mismos ciruelos y cubierto por la misma alfombra de musgo fresco. En la parte delantera y a los lados había tres grandes puertas abiertas.

—La puerta norte lleva a la sala alta y a los aposentos del Jefe del Consejo; la puerta oeste, a los jardines interiores, y la puerta este, a la biblioteca —les informó su guía—. Por jardines interiores me refiero a aquellos por los que se puede pasear, pero hay otros que se pueden contemplar desde el interior del edificio.

Tomaron a la derecha y, cruzándose con una gran multitud, bordearon las paredes de madera adornadas con largos tapices de seda con el emblema y el lema del Consejo estampados. Bajo unos picos nevados trazados con tinta entre brumas podía leerse «Mantendré siempre», escrito por cada dirigente desde la aurora de los tiempos élficos. Petrus se demoró un instante ante una de esas caligrafías. Por una ilusión óptica las curvas representaban también una línea, por lo que la vista pasaba sin cesar de la suavidad de los trazos redondeados al bosquejo de un único trazo de pincel. El elfo liebre se detuvo a su vez.

—Dicen que la trazó el que vio nacer el puente —dijo.

Se disponía a añadir algo cuando lo interrumpió un movimiento en la puerta norte. Por ella salía un grupo de elfos, y los demás se retiraban hacia las paredes de la galería para dejarlos pasar. El cortejo tomó a la izquierda y fue al encuentro de nuestro cuarteto.

Lo encabezaban dos elfos liebres. Eran sin ningún género de dudas los aspirantes a la carga suprema, pues tenía cada uno un séquito de liebres y de imponentes jabalíes. Los elfos de la escolta tenían la estatura de sus respectivas casas altas, una acusada gravedad en la mirada y unos andares que traducían su excelencia, pero ello, de por sí impresionante, no era nada comparado con la apariencia de las dos liebres que abrían la marcha. El elfo ordinario se desplaza en el mundo, pensó Petrus, pero es el universo el que se adapta a los movimientos de estos de aquí. Al avanzar se transformaban rápidamente en sus especies constitutivas, y era turbador ver lo mucho

que se parecían sus animales. El pelaje de las liebres recordaba al de un armiño, antes de que se tornaran caballos de manto blanco con reflejos dorados. Bajo la piel, los músculos hacían ondear el terciopelo que espejeaba por momentos como un paisaje de colinas lejanas, en su forma equina la capa se hacía nieve pura y sedosa, y de verdad hubiérase dicho que los dos candidatos eran hermanos de sangre.

Todo cambiaba cuando adoptaban apariencia humana. El más alto tenía una densa cabellera blanca a pesar de su edad —trescientos años como mucho—, los ojos de un gris tormenta con reflejos de tempestad, un rostro de hierro de rasgos marmóreos, nariz aguileña, cejas altas y pómulos muy pronunciados. Ese semblante esculpido en piedra dura le hacía parecer joven y viejo a la vez. Su porte era indolente pero altivo, y tenía unos andares fluidos y controlados que traducían fuerza de voluntad. Un elfo como ése puede cargar las brumas sobre sus hombros, pensó Petrus. Llevó la mirada al otro elfo y sintió que le daba un vuelco el corazón. ¡Oh, el amor! ¡No puede haber criatura más hermosa en esta vida!, pensó. La criatura tenía una cabellera cobriza que parecía revolotear, unos ojos de glaciador centelleantes y una tez lechosa que resplandecía de un modo que daba escalofríos y llamaba al deseo. Se bebía uno con los ojos la pureza del cristal y el calor del fuego, su visión conjunta suscitaba pavor y consuelo a la vez. Al contrario que su competidor, parecía insolentemente joven, y Petrus, deslumbrado porque tanta belleza y tanto vigor pudieran concentrarse en un solo ser, pensó que debía de tratarse del jefe de los jardineros del Consejo. La porcelana de su tez le recordaba al joven elfo de la travesía, pero caminaba con la seguridad de un felino, una agilidad de depredador destinado al combate. A decir verdad, había en él algo marcial que sorprendía en un elfo consagrado a la práctica de la alta jardinería, y poco a poco el deslumbramiento inicial se mitigó, y Petrus experimentó la misma sensación de peligro que había tenido con el jabato. El grupo había llegado ya casi a su altura, y uno de los jabalíes de la escolta atrajo su mirada. Brotaba dulzura de él como un río de impetuosas corrientes de juventud, más sabias que los ríos antiguos, y a Petrus le impresionó casi más la profundidad de su mirada de plata que el aura de poder de las dos liebres.

Así fue el primer encuentro de Petrus con el que pronto sería el Guardián del Pabellón más grande que jamás hayan conocido las brumas, y, ciento veinte años más tarde, el padre de una niña extraordinaria a la que pondrían por nombre Clara. En ese instante, el jabalí cruzó con la liebre de ojos de tormenta una breve mirada que traducía una larga amistad. Después dejaron atrás al cuarteto, y el pórtico se los tragó. Al cabo de un instante, los elfos que recorrían la galería murmuraron entre sí en voz baja, antes de volver a sus ocupaciones.

—Qué impresión —dijo Paulus.

—Han tenido suerte de verlos —les dijo el guía—. Era el último consejo antes del inicio de la campaña, ahora ya cada cual se vuelve a su feudo.

Una arruga preocupada le surcó la frente.

—Nunca ha habido elecciones más reñidas —dijo.

—¿Cuál es su campeón? —preguntó Marcus.

—¿Campeón? —repitió el guía—. ¿Es usted partidario del jardín? Son sus adeptos quienes emplean ese término.

—No lo sabía —contestó Marcus—. Venimos de los Bosques Oscuros, no sabemos gran cosa de lo que ocurre aquí.

—Es verdad, la difusión de la declaración de intenciones de cada uno no empieza hasta mañana —dijo la liebre—. Comprenderán mejor quiénes se enfrentan cuando las hayan leído. En cuanto a mí, que sirvo a la biblioteca desde hace quinientos años, ya tengo candidato.

—¿Es, pues, Katsura contra Ryoan, la biblioteca contra el jardín? —preguntó Paulus.

—Qué jardín, me pregunto yo —dijo su guía—. Lo que brilla no mantiene.

—¿No le preocupa el debilitamiento de las brumas? —preguntó Petrus, recordando lo que les había dicho el jabato.

—¿Tiene esa preocupación que dictar nuestra conducta? —replicó la liebre—. No somos una especie belicosa, y nuestros jefes no deben ser guerreros.

—¿El campeón del jardín es un guerrero? —preguntó Petrus sorprendido.

—El mejor de todos nosotros —contestó el guía.

Se pasó la mano por la frente.

—Pero la guerra está sobre todo en su cabeza.

—Tengo curiosidad por ver cómo son sus jardines —dijo Paulus.

—Desde la biblioteca podrán ver una muestra —les dijo el guía—. Y quizá piensen que la pureza no siempre es la mejor aliada del corazón.

Les indicó con un gesto que entraran y los siguió al interior de la sala.

La biblioteca ocupaba tres mil pies cuadrados protegidos por grandes cristaleras que daban a los jardines interiores. Había persianas de bambú bajadas de manera distinta en función de si se quería meditar en el suelo o leer en las mesas instaladas bajo anaqueles invisibles, pues en el centro de la sala los rollos y los volúmenes colgaban en el aire, colocados sobre una trama inmaterial.

—No hay paredes —se dijo Petrus—, sólo ventanas y libros.

—Y lectores —añadió la liebre sonriendo.

Petrus comprendió entonces por qué había ido hasta allí.

*Malas hierbas en la nieve*

*Dos niños de noviembre*

Libro de las batallas

# 保

## Mantener

La declaración de intenciones de los candidatos se difundía por todo el territorio de las brumas cien días antes de las elecciones, en las que participaba todo elfo de más de cien años de edad. En las provincias se celebraban después asambleas en las que se debatían programas. El día de la votación, Nanzen contabilizaba los sufragios, y el Guardián del Pabellón se desplazaba hasta Katsura para anunciar los resultados.

Convengamos en llamar a nuestros aspirantes el consejero y el jardinero respectivamente, y permitámonos unas palabras sobre su visión del porvenir de las brumas.

La declaración de intenciones del consejero era magnífica, pues estaba escrita con el estilo de las malas hierbas, con un tono melodioso que resonaba en todos los corazones. Si bien la apariencia del elfo liebre de Katsura era austera y fría, su prosa y sus modales eran por el contrario cálidos y bondadosos.

«Mantendré siempre», escribía al final de su discurso. Más inesperada era la frase que precedía al lema: «Cuanto más envejece nuestro mundo, más poesía requiere». ¿Desde cuándo no se había leído el término *poesía* en la declaración de intenciones de un jefe? Dejo esta pregunta a los historiadores, y por ahora me congratulo de este homenaje al espíritu de la infancia.

# 権力

## Poder

La declaración del jardinero, sin embargo, no mostraba ninguno de los destellos de su persona. Así como él parecía estar hecho de amor, su declaración, en cambio, no tenía ni rastro de corazón, y era tan tristemente reseca como insolentemente joven su apariencia. Felicitémonos por la falta de sutileza de su prosa, pese a ser un elfo tan ducho en la persuasión de la mirada y de los actos, pues le costó dichas elecciones y las siguientes, demostrando así que las brumas no estaban aún dispuestas a renunciar a su alma plurimilenaria.

Los elfos son menos proclives que los hombres a actuar bajo el imperio del miedo, pues para ellos la tradición no se opone al progreso, ni el movimiento a la estabilidad. Cuando el jardinero escribía «seré el garante de la perennidad de nuestra cultura frente a las amenazas de los nuevos tiempos» no podía convencer a una especie acostumbrada a pensar en términos circulares. Algunos sospechaban incluso que lo animaba —quizá sin ser él mismo consciente— esa fuerza que, más que mantener, deshace, y a la que se da en llamar sed de poder.

No obstante, tenía razón en un punto que pronto le granjearía suficientes adeptos para formar un ejército: las brumas se debilitaban, y cada vez era más difícil mantener unidos los caminos de su mundo.

## Tan alto el sueño (1800-1870)

He venido aquí a leer, ése es el mensaje, pensó Petrus, a quien dos días antes le habría parecido extravagante que pudiera haber mensajes diseminados por el mundo.

—Ahora ya me retiro —les anunció el guía, inclinándose—, alguien vendrá a atenderlos.

Los tres amigos se quedaron allí un momento, pero, al ver que nadie se presentaba, se acercaron a las grandes cristaleras para contemplar el jardín.

Era una joya de varios milenios, embellecida a lo largo del tiempo por los jardineros sucesivos del Consejo, élite respetada en el seno de las brumas por el hecho de que cada uno de ellos había seguido un interminable aprendizaje, tenía un trato permanente con los árboles y su arte armonizaba con el legado de las eras; cuestiones todas estas que los elfos consideran vitales y a las que se entregan cultivando su jardín y venerando a sus árboles. El del Consejo tenía un musgo cuyo terciopelo cubría las raíces de especímenes tan antiguos que dibujaban a ras de suelo un paisaje en miniatura de colinas y hondonadas. Ese día del otoño tardío, los arcos resplandecían; en primer plano y bordeando el edificio, una franja de arena surcada de arabescos daba olas al jardín; más allá empezaba el océano de vegetación. Había allí algunas azaleas desnudas ya; aquí, bambús sagrados en racimos de bayas rojas, y por doquier esos pinos que, podados a lo largo de los siglos, toman una forma singular: su forma esencial, la que albergan en su interior y requiere que un jardinero escuche lo que el árbol le susurra mientras los vientos y las tormentas sólo le hablan a su corteza. Se asemejaban a los de los Bosques Oscuros, pero las contorsiones de las negras ramas daban origen, en sus extremos, a cabezas de alfiler aligeradas por el arte de los jardineros en delicadas pestañas, y la coquetería de esos guiños que moteaban la sequedad de la madera recitaba un cántico de sobriedad y de gracia; había que ver esas alas horadadas lanzándose desde la rigidez desnuda de los troncos y ramificándose en el aire a modo de figuras tan gráficas que Petrus se preguntó por tercera vez en dos días si el universo no le estaba murmurando un poema.

En el centro de la escena, las aguas mercúreas de un estanque reflejaban los cielos y las ramas, pero Petrus tardó un momento en comprender lo extraño de su visión. Había que parpadear varias veces para ajustarse a la aberración cromática según la cual el mundo perdía en el agua sus colores y, en el espejo gris de las olas, se desplegaba en reflejos de ramas negras. De esa aleación de metal y tinta nacía un ballet surgido de las forjas del universo donde las estrías de los pinos representaban sobre el mercurio líquido una coreografía monocroma. Con esta escena

armonizaban las piedras de tamaños y formas variados que, en las orillas o sobre la superficie del estanque, formaban los promontorios y los puentes de una mineralidad atemporal. Se experimentaba en ellos la fraternidad de las corrientes de rocas y de ríos, se sentía el estremecimiento de una visión poderosa, de un sueño de montaña y arenales. Es la esencia de nuestro mundo, pensó Petrus, y es tan alto el sueño que nunca morirá.

Más allá del estanque, un sendero bordeado de barandas de bambú llevaba a un pórtico con tejado de chamizo. El sendero estaba plantado de lirios de Ryoan que lanzaban miraditas a las camelias de invierno recién abiertas, y detrás se erguían altos bambús y esbeltos arcos. Los arcos de Katsura tienen una elegancia especial, pues, gracias a que las montañas de brumas forman muralla, la capital de los elfos está al abrigo de los grandes vendavales. Así, las hojas son como en todas partes, cinceladas con una delicadeza tal que los nervios y los bordes forman un encaje vegetal; pero la ausencia de tormentas hace que las ramas no requieran fortalecerse para resistir a las ráfagas de viento y, conservando su flexibilidad, pueden doblarse en la brisa como lánguidas bailarinas. Se levantó un enjambre de bruma, deslizándose entre las ramas antes de evaporarse en perezosos remolinos, y los amigos pensaron que debía de ser agradable contemplar el jardín durante el largo invierno. Suponían asimismo que habría otras joyas en el corazón del vasto edificio central cuyas galerías vislumbraban a través de las hojas y las agujas de los pinos. A la izquierda del estanque, unas cristaleras dejaban entrever una sala inundada de sol y, detrás, un jardín interior sobreelevado compuesto por tres grandes piedras dispuestas sobre la arena gris. Parecían haber sido arrojadas al aire para caer a perfecta distancia unas de otras, y sin duda había que conocer la forma y la separación exacta de las cosas para concebir tal perfección, tanto es así que Petrus estuvo seguro de que era obra del joven jefe jardinero. Tenía su misma pureza resplandeciente, y comprendía que pudiera suscitar fascinación. Quien quiera alcanzar la cumbre descalzo ha de tener el talento del cielo, pensó, extrañándose de todos los pensamientos elevados que se le ocurrían desde que estaba en Katsura, y se burló de sí mismo. Ese segundo de distracción lo cambió todo, y ya no volvió a ver el jardín mineral como lo veía antes. La disposición que hacía un momento le recreaba la vista le parecía ahora petrificada, y las piedras transmitían un mensaje de muerte que le dio escalofríos. «La pureza no siempre es la mejor aliada del corazón», había dicho su guía, y esa ausencia de amor, tan patente ya, le puso el pelo de punta.

—Es magnífico —dijo Marcus.

Petrus vio que miraba las piedras.

—Es frío —contestó.

—Y petrificado —dijo Paulus.

—Sí, frío y petrificado —dijo Marcus despacio, como despertando de un sueño.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó una voz a sus espaldas.

Se volvieron y se encontraron cara a cara con una gran elfa pelirroja de claros ojos grises.

—Soy la intendente del Consejo —dijo.

Al convertirse en ardilla, parecía una réplica tan sorprendente de su madre que Petrus, que



pensaba que se había marchado de sus Bosques como un fugitivo, se ruborizó desde la punta de las garras hasta las orejas.

La elfa miró la prenda que llevaba bajo la pata.

—¿Tiene algún problema con su ropa? —le preguntó.

La ardilla muy roja en la que estaba atascado Petrus emitió un balbuceo ininteligible, y Paulus, compasivo, acudió en su auxilio.

—Ocurrió un incidente durante la travesía —dijo.

—Es la primera vez que oigo hablar de un incidente con una prenda de ropa —dijo ella.

—Nosotros también —contestó Marcus, mirando a Petrus con aire burlón.

Pero, al ver su desesperación, recobró la seriedad.

—Nuestra anfitriona de Las Malas Hierbas le pidió a este amable elfo momentáneamente mudo que le presentara sus respetos —le dijo.

—Sí, pero ¿por qué? —contestó la elfa.

—¿No ha sido informada? —quiso saber Marcus.

—Sólo nos han advertido de la llegada de dos ardillas y un oso de los Bosques Oscuros —contestó ella.

Los tres amigos se quedaron callados, desconcertados.

—¿Tampoco saben por qué los han enviado aquí?

—dijo ella, transformándose en una yegua baya de grupa redondeada.

Los miró pensativa.

—En Las Malas Hierbas nunca hacen nada sin motivo —prosiguió—, máxime en un tiempo tan convulso.

—¿Tendrían trabajo para mí? —preguntó Petrus con una voz tan clara que dejó a Paulus y a Marcus boquiabiertos—. No veo qué tiene esto de sorprendente —añadió en respuesta a su estupor—. Pienso quedarme aquí, y de alguna manera tendré que ganarme la vida.

—¿Qué sabe hacer? —le preguntó ella.

Petrus se quedó boquiabierto a su vez.

—Pues no lo sé —dijo—. Cualquier cosa que no requiera competencias concretas, supongo.

—No es usted muy experto en entrevistas de trabajo —comentó la elfa contrariada.

Reflexionó unos instantes.

—Estos días antes de las elecciones tengo cosas más importantes que hacer que tratar de desentrañar este embrollo. Aunque, después de todo, igual me resulta usted útil.

Frunció el ceño.

—¿De verdad no sabe hacer nada? —les preguntó a Marcus y Paulus.

Al verlos azorados, suspiró.

—¿Sabe usted barrer? —le preguntó a Petrus.

—Me imagino que sí —contestó él.

Ella chasqueó la lengua, irritada.

—Mañana al amanecer, puerta oeste —dijo.

Entonces, convirtiéndose en ardilla y ofreciéndole la imagen del enojo de su madre, se volvió y se alejó.

—Menudo caradura estás tú hecho —le dijo Marcus.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Paulus—. ¿De verdad quieres quedarte en Katsura y pasarte el día barriendo los senderos del Consejo?

—Totalmente en serio —contestó Petrus con aire ofendido—. No entiendo por qué lo dudáis.

Se lo quedaron mirando un momento, dubitativos.

—Bueno —dijo por fin Marcus—, vámonos de aquí, tenemos que encontrar un lugar para dormir antes de que anochezca.

Los otros dos le dieron la razón y se pusieron en camino. Antes, Petrus echó una última ojeada a los libros y los rollos suspendidos en el aire y le pareció que se despedían de él con un guiño cómplice.

—Hasta mañana —murmuró.

Por fin franquearon las puertas y salieron a las calles de la ciudad.

Así empezó la vida de Petrus en Katsura, y aunque urja avanzar con más celeridad en nuestro relato para alcanzar a los protagonistas de la última batalla de la guerra, hay que decir unas palabras sobre esos años en la capital de los elfos, pues el mundo que sostenían se ha extinguido ya para siempre. Durante esos siete decenios, quienes estaban a cargo de los tejemanejes del destino se plantearon sin cesar una cuestión desgarradora: ¿debían morir para dejar paso a una nueva era o había llegado el fin de su mundo?

—Siempre hemos creído que los individuos y las civilizaciones perecían, pero que las especies los sobrevivían —le diría un día a Petrus el Jefe del Consejo—. ¿Y si nuestra especie hubiera alcanzado su propio límite y debiera morir sin dejar rastro? ¿No habría que considerar esta guerra de otra manera?

Tendrían que transcurrir, sin embargo, setenta años antes de este diálogo, y si en apariencia fueron monótonos, Petrus los vivió como una aventura permanente. Todas las mañanas barría, sumido en sus pensamientos, y, cuando la nieve cubría los senderos y el musgo, trabajaba en la biblioteca, archivando los rollos y los libros. Y leía. Dos veces al año, durante sus vacaciones, viajaba. A veces Paulus y Marcus se reunían con él para un alegre periplo; por lo general se marchaba solo y trababa amistad con otras almas a las que conocía en sus viajes, y era desde luego el elfo con más amigos lejanos de todas las brumas, pues la especie no acostumbra a abandonar su provincia natal. En Katsura encontró alojamiento en la parte alta de la ciudad, en casa de una vieja elfa unicornio con la que desayunaba todas las mañanas entre charlas y risas. Por la ventana de su

habitación veía las brumas subir y bajar sobre la gran urbe. Por la mañana tenían reflejos bronceados que lo emocionaban, y disfrutaba tanto con esos amaneceres que madrugaba pese a ser perezoso. Cuando recorría las callejuelas desiertas en el frío aire matutino, olvidaba el largo tedio de su tarea diaria. Conforme bajaba hacia la sede del Consejo, dominaba la ciudad que se extendía ante él como un abanico al pie de sus picos nevados y sus acantilados de bruma. El sol naciente los ribeteaba con una cenefa incandescente que se deshilachaba sobre su cresta oscura, las calles y los puentes de la ciudad clara se envolvían en nieblas ambarinas, grandes hálitos vaporosos se desintegraban por encima de los ríos, y era un largo sueño de agua y de bosque en la voluptuosidad del sol. Petrus se detenía delante de los árboles brillantes de rocío para honrar su belleza, saludaba al pájaro posado en la piedra, al bambú trémulo y a las camelias de invierno improbable. Pero algunos amaneceres, los grandes resplandores surgidos de algo que hacía Nanzen (una nivelación o una gran limpieza de los canales) encendían por doquier reflejos incandescentes. Esos días había también viento y breves granizadas que dejaban la ciudad malva y humeante; alabardas transparentes de bruma se elevaban a toda velocidad hacia el cielo; y esos arrebatos del clima multiplicaban la evidencia de que su vida buscaba la intensidad de la que carecía. No habría sabido definir esa intensidad, pero lo impulsaba a los canales y lo llevaba a recorrer el país de arriba abajo.

Viajar era para él una segunda naturaleza, y el trayecto le importaba casi más que los lugares visitados, aunque no hubiera rincón en ese mundo que no fuera digno de alabanza.

Le gustó la provincia de las Hojas y, a lo lejos, sobre un promontorio, el pabellón y el puente de las brumas, pero sobre todo le extrañó la densidad del bosque que separaba Nanzen del resto del mundo, sin canal ni paso para llegar hasta allí. En la posada desde la que los viajeros admiraban en lontananza el primer santuario, servían un té verde y espumoso que sabía a vegetación. Era un sabor sin aristas; un intenso sabor a nada, un concentrado liso y pálido de bosque de antes de los elfos que suscitó a Petrus imágenes insólitas, en particular una escena tenuemente iluminada en la que se veía un vaso de agua junto a tres dientes de ajo sobre un fondo de sedosa oscuridad, y tuvo la convicción de que esa visión con textura de cuadro venía *de otra parte*, de un paraje desconocido que lo llamaba sin que supiera determinar el camino que conducía hasta allí.

Le gustaron también las regiones septentrionales que, al contrario que en la tierra de los humanos, son las más calientes de las brumas. Se oía el canto ininterrumpido de las cigarras y vibraban enjambres de libélulas sobre los arrozales; sobre todo servían un manjar aromatizado con hierbas y especias abundantes. En el sur se había sentido como en su casa en las provincias de los Frisos y las Arenas heladas, donde se bebía a todas horas miel caliente delante de la chimenea. Fuera todo eran playas desmesuradas y llanuras tormentosas, vientos perpetuos e islas heladoras; sin embargo, bajo los puntiagudos tejados de chamizo donde se calentaban

compartiendo la cena, los elfos de esas tierras llevaban una vida agradable. Para compensar ese repliegue en las casas, a la mañana siguiente salían a las brumas heladas de la aurora y, de pronto, todo se despejaba y se aclaraba, una gran ráfaga de viento se llevaba las nubes y desvelaba un cielo inmenso, un derroche de cielo puro, un cielo tan grande que uno se ahogaba en él, un cielo por el que pasaban en lo alto gaviotas lanzadas por arqueros invisibles.

Tal era el mundo que Petrus recorría en todas sus latitudes y cuyos paisajes de montañas y costas, de cascadas y lagos, de volcanes y llanuras no puedo describir exhaustivamente. Pero en cada provincia había las mismas brumas, los mismos árboles, las mismas tradiciones de té y las mismas galerías de madera desde las que se admira la belleza de las grandes nubes. Bendito viaje, aunque se sintiera aún fuera de sus brumas (como se dice en esos parajes), su estatus de extranjero le confería un marco a esa fantasía, y se había convertido en observador privilegiado de las costumbres de sus congéneres, componiendo a lo largo de sus periplos un panorama que pocos elfos han tenido ocasión de representarse, sin dejar de suspirar por otros lugares desconocidos que no habría sabido describir y aprendiendo a amar profundamente a su pueblo y la manera de éste de habitar sus tierras.

Pues los paisajes de las brumas son un *alter ego* de las almas que los habitan. Debido a que separan lo visible de lo invisible y lo que crea de lo creado, los humanos no pueden entender la naturaleza de ese juego de espejos. Los elfos no conciben sus tierras como porciones del mundo en las que viven, sino como fuerzas dinámicas en las que se despliega su propia energía, y el té da ojos y oídos internos a esa gran mezcla vital, y por ello nunca admiraban los paisajes, sino la obra del cosmos en su totalidad, la inmensidad solidaria reverberada hasta el infinito por las brumas, y ello en cada valle, cada árbol y cada jardín. El resultado era un pueblo pacífico, pues a la totalidad no se le ocurriría enfrentarse a la totalidad, tanto es así que a los elfos les asombraría sobremanera que se pudieran contar historias como yo lo hago, en las que no verían más que paisajes arbitrariamente extraídos del magma de la vida. En lugar de ello, transcurrían sus días en paz: bebían de ese té que despierta la conciencia de la mezcla universal, trabajaban para contribuir al buen orden de la comunidad y, una vez bebido el té y cumplida su labor, cultivaban sus jardines, componían y recitaban poesía, cantaban y practicaban la alfarería y la caligrafía, actividades que aprecian los hombres por considerarlas aficiones exquisitas pero que constituyen para los elfos prolongaciones naturales de la armonía del mundo, corrientes de acción inseridas en una corriente de brumas que, a su vez, adquiere en ellas su consistencia. Pero si bien todo ello embelesaba a Petrus como a todo elfo que se precie, también se sentía frustrado por una razón que la biblioteca le había revelado.

Un día que se extrañaba en presencia de la intendente de que los libros colgaran en el aire, ésta le

respondió:

—Esos textos y esas tintas son los depositarios del sueño de las brumas.

Y, en efecto, el sueño de la biblioteca tenía forma de libros encuadernados que contaban la historia de las brumas, de rollos de poesía que celebraban las brumas o de pergaminos que registraban las hazañas de las brumas, todo ello coloreado con tintas delicadas que pintaban invariablemente árboles y montañas en la bruma. Tras decenios de lectura, estaba harto del fresco brumoso, elegiaco e histórico al que parecía resumirse la totalidad de la literatura y del arte élficos, y desesperaba de entender lo que lo impulsaba a seguir buscando en ellos ese *algo* que en el pasado le habían susurrado las malas hierbas del canal. Le gustaba leer, no obstante, de la manera en que rezan algunos, en el recogimiento de un viaje inmóvil impregnado de un valor de realidad que la vida de verdad no era capaz de procurarle. Pero ese frescor insólito concluía pronto, ahogado en la repetición hasta el infinito de esas celebraciones monótonas, y todos sus viajes por los canales o todas las poesías no le producían más que una frustración que crecía exponencialmente al cabo de los años. Siento por Petrus una ternura especial por el hecho de que, aunque me guste el mundo de los elfos anterior a la caída, entiendo también las aspiraciones descabelladas que albergaba en su corazón, pues hay que ser de alguna manera ajeno al mundo para desear inventarlo y opaco a uno mismo para querer ir más allá de lo visible.

No crean, sin embargo, que Petrus no amaba su tierra natal, y cuando entrevió su final sintió que se le partía el corazón. Fue cuatro decenios después de desembarcar en Katsura, la primera vez que visitó Ryoan. El canal entre Katsura y Ryoan era inestable por una curiosidad topológica que situaba las dos grandes ciudades élficas en los puntos más extremos de ese mundo, en su altitud más elevada y más baja, creando una corriente de tensiones que hacían de la travesía de ocho horas una de las más imprevisibles para Nanzen. Por todo ello el canal solía estar cerrado, y tras una larga serie de intentonas fallidas, Petrus no había ido a Ryoan hasta después de haber explorado tres cuartas partes del territorio. Tras una travesía algo caótica —pero las turbulencias del canal, tan infrecuentes en el pasado, se habían vuelto ya algo habitual—, había arribado al amanecer, en compañía de sus amigos, a los pontones del cuarto santuario, donde se hallaban ahora los tres, boquiabiertos. Creía haber visto tantas maravillas que ya no podría deslumbrarse más, pero se equivocaba, puesto que, en todos los mundos conocidos, jamás ha existido ciudad más absoluta que Ryoan, y con absoluta me refiero a hermosa y poderosa, pero también *imposible*. Aunque estaba totalmente anegada en brumas tenebrosas, las casas y los árboles brillaban como diamantes negros. De las tinieblas surgía la luz, que iluminaba el mundo, del mismo modo que un filtro de alquimista permitía ver cada cosa de manera clara y nítida, destacada de los fondos con los que debería haberse confundido. Allí no había montañas, sino acantilados de brumas, tan imponentes como los de Katsura, que se desprendían en grandes porciones y recorrían la ciudad. Erguidas sobre la urbe, las grandes mamparas resplandecientes pasaban de este a oeste y, tanto de

día como de noche, Ryoan centelleaba con su luz sombría. A ello se añadía la plata líquida, surgida de la irización del sol en los intersticios de la oscuridad, que chorreaba sobre los puentes y los jardines silenciosos. Todo eran tinieblas, todo era plata, todo era transparencia, y se veía la ciudad a través de tapices de brumas que chisporroteaban como líneas de energía. Ello ocurría con una suavidad de caricia que se añoraba cuando se desplazaba hacia el este, y con gratitud se acogía la oleada siguiente que volvía por el oeste.

—Parece un cuadro de tinta y de cristal —dijo Paulus arrancando de su estupor a sus dos amigos.

—Dicen que la claridad de las tinieblas no conoce rival —dijo Marcus—. Comprendo el orgullo de los elfos de Ryoan.

De hecho, pasear por las calles de la ciudad era una experiencia espiritual de primer nivel, declararían Petrus la primera noche ante una jarra de una miel más refinada que la de otras provincias. Antes habían pasado por un jardín en el que, en un cuadrado de arena negra, crecía un único naranjo amargo cuyas florecitas blancas, cinceladas sobre el decorado de brumas oscuras, parecían estrellas perdidas en el éter nocturno. Su perfume, presente en la jarra de miel, casi le había hecho perder la cabeza, y todo era similar en esa ciudad acogedora y sublime de la que los tres amigos no querían marcharse.

—Para mí Ryoan es como un filtro que lo hace todo más afilado —añadió.

No sabía de dónde le venía esa clase de pensamiento, pero cada vez que se le ocurría uno le parecía adecuado y le resultaba familiar, y así se lo comentó a sus dos cómplices.

—Es el efecto del té de mil años —declaró Paulus, dejando su jarra de miel sobre la mesa—. Desde que lo bebimos, vivimos con nuestros muertos o viven ellos con nosotros, no lo sé, pero elevan nuestros pensamientos íntimos.

La víspera de su partida salieron al cálido crepúsculo. Paseando por las orillas del río y abandonándose a las corrientes de estaciones, árboles y montañas que murmuraban las aguas, tuvieron un encuentro inesperado. Hasta que el elfo no le sonrió, una vez que llegó a su altura, Petrus no reconoció, aletargado por el abuso de sirope de flores de azahar en que había incurrido durante la cena, al ángel rubio del canal de Hanase. Con una tez más delicada y unos ojos más azules que antes era ya un joven adulto de una belleza tan cegadora que Petrus se quedó (casi) sin voz.

—Volvemos a encontrarnos justo antes de dejar Ryoan —les dijo sonriendo—, veo en ello una señal del destino.

Todos se inclinaron amablemente.

—¿Adónde va? —le preguntó Paulus.

—A Katsura, por el primer canal del alba —contestó, transformándose en un jabalí tan grácil que parecía un ciervo—. Acabo de ser admitido en el equipo de jardineros del Consejo —añadió

con orgullo.

—Qué coincidencia —dijo Petrus—, yo también trabajo en la cámara alta.

—Mi padre me ha recomendado al jefe del jardín —dijo el hermoso jabalí, convirtiéndose en un suntuoso caballo.

—Es un magnífico artista —dijo Petrus cortésmente.

—Que debería haber sido Jefe del Consejo —añadió su interlocutor con indolencia.

Hubo un silencio.

—Nuestro jefe actual tiene todas las cualidades requeridas para gobernar las brumas —dijo Petrus.

—¿Lo piensa porque ha sido elegido? ¿Cree usted que el común de los elfos tiene idea de cuáles han de ser las cualidades de un jefe? —preguntó el caballo.

—No hay elfo más común que yo —dijo Petrus tras un silencio.

El joven elfo lo miró un instante antes de sonreír de esa manera tan irresistible que vencía toda reticencia.

—Lo dudo mucho —dijo antes de inclinarse con gracia y despedirse.

Al cabo de tres pasos se volvió brevemente.

—Hasta pronto —le dijo a Petrus de un modo que le heló la sangre.

Como barrendero jefe, Petrus era testigo de los asuntos importantes y las intrigas del Consejo. Su estatus subalterno le confería una invisibilidad que le daba acceso a toda clase de informaciones que elfos más relevantes no podían obtener, también porque la popularidad de la que en tiempos gozaba en sus Bosques no había cesado en Katsura. Todo el mundo apreciaba a Petrus, todo el mundo buscaba su compañía, y no había día en que no le propusieran ir a la ciudad a tomar un sirope de arce o de escaramujo, a lo que respondía favorablemente si había terminado sus lecturas. Barrer era para él un amable sacerdocio; las escobas estaban hechas de un bambú ligero con el que apenas se rozaba el suelo; la tarea no era ni difícil ni cansada, y disfrutaba dejando tras de sí un área limpia realzada por alguna que otra hoja indolente. Sólo trabajaba desde el alba hasta el almuerzo, y tenía las tardes tan libres como libre era su acceso a todos los rincones de la sede, incluidos los jardines interiores a los que se llegaba por la puerta norte y la sala del Consejo. Sin embargo, cuanto más pasaba el tiempo, menos deseos tenía de visitarlos. El jefe de los jardineros no había salido vencedor en las elecciones, pero tenía sobre la casa alta un dominio evidente. Poco a poco el musgo iba cediendo terreno a la arena gris, y la vegetación desaparecía, sustituida por magníficas piedras que los asistentes del jardín buscaban por todos los rincones de las brumas; así, se pasaba ante sucesivos decorados en los que se representaba, en piedra y arena, la marea en la orilla, las montañas eternas o los lagos adamantinos de ese mundo. Pero siempre faltaba el corazón, y ello ya no asombraba a Petrus, que se aplicaba en barrer bajo las cristaleras de la cámara alta en la hora en la que el Jefe del Consejo comunicaba el informe cotidiano de

Nanzen sobre las brumas y en cuya ocasión atendía a las preguntas del jefe del jardín y de la conservadora de la biblioteca que, junto con los diez consejeros y, a veces, los emisarios de las provincias, asistían por derecho a las sesiones.

No hubiera podido imaginar mejores dirigentes que los que habían sido elegidos. El Guardián del Pabellón, en particular, lo llenaba de admiración por su voz melodiosa y su mirada atemporal. El jefe del jardín nunca lo atacaba de frente, ni tampoco al elfo liebre de Katsura que presidía las sesiones con una autoridad elegante y una ironía muy poco habitual entre los elfos. Eran gigantes. Gigantes al servicio de un mundo en plena turbulencia, pues cada informe cotidiano manifestaba un debilitamiento creciente de las brumas. Además, debían hacer frente al destructor de la vegetación milenaria, obsesionado con las piedras y la perfección, que ya no se ocultaba y hacía campaña abierta contra los humanos.

—¿Cómo puedes negar los hechos? —preguntaba al Jefe del Consejo—. ¿Cómo puedes ignorar que su insostenible falta de sensatez aniquila el paraíso que les ha sido confiado y, por contagio a través del puente, gangrena también el nuestro?

—Ninguna enfermedad tiene una causa o una cura sencillas —contestaba la liebre—. Designar a un enemigo providencial no salvará nuestras brumas.

—Os engañáis con vuestra cháchara, mientras los criminales andan sueltos impunemente —replicaba el jefe del jardín.

—El declive no es un crimen, sino un reto —contestaba el guardián.

—Nada nos devolverá nuestras brumas si no actuamos —repetía el otro.

Y el enfrentamiento proseguía incansablemente mientras, año tras año, Petrus veía alterarse los corazones e infiltrarse en ellos las palabras del jefe del jardín, aunque aún no había un consejero que adoptara una postura radical sobre la cuestión humana.

Cuando el destino zozobra, no hay flor que pueda distraernos. Era una hermosa tarde de noviembre, y Petrus leía, instalado sobre un cojín mullido en un rincón de la biblioteca, frente al único jardín que se había salvado de las extravagancias minerales del elfo de Ryoan. Leía suspirando de vez en cuando, vagamente interesado pero sobre todo aburrido por las elegías de otoño de una antología integrada en un gran clásico de las brumas, el *Canto de la Alianza*, en el que se celebraba sin cesar la armonía natural de las montañas, los bosques y las nubes. Estaba profusamente ilustrado con tintas magníficas que representaban, sobre un fondo de cumbres brumosas, árboles que perdían grácilmente sus hojas y pájaros que volaban alto en el cielo, entrelazando las alas con las poesías escritas.

*Ni primavera ni estío ni invierno  
Conocen la gracia*



*De la melancolía otoñal*

Suspiró otra vez y, llevándose consigo el libro, salió al primer patio, donde se sentó al sol con la espalda apoyada en el tronco de un viejo ciruelo. Hacía una temperatura muy agradable, y, tras unas pocas páginas más de arces que resplandecían en el crepúsculo, estaba a punto de quedarse dormido cuando algo en su lectura lo sobresaltó. Se incorporó, con el corazón y el hocico inquietos, y se quedó mirando sin verla una camelia que un jardinero del primer cuarto había dejado sobre el musgo, volvió al texto, sacudió la cabeza, y leyó y relejó sin fin.

*el renacer de las brumas  
por dos niños de noviembre y de nieve  
los sin raíces la última alianza*

—Por las brumas —murmuró por fin (lo que, en élfico, es el equivalente de «diantre»).

No sabía qué era lo que más lo perturbaba, si hallar de nuevo en esos versos la inspiración de aquellos que compusiera espontáneamente en el pasado bajo el influjo de las malas hierbas del canal o estar por primera vez ante un texto tan *impensable*. Por sus lecturas habría podido jurar que ese poema no celebraba nada existente, no evocaba nada que hubiera ocurrido algún día, sino, al contrario, describía el mal de las brumas y trazaba su remedio como si hubiera anticipado y concebido ambos. Tres versos de un relato desconocido, y la vida resplandecía en armonía con un corazón henchido de una ebriedad nueva, tan intensa que lo sentía latir como loco, y Petrus ya no veía lo que tenía delante; precisamente, ante él y observándolo en silencio estaba el Jefe del Consejo. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?, se preguntó Petrus poniéndose en pie de un salto. El sol declinaba y alisaba con su luz rasante el musgo del patio. Petrus tenía un poco de frío y parpadeaba, como si despertara de un largo sueño. Se quedó ahí unos instantes, muy quieto, delante del Jefe del Consejo, que guardaba silencio.

—¿Qué lee? —preguntó éste por fin.

Todo lo que se le había agolpado a Petrus en la mente las horas en que había permanecido inmóvil relejendo el poema se metabolizó, y, asombrado de las palabras que salían de su boca, contestó:

—Una profecía.

El Jefe del Consejo enarcó una ceja.

—¿Una profecía? —repitió.

Petrus se sintió muy tonto. Bajando la mirada al libro que tenía en la mano, se armó de valor y volvió a decir:

—Una profecía.

Leyó en voz alta los tres versos, y cada palabra atravesó como una daga afilada el aire fresco del atardecer.

—¿Dónde ha encontrado eso? —preguntó el Jefe del Consejo tras un silencio.

—En el *Canto de la Alianza* —contestó Petrus, alargándole el libro.

Hubo un nuevo silencio.

—No sé cuántas veces he leído el *Canto de la Alianza* —dijo el Jefe del Consejo—, pero no conservo recuerdo alguno de esos versos.

Petrus guardó un silencio respetuoso.

—Y eso que tengo una memoria de elefante —dijo el elfo, transformándose en esa liebre de piel de armiño que dejaba subyugadas de admiración a las multitudes.

Se quedó un momento pensativo, y Petrus siguió callado, sintiendo que estorbaba y sin saber qué actitud adoptar.

—¿Cuánto hace que trabaja usted aquí? —preguntó la liebre.

—Setenta años —contestó Petrus.

—No es de Katsura, ¿verdad?

—Vengo de los Bosques Oscuros —contestó Petrus—, llegué aquí por un concurso de circunstancias algo singular.

La liebre se transformó en caballo negro.

—¿Es decir? —preguntó.

—Pues bien —dijo Petrus—, me enviaron aquí Las Malas Hierbas de Hanase.

El caballo lo miró fijamente como si se hubiera transformado en una babosa.

—¿Por qué azar fue usted a parar a Las Malas Hierbas? —quiso saber.

—Por recomendación del pasador de las Marcas del Sur, que le pidió a la dueña que nos sirviera un té de mil años —contestó Petrus.

El Jefe del Consejo se rio.

—Nada menos —dijo.

Murmuró el nombre del pasador casi en voz baja, con un gorjeo que terminó con un sonido como de chapoteo.

—Una ardilla de los Bosques Oscuros enviada por los más antiguos servidores de las brumas, y una suerte de profecía surgida de la nada —prosiguió—. Imagine mi sorpresa al no haberme enterado de todo esto hasta hoy. ¿Se guarda algo más?

Petrus se ruborizó.

—Justo antes de llegar a Katsura compuse un pequeño poema similar que trataba de dos niñas.

—¿Es usted poeta? —preguntó el Jefe del Consejo.

—No —dijo Petrus—, soy barrendero.

Su interlocutor se transformó en hombre.

—Me temo que va a tener que renunciar a su vocación —dijo—. Preséntese mañana por la mañana en la cámara alta. Voy a convocar una sesión extraordinaria, y mejor será que se prepare para una larga jornada.

Por fin se fue, dejando a Petrus estupefacto y más solo que la una.

*Tan alto el sueño*

*Ni primavera ni estío ni invierno*

*Conocen la gracia*  
*De la melancolía otoñal*

Libro de las pinturas

# 聖地

## Santuarios

Había en la tierra de los elfos cuatro santuarios.

En la provincia de las Hojas, Nanzen acogía, regulaba y unía las brumas por todos los caminos y canales.

Katsura, capital de los elfos y joya de las nieves, estaba a cargo del mantenimiento de los fundamentos de ese mundo.

Ryoan, en el corazón de las Brumas Oscuras, era responsable de la eternidad de la belleza.

Hanase, por fin, una ciudad de las Cenizas, mantenía el vínculo entre vivos y muertos.

Los santuarios son los corazones secretos de un mundo en el que se elaboran las respuestas a las cuestiones planteadas en los grandes Libros.

La cuestión del fervor por la que Nanzen rezaba cada día para que se salvaran las brumas.

La del valor en las batallas, por la que velaba la cámara alta de Katsura.

La de la belleza, que encarnaban las pinturas naturales de Ryoan.

La del amor, por fin, la mayor de todas, cuyo canto susurran los muertos de Hanase y viaja por los espacios y los tiempos, cabalga los grandes vientos del sueño y llega un día hasta nuestros oídos lejanos.

# 予言

## Profecía

El Jefe del Consejo admitió enseguida la intuición de Petrus, según la cual los tres versos constituían una profecía. Conocía la diferencia entre las literaturas humana y élfica, y sabía que era imposible que el poema fuera parte del *Canto de la Alianza*. Y, sin embargo, lo era o, al menos, había pasado a serlo.

Los elfos no cuentan historias a la manera de los hombres y son impermeables a los relatos de *invención*. Cantan sus hazañas, componen odas a los pájaros y a la belleza de las brumas, pero la imaginación nunca añade nada a esa celebración elegíaca. ¿Quién reclamaría historias en el gran todo en el que cada acontecimiento no es sino el reflejo de la totalidad del relato?

Como no había rastro ni en los anales ni en la memoria de las eras élficas de dos niños de noviembre gracias a los cuales advendría un renacimiento de las brumas, el poema era un texto inclasificable que esperaban fuera profético. El Jefe del Consejo, que sospechaba ya que el mundo espléndido, eterno y estático de los suyos debía alterarse para sobrevivir, comprendió que esa revelación del barrendero Petrus exigía la vía de una nueva alianza.

## Por violetas sagradas (1870-1871)

Sentía Petrus el de los Bosques Oscuros que había tenido dos vidas distintas: antes y después de la lectura de la profecía. En la primera de esas vidas había una escoba; en la segunda, aventura, y veía sus periplos y sus pequeñas peripecias del pasado como los saltitos de un ratón en una jaula.

Como si no fuera casualidad, ese año de epifanía para Petrus también había sido testigo del advenimiento de una serie de acontecimientos memorables, cuya estela se cerraría después hasta dibujar la sola vía posible de la guerra; pero astuto habría sido quien, por aquel entonces, hubiera podido entender la trama y el sentido. Esos acontecimientos eran, sin orden ni concierto: el asesinato de un hombre que llevaría al Jefe del Consejo a Roma; el descubrimiento de un lienzo singular en el que se sellaba el declive de los mundos; el descubrimiento de la existencia de un cuaderno gris que cambiaría la faz de la guerra venidera, y el hecho de que Petrus descubriera el vino de los humanos.

Al poco de la primera audición del barrendero Petrus ante la cámara alta y del surgimiento de la idea de alianza con los humanos, se dio una conversación entre el jefe de los jardineros y su joven brazo derecho, el jabato de Hanase que, desde entonces, ya era un jabalí. Hacía treinta años que Petrus se lo encontraba en los senderos del Consejo y que su hostilidad mutua no dejaba de crecer. La simpatía inicial del joven jabalí se había tornado en desprecio tras percibir el escaso entusiasmo del barrendero por las maniobras de su paladín. La adoración que le profesaba lo convertía en su adepto más entregado, y había que verlos juntos cuando tomaban forma humana y pasaban por el paisaje sus siluetas desenvueltas, tan bellos y maléficos, pensaba Petrus, al que por momentos aún confundían sus deslumbrantes sonrisas; pero cuando eso ocurría, sacudía la cabeza y el embrujo se disipaba.

Pero una mañana de enero, Petrus sorprendió entre ellos una conversación de la que informó al Jefe del Consejo y al Guardián del Pabellón. Estaban los tres en el despacho del elfo liebre de Katsura, una exigua salita con vistas a la escena más maravillosa. Pese a haber recorrido numerosos jardines, Petrus no conocía ninguno que diera como ése tamaña sensación de concentración de naturaleza. Que la quintaesencia del artificio pudiera producir una sensación de naturaleza bruta en un jardín concebido por completo por la mente y la mano del elfo lo

embelesaba y lo asombraba. No era más que un recinto de arena clara, azuleos y bambú sagrados atravesado por un riachuelo y precedido por una piedra excavada donde aleteaban los pájaros, pero, por modesto que fuera, el panorama transmitía la sensación del vasto mundo por una transustanciación de las distancias y de las cosas cuyo misterio Petrus había renunciado a desentrañar.

—Yo mismo me ocupo de él —le dijo un día el Jefe del Consejo mostrándole, junto a la galería exterior, una podadera, una pequeña escoba, un rastrillo de bambú y un cesto de cortezas trenzadas.

Petrus se alegraba de que los jardineros no pusieran un pie allí. Pero era hora de hacer su informe: paseando sin rumbo después del trabajo por los pasillos de la cámara alta, al doblar la esquina de una galería había visto a las dos almas condenadas y, al reparar en que tenían una expresión extraña, las había seguido, antes de apostarse discretamente debajo de la salita en la que se habían refugiado para hablar. Al parecer, el jefe del jardín estaba sin noticias de un sobrino que, en virtud del reglamento de las brumas, que permitía a la familia de los dignatarios de la sede del Consejo viajar por los dos mundos, había pasado hacía poco al plano humano. Allí había encontrado, en una ciudad llamada Ámsterdam, un cuadro (que no interesaba a su tío) y un cuaderno gris (que sí le interesaba mucho), los había llevado a otra ciudad llamada Roma y había desaparecido después sin dejar rastro. Antes de eso había regresado una primera vez de Ámsterdam sin el cuaderno gris, cuya existencia temía desvelar al Guardián del Pabellón, y el jefe del jardín despotricaba contra esa precaución que lo privaba del objeto al que parecía otorgar la máxima importancia. La historia, que para Petrus no tenía ni pies ni cabeza, no extrañó a sus interlocutores.

—Siempre tenemos vigilados a los elfos que visitan el mundo humano —le dijo el guardián—, y esta noche hemos asistido al asesinato del sobrino.

—¿Al asesinato? —repitió Petrus horrorizado.

—Al asesinato —confirmó el Jefe del Consejo—. Al parecer, quería ganar dinero humano vendiendo el cuadro a un marchante de arte, y éste lo ha matado, antes de apropiarse del lienzo y el cuaderno. El marchante se llama Roberto Volpe, y me voy a Roma a conocerlo.

—¿A conocer a un asesino? —preguntó Petrus, más horrorizado todavía.

—Curiosamente, Roberto Volpe es un ser amable y pacífico que, además, ha sido padre por primera vez esta mañana —contestó el Jefe del Consejo.

—El cuadro nos intriga —dijo el guardián—. Hay algo en él que reclama que vayamos a observarlo de cerca. Por desgracia, con la confusión del asesinato, no nos hemos enterado de lo que ha hecho Roberto Volpe con el cuaderno. Pero el jefe del jardín no ha enviado a su sobrino a Ámsterdam por casualidad, y apuesto a que sabía lo que buscaba allí. Tenemos, pues, una doble búsqueda, la de los dos niños y la del cuaderno gris.

—¿Piensan que están relacionadas? —preguntó Petrus.

—Pensamos que todo está relacionado siempre —contestó el guardián—. Incluido un

barrendero que yo me sé al que la intuición de Las Malas Hierbas envió a la biblioteca del Consejo.

Petrus se quedó mudo de asombro.

—Aunque a veces estemos ciegos, no somos tontos —dijo el Jefe del Consejo—. Tengo entendido que le gusta viajar.

Su mirada se volvió amarga.

—Aunque no estoy seguro de que lo que me dispongo a ofrecerle constituya un privilegio. Este primer asesinato de un elfo en territorio humano augura un triste periodo, pero en estas tinieblas hemos de hacer gala de discernimiento y audacia.

Cambió una mirada con el guardián.

—Su descubrimiento insólito en el *Canto de la Alianza* pone de manifiesto la evidencia de que la clave de los tiempos está en el vínculo entre los mundos. Ignoro por qué ello ha ocurrido tantos años después de que fuera distinguido por dos de las más altas instancias de nuestro mundo, el pasador de las Marcas del Sur y Las Malas Hierbas, ni por qué ha sido necesario que, entre tanto, el destino le pusiera una escoba en las manos, pero parece que es usted el elegido para esta aventura.

Lo miró con lo que a Petrus le pareció algo de severidad, ¿o era quizá solemnidad?

—He decidido nombrarlo emisario especial de las brumas en el mundo humano —dijo—, encargado de la doble búsqueda del cuaderno gris y de los dos niños del *Canto*.

Se puso en pie, indicándole así que podía retirarse.

—Preséntese aquí mañana al amanecer —dijo el Guardián del Pabellón—, y lleve lo necesario para varios días de viaje, en todos los climas y todas las estaciones.

Petrus abandonó la sede del Consejo en un estado de confusión tal que se equivocó una vez de casa y luego pareció no reconocer a su vieja elfa unicornio. ¡Emisario especial del Consejo de las Brumas en el mundo humano!, se repetía. No tenía ni la más remota idea de lo que tendría que hacer, y la única consigna que le habían dado lo había dejado perplejo. Los elfos llevan una única prenda que los envuelve íntimamente en todo momento, pero además visten también capas cuando llueve y cálidos abrigos cuando hace frío, a lo que añaden sombreros similares a los de los humanos. Petrus pasó la noche tratando de hacerse un hatillo y, al despuntar el alba, metió unas cuantas pertenencias al azar en la bolsa de tela que le servía en sus viajes. Por fin, viendo horrorizado que ya había amanecido, se precipitó hacia la cámara alta y, sin saber cómo, no tardó en hallarse en el despacho de la víspera. Ante él, observándolo con pensativa intensidad, estaba el Jefe del Consejo. A su lado, el Guardián del Pabellón le decía algo que Petrus no oía, pues los sonidos se perdían en una guata en la que se ahogaba también su inteligencia.

El guardián le puso una mano en el hombro. Hubo un momento de vacío en el que la guata se diluyó sin fin en una nada helada. Acto seguido, estaban en Nanzen. Reinaba el silencio en el



pabellón. Por sus aberturas sin ventanas ni adornos Petrus veía las brumas esculpir los árboles del valle. Detrás, en lo alto del puente rojo, una niebla espesa daba vueltas sobre sí misma.

—¿Por dónde hemos ido? —le preguntó al guardián.

—Por el puente —contestó éste, ofreciéndole una taza de té.

—Pensaba que sólo llevaba a la tierra de los humanos —dijo Petrus.

—El puente sólo resulta visible en su función de paso entre los mundos —dijo el guardián—. Dentro del nuestro no requiere una materialidad especial.

Cuidadosamente dobladas sobre un banco, en el que estaban colocados los utensilios para el té, había también unas prendas de ropa que el guardián fue a buscar para desplegarlas ante Petrus. Se trataba de una especie de funda con dos perneras, una gran camisa de toscos contornos y algo parecido a una capa con mangas.

—Este atuendo le será de utilidad en todas partes —dijo el guardián—. El calzado, en cambio, dependerá de su destino.

—Pero ¿adónde iré? —preguntó Petrus—. No tengo ni la más remota idea.

Y, recordando la conversación de la víspera, añadió:

—¿A Roma, tal vez?

El guardián compartió con él unas imágenes que le hicieron caerse sentado de pura impresión.

—Roma —dijo el amo de Nanzen.

Pero Petrus no entendía lo que veía.

—Son inmuebles de piedra —dijo el guardián—. Viviendas colectivas, digamos, o edificios de culto o de poder.

—Tan altos y tan muertos —murmuró Petrus—. No creo que vaya allí. A decir verdad, no tengo ni idea de lo que debo hacer y desde luego no sé por dónde empezar.

—Confíe en su corazón —dijo el guardián.

Petrus se quedó inmóvil un momento, inseguro y perdido. Sin previo aviso, el rostro de la anciana de lazos azules del sueño de la casa de té emergió de las profundidades de su memoria, mientras avanzaba hacia él sobre un fondo de jardincitos con la tierra recién removida. Sintió la presencia ligera del guardián penetrar su mente y le oyó decir: la veo. La visión cambió. Desfilaron paisajes verdosos de prados y bosques, antes de que se inmovilizara sobre una aldea situada en un vallecillo. Se le aceleró el corazón, y Petrus reconoció las casas de piedra con sus tejados de tejas rojizas. La nieve había cubierto los huertos, y los penachos de humo del invierno se elevaban hacia el cielo.

—Es ahí —dijo—, sí, es ahí.

Las imágenes desaparecieron, y el guardián abrió los ojos.

—Borgoña —dijo—. Al menos hay nieve en abundancia.

Una hora más tarde, Petrus estaba en el puente rojo, tan incómodo con su ropa humana como una

ardilla con tutú, calzados los pies con unos instrumentos de tortura que el guardián había llamado zuecos (y dentro de los que además había tenido que meter unos calcetines de lana que le picaban desagradablemente en las pantorrillas).

—Lo vigilaré en todo momento. Cuando decida regresar, no tendrá más que hacérselo saber —le dijo el guardián.

Por fin le entregó una pequeña bolsa que contenía el dinero que quizá necesitara una vez que pasara al otro lado.

Petrus avanzó un paso y entró en el círculo de brumas. Eran extraordinariamente densas, y sentía en la mejilla un suave roce. ¿Y ahora qué?, pensó con una pizca de mal humor que, a mi juicio, resume mejor que nada quién era nuestro héroe, a quien el estómago, privado de desayuno, arruinaba el exquisito escalofrío de emoción ante la aventura que estaba por comenzar. Cerró los ojos, inspiró hondo y se preparó para la larga nada helada. Una violenta ráfaga le abofeteó la frente, y, de la sorpresa, abrió los ojos.

Ya estaba al otro lado. ¡Vaya!, pensó al descubrir delante de sí la granja de su sueño. Concluía la tarde, y el sol se ponía ya. Por la única ventana cuyos postigos aún estaban abiertos, a la izquierda de los peldaños de entrada, se escapaba la luz de una lámpara. En ese instante alguien abrió la ventana y se asomó fuera, luchando contra la brisa helada. En la penumbra naciente, Petrus no distinguía sus rasgos, pero aun sin ver sabía quién era y, con el corazón desbocado y el paso inseguro por los zuecos, se acercó tímidamente. Ahora ya sí veía el viejo rostro surcado de arrugas, la cofia con lazos azules y la viveza de una mirada a la vez similar y distinta a la de la mujer del sueño. Han pasado setenta años, pensó, es su biznieta.

—¡Virgen santa! —exclamó al verlo.

Comprendo su lengua, pensó Petrus estupefacto. La anciana lo miró un momento y, decretándolo inofensivo a todas luces (aunque por una razón desconocida), sacudió la cabeza de un lado a otro y le dijo:

—¿Qué hace ahí como un pasmarote, muerto de frío? Entre a calentarse, charlaremos al calor de la lumbre.

Al verlo acercarse torpemente, tropezando con sus zuecos, la anciana se rio, cogió los postigos y los cerró con un golpe seco, y con la misma energía hizo lo propio con la ventana. Un segundo después se abrió la puerta.

Petrus entró y se vio en una gran habitación en la que ardía un fuego de chimenea. Allí se calentaba un grupo de personas que se volvió hacia él como un solo hombre.

—Eh, amigo, ¿qué hace ahí fuera con un tiempo tan frío? —preguntó uno de ellos, invitándolo con un gesto a unirse a ellos.

Comprendo, pensó Petrus, pero ¿sabré hablar? Se armó de valor, e inclinándose cortésmente se acercó y sintió que las palabras salían de su boca con total naturalidad.

—Me he perdido —contestó, como le había indicado el guardián que dijera en toda circunstancia—, buscaba una posada para pasar la noche, pero debo de haber errado el camino.

El otro lo miró divertido.

—Una reverencia y modales de señor —murmuró—, pero ni pizca de malicia, eso seguro.

Le dio un empujón que por poco lo tira de los zuecos.

—Pues qué oportuno —dijo—, tenemos visita del primo Maurice, así que estamos de fiesta esta noche.

Señaló a uno de los hombres de rostro curtido y afable, el cual, sonriendo, levantó dos dedos y se los llevó a la sien. De modo que es así como se saludan en la granja, pensó Petrus.

—Además la Marguerite está en los fogones, el rancho será mejor que el de la posada —añadió el granjero antes de entregarle el mismo vasito de cristal que tenían todos los hombres.

Cogió una botella llena de un líquido transparente que Petrus, movido por una notable intuición, dudaba que fuera agua.

—Es aguardiente, lo ha hecho Doudou —dijo el hombre, sirviéndole un poco—. Y Doudou nunca bromea con las cosas serias —añadió mientras los demás reían.

Miró a Petrus a los ojos.

—Me llamo Jean-René Faure —dijo.

—Georges Bernard —dijo Petrus, como también le había sugerido el guardián, y por un instante se puso a pensar que de verdad pudiera llamarse Georges y quedarse para siempre en esa habitación de la granja que olía a gloria.

Nunca había olido aromas parecidos y dedujo que lo que se cocía a fuego lento en esas ollas no era lo que los elfos ponían en las suyas: aromas misteriosos, intensos y almizclados cuya cálida sensualidad lo incomodaba y lo embelesaba a la vez. En eso estaba de sus reflexiones cuando Jean-René acercó su vaso al suyo y lo chocó, diciendo: «¡Salud!» Petrus, feliz de remediar la salivación excesiva que le infligían esos efluvios, hizo lo mismo, inclinó la cabeza hacia atrás y apuró de un trago el contenido del vasito.

Se desplomó sobre un banco. ¿Me voy a morir?, se preguntó. Un maravilloso calor se extendía por sus entrañas, y reparó en que todo el mundo lo miraba riendo.

—No será la primera vez, ¿verdad? —preguntó Jean-René, poniéndole una mano en el hombro.

Petrus quiso contestar, pero sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Relajándose de golpe y aceptando el destino, embriagado por el fuego en las tripas, se echó a reír él también.

—¡Empecemos por lo más importante! —exclamó Jean-René, volviéndole a servir otro trago del aguardiente de Doudou.

Y la fiesta comenzó, sin que a ninguno extrañara la presencia de ese hombretón pelirrojo de barriga prominente que no parecía saber hacer ni la o con un canuto, pero al que todos habían reconocido enseguida como un alma cándida, inofensiva y simpática en su torpeza.

A esa hora se bebía bromeando sobre los pequeños acontecimientos del día, los hombres se sentaban a la señal de las cocineras, que dejaban sobre la mesa el fruto de sus fogones, Jean-René recitaba una oración antes de cortar rebanadas de una hogaza de miga lustrosa, y las mujeres servían el primero de los cuatro platos, ¿o eran diez?, porque Petrus había perdido la cuenta a la segunda copa de vino que le sirvieron, vino de crianza, le dijeron, el de las ocasiones especiales. Le gustó el licor de Doudou e hizo honor, al final de la cena, al tarro de ciruelas claudias al aguardiente que habían abierto para matar el último gusanillo. En cuanto al vino, remató la cuestión brillantemente y, de no ser por ello, no hay duda de que no habría podido con todo lo que le sirvieron en el plato, y habría sido una lástima, pues la Marguerite tenía fama de ser la mejor cocinera de la región. Además, las viandas que servían ese día eran el producto de la cacería de la semana anterior por bosques nevados donde los árboles crujían como el hielo en los polos, y los animales, atrapados en sus madrigueras sin tiempo para decir amén, tenían la carne tierna de quien no ha llegado a ser consciente de su propia muerte. A ustedes que saben de alimentos humanos puedo decirles el menú y, en consecuencia, la adversidad a la que se enfrentaba Petrus: además de la sopa de tocino, que era el rancho habitual en la granja, tuvo que trasegarse un pato asado al espeto, un guiso de conejo, un paté de faisán, un resto de terrina de cierva, endivias a la brasa, patatas asadas y una sartenada de cardo caramelizado. Por último, después de la media cuña de queso (de las vacas de la granja, por supuesto) por cabeza, sirvieron una tarta de ciruela y una compota de manzanas amargas, acompañadas de ese sirope agridulce que hace las delicias de los gastrónomos.

Por el momento, Petrus miraba la sopa en la que flotaban entre las zanahorias, las patatas y los puerros unos elementos rosados y blanquecinos sobre los que preguntó a su vecino de mesa.

—Pues cerdo, ¿qué va a ser? —le contestó éste.

¡Cerdo! ¡No puedo comer cerdo!, se repetía Petrus horrorizado, imaginando al Guardián del Pabellón metido en una olla. Pero el trocito rosa parecía guiñarle el ojo, y su aroma lo encandilaba como un súcubo. Al tercer vaso de vino, armándose de valor, mordió la carne con precaución y obtuvo un estallido de placer que disolvió los últimos vestigios de sentimiento de culpa, bastante diluidos ya por las cepas del alto litoral. Cuando las fibras del tocino se fundieron en su lengua dejó que el jugo le cayera por la garganta y creyó desfallecer de gusto. Lo que siguió fue más extático todavía, y después de la voluptuosidad del pato asado ya no sentía escrúpulos para complacerse en el estupro carnívoro. Lo expiaré más tarde, pensó, atacando la terrina en la que la carne y la grasa se fundían y resistían bajo el incisivo en un ballet demoniaco. Sin sorpresa, al día siguiente no recordaría haber tenido un pensamiento tan ajeno a su cultura y a su naturaleza, por no hablar de que vería resuelto su conflicto moral por la convicción de que un forastero ha de

adaptarse a las costumbres del país que visita y por la quimera de que a los animales les habían dado una muerte indolora. Hay que decir que, a este respecto, Petrus era del todo humano; decida cada cual si cabe felicitarse o no por este hecho. Después de cenar hicieron lo que hacen los humanos, los franceses en particular, sobre todo si son de Borgoña: los hombres saborearon la última copita de la noche mientras las mujeres tomaban una infusión recogiendo a la vez la cocina, y celebraron las viandas como se merece. Maurice decretó que el paté de faisán de Marguerite era el más jugoso de todo el mundo civilizado, lo que suscitó comentarios sobre esta cuestión existencial de importancia mayor (la sequedad consustancial del paté de faisán), y, como quien no quiere la cosa, se rogó a la cocinera que compartiera su receta, a lo que ésta contestó que prefería ser crucificada viva y expuesta a los cuervos de los seis cantones antes de revelar el secreto de sus habilidades culinarias.

Petrus había apreciado la carne, sí, pero el vino había sido una experiencia de otro orden. Al primer sorbo era como tener en la boca la tierra de Borgoña, sus vientos y sus brumas, sus piedras y sus sarmientos; a medida que seguía bebiendo, descifraba los enigmas del universo de una manera que la contemplación de los picos de sus Bosques nunca le había permitido; y si su alma de elfo comprendía cien veces más esa magia nacida de la alianza de la tierra y el cielo, la parte humana de su corazón podía al fin expresarse. Pues lo más prodigioso, más allá de las iluminaciones de la ebriedad, era la doble historia de la que eran responsables el viñador y el bebedor; la viña contaba una lenta aventura vegetal y cósmica, una epopeya de tapias y de collados al sol; después el vino soltaba las lenguas y brindaba a su vez relatos de los que la profecía no había sido sino una prefiguración. Se charlaba de cacerías milagrosas y de vírgenes en la nieve, de santas procesiones, de violetas sagradas y de animales fabulosos cuyas peregrinaciones cautivaban a los lugareños, concentrados en sus últimas copitas de licor, mientras a la vida ordinaria se añadía una nueva que resplandecía en el segundo plano de lo visible y abría en el tiempo de vigilia la libertad de los sueños. Petrus no sabía si debía esa metamorfosis al talento de sus nuevos compañeros humanos o al exquisito balanceo que le producía por dentro cada vaso de vino, pero sentía agonizar su frustración antigua de que las cosas estuvieran separadas de él por una pantalla impalpable. Dicha pantalla había estallado en mil pedazos, y Petrus tenía acceso al nervio mismo de sus emociones; el universo resplandecía y se adensaba; aunque no dudara de que ello fuera posible sin vino, la viña y el relato eran solidarios de esa transfiguración de los planos de la realidad, y comprendiendo, siete decenios más tarde, el mensaje de las malas hierbas del canal, se sintió tan conmovido que farfulló algo que su vecino quiso hacerle repetir.

Los comensales guardaron silencio.

Maurice volvió a pedirle a Petrus que repitiera lo que había dicho. Todos lo miraban con esos ojos empañados que producen las viandas y la viña, y él farfulló con una voz algo trémula:

—Sería como si el mundo es una novela a la espera de sus palabras.

Consternado por su propia sintaxis y viendo que se esperaba de él una explicación, se sintió tonto. Pero Jean-René acudió inesperadamente en su auxilio, levantando su vasito de aguardiente y declarando con aire amable:

—Desde luego, ¿qué sería de nosotros sin las historias de las veladas y las fábulas de las abuelas?

Los presentes asintieron con la cabeza, lo bastante reblandecidos por el vino para aceptar esa traducción sibilina. Meditaron un poco la cuestión (tampoco mucho), y reanudaron una conversación frenada por la perspectiva de planchar la oreja sobre la almohada y roncar el vino hasta el amanecer.

Sin embargo, mientras se añadían sin brío los últimos comentarios de la velada, un tema lanzado por Maurice aterrizó sobre la mesa como una chispa, despabilándolos, y todos participaron en el debate con entusiasmo.

—Pues yo os digo que no hay nada como el invierno —soltó sin previo aviso.

Y, satisfecho de sí mismo, se recompensó con un último chupito.

Como esperaba, la trampa funcionó.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jean-René con un tono falsamente afable.

—¡Pues por la caza y la recogida de leña, por qué va a ser! —contestó el buen hombre.

Fue la señal de partida de una acalorada discusión de la que Petrus no entendió gran cosa salvo que se hablaba de batidas de perros, de montes altos y de huertos, y de una divinidad de la región a la que llamaban el rastreador. Aquello duró un tiempo agradablemente infinito que Petrus adornó con unos cuantos vasitos más de vino, pero, a fin de cuentas (y a su gran pesar), porque ya iban a dar las doce y porque todo lo bueno se acaba, la Marguerite se encargó de zanjar la conversación:

—Todas las estaciones son obra de Dios —dijo.

Por respeto a la señora (y a su destreza con el faisán), los hombres callaron y celebraron la concordia recobrada con un gesto de cortesía: un último trago de aguardiente. Pero Jean-René Faure, que no podía ignorar las leyes de la hospitalidad, le preguntó a Petrus por su estación favorita, y a éste le sorprendió constatar lo fácil que le resultaba pensar pese a haber bebido y comido como un cerdo borgoñés. Levantó su vaso como se lo había visto hacer a cada cual y recitó los tres versos del *Canto de la Alianza*.

*Ni primavera ni estío ni invierno*

*Conocen la gracia*

*De la melancolía otoñal*

Los demás lo miraron estupefactos y luego se miraron entre sí con los ojos brillantes.

—Ya, claro, si nos ponemos con la poesía... —murmuró Jean-René.

Todos inclinaron la cabeza con una deferencia inesperada. Marguerite sonreía; las mujeres le pusieron delante un plato con un resto de tarta y una última gota de crema agria, y todo el mundo parecía más feliz que los angelitos del cielo.

—Es hora de irse a dormir —dijo por fin Jean-René.

Pero, en lugar de despedirse, los hombres se levantaron con la mirada seria, y las mujeres se hicieron en el pecho una señal que Petrus habría de enterarse más adelante que era la de la cruz. Contagiado por la solemnidad del momento quiso imitarlos, se levantó, hizo el mismo gesto, estuvo a punto de perder el equilibrio sobre el plato, lo recuperó y escuchó la última oración.

—Recemos por los que han caído en los campos —decía el dueño de la casa—, y en especial por los mozos del pueblo, sus nombres están grabados en el monumento frente a la iglesia para que nadie los olvide, hoy que aún están recientes los combates y mañana cuando ya no los tengamos presentes.

—Amén —contestaron los demás.

Bajaron la cabeza y se recogieron en silencio. De modo que han conocido una gran guerra, pensó Petrus. En el tenue jaleo de las conversaciones que siguieron sintió que algo buscaba abrirse camino en él; sería el favor del vino o la dignidad del momento, pero el caso es que oía voces indistintas que a ratos callaban.

—Por desgracia, he oído decir que no bastan los rezos para que esta gente entre en razón —dijo Jean-René, poniéndole una mano amistosa en el hombro.

Tras un silencio, añadió:

—Por eso voy todos los días al cementerio a escuchar lo que me dicen mis muertos.

El eco difuso estalló de pronto en la cabeza de Petrus.

—«Se produjo un violento terremoto y la luna toda se puso como sangre» —dijo antes de callar estupefacto.

Pero ¿qué estoy diciendo?, se preguntó.

El otro, sin embargo, asintió suavemente con la cabeza.

—Eso es —dijo—, eso es lo que vivimos, tal cual.

Por fin los vecinos se marcharon, y los anfitriones de Petrus lo llevaron a su habitación, un pequeño cobertizo con un delicioso aroma a heno en el que habían puesto un jergón de lana, una almohada mullida y una cálida manta. Las visiones del viejo sueño de la casa de té remolineaban en su cabeza, y el horror rugiente volvió a encogerle el corazón. ¿He visto las imágenes de una guerra pasada o de otra venidera?, se preguntó, pero, rindiendo las últimas armas al vino de Côte, se desplomó sobre el lecho y se quedó dormido al instante.

Fue un sueño sin visiones ni escalofríos, una noche de existencia abolida de la que no conservó

recuerdo alguno. El despertar, en cambio, lo trajo dolorosamente de vuelta a la vida y, más que andar, se arrastró hasta la sala común. Flotaba un aroma exquisito, y una joven se ajeteaba recogiendo una mesa en la que ya sólo quedaban tres dientes de ajo junto a un vaso de agua y un gran tarro de barro.

—¿Quiere un café? —le preguntó.

Aunque era incapaz de abrir el ojo izquierdo, a Petrus le sentó bien el primer sorbo.

—Los hombres me han pedido que lo salude y que le diga que es usted bienvenido en la granja de la Hondonada todo el tiempo que guste —le dijo—. Es la primera gran cacería del año, y no podían esperarlo esta mañana, pero si tiene hambre, puedo prepararle algo.

—¿La Hondonada es el nombre de la granja? —preguntó Petrus, rechazando cortésmente la propuesta de almuerzo.

—Pues sí —contestó ella—, así se llama desde hace tiempo.

—¿Dónde están las otras señoras? —preguntó.

La joven se rio.

—Tanto como señoras... —dijo, antes de añadir—: Están con el cura en la granja Marcelot, han sabido que la anciana no pasa de hoy.

Y se santiguó.

Una hora más tarde, Petrus se despidió de la joven, pidiéndole que le diera las gracias a Jean-René Faure y le dijera que tenía que volver a sus ocupaciones, pero que pronto regresaría. Y, tropezando sin gracia con sus zuecos, salió al patio. No soplaban nada de viento; un gran cielo azul coronaba la región, blanca como la nieve; en las ramas de los árboles, perlas de hielo titilaban como estrellas. Sin saber lo que hacía, Petrus enfiló la calle principal hasta llegar ante una gran verja de hierro. Había tapias de piedra, caminos rectos como surcos y un gran cuadrado de tumbas y cruces: era el cementerio. Estuvo un rato delante de las sepulturas sin sentir la viveza del frío y el dolor que le taladraba el cráneo. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo en voz alta: «Quisiera volver a Nanzen».

Un instante después, el Jefe del Consejo y el Guardián del Pabellón lo observaban sin indulgencia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Espero que le duela la cabeza —dijo el Jefe del Consejo.

Petrus se transformó en ardilla y sintió lo mucho que había echado en falta sus esencias animales.

—Me duele la cabeza —dijo lastimeramente.

—«Se produjo un violento terremoto y la luna toda se puso como sangre.» ¿Cómo sabe eso?

—No tengo ni idea —dijo Petrus.



—Apocalipsis 6, 12, aunque la cita está incompleta —dijo el guardián—. Si es usted capaz de reinventar la Biblia de los humanos después de unos cuantos vasos de su vino, quizá tengamos que perdonarle sus desvaríos.

—¿La Biblia? —repitió Petrus.

—Vamos a tener que instruirlo antes de volver a mandarlo con los hombres —dijo el Jefe del Consejo—. Las cosas no pueden hacerse al azar.

—No están hechas al azar —dijo el guardián.

Petrus lo miró agradecido y, siguiendo un impulso, dijo:

—Tengo que ir allí donde haya vino.

El Jefe del Consejo enarcó una ceja en un gesto irónico.

Petrus buscó las palabras, pero no las encontró.

—El vino —repitió pensativo el Jefe del Consejo—. Nunca le hemos prestado atención. A los elfos nunca se les ha ocurrido cultivarlo y menos aún beberlo.

Al oír esas palabras, a Petrus se le aclaró la mente, como se comprenden las cosas con las fábulas y los cuentos, cosas que uno mismo no sabría explicar con claridad.

—El vino es para los humanos lo que el té para los elfos —dijo—. Ahí está la clave de la alianza.

*Por cacerías milagrosas*

*Por violetas sagradas*

*Violentos terremotos*

*Bajo una luna como de sangre*

Libro de las batallas

狩

## Rastreador

El rastreador es la única divinidad verdadera de los parajes de caza. Se venera su conocimiento de cada talud y cada rincón de arboleda. Se sabe que sale al amanecer a trazar el sendero de la batida, y esa oración silenciosa por los bosques dormidos le hace las veces de los más hermosos maitines, los que dan gracias a la tierra y al cielo y cantan la nobleza de los tordos.

# 旅

## Viaje

Si hay una disposición de los hombres de la que carecen los elfos es la de viajar.

Paradójicamente, esa inclinación les viene a los humanos de un defecto que les imposibilita *estar ahí*, estar en la simple *presencia* de las cosas, y los hace seres a la vez intranquilos y geniales.

¿Cabe imaginar cómo sería la alianza de la inmersión en el mundo y el apetito de cambio? ¿La querencia al vacío y la alegría de la fantasía? Sí, cabe imaginarla, y soñamos con ella y rogamos a los grandes vientos del sueño para que nos lleven hasta ella.

## Estamos todos (1871-1918)

En la época en que Petrus empezó a viajar por todo el mundo de los humanos, el Jefe del Consejo volvió de Roma con una información de lo más desconcertante.

—Ahora ya sabemos a quién pertenecía el cuaderno gris —le dijo a Petrus un día que se encontraban en Nanzen en compañía del guardián y varios de sus asistentes.

Contó cómo había llegado a Roma bajo una falsa identidad humana —la de un director de orquesta llamado Gustavo Acciavatti— y que, con el pretexto de adquirir unos dibujos del Renacimiento italiano, se había entrevistado con Roberto Volpe. Era un hombre de trato agradable atormentado por su crimen y obsesionado con el cuadro, que lo tenía fascinado. Al final de la velada, el elfo había seguido al marchante hasta una gran sala con las cortinas corridas, en una de cuyas paredes estaba colgada la obra, sobre un fondo de seda negra. El Guardián del Pabellón le enseñó la imagen, y Petrus observó con curiosidad el fondo oscuro sobre el que se recortaba una escena de factura sobria e íntima con protagonistas de semblante triste. Ahora que estaba más instruido en las religiones de los humanos reconoció una escena del Nuevo Testamento de los cristianos.

—Una *pietà* como los flamencos las han pintado a miles —dijo el Jefe del Consejo—. Cristo en brazos de la Virgen y, en segundo plano, María Magdalena y otros fieles afligidos.

—Es hermoso —murmuró Petrus.

Calló, presa de una intuición fugaz.

—Es magnífico —corroboró el Jefe del Consejo—, pero no es ésta la única cualidad del lienzo. Aunque hace tiempo que conozco bien el arte de los humanos, he tardado en comprender lo que tenía delante.

Petrus guiñó un ojo, y su visión del cuadro cambió por completo.

—Lo ha pintado un elfo —dijo.

—Lo ha pintado un elfo. Un elfo instalado como pintor en Ámsterdam a principios del siglo XVI, según la datación de los humanos. En realidad, el primer elfo que pasó al mundo humano.

—Pensaba que el puente existía desde el comienzo de los tiempos —dijo Petrus.

—Debería haber dicho: que pasó *definitivamente* al mundo humano. Para nosotros se había evaporado, pero parece ser que eligió hacerse hombre. Eso no había ocurrido nunca antes, no sabíamos que fuera posible. Sin embargo, no tenemos motivo alguno para ponerlo en duda, nos hemos enterado de ello esta misma mañana de boca del padre del tráfuga, es decir, de boca del anterior Guardián del Pabellón.

—¿El hijo del antiguo guardián se pasó para siempre al mundo humano hace trescientos años y nadie se enteró nunca de ello? —preguntó Petrus.

—Invité a mi predecesor a Nanzen para consultarlo y mencioné que la víctima había ido a Ámsterdam siguiendo el rastro de un cuadro y de un cuaderno gris —dijo el guardián—, y éste me dijo que en el pasado su hijo mayor había transformado el puente para que permitiera acceder definitivamente al otro plano, y que después se había establecido entre los humanos, adoptando la identidad de un pintor flamenco.

—Pero ¿por qué lo ocultó, por no hablar de cómo lo hizo? —quiso saber Petrus.

—El corazón de un padre es insondable —respondió el guardián—, y sin duda temía que la aventura tentara a otros. Esta mañana, sin embargo, no podía seguir guardando el secreto, aunque se lo dijo antes a otro elfo que conocemos; un elfo a cuya familia conoce desde la infancia.

—El jefe del jardín —dijo Petrus—. Ambos son de Ryoan.

Volvió a observar el lienzo. ¿Por qué sé que lo ha pintado uno de los nuestros si no sé nada de pintura humana?, pensó. El relato de la imagen es humano, pero el modo de estar en el corazón de las cosas es élfico. Pero hay algo más, algo que no sabría definir.

—¿Por qué y cómo pasó nuestro elfo al mundo de los hombres? —dijo el Guardián del Pabellón—. Su padre lo ignora, su hijo no quiso volver a verlo una vez cruzado el puente.

—¿De qué manera transformó el puente? —preguntó Petrus—. ¿Por qué ello no transformó a la vez nuestro mundo?

—En realidad, las brumas sí se transformaron —dijo el guardián—. Se debilitaban ya en menor medida y, según mi predecesor, esa modificación del puente las regeneró de forma espectacular. Pienso que el cuaderno gris contiene las respuestas a nuestras preguntas, y las tiene nuestro pintor exiliado.

Dio comienzo así una era inédita, una era que vio al Jefe del Consejo ir a Roma con regularidad para conversar con Roberto Volpe, aumentar la influencia de los adeptos del jardín y a Petrus entregarse en cuerpo y alma a sus dos búsquedas, repartiendo su tiempo entre el mundo de los humanos y la biblioteca del Consejo, en la cual había una sección cerrada al público a la que sólo se accedía previa solicitud especial. Pero el Jefe del Consejo la había puesto a su disposición sin normas ni restricciones.

—Los humanos ignoran nuestra existencia, algo de lo que siempre nos hemos congratulado —dijo, entregándole la llave—. Nuestra suerte es apacible, las guerras con los pueblos de los confines, por violentas que sean, nunca han tenido el poder de socavar los fundamentos de nuestra armonía. Pero los hombres son una especie belicosa de otra envergadura que nuestros orcos malvados o nuestros pícaros duendes.

—¿Por qué son tan agresivos? —preguntó Petrus.

—Los acosa la idea de su propia divinidad, el hambre de guerra les viene de haber negado al

animal que hay en ellos —contestó—. Los hombres no reconocen la unidad de los vivos y se consideran por encima de los demás reinos. Siguiendo esta línea, me inclino por pensar que nuestros males vienen del hecho de haber perdido parte de nuestras esencias animales.

—Parece ser que en la antigüedad no éramos sólo triples —dijo Petrus.

—Nuestros antepasados eran todos los animales a la vez, ya le presentaré a uno de esos venerables ancestros.

—¿Un ancestro vivo? —preguntó Petrus estupefacto.

—De eso se trata precisamente —contestó el Jefe del Consejo.

La sección «Literatura humana» era de acceso reservado pero, Petrus se enteró de paso, las solicitudes de derogación de los últimos siglos se contaban con los dedos de una mano. Contenía volúmenes doctos sobre los humanos redactados por elfos que habían vivido en su mundo, entre ellos los Guardianes del Pabellón y los Jefes del Consejo de todos los tiempos. Pero también albergaba libros escritos por hombres, sobre los que Petrus se arrojó con una voracidad que, lejos de mitigarse con el paso de los años, acabó por robarle horas de sueño.

No daba crédito a lo que leía. ¡Tantos años aburriéndose con las elegías sublimes de sus congéneres, tantos años sin saber que el objeto de su búsqueda se encontraba en la sala vecina! Devoraba los ensayos sobre los modos de vida de los hombres, en los que encontraba materia para organizar sus periplos al otro lado del puente rojo, pero sus ficciones novelescas lo sobrecojían de manera inefable, cambiaban el mundo de arriba abajo y excavaban sus galerías en la médula espinal de la vida. Como había empezado a explorar los viñedos de Francia, eligió en primer lugar novelas francesas cuya lengua le maravillaba comprender, aunque tuviera que recurrir con frecuencia al diccionario por faltarle un léxico que se le antojaba infinito. El lenguaje élfico es unívoco y preciso, en él se transcribe con sonidos melodiosos una naturaleza desprovista de dobles sentidos y se conoce sin esfuerzo la adecuación de la cosa y la palabra. En cuanto a la escritura élfica, se ha tomado prestada de las civilizaciones orientales de la tierra y consiste en trazos gráficos a las antípodas de los alfabetos formales mediante los cuales nosotros los occidentales significamos la realidad. Pero el francés, que Petrus leía por la gracia de Nanzen como si de su lengua materna se tratara, parecía ganar en prolijidad lo que perdía en materia constituyente, y lo asombraba que un lenguaje de esencia tan desencarnada pudiera ser paradójicamente tan rico en posibilidades inagotables. Nada lo colmaba tanto como lo *inútil*, la floritura de vocación puramente decorativa de las que las frases y las expresiones estaban saturadas, y quiso leer no sólo las obras literarias, sino también las gramáticas y los tratados de conjugación, así como, al fin, la correspondencia de los escritores, en la que aprendía cómo se construye y madura un relato. Entonces, tras deleitarse con la ingeniosidad de la lengua y sus usos, se zambullía de nuevo en una novela, y la vida volvía a iluminarse.

—Pensará lo mismo de otros idiomas de la tierra —le dijo el Jefe del Consejo, con quien un

día compartió su admiración por la lengua francesa—. Pero a mí no me fascinan esas invenciones sin freno, esas lecturas que a usted tanto le gustan me dejan bastante perplejo, y prefiero de lejos la música humana.

El viaje inmóvil de la literatura le permitía ver el mundo de una manera que no había podido acceder a su conciencia en las brumas, del mismo modo que le habría sido imposible comprender el mensaje de las malas hierbas del canal sin compartir la velada de leyendas y de cuentos de la granja de la Hondonada. Así como un tejido mojado libera tintes y pigmentos, las fantasías de los humanos daban al mundo sus estratos invisibles y los exhibían, trémulos y desnudos, a plena luz del día. Era la verdadera gracia de las historias, mediante una trama compleja en la que nunca se miraba la parte visible del tejido, sino un ligero centelleo en filigrana de la urdimbre. Esa vibración inefable sustituía en comprensión del corazón las razones y las explicaciones de la mente, y a Petrus no le parecía que los personajes de los cuentos y las novelas fueran menos reales que los seres con los que se cruzaba en la vida cotidiana, la que transcurre en los viajes móviles y desvela tan poco de las intenciones y las almas. Lo divertido era que nunca se sentía tan elfo como cuando recorría los parajes de la tierra, para sentirse definitivamente humano cuando regresaba a sus brumas. Cuando recorría los viñedos de Francia o de Italia pensaba con ternura en la serenidad de su país de poesías y de té; en cuanto ponía un pie en Nenzen, lo atenazaba la nostalgia de los modales descuidados de los humanos, del talento que tenían para hacer fastuosa la vida, poniéndole esa pizca de imperfección que le confería su genialidad. El vino, por fin, lo maravillaba, y, para rematar sus beneficios, los viñadores también le contaban historias; éstas hundían sus raíces en la tierra de los viñedos antes de elevarse hacia el cielo de los deseos y los sueños. Desde ahí comprendía que no era el vino lo que desempeñaba una función similar a la del té de los elfos, sino las ficciones de las que era catalizador, en las que era la metáfora y no la causa del milagro. Pero se cuidaba de confesarlo, en parte porque quería seguir bebiéndolo, y en parte porque lo que había empezado a sospechar en la granja se confirmaba cada vez que empinaba el codo.

Al contrario que en los hombres, que al beber perdían facultades, el vino multiplicaba en Petrus cualidades inesperadas. Por supuesto sentía la ebriedad, que arrastraba el mundo hacia amables orillas, y, como todo hijo de vecino, hablaba por los codos cuando llevaba unas copitas de más. Pero ello no mermaba sus competencias ordinarias y le confería incluso talentos extraordinarios, tal y como reveló una pelea en la que se vio envuelto a su pesar en una fonda de Montepulciano, en el centro de Italia, en la que pasó la noche después de visitar unas bodegas. Estaba matando el rato allí, trasegándose una última frasca de vino toscano y sin tener ni idea de por qué se habían calentado los ánimos, pero el caso es que los hombres que allí había de pronto se abalanzaron

unos contra otros berreando en dialecto y repartiendo puñetazos a diestro y siniestro. Pese a su confusión, a Petrus le resultó fácil esquivar los golpes: cuanto más se tambaleaba sobre las piernas, mejor desbarataba las estrategias de sus adversarios, que hacían grandes aspavientos inútiles en el vacío. ¡Caramba!, pensó encantado cuando un tipo el doble de alto que él, creyendo atraparlo del cuello de la camisa, se estrelló con brío contra la pared. Petrus tropezó delante de otro que golpeó el aire en el sitio justo en el que estaba él un segundo antes, y se echó oportunamente al suelo delante de un tercero que quería atenazarle el cuello con sus manazas peludas. Cuando las tropas quedaron exhaustas, y él era el único que quedaba en pie, subió a su cuartito en la planta de arriba y durmió a pierna suelta.

Ocurrían tantas cosas apasionantes en esos lugares de paso y de disputa que Petrus se sentía como en su casa y ya tenía sus propias rutinas. Había vuelto varias veces a visitar a Jean-René y a la buena gente de la granja, y siempre pasaba la noche en la fonda de correos vecina, donde la comida no era tan mediocre como había declarado su anfitrión. Con todo, siempre iba a cenar a la granja cuando cocinaba la Marguerite. Destacaba en los guisos y los asados, pero también sabía hacer maravillas con las delicias del huerto, y a Petrus le gustaba tanto su dulce de membrillo que ella nunca lo dejaba marchar sin un cestito con el manjar, donde metía también, según la estación, nueces frescas, crujientes manzanas o un puñado de rosados claveles. Petrus regresaba a la fonda borracho como una cuba y se sentaba en la sala común, donde le traían su media jarra de vino tinto. Resulta que, además de los beneficios de esos últimos tragos solitarios, la hija del dueño era rubia, rolliza y sonriente. En su mundo natal, Petrus tenía tan poca inclinación por los seres del sexo opuesto que durante mucho tiempo había creído que el amor no le interesaba, o al menos esa clase de amor que llevaba a sus congéneres a declarar su pasión, compartir una galería abierta a un jardín de brumas y concebir pequeños elfos que corretearían un buen día entre los bambús y las piedras. Las señoritas de las posadas, empezando por Roselyne, de la fonda donde se hospedaba, le hicieron entender que su indiferencia pasada tenía una causa precisa, y ésta era que le gustaban las humanas. Hemos de imaginar su primer diálogo una noche que Petrus volvía de una cena en la granja más larga de lo habitual por culpa de una pintada que se resistía a hervir y de una disputa apasionante entre partidarios del vino de Borgoña y adeptos de los caldos de Burdeos (cuyo final transcribo aquí):

—¿Tu mejor recuerdo? —preguntó Petrus (que aún no conocía el viñedo de Burdeos) a Jeannot (que lo adoraba).

—No tengo ninguno —contestó el granuja—, pero sueño con trasegarme un día un Petrus.

—¿Petrus? —repitió el elfo, que, esa misma mañana, prosiguiendo sus exploraciones de las creencias y religiones de los humanos, había contemplado un grabado con la siguiente leyenda: «*Sanctus Petrus ad januas paradisi*».

Encantado con la coincidencia, añadió:



—Es mi segundo nombre.

Y pensó: menuda tontería acabo de decir.

—¿También te llamas Petrus? —exclamó Jeannot feliz.

Desde ese día, en la granja ya nadie lo llamó por otro nombre más que Petrus. Por ello, cuando estaba sentado en su banco de la sala común y Roselyne se acercó a preguntarle si no necesitaba nada, dejando su sonrisa y su blanco pecho a la altura de sus ojos cansados, y añadió: «¿Cómo se llama?», él contestó:

—Petrus.

Ella sonrió.

—Qué bonito —dijo.

Y le pellizcó la mejilla, añadiendo:

—Petruchito.

Leal a mi vocación de historiógrafo, no puedo dejar de precisar que ahí no quedó la cosa y que, al día siguiente, Petrus volvió a Nanzen con las mejillas encarnadas y la mirada huidiza. Pese a su juventud, Roselyne sabía lo que se hacía y lo llevó a su alcoba con una naturalidad que lo dejaba a uno desarmado. Allí, con un candor delicioso, lo besó larga y tiernamente. Sus labios sabían a vino Mercurey, y nada le parecía a Petrus más deseable que esa muchacha de taberna de formas generosas y mirada traviesa. Cuando se desnudó, desvelando sus hermosos pechos, grandes y algo caídos, comprendió que eran sus imperfecciones lo que avivaba su deseo. Su piel lechosa, las curvas de sus muslos, su vientre abultado, sus hombros rollizos —características todas estas que en las brumas habrían sido inconcebibles y chocantes— lo llenaban de una concupiscencia que la mano de la muchacha, al acariciar su barba, transformó en lúbrico tornado. Cuando le arrancó la ropa y, tirando de él hacia la cama, le hizo yacer a su lado, la blandura exquisita de ese cuerpo en ofrenda casi le hizo desfallecer de placer. Cuando se abandonó a él, y Petrus conoció por vez primera la intimidad del otro sexo, se dijo: Ánimo, no es momento de flaquear. E inclinado sobre su rostro, viendo la textura delicada de su piel, el sudor que humedecía su frente, el defecto encantador de una nariz ligeramente desviada, pensó también: Me encanta su olor. Roselyne olía a agua de rosas, con la que se perfumaba por las mañanas, pero también al sudor de un largo día de trabajo, y a Petrus le gustaba esa alianza de elegancia y naturalidad que rompía con todos los cánones élficos del deseo.

Ahora comparecía atormentado ante las más altas autoridades de su mundo.

—Habrà que encontrar la manera de preservar su intimidad —dijo el Jefe del Consejo, conteniendo la risa de manera obvia (lo que sorprendió tanto a Petrus que se ruborizó el doble).

—Un poco más de comedimiento sin duda no perjudicaría su búsqueda —dijo el guardián (que se divertía sin tapujos)—, han dejado sin plumas dos almohadas inocentes.

Había habido un momento, en efecto, en que Roselyne, desnuda como había venido al mundo, se había puesto de pie sobre la cama y, riendo a mandíbula batiente, había arrojado las plumas de pato por encima de su bonita cabeza despeinada.

—Lo siento mucho —dijo Petrus, pensando en tirarse por la ventana.

—Deberíamos convenir una señal que nos permita anticipar la naturaleza de sus actividades —dijo el guardián.

Lo hicieron, y Petrus pudo proseguir así sus exploraciones entreveradas de vino y muchachas complacientes.

Acostumbraba a decir que viajaba por negocios, y cuando le preguntaban cuáles, contestaba simplemente: los negocios de mi familia, porque los negocios de familia son los negocios de familia, ¿verdad?, y ay del patán que se inmiscuya. Pero los señores con los que se cruzaba en casa de los viñadores no se privaban de decir con detalle quiénes eran y a qué se dedicaban, y Petrus aprendía así los oficios y las sociedades de la tierra, así como las grandezas de una especie que había aprendido a apreciar pese a sus vanidades. Un día que estaba en casa de uno de sus amigos viñadores, en algún rincón de la Côte-d'Or, conoció a su primer escritor. Lo impresionó su estatura, su bigote y su barba de chivo, pero sobre todo lo sorprendió lo que le oyó decir al entrar en la bodega, donde el gran hombre bebía y bromeaba con otros más. Parecía una procacidad seguida de otra y otra y otra más, así durante un buen rato, tanto que a Petrus lo decepcionó no oírlo contar historias. Pero pasado un momento olvidó su frustración y se puso a reír con ganas él también. Hubo unas cuantas ocurrencias inolvidables —«De todas las aberraciones sexuales, la peor es la castidad, el cristianismo ha hecho mucho por el amor convirtiéndolo en pecado»— y, por fin, una conversación más seria en la que Petrus se quedó solo y se entregó a sus típicas preguntas.

—¿Ha hecho usted la guerra? —preguntó.

—No he estado en el frente —contestó el escritor—, pero he escrito sobre la guerra y seguiré haciéndolo, sobre todo porque la próxima será más terrible y mortífera aún que las anteriores.

—¿La próxima?

—Siempre hay una próxima guerra. Siempre hay una civilización que muere y a la que la siguiente llamará barbarie.

—Si todo tiene que acabar mal, ¿qué podemos hacer? —preguntó Petrus.

—¡Pues beber vivo y amar a las mujeres! —exclamó el escritor—. Y creer en la belleza y en la poesía, las únicas religiones posibles en este mundo.

—¿No es cristiano? —preguntó Petrus.

—¿Lo es usted? —le preguntó el escritor, mirándolo divertido.

—No, no —dijo Petrus—, yo soy...

Calló, encontrando imposible decir lo que era.

El escritor lo miró, más divertido aún.

—¿Lee usted? —le preguntó.

—Sí —dijo Petrus—, tanto como viaje.

—Vivimos demasiado en los libros y no lo suficiente en la naturaleza —dijo el otro.

—Aprendo mucho viajando, pero sobre todo aprendo leyendo —dijo Petrus.

—«Entonces, como no estudiaba nada, aprendía mucho» —contestó el hombre—. Escribí eso un día en un libro que ya nadie leerá cuando las flores se marchiten en mi tumba.

—¿No hay esperanza, pues? —preguntó Petrus.

—Creyendo en ellas es como florecen las rosas —dijo el escritor—. Que acaben muriendo no cambia nada. Siempre hay una próxima guerra y otra que acaba, por eso hay que volver a soñar sin tregua.

Hubo un silencio, durante el cual apuraron la última copa.

—¿Sabe quién es el primero en morir? —preguntó por fin el escritor, pensativo.

Petrus no supo qué decir.

—El visionario —contestó el escritor—. Siempre muere el visionario en los primeros tiroteos. Y al caer en la nieve y verse morir, piensa en las cacerías de su infancia, cuando su abuelo le enseñaba a respetar a los corzos.

Hubo un nuevo silencio.

—Adiós, amigo —le dijo al final—. Que la vida le dé alegría, que es la forma más amable del valor.

Petrus tuvo ocasión de meditar a menudo sobre esta conversación, y no le costó honrar su premisa —el vino y las mujeres—, mientras comprendía de qué manera se aprende sin estudiar. Es la virtud de la novela, pensó, al menos para el lector; escribir una debe de ser harina de otro costal.

Además del encuentro con el gran escritor, Petrus se enteró también ese día en casa de su amigo de la Côte de un dato sorprendente cuya pista decidió seguir.

—He estado hace poco en España —le contó de repente el viñador (que se llamaba Gaston Bienheureux).

Al decirle eso puso una mirada perdida que extrañó a Petrus, acostumbrado a verlo franco y hablador.

—En un lugar de Extremadura llamado Cruz de Yepes —prosiguió Gaston—. Hay allí un castillo y una bodega asombrosa a la que acuden todos los viñadores de Europa.

Calló, bebió un sorbo de su vino de la amistad cuyas botellas nunca destinaba al comercio y olvidó lo que le había dicho. Cuando Petrus volvió a sacar el tema durante la cena, Gaston no supo responderle.

Al día siguiente, en Nanzen, el guardián compartía la visión de una llanura pedregosa y árida con escasos relieves de árboles y colinas bajo un sol de justicia y, en el horizonte, una aldea coronada por una fortaleza. Una hora más tarde, Petrus aterrizó allí. Hacía un calor infernal, y se puso con reticencia un sombrero de bambú que le picaba en la frente. ¿Necesito precisar que han

transcurrido treinta años —es decir, apenas cuatro en la vida de los elfos— desde que nuestro héroe se convirtió en el emisario especial del Consejo en el mundo humano, que no hay ni rastro de los dos niños de noviembre y de nieve y que toda la historia parece sumida en hielos perpetuos? Sin embargo, paciencia, pues todo se reúne y se mueve, y Petrus conocerá un día lo que debe esperar de Cruz de Yepes. En la aldea no vio un alma; entró en la posada, que, tras el calor abrasador de la calle, le pareció como estar en una tumba; nadie acudió, y al cabo de un rato de refrescarse e impacientarse, salió y enfiló el sendero escarpado que llevaba al castillo.

En las puertas de la fortaleza encontró a un joven que lo saludó con la mano.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó cortésmente pero bloqueándole el paso.

—Vengo por recomendación de un amigo viñador —dijo Petrus.

—¿Eres tú también viñador? —le preguntó el muchacho.

—No —dijo Petrus, que en ese momento no tenía ganas de mentir.

—Lo siento, pero has de seguir tu camino —dijo el joven guardián.

Petrus alzó los ojos hacia los muros de piedra y escrutó las estrechas ventanas. Un águila volaba muy alto en el cielo, y el aire tenía como una dureza cortante, pero también una fragancia a prodigio, un aroma a ansia y rosas que le recordó las poesías de sus brumas. «Los mundos nacen puesto que mueren», murmuró antes de despedirse del muchacho y dar media vuelta. Después recordó otro verso y, al fin, pidió a Nanzen que lo repatriara.

—«Todos hemos de nacer» —se repitió, aterrizando sobre el puente rojo.

Informó de su visita al guardián y al Jefe del Consejo, que se quedaron tan perplejos como lo estaba él y decidieron que regresara al día siguiente.

Pero, justo en este punto de la historia, una noticia procedente de Roma hizo estallar el cielo de las búsquedas, alteró por completo el calendario de acciones, apartó a Petrus de Cruz de Yepes y provocó una decisión histórica por parte del propio Jefe del Consejo.

Roberto Volpe había fallecido y legado todos sus bienes a su hijo Pietro, a quien el Jefe del Consejo —siempre bajo la identidad, en el mundo humano, de Gustavo Acciavatti, director de orquesta de profesión— había tratado de comprar el cuadro. Pietro se había negado a vendérselo, pero se habían hecho amigos. Antes de eso, Leonora Volpe, la hermana menor de Pietro, se había prendado del Maestro que solía visitar a su padre con el pretexto de adquirir dibujos renacentistas. El Jefe del Consejo, que a su vez se había prendado de Leonora, pensaba que no podía rechazar tal destino, pues la presencia de esa mujer era ya para él más vital que nada en este mundo. Alta, morena, con ademanes despaciosos y elegantes, le daba a su vida la textura que siempre le había faltado. Su belleza un poco austera, sin artificios ni adornos, le suscitaba una sensación de tierra y de raíces que rompía con las evanescencias de sus brumas; pero tenía

también un porte de bailarina, una manera lánguida de moverse que le evocaba los árboles de su mundo. Estaba decidido, pues, a residir de forma permanente al otro lado del puente rojo aunque aún no hubiera descifrado el secreto del paso definitivo al mundo de los humanos y tuviera allí que ocultar su naturaleza élfica. Por la transformación que le había hecho al puente, el pintor de Ámsterdam había tomado las características genéticas de la especie, pero como el cuaderno gris seguía sin aparecer, por el momento el nuevo Gustavo debía contentarse con pretender ser un humano.

Por primera vez en la historia de las brumas, un Jefe del Consejo dimitía de sus funciones y convocaba nuevas elecciones. Sin dar motivo alguno. Ello afectó profundamente al mundo de los elfos, y aunque admiraban y querían a su jefe reprobaron que abandonara el barco en el momento en que las brumas se debilitaban cada vez más.

Naturalmente, el jefe del jardín se presentó a las nuevas elecciones con una declaración de intenciones más penosa aún que la anterior, y su campaña fue áspera y fea. Frente a él, un consejero oriundo de Inari, en la provincia de las Nieves, hizo como su mejor amigo dimisionario y se postuló para el cargo supremo con la misma altura de miras y la misma elegancia. Salió elegido por los pelos, y ahora puedo llamarlo por el nombre que ya le conocen, el de Solon, viejo amigo de Gustavo pero también del guardián, al que reafirmó en Nanzen al minuto de su llegada a la cabeza del Consejo. De ese guardián al que frecuentan desde hace tanto tiempo supongo que no les sorprenderá saber que los humanos lo llaman Tagore, y con éste ya están todos los protagonistas élficos del inicio de este relato: los que dentro de algo menos de cuarenta años recibirán en Nanzen a Alejandro de Yepes y a Jesús Rocamora, recién llegados de su castillo.

Pero por el momento Solon, Tagore y Gustavo obran conjuntamente para frustrar las intrigas del enemigo. En la persona del jefe del jardín, bautizado como Aelius por el bando adverso, el diablo afila sus cuchillos y reúne a sus fieles. ¿Sabe Aelius de verdad que los hombres son responsables de la extinción de las brumas? ¿Quién puede saber realmente esas cosas? Entre las mentiras que se dice un corazón y las verdades que no se confiesa, al final todo acaba por parecerse a un puzle cuyas piezas se mezclan y se confunden. Sea como fuere, la cruzada de Aelius, privada de las armas de la legalidad, toma ahora las que codiciaba desde el principio y conspira para provocar una guerra total. No es aún la que pronto estalla en el mundo humano y dura tres años que llenan de consternación a los elfos de Nanzen, pero el amo de Ryoan se inspirará en ella para la que fomenta pacientemente. Unos años más y, gracias a que posee el cuaderno gris, construye y oculta su propio puente. Ahora ya puede ir y venir entre los dos mundos sin recurrir a los servicios del traidor y empieza a mover sus peones en el tablero de ajedrez de la tierra. Como cabe esperar, su primer movimiento consiste en enviar a Roma a su soldado más fiel: el jabato de Hanase pasa a

ser Raffaele Santangelo, futuro gobernador de la capital y más tarde presidente del Consejo italiano a las órdenes de su maestro, que permanece en Ryoan.

Toda historia tiene sus traidores. La nuestra tiene uno en particular, que hizo tanto daño que callaremos su nombre por cansancio o por pena, porque pertenecía a la élite respetada de los asistentes del pabellón y porque nunca en las brumas se había conocido tamaña felonía. Informa a su amo, borra las huellas de sus visitas, cumple sus órdenes en los dos mundos y le entrega el cuaderno gris al precio de la corrupción y el crimen. Por una imposibilidad consustancial a la especie, que perdura pese a todas las mutaciones, Aelius requiere de la complicidad de asesinos humanos para sus abyectos planes. El traidor los recluta antes de eliminarlos de una manera que se conocerá más adelante, la que hizo que los asesinos de Yepes se volatilizaran sin dejar rastro.

El mundo de las brumas se enfrenta a la primera escisión interna de su historia, y Aelius gana cada día nuevos adeptos con sus discursos de rabia y de miedo, lo que muestra, a mi entender, que algo se ha roto en el mundo de los elfos, antes impermeables al temor, a la duda y a la cuestión del declive.

Petrus sigue leyendo y viajando. Pese a sus esfuerzos, el guardián no puede enviarlo al interior del castillo de Yepes, sólo hasta la puerta, donde cada vez le impiden la entrada. Marguerite muere de vieja, Jean-René, de enfermedad. Petrus hace amigos por toda Europa, que vive inquieta por los rumores de guerra que empiezan a oírse, pese a la promesa de que la última sería de verdad la última. Un silencio y una sombra se alargan y se extienden por el continente como una inundación.

Ahora estamos en 1918 según la datación humana, a catorce años del estallido del mayor conflicto de la historia de los elfos y los humanos juntos, catorce años durante los cuales las intrigas se aceleran mientras se van formando los ejércitos.

Pero he aquí que llega una noche de noviembre y de nieve.

*Los mundos nacen puesto que mueren  
Todos hemos de nacer*

Libro de las batallas

# 薔薇

## Rosas

Dicen que todo nació de la nada el día en que un pincel trazó en ella la línea que separa la tierra y el cielo. Entonces, sin duda, hubo una rosa, y después el mar, las montañas y los árboles.

El mundo surge cuando se traza una línea de tinta, las rosas se abren cuando se cree en ellas.

Tantos esfuerzos por tan mortales criaturas, tanta belleza condenada a elevarse y a perecer. Pero la batalla para que nazca la belleza condenada a morir esa misma noche es lo único que tendremos nunca en esta vida.

雪

Nieve

Dicen que todo nació de la nada el día en que un pincel trazó en ella la línea que separa la tierra y el cielo. Después, sin duda, cayó una nieve ligera que hizo menos cruel el frío de ese amanecer del mundo.

Maria era la dama de la nieve, de la calidez de los cuerpos y los corazones, de los copos ligeros y las auroras de promesa. Nevó sobre la primera escena, nevaría sobre la última, y se preguntaba si el bálsamo mitigaría sus penas. Ocurre con las nieves del comienzo como con las del final, brillantes como faroles por un camino de piedras negras, son una luz en nosotros que traspasa la noche, caen en la llanura donde se disuelven los mundos y se llevan consigo los suspiros y las cruces.



## De soledad y de espíritu (1918-1938)

Noche de noviembre y de nieve. En algún lugar del centro de Italia, una joven trae al mundo a una niña, y, en Katsura, la compañera de Solon, el Jefe del Consejo, da a luz a su primera elfa.

Las dos recién nacidas son milagrosas.

La joven madre se llama Teresa y morirá esa misma noche. La niña nunca debería haber nacido: su padre es un elfo, y las uniones entre las dos especies son estériles. Tagore conoce en Roma, en casa de Gustavo Acciavatti, a Teresa, joven pianista virtuosa, parte del grupo de artistas y amigos, entre los cuales están Sandro Centi y Pietro Volpe, que suele reunirse en la villa del Maestro. Solon, Tagore y Gustavo fueron amigos de infancia antes de hacerse compañeros y aliados de poder, pero no es éste su único vínculo, pues dos de ellos, poderosos entre los poderosos de las brumas, se han enamorado de mujeres humanas. ¿Quién hubiera podido sospechar nunca que una de esas uniones traería al mundo a una niña?

Katsura acoge a otra niña: la recién nacida no tiene apariencia de elfa, sino más bien de un bebé humano que no se transforma ni en potranca ni en liebre ni en ningún otro animal; una alta-elfa semejante a una cría humana que mira el mundo con sus grandes ojos negros de niña.

Tagore abandona Italia para ir a la cámara alta, donde se celebra un consejo restringido con los consejeros en los que Solon confía. Llevan preparándolo desde el anuncio de la milagrosa gravidez de Teresa, pero no sospechaban que las cláusulas del destino serían tan claras. Ahora los dos hijos de noviembre y de la nieve han nacido ya, y la profecía vivirá.

*el renacer de las brumas  
por dos niños de noviembre y de nieve  
los sin raíces la última alianza*

—Sin raíces —murmura Gustavo, el antiguo Jefe del Consejo, que acaba de llegar de Roma.

Solon asiente con la cabeza. Petrus, al que acaban de repatriar desde el lugar donde pasaba las vacaciones a orillas del Loira (y de las bodegas de un espumoso que hubiera podido resucitar a un muerto), tiene el corazón encogido (y la cabeza dolorida).

—Debemos ocultarlas —dice.

—Mandaré llevar a tu hija a los Abruzos —le dice Gustavo a Tagore—. Hay allí una casa parroquial con un huerto de frutales de la que Sandro me ha hablado a menudo, donde vive un cura, su hermano, que cuidará de ella.

—Confío en Sandro —dice Tagore—, Teresa lo quiere como a un hermano.

Se echa a llorar.

—Lo quería como a un hermano —rectifica.

Todos callan y comparten su tristeza.

—Me llevaré a tu hija a Cruz de Yepes —le dice Petrus a Solon—. Tal vez sea eso lo que nos indica el destino.

En esa noche de noviembre nieva en todos los caminos del destino.

Nieva sobre la escalinata de la iglesia de Santo Stefano di Sessanio, en los contrafuertes del Gran Sasso, donde dejan a la hija de Teresa y Tagore, envuelta en cálidos pañales, y donde esperan que el cura la encuentre. Unos instantes después, el cura toma en brazos el bulto cubierto de tela y desaparece dentro de la iglesia.

Nieva sobre el castillo de Yepes, a cuyo interior Tagore ha conseguido enviar a Petrus por primera vez, por desgracia apenas un minuto después del asesinato de sus dueños. El elfo se dispone a regresar al pabellón cuando, de pronto, le parece que la niña se estremece. Sobre un viejo baúl hay un paño de batista fina con el que la envuelve con cuidado. A continuación le pide al puente rojo que lo lleve a la granja de la Hondonada. Al poco, cuando salía para dar de comer a los conejos, la prima Angèle encuentra en las escaleras de entrada a la minúscula alta-elfa, que se asemeja a todas las recién nacidas de la tierra. Petrus observa a la mujer tomar en brazos a la criatura arrebujada y desaparecer dentro de la granja, se seca las lágrimas mezcladas con copos de nieve, recorre un rato la campiña nevada y regresa al mundo de sus congéneres.

La noche de nieve llega a su fin, una hermosa aurora se arroja sobre el firmamento, y los campesinos de la Hondonada descubren la inscripción bordada en la batista blanca de la desdichada: «Mantendré siempre». ¡Una niña de las Españas!, se asombran después de que el hijo de Jeannot, que fue correo en la guerra y llegó muy lejos al sur de Europa, declara que está en español. Así es que la bautizan con el nombre de Maria, en honor a la Virgen y a las palabras del hermoso paño castellano. En ese preciso momento, en los Abruzos, la vieja criada del cura aparta

los mechones rubios como el oro de la frente de la recién nacida y se maravilla de la claridad de sus ojos de glaciador, que la observan como si quisieran devorarla. «*Tu ti chiamerai Clara*», dice.

Así, María y Clara, las dos niñas extraordinarias, debían crecer bajo la protección de las almas sencillas que las habían adoptado y bajo la tutela de los árboles y las montañas de sus respectivas regiones.<sup>1</sup> En Borgoña, la llegada de la niña había hecho más hermosas las estaciones y más prósperos los cultivos, y las gentes del lugar sospechaban que era mágica, aunque no se permitieran pensarlo ni en su fuero interno, pues eran cristianas. Pero había a su alrededor un halo moviente, y estaba claro que sabía hablar con los árboles y los animales del bosque. La niña, alegre y cariñosa, era la alegría de las ancianas de la granja y colmaba el corazón de André y Rose, sus padres adoptivos. Habían perdido a una edad temprana a los hijos que habían concebido y no sabían a qué santo agradecer por la ofrenda tardía de esa niña tan linda y alegre. En Santo Stefano, Clara pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina junto a la vieja criada, que le contaba las historias del Sasso. El cura la trataba como a una hija, pero era un hombre de poca enjundia por el que la niña sentía una indiferencia cortés, que la alegría que le suscitaban sus montañas hacía insignificante. Corría todo el día por sus laderas y aprendía los únicos mapas importantes para su corazón, los de las piedras de los caminos y las estrellas del ancho cielo. Crecían las dos, una más morena que la noche, con los ojos oscuros y la piel como la miel, la otra rubia a más no poder, la mirada azul y una tez de espino blanco, y hasta su décimo cumpleaños no ocurrió nada digno de reseñar más que la evidencia de su gracia, por lo que quienes las querían podían dormir en paz y respetar todas las devociones del Señor.

Al cumplir los diez, el destino se aceleró una primera vez antes de retomar su curso falsamente apacible. En Borgoña, los lugareños tuvieron la confirmación de que la niña era mágica cuando un animal fantástico apareció una noche de nieve —la de su cumpleaños— en que no volvió a la granja y la buscaban en la oscuridad. Los hombres encontraron a María en la colina, en medio de un claro, en compañía de la criatura que tenía primero la apariencia de un gran caballo blanco para después transformarse en jabalí y al fin en hombre, y luego vuelta a empezar en una ronda de especies que los dejó a todos sin respiración. Por fin el animal se evaporó ante sus ojos y los hombres regresaron a la granja estrechando con fuerza a la niña en sus brazos. Nosotros sabemos que se trataba de Tagore, que había ido a llevarle a María la visión de su llegada a la aldea porque pensaba, al igual que Solon y Petrus, que a medida que las niñas crecieran sus poderes se alimentarían del conocimiento de su propia historia. La niña de las Españas supo que había sido adoptada y vio aumentar sus aptitudes particulares, a saber, las de hablar con los animales de campos y bosques, discernir las pulsaciones y figuras que trazaban en el aire los árboles de su campiña, oír el canto del mundo en una sinfonía de energía que ningún humano ha percibido jamás

y multiplicar los talentos propios de aquellas y aquellos que compartían su vida. El día en que cumplió los once, se le apareció otro animal fantástico bajo la forma de un caballo de mercurio mezclado con una liebre y un hombre de ojos grises, en el que reconocemos a Solon, que por primera vez se manifestaba a su hija.

Fue el día en que se hizo evidente la traición. El Jefe del Consejo había sido espiado, y el enemigo había lanzado una salva de intimidaciones en forma de tornados y flechas de humo. Esto confirma lo que ya sabíamos desde el paso de su alma condenada al mundo humano y su acceso a la cabeza de Roma: Aelius tenía el cuaderno gris, había construido otro pabellón y otro puente, podía circular entre los dos mundos y jugar a su antojo con el clima. La única fortuna en el infortunio de la traición la constituía el hecho de que Aelius nunca había dado crédito a la profecía que Petrus exhumara de la biblioteca, y, en su desprecio, durante las sesiones del Consejo siempre había hecho caso omiso de las elucubraciones de ese elfo de una casa oscura; por ello apenas se interesó por Maria, y la niña pudo seguir en la aldea un año más bajo la vigilancia de Nanzen y, muy pronto, de Clara.

Clara, genio huérfana. En los Abruzos un piano fue a su encuentro el verano que precedía a sus once años, legado al padre Centi por una anciana tía del Aquila y que el propio Sandro llevó hasta la casa parroquial. Lo instalaron en la iglesia y mandaron al afinador a principios de julio. La primera vez que tocó las teclas desafinadas, Clara sintió como una hoja afilada y un desmayo voluptuoso; una hora más tarde sabía tocar, y Sandro le daba partituras que ella interpretaba a la perfección, sin equivocarse una sola vez y de una manera lúdica que hacía soplar en la iglesia el viento de las montañas.

Hacía nueve años que Sandro Centi vivía en el Aquila en casa de su tía. De su fastuosa juventud en Roma sólo quedaban recuerdos dolorosos que lo despertaban aún por la noche y lo crucificaban, con el corazón desbocado, en una cruz de arrepentimiento. Durante toda su vida había estado abocado a los amores trágicos y a la insatisfacción de sus obras. Había sido un gran pintor, pero había quemado sus lienzos y dejado de pintar para siempre. Había amado locamente a una mujer y valorado la amistad como un sacramento, pero esa mujer había muerto, y él había renegado de los amigos de su vida romana. Sin embargo, después del episodio de la iglesia, hizo llegar una carta a Roma y, pasado el mes de agosto, un hombre alto y un poco encorvado se presentó en la puerta de la casa parroquial. Se llamaba Pietro Volpe, hijo de Roberto Volpe y marchante de arte como su padre. Era amigo del Maestro, que se había casado con su hermana Leonora, y vivía torturado por el odio que le profesaba a su difunto padre. Recorrió todo el camino desde Roma por petición de Sandro, a cuya carrera había contribuido en el pasado y al

que había querido como a un hermano. Instaron a Clara a tocar para él el piano del destino, y al día siguiente Pietro regresó a Roma con la huérfana virtuosa.

Roma, ciudad odiada. Con una inconsolable añoranza de sus montañas, Clara estudiaba música con el Maestro, que la había recibido en su estudio como si no la conociera. Cada día le decía que escuchara los relatos en filigrana de las partituras, y cada día entendía la niña un poco menos lo que se esperaba de ella. En la villa Acciavatti se cruzaba con Sandro, Pietro y Leonora, la primera mujer a la que había querido. El resto del tiempo la acompañaba una extraña carabina llamada Petrus que no parecía estar muy al tanto de los acontecimientos y que siempre se reponía en una cómoda butaca del vino que había bebido la víspera.

La niña estudiaba sin descanso.

El Maestro le hacía preguntas que la llevaban a narrar los relieves boscosos o las llanuras plantadas de álamos cuya visión había tenido tocando el piano, porque esos paisajes estaban grabados en el corazón y la memoria de los compositores. Al fin, un día la música le abrió un camino hasta Maria en la lejana Borgoña y, enseguida, aprendió a verla sólo con el pensamiento y a conocer sin esfuerzo cada movimiento suyo. Su mirada mágica abarcaba a las personas que Maria frecuentaba en la granja, y su corazón se prendó de la hija de Marguerite, Eugénie, pero también de André, el hijo de Jean-René y padre adoptivo de Maria, así como del cura del pueblo, que se parecía a su propio cura como un huevo a una castaña.

Estaba claro ya que las dos niñas eran milagrosas, no sólo por las circunstancias de su nacimiento, sino también por su propia genialidad. Aunque los elfos pierdan sus esencias animales en la tierra de los humanos, junto a Maria aparecían en todo el esplendor de su trimorfismo. En cuanto a Clara, percibía a distancia los espacios y los seres, y ejercía los poderes de visión y de presciencia de su padre fuera del pabellón de Nanzen. Había que reconocerlo: las niñas creaban en la tierra de los hombres enclaves que se regían por las leyes físicas de las brumas.

Transcurrió un año al ritmo engañoso de la paz.

Estamos a dos años del estallido de la guerra.

Llegó enero, más gélido que el polo, más lúgubre que un alba sin luz. Hacía un frío tan anormalmente intenso que los humanos pensaban que Dios los castigaba de golpe por un siglo de

pecados, pero los elfos sabían que el enemigo poseía su propio puente y atormentaba a los hombres con la crueldad de la helada. Fue en esta estación del demonio cuando se produjo el acontecimiento inaugural del desastre, bajo la apariencia en un primer momento anodina del recibimiento en la Hondonada de un hermano del padre, con todos los honores propios a un hombre cabal, excelente cazador por añadidura. Tal como debe ser, los honores en la región de Borgoña se expresan con una sucesión de platos ligeros *muy nuestros*, que en aquella cena consistieron en una pintada trufada acompañada de una terrina de hígado y de un estofado en salsa verde y, para completar, cardo caramelizado cuyo jugo corría aún por las gargantas pese al vino de Côte. Para bajar toda esa comida se pensó en una tarta de crema con el dulce de membrillo de Eugénie, aunque en realidad no se limitaron a pensar en ello, y a los comensales les costó Dios y ayuda levantarse de la silla para irse a la cama. Pero hacia las dos de la madrugada hubo en la planta de arriba un jaleo tremendo: Marcel, que había abusado de la terrina de hígado, agonizaba por una infección hepática monumental.

Si hermosas son las mujeres que luchan contra el mal, de esa hermosura que expresa la esencia de su sexo, Eugénie había heredado de su madre el gusto por las flores, la buena mano con el dulce de membrillo y el don de la curación. Pero Maria tenía el poder de acrecentar ese talento y, espléndidas y peligrosas como son las servidoras de las grandes causas, una y otra se aliaron, y a ellas se unió secretamente Clara, que las observaba desde su villa romana. La alianza de los poderes de las dos pequeñas magas se puso al servicio del don de Eugénie, y contra todo pronóstico Marcel se salvó. Pero si las fuerzas de nuestros mundos se intercambian, no se crea ninguna, y Maria se dio cuenta demasiado tarde de que Eugénie debía morir para que su hijo pudiera vivir. ¿Les sorprendería saber que la propia tía recibió el mensaje de ese pacto de vida y muerte con la forma de un lirio de pétalos atigrados de celeste, corazón violeta y estambres anaranjados? El puente rojo de los acuerdos atiende a las imágenes de la verdad de las fuerzas y sabe cómo señalar los grandes momentos. De él recibió Petrus, ciento treinta años antes, el poema de té y la imagen premonitoria de Eugénie y su lirio, pues el puente conoce lo que ha ocurrido y ocurrirá en todos los tiempos y todos los estratos de esa cosa extraña que llamamos realidad.

La pobre Maria pensaba que había matado a la anciana, pero en verdad una niña tan pequeña no podía comprender lo que le había dado. Antes de recibir el anuncio de su muerte cercana, Eugénie tuvo la visión del hijo que había perdido en la guerra, sentado delante de ella en las mesas de los banquetes de San Juan adornadas con los lirios del solsticio. Estaba tal y como ella lo había conocido, aunque ya muerto en los campos en los que cayeron nuestros jóvenes, y le dijo: «Ve, hijo mío, y que sepas por toda la eternidad lo mucho que te amamos». Entonces el dolor de treinta años se metamorfoseó en una expresión de amor tan intensa que Eugénie dio gracias al Señor por

ese último don que le había otorgado a su piadosa oveja. Al final murió feliz, como nunca lo había sido hasta entonces.

Pero esto Maria no lo sabía, y la primera batalla se preparaba. La curación milagrosa de Marcel atrajo hacia la granja la mirada de Aelius, que lanzaba sobre la región la cólera controlada de una violenta tormenta, muralla de ciclones y diluvios detrás de la cual había mercenarios humanos. Era la primera batalla de una guerra que no daría inicio notorio hasta dos años más tarde, y ello ocurrió sobre la marga de los campos de febrero, sin más oficiales que unos campesinos transformados en estrategas y, como generales, dos niñas de doce años, de las cuales una estaba en Roma y se comunicaba con la otra telepáticamente. Más notable todavía, aunque Maria no quisiera más milagros que se cobraban vidas de seres queridos, se produjeron tres teniendo en cuenta los cánones humanos que rigen los prodigios.

El primero tenía que ver con la comunicación telepática entre las niñas: Clara había sabido componer y tocar el piano de un modo que le permitió abrir en Maria un canal de complicidad que las unía día y noche mentalmente.

El segundo milagro residía en el poder de las historias y los sueños catalizados por las niñas de noviembre y de nieve, algo que ni los humanos ni los elfos corrientes pueden hacer, pues los primeros saben soñar, pero no transformar sus sueños en realidad, mientras que los segundos son incapaces de ficciones aunque sepan cómo actuar sobre las fuerzas naturales. Unidas ya por una misma lengua y un mismo relato,<sup>2</sup> Clara y Maria abrieron en el cielo una brecha a través de la cual pasó al mundo humano un destacamento élfico que, conservando allí sus poderes, combatió del lado de los campesinos hasta vencer al comando de los malvados. Finalmente, un cielo de nieve ordenado por Maria deshizo la tormenta y dejó paso a un firmamento azul que hizo llorar de alegría a los soldados. Con las niñas, los elfos disponían ahora de un nuevo puente hecho de magia y de poesía, y se habían desvelado a un puñado de labriegos más valientes que príncipes: la última alianza estaba viva.

El tercer milagro concernía al ancestro del que Solon había hablado a Petrus, que volvió brevemente a la vida cuando las niñas abrieron el cielo para dejar paso a la compañía de combatientes élficos. Pero de eso no hablaremos hoy, pues la cuestión de los ancestros de los elfos requiere unas luces que, paradójicamente, sólo podremos ver en el corazón de las tinieblas.

Ese mismo día, Sandro, Marcus y Paulus abandonaron Roma y se encaminaron a Borgoña. No sabían determinar la fuerza del pabellón y del puente del enemigo, pero sospechaban que no permitía ni visión ni presciencia claras, y que por el momento las vías terrestres eran más seguras que cruzar el puente rojo. Además, Sandro no podía hacerlo, pues todos los intentos de lograrlo con humanos habían fracasado. Cuando los compañeros llegaron a la aldea devastada, tres días

después de la batalla, los estaban esperando Maria y el padre François. A Sandro le cayó simpático enseguida ese cura singular, querido por sus fieles porque los respetaba y porque apreciaba sus patés de liebre y su abuso de la grasa de oca. Por añadidura, el sacerdote había conocido el cielo de los sueños abierto por Maria y Clara y sentía ya que el fervor terrestre suplantaba en él al Dios de su confesión. Siempre había sabido que su misión reposaba en la prédica, pero las palabras que se le ocurrían ahora en los entierros y los oficios ya no le debían gran cosa a la religión de las Iglesias. Había consagrado su vida a la superioridad del espíritu sobre el cuerpo y se descubría hombre de naturaleza profunda, mensajero de la indivisibilidad del mundo y de la unidad de los seres vivos. Había aprendido italiano porque quería entender a la niña a la que habían enviado un poema en esa lengua,<sup>3</sup> y durante mucho tiempo se había debatido entre su incredulidad cristiana de que fuera mágica y su inclinación por la verdad. Estaba decidido a acompañarla dondequiera que fuera. Además de la convicción de que era su destino, quería ser a su lado portavoz de quienes no pueden hablar, como ya lo hiciera una vez al recibir las palabras que uno de los mozos del pueblo, herido en la batalla, le había confiado al morir. Más exactamente, no las había recibido de manera directa, pues Maria sujetaba la mano del soldado y escuchaba sus sueños, que Clara transcribía en música. Por el vínculo entre las dos niñas, el cura había podido oírlas y transmitirle a la viuda del valiente el discurso que la melodía le había entregado. Era un bello discurso que venía de un corazón humilde y una mente iletrada, pero decía la gloria de los días vividos en paz bajo el cielo porque uno ha amado y ha sido amado. Así quería vivir ya siempre el padre François, en la estela de esas niñas que habían dado carne y luz al amor, y poco le importaba que ello lo alejara de su Iglesia y de su cómoda casa parroquial.

Quedan tantos techos improvisados en la itinerancia que vendrá, que nosotros abandonamos el territorio del relato escrito en otra parte<sup>4</sup> y retomamos el nuestro durante siete largos años, seis de los cuales, de guerra. El peligro estaba en todas partes, el enemigo podía surgir de cualquier sitio. Clara se quedó en la villa Acciavatti, Maria fue a una región que le gustó nada más verla por su vasta meseta barrida por furiosos vientos y gruesos copos de nieve.

—Es una tierra mágica —dijo Alessandro mientras cruzaban la meseta—, una tierra de soledad y de espíritu.

Había allí una granja en la que se refugiarían el año venidero. Clara se reuniría con ellos, acompañada por los hombres de Pietro Volpe. En su juventud, el odio que el marchante sentía por su padre lo había convertido en un gamberro que se peleaba a puñetazos en la calle. Ahora encabezaba una milicia secreta de hombres más leales y peligrosos que los caballeros templarios.

—¿Cómo se llama este lugar? —quiso saber Maria.

—El Aubrac —contestó el padre François.

Y, mirando a su alrededor, añadió:



—El lugar perfecto para retirarse.

Clara llegó temprano por la mañana. En el horizonte, las colinas del Aveyron, verdes y suaves a la vista, brillaban de manera intermitente, acariciadas por la aurora; pasaban algunas lenguas de bruma; el mundo parecía vigilante y desnudo.

Cantó un pájaro.

Nadie entiende lo que ocurre en el fulgor de un encuentro: la eternidad se contrae hasta el vértigo divino, y luego requiere el tiempo de toda una vida para volver a desplegarse a escala humana. Las niñas se miraron como si se vieran por primera vez. En el rostro de Maria latían las venillas oscuras de la primera batalla, que llevaron a Clara a alzar la mano y rozarlas despacio con el índice. Luego se abrazaron como hermanas, pero, más allá del embeleso que nos produce el espectáculo de la fraternidad, hay que decir lo que ocurría en esas profundidades abisales que, a falta de una expresión mejor, llamamos la vida de las almas. Maria siempre había sido una niña traviesa y jovial, rápida como el rayo y alegre como un pajarillo. Pero también podía sentir pena y rabia, y había derramado más lágrimas tras la muerte de Eugénie que todos los adultos de la granja juntos. Antes de su llegada a Roma, Clara no había sonreído más de dos veces en diez años, ni había aprendido tampoco a conmovirse ni a llorar. Leonora empezó el deshielo de ese corazón en barbecho, y Petrus contribuyó a ello también a su caótica manera, pero a la pequeña de las Italias seguía faltándole lo que se transmite por la gracia de las madres y los padres. En particular hubo un momento en la batalla en que el Maestro le dijo: «Un día te reunirás con tu comunidad», y ella entendió: te reunirás con la comunidad de las mujeres. En una explosión de empatía que invirtió la ecuación de su vida, tuvo la visión del rostro de su madre, seguido de los de un largo linaje de mujeres que cantaban nanas por las noches o gritaban de dolor al abrir la carta del ejército. Por esa procesión de rostros entendió la guerra, la paz, el amor y el duelo de una manera que forjó un corazón privado de ternura demasiado tiempo.

Cuando Maria abrió el cielo sobre los campos de Borgoña, la pequeña francesa se convirtió en cada partícula de materia y cada arpende de naturaleza, en una metamorfosis interna que la aterraba e intensificaba su remordimiento por la curación milagrosa de Marcel. Clara sabía todo aquello y le tomaba la mano de la única forma que podía apaciguarla. Miraba las venillas oscuras palpar bajo la piel de Maria y se prometía impedir que aquello volviera a ocurrir en el futuro. ¿De qué acero están forjadas las amistades profundas? Requieren dolor y fervor, y quizá también la revelación de los linajes; ello teje la trama de un amor sin deseo ni deudas. Su compasión, pues conocía la cruz que Maria cargaba desde la muerte de Eugénie, fue el último elemento que permitió el advenimiento de Clara a sí misma y la coronó como miembro integral de su propia comunidad, mediante una cristalización del mensaje de las mujeres que le abría la conciencia de las grandezas y miserias del territorio femenino. Pero aunque Maria sentía con gratitud que Clara comprendía su carga, se produjo una extraña traslación de sus formas de ser, y la alegría y la

picardía de su naturaleza pasaron al otro lado de su fraternidad. Desde ese momento, verían a menudo a Maria con el semblante grave y serio, y, a su lado, a Clara, cariñosa y pícara, liberada de la aridez y la soledad de la infancia. Esa irreverencia ligera pese a los abismos de la mirada es precisamente lo que cautivaría a Alejandro de Yepes ocho años más tarde, y será lo que pronto todos necesiten si es verdad, como dijo el escritor, que la alegría es la forma más amable del valor.

A los pocos días de la llegada de Clara, Tagore y Solon fueron a la granja del Aubrac por el puente de las brumas. Era un sentimiento insólito para Maria, que tenía otros padres, y para Clara, que nunca los había tenido, reconocer como padres a esos desconocidos fantásticos. Aunque en su forma de hombres les fueran ajenos, quisieron a los caballos, la liebre y el jabalí con esa clase de amor que sólo permite la parte de infancia que hay en nosotros. Por fin dieron un paso hacia ellos; Maria acarició la piel de la liebre, y Clara se abrazó al lomo del jabalí.

La vez siguiente, Tagore y Solon volvieron a la granja en compañía de una elfa cuya yegua blanca se transformó primero en armiño. Su pelaje resplandeciente encandiló a Maria antes de que los rasgos de la mujer la dejaran sin habla. Tenía los mismos ojos, el mismo cabello negro y la misma piel dorada, el mismo óvalo, los mismos pómulos un poco esclavos y los mismos labios carnosos que su hija. Maria la observó con asombro; sabía que estaba mirando a su madre, pero ese conocimiento resbalaba sobre ella como el aguacero sobre el tejado.

La elfa le sonrió entre las lágrimas, se transformó en armiño, y las lágrimas desaparecieron.

—He aprendido mucho de Rose y de Eugénie viendo cómo te criaban —dijo—. He compartido con ellas la dicha de quererte y el orgullo de verte crecer, y me alegro de que por ellas conozcas los simples y te gusten las violetas.

Sandro dio un paso al frente y se inclinó ante ella.

—Maria es la heredera de su armiño, ¿verdad? —preguntó—. Rige la nieve por su filiación con usted.

—Si Katsura se cubre de nieve seis meses al año es porque nos gusta ver cómo las flores se abren en ella —contestó la elfa.

—Sueño con ver su mundo —murmuró Sandro.

Marcus le puso la mano en el hombro.

—Compartimos tu sueño —dijo.

Durante el periplo desde Borgoña, seguido de su instalación en la granja, el padre François, Sandro, Paulus y él se habían hecho amigos.

—Ahora entiendo por qué te llevas tan bien con Petrus —dijo Marcus la primera noche, cuando Sandro pidió vino en la posada.

—¿Vosotros no bebéis? —preguntó Sandro.

—Lo hemos intentado —contestó Paulus—, pero los elfos reaccionan muy mal al alcohol.

—Sin embargo, Petrus sí que bebe —objetó Sandro.

—No sé cómo lo hace —suspiró Marcus—. Nosotros estamos destrozados después de dos copas, pero él lucha aún mejor después de tres botellas. Al día siguiente, en cambio, no está para muchos trotes.

—También los humanos reaccionan al alcohol de manera diversa —dijo Sandro.

—¿Tienen remedios para la ebriedad? —preguntó Marcus.

—¿Para la ebriedad? —dijo Sandro—. Sin ebriedad no podríamos soportar la soledad de la realidad.

—Nosotros los elfos nunca estamos solos —contestó Paulus.

En un abrir y cerrar de ojos transcurrió un año en la meseta del Aubrac, un año que reunió con frecuencia a las pequeñas, a sus padres y a la madre de Maria, a cuyo contacto la niña sentía un consuelo inesperado. Cuando la elfa se transformaba en armiño emanaba un perfume familiar (diferente del de los armiños de verdad, pues los animales de los elfos tienen la apariencia de su especie, pero no algunas de sus características como el olor, las maneras de expresarse o de lavarse), el de una mujer de la aldea que cosía bajo sus enaguas bolsitas de verbena, con ese refinamiento propio de las campesinas del que mucho podrían aprender las señoras de la ciudad. Maria tenía el poder de comunicarse con los animales; siempre había sentido inclinación por las liebres, a las que encontraba bastante parecidas a los armiños; los animales en los que se transformaba su madre le suscitaban un sentimiento de familiaridad que su apariencia humana no lograba provocar, por lo que la mayor parte del tiempo la elfa permanecía en la granja bajo su forma de armiño de invierno. Maria se arrodillaba a su lado, respiraba su perfume y hundía el rostro en el suave pelaje; el resto del tiempo charlaban, y la elfa le describía el mundo de las brumas, sus canales, sus piedras líquidas y sus ciruelos en invierno. Maria no se cansaba de esas descripciones, que Clara, junto a ellas, escuchaba también con avidez. Desde cierta noche en Roma, la pequeña italiana poseía el don de ver la mente de sus interlocutores: los paisajes de los que les hablaba la elfa le eran visibles y, como su padre, sabía hacérselos perceptibles a quienes la rodeaban. Cada día, Maria se acurrucaba a su lado escuchando al armiño, el cual no conocía nada más preciado que esas dos pequeñas abrazadas que pasaban por turnos por su pelaje una mano delicada.

Poco a poco Maria y Clara se figuraban las brumas, y Tagore, Solon y Gustavo trataban de comprender cómo llevarlas hasta allí. Pero todos los intentos fracasaban unos después de otros.

—¿Qué sientes? —le preguntó Gustavo a Maria, intentando una vez más hacerle cruzar el puente con ayuda de una gran cantidad de té de las brumas.

—Nada —contestó ella.

Gustavo se volvió hacia Clara.

—¿Puedes contarle una historia a Maria tocando el piano, como hiciste en la batalla de Borgoña?

—Usted querría que le diera un manual de instrucciones, pero el cielo se abrió mediante el poder de un sueño y de un relato —contestó la niña.

Gustavo se quedó un momento pensativo, y Petrus ahogó una carcajada.

—No cabe duda de que es hija tuya —le dijo a Tagore.

Y le guiñó un ojo a la pequeña.

Petrus y Clara se conocían desde los primeros días de Roma, y su encuentro con Maria fue afectuoso.

—Nunca está ni sobrio ni ebrio —dijo entonces Clara.

Y le lanzó a Petrus una mirada que lo dejó de piedra. A continuación el elfo se transformó en ese pelirrojo barrigudo que la mayoría de los hombres juzgaba inofensivo y jovial. ¿Quién hubiera podido sospechar que ese hombrecillo desmañado trabajaba con ahínco para organizar lo que más tarde, durante la guerra, sería una resistencia civil tan estructurada y operacional cuyo enigma exasperaría a los más altos rangos del ejército y del Estado humanos? Petrus cruzaba una y otra vez el puente rojo, federando a sus futuros compañeros de armas, entre cuyas filas había gente cabal de ambos sexos, de los cuales, por supuesto, algunos eran viñadores. Habían resistido durante los años de la guerra y tenían previsto lanzar al día siguiente la última operación de respaldo a la Liga. Alejandro había dirigido maniobras con algunos de sus jefes, gente corriente sin experiencia militar que sabía decir dónde, qué y cómo antes de volverse en silencio a sus fábricas o sus campos. Le recordaban a Luis Álvarez tal y como se lo había mostrado la visión de la bodega, marchando con sus compañeros de lucha en ese verano abrasador, y Alejandro sabía que se trataba de otra resistencia, en otros tiempos y otros lugares, pero que, como ésta, se nutría de espino blanco y rosas.

A fin de cuentas, Petrus no era sólo un tragaldabas y un borrachín, sino también un caudillo a carta cabal. Varias veces había tenido que combatir en las brumas y en la tierra de los hombres, y su calma, su cabeza fría (por el hecho de estar borracho) y sus torpezas transformadas en genialidad le habían granjeado muchas simpatías. Lo veían tropezar con un sentimiento de gratitud y apreciaban su amabilidad y su eficacia; aunque luchara sin odio, lo hacía también sin cuartel, y eso es lo que forja a los soldados que ganan las guerras.

Ocasiones de luchar las tenía ahora a montones. El enemigo había reunido tropas, acantonadas en Ryoan, que aún no constituían un ejército; pero las escaramuzas, cada vez más frecuentes, no dejaban presagiar una guerra conforme a las reglas del honor.

—Se comportan como orcos —dijo Solon con repugnancia tras la incursión de un comando enemigo en los arrabales de Katsura que había dado inicio a la guerra interélfica, la víspera de la primera batalla en los campos de Borgoña.

Los elfos de Aelius habían matado sin razón y sin piedad, por consiguiente reforzaron la

defensa de las provincias, pesados por tener que razonar como el adversario.

—Esas sensiblerías no tienen razón de ser —replicó Petrus—. El único fin del combate es la victoria, por todos los medios y todas las estratagemas posibles. El espíritu caballeresco es incompatible con una buena estrategia.

—¿A qué debemos estas altas consideraciones militares? —preguntó Solon.

—A la novela más grande jamás escrita sobre la guerra —replicó Petrus.

—¿*Guerra y paz*, quizá? —sugirió Solon.

No apreciaba mucho las ficciones de los humanos, pero Petrus sospechaba que había leído al menos tantas como él.

—*Lo que el viento se llevó* —contestó Petrus.

Al día siguiente, Solon reunió un consejo élfico restringido para establecer la manera en que Nanzen planeaba hacer impracticables al enemigo los principales canales.

—¿Qué opina Scarlett O'Hara de nuestro plan? —le preguntó a Petrus al concluir la sesión.

—Que lo que perdió a Atlanta fue que los *yankees* tomaran las vías de comunicación —contestó la ardilla.

Tagore se echó a reír.

—En resumen, que ganaremos si controlamos los canales —dijo Petrus—. No estoy seguro de que el pabellón y el puente del enemigo tengan esa capacidad.

—No conocemos su poder —dijo Tagore—, pero lo que más me preocupa es que no logramos verlos. Ryoan se nos aparece sin pabellón ni puente.

Petrus informó sobre su búsqueda del cuaderno gris. Había ido a Ámsterdam, pero los archivos que había consultado allí no le habían enseñado mucho sobre el hijo del antiguo Guardián del Pabellón. Había residido en esa ciudad y se había convertido en un pintor de renombre, antes de fallecer en su casa de Keizersgracht, en 1516, a la respetable edad humana de setenta y siete años. De él solo quedaba el lienzo que Roberto Volpe se había apropiado mediante el crimen.

Pasó un año, y estalló la guerra.

Petrus, Marcus, Paulus, Sandro y el padre François consolidaron una fe indestructible en la fuerza de su comunidad. Tuvieron que trasladarse a menudo para no ser descubiertos por el enemigo. Petrus siguió viajando y federando a las fuerzas de la resistencia. Trataron sin éxito de conseguir que las pequeñas, el pintor y el sacerdote cruzaran el puente, y se preguntaron sin mayor éxito dónde estaría el dichoso cuaderno gris. Los enfrentamientos se sucedían y lo único que tenían en común era la amplitud de la carnicería. Europa no era ya sino un gigantesco campo de batalla, y la

guerra se extendía a otros continentes. Los países de la Confederación eran escenario de toda suerte de purgas, más espantosas que el espanto, más abyectas que el horror: Raffaele Santangelo había logrado, más allá de sus propias expectativas, devastar naciones que sólo querían la paz. Los elfos de la última alianza permanecían en la sombra y no se revelaban a la Liga. Estaban muy ocupados con sus brumas divididas en dos bandos fratricidas.

Sexto año de la guerra. Se avecina la última batalla mientras cae la noche en la cámara alta de Katsura.

—¿Qué quedará de los mundos cuando todo termine? —pregunta Solon con amargura.

—Los mundos nacen puesto que mueren —contesta Petrus.

*De soledad y de espíritu*

*De vientos furiosos y de gruesos copos*

Libro de las pinturas

# 手帳

## Cuaderno

Entonces Petrus encontró el cuaderno gris. Resulta que Roberto Volpe tenía en Montepulciano un pequeño viñedo que unos leales aparceros cuidaban para él. Producía caldos de buena factura que en su juventud le habían valido ir a Cruz de Yepes. Allí llevó, sin que nadie lo supiera, el cuaderno gris que había heredado junto con el cuadro.

El guardián creyó enviar a Petrus a la puerta del fuerte del castillo como de costumbre, pero el elfo fue a parar al interior de la bodega, con la nariz en una botella de Petrus de 1918. Justo a su lado estaba el cuaderno. Veinte años antes, gracias a la indiscreción de un asistente de los Volpe, Santangelo había mandado a Cruz de Yepes a un viñador que había copiado el contenido del cuaderno.

En la libreta de papel vitela gris sólo había escritas unas líneas: «El té gris es la clave de las mutaciones. Tiende los puentes y transforma los pasos. El primer puente es obra del té gris y del único trazo de pincel. La tinta y el té gris son los pilares de todos los renacimientos». Grabada en la piedra sobre la puerta de la bodega estaba la máxima: «Mantendré siempre». Y, al lado, una inscripción de puño y letra del pintor de Ámsterdam: «Yo vine aquí el primero».

Faltan ocho días para la última batalla.

# 橋

## Puente

Alessandro Centi conocía el puente rojo sin haberlo pisado. Treinta años antes lo había pintado sin haberlo visto nunca. En el lienzo sólo se distinguía una gran mancha de tinta y tres trazos de pastel escarlata. Pero los que habían cruzado el puente se asombraban del milagro que lo restituía sin figurarlo.

De la misma manera, el primer lienzo que Sandro le había mostrado a Pietro a su llegada a Roma no representaba nada conocido, pero el marchante sabía que era el ideograma de la montaña que utilizan conjuntamente los elfos y los pueblos del Este de la tierra.

Sandro estaba hecho para vivir al otro lado del puente tanto como Petrus en la tierra de los humanos, y esas permutaciones del deseo son lo que puede revivificar los mundos. El primer puente de las brumas había regenerado en tiempos un universo agonizante, su mutación de manos del elfo pintor lo había hecho posible una vez más, y los elfos de la última alianza eran conscientes de que su papel era el de consolidar las pasarelas entre ambos planos.

El puente, un rompehielos; por lo que es a la vez conquista y metáfora.



Caída 1938

## Preámbulo

En cuatro días, los elfos de la última alianza hicieron una larga serie de descubrimientos y deducciones.

El té gris realizaba los deseos expresados en el pabellón.

Veinte milenios antes, alguien —probablemente el guardián— hizo una infusión con las hojas roídas de podredumbre noble y tendió un puente entre los dos mundos.

Veinte milenios más tarde, por el mismo procedimiento, el hijo del guardián se las había arreglado para transformar el puente y pasar para siempre al mundo de los humanos.

¿Cómo supieron del poder del té gris? Sin duda fue una casualidad, el azar rige los grandes hitos de la historia de los vivos.

Transcurren otros cuatro siglos y el traidor, un asistente de Tagore, ofrece a Aelius ir a Nanzen en secreto y crear allí un pabellón y un puente ocultos a las miradas, hasta que el poder del hongo de los árboles del té sea desvelado a los miembros de la última alianza y éstos puedan verlos, dorados, arrogantes y funestos, en la ausencia de brumas de Ryoan.

El té gris se producía manteniendo los árboles de té a una humedad constante durante veinticuatro horas. Hasta entonces, los elfos quemaban las hojas que la lluvia descomponía. En Ryoan las cultivaban de forma intensiva.

El té gris permitía a los humanos pasar a las brumas y regresar de ellas. Por ironía o magnanimidad de la suerte, también desembriagaba a los ebrios.

El té gris era peligroso. Borraba su propio rastro. No figuraba en ningún archivo. Velaba por no ser descubierto. Edificaba y desaparecía. Es, pues, comprensible que Nanzen y Katsura tardaran tanto en identificar su función.

De una manera u otra, el té gris tenía que ver con la tinta. No conocían la función del «único trazo de pincel», pero se alegraban de que Sandro estuviera con ellos.

Por último, si a Petrus se le había revelado el cuaderno gris era quizá porque los espíritus de Cruz de Yepes habían elegido bando, y en Extremadura una instancia desconocida había tomado partido por la última alianza. Pero estas cosas es difícil saberlas, pues los relatos son, entre otras cualidades, imprevisibles y maliciosos, y no nos pertenece conocer de antemano su desenlace.

## Estamos muertas o estamos vivas

Nanzen, sexto año de la guerra. Dejemos a la comunidad de la última alianza en el momento final del té, pues ahora hemos de colmar las lagunas del relato con todo lo ocurrido entre la intención y sus consecuencias; tantos acontecimientos y tantos vuelcos, tantas incertidumbres que la muerte ha transformado en verdades y, ahora que ya se ha librado la última batalla, las ruinas de lo que fueron nuestros mundos, sus legados y sus tragedias.

¿Cómo podían los elfos pensar siquiera en destruir el fundamento de su universo? ¿Qué desesperación puede llevar a una vía tan radical? Katsura perdía la guerra, y las brumas se debilitaban; cada vez que se había consolidado el vínculo entre los hombres y los elfos se habían regenerado; pero el té gris constituía una amenaza que exigía cambiar la configuración de las pasarelas. Los puentes y el pabellón del enemigo desaparecerían, pero Nanzen, que no había sido edificada mediante el té, resistiría.

—Vamos a destruir los campos de té —dijo Tagore—. Todos, hasta el último de ellos, mañana al amanecer.

—Pero, sin té, el mundo de los elfos se hunde —dijo Alejandro.

Tagore compartió la visión de las dos recién nacidas recogidas en la noche de nieve, y todos siguieron los acontecimientos, grandes y pequeños, de sus vidas mágicas, anciana y piano incluidos, hasta la primera batalla de la guerra. Cuando la visión se llenó del furor de la tormenta de Aelius, Alejandro y Jesús se llevaron una mano al corazón. Y ese corazón dejó de latir cuando el cielo, abriéndose sobre los campos, arrojó sobre éstos el destacamento de combatientes élficos. Pronto llegó el encuentro de las dos niñas en el patio de una granja en medio de verdes colinas antes de los años de huida, mientras la guerra total estaba en su apogeo. Al final, como por una precipitación química del tiempo, las muchachas les eran tan familiares a Alejandro y a Jesús como si hubieran crecido con ellas, por una forma de conocimiento acelerado que sustituía una vida común de años. Para terminar, Tagore proyectó la imagen de Petrus con un libro en la mano ante el antiguo Jefe del Consejo. Se distinguía a su espalda un viejo ciruelo sobre un fondo de musgo y de galería de madera.

—¿Qué está leyendo? —preguntaba Gustavo.

—Una profecía —contestaba Petrus.

Y la leía en voz alta esa templada tarde de un otoño remoto.

*el renacer de las brumas  
por dos niños de noviembre y de nieve  
los sin raíces la última alianza*

—Maria y Clara son las niñas de noviembre y de nieve —le dijo Tagore a Alejandro—. Consentimos a la caída del té porque tenemos fe en la profecía. Por otra parte, el destino no nos ha reunido al azar, y desde que encontramos el cuaderno gris hemos tratado de comprender su función en la última batalla. No es casualidad que entre nosotros haya un sacerdote y un pintor, de la misma manera que están ustedes dos aquí por la fuerza de atracción de Cruz de Yepes. Allí fue por primera vez el hijo del antiguo guardián, y allí también creemos que se tendió el primer puente entre los mundos. Que el heredero del castillo sea miembro del alto mando de la Liga tampoco es fortuito, ni que provenga de una tierra dura y poética como lo son todas las de este relato.

Ante su mirada interior pasó un nuevo decorado. Estaba a punto de comenzar la última batalla, y el escenario de la primera fase serían los campos de ese mundo. En la noche incierta, los árboles de té de Ryoan y de Inari despedían un tenue resplandor. En grandes explanadas a la orilla de los cultivos se secaban las hojas que después se triturarían sobre largas mesas de madera. Más allá de esas explanadas se elevaban silos sin fachada bajo cuyos tejados de cortezas colgaban fardos de tela en el aire. Un poco apartados de los graneros se veían los pabellones donde envejecían los mejores caldos de té.

Los campos de Inari se quemarían sin obstáculo, pero los de Ryoan estaban llenos de elfos de guardia apostados a lo largo de todo el perímetro, en su mayoría osos y jabalíes armados con lanzas y arcos que a los humanos se les antojaron gigantescos. Habría que evacuar la zona antes de prenderle fuego y, pese a la ventaja del factor sorpresa, no era fácil concebir un enfrentamiento tan desequilibrado. Además iban contrarreloj, pues quedaba un día hasta que se mitigara la empatía del té corriente entre la mayor parte de los elfos, y tres para el que la compañía había bebido en Nanzen. Una hora antes, Las Malas Hierbas había destruido todas sus reservas —¿les sorprendería saber que, de todas las instancias de las brumas, sólo la casa de Hanase tenía licencia para almacenar las hojas secas de té?—. Los elfos van a buscar su cupo cotidiano al almacén de la zona, al que abastecen cada día, por los canales o por el aire, unos elfos águilas, albatros y gaviotas. A veces acuden también a ayudarlos rapaces o aves acuáticas, pero a los elfos no les gusta aprovecharse del esfuerzo de otras especies vivas. Si los delfines de las brumas colaboraban con el pasador de las Marcas del Sur era más por amistad que por necesidad, porque los canales les permitían una intimidad que suprimía la carga alienante del trabajo.

—Estoy al cargo del comando de destrucción del té —les dijo Petrus a Alejandro y Jesús—. Planeo sorprender al enemigo mediante una estrategia inhabitual, y no me vendría mal poder

contar con dos humanos.

Tagore les ofreció hospitalidad en su casa para el resto de la noche.

Flotaba en el aire del pabellón un aroma indefinible.

A soledad y espíritu, pensó Alejandro.

Un instante después estaban bajo el porche de una galería de madera abierta al bosque. Los árboles, inmensos, rectilíneos e iluminados por la luna, se elevaban en hileras hacia el cielo. En el centro del claro, las aberturas de la residencia del guardián, más baja y más vasta que el Pabellón de las Brumas, estaban cubiertas por velos ligeros que flotaban en el aire nocturno. Junto a la puerta, fijado a la pared, había un pequeño jarrón de bambú con camelias. Disfrutaron en silencio del suave murmullo de los árboles antiguos. Clara y Alejandro se sentaron en un rincón de la galería, Jesús y María los imitaron, a cierta distancia. Petrus, Marcus, Paulus, Sandro y el padre François se apartaron para hablar. Tagore y Solon entraron en la vivienda.

El tiempo se arrugó como papel de seda.

—Mañana quizá estemos muertos —le dijo Clara a Alejandro.

Sonrió, y él comprendió por qué la encontraba hermosa. Tenía la frente demasiado ancha, el cuello demasiado largo y los ojos demasiado claros, pero su sonrisa tenía una textura particular, daba la sensación de abrazar el agua de los sueños. No cambiaron una palabra, pero, mediante la mirada, en la ausencia de intimidad a la que los condenaba la guerra, concentraron en una hora robada a la urgencia los días de una vida de amor. Ello ocurrió en el orden que todo el mundo conoce, y vivieron así la primera mirada bañada en la ebriedad de adorar y de gustar; y, tras los trucos de magia del inicio, llegaron despacio a la realidad; después de fabricar el amor, lo elevaron a su vida auténtica; tras los amaneceres fastuosos y las grandes tormentas, vieron de verdad sus rostros; él se sentó delante del hogar, gastado y consumido, y ella conoció al hombre que era. Cuando por fin se durmieron, agotados y felices, se sentían colmados por todos los abrazos, todas las separaciones y todos los reencuentros, todas las tormentas y todos los embelesos experimentados, en cuerpo y alma, mediante el té compartido y el canto de los árboles antiguos, y los que despertaron algo más tarde eran un hombre y una mujer enriquecidos por todas las exaltaciones y todas las transfiguraciones del amor. Justo antes de despertar compartieron el sueño de un ocaso helado en el patio de la granja del Aveyron, mientras revoloteaban y graznaban nubes de cuervos reunidos bajo una tormenta en el horizonte de la meseta. Los amantes se apresuraban a refugiarse cuando, cayendo entre los pájaros, ligero y grueso, apareció un copo de nieve solitario que pudo él solo alejar la tormenta, y, pese a estar ebria de ira, otros gruesos copos, suaves y cándidos, se sumaron para ocultar con ternura una tierra que por fin había recobrado la paz.

En el otro extremo de la galería, Maria hablaba con Jesús con el mismo entendimiento silencioso del té.

Le contaba los árboles de su campiña, los grandes olmos y los sauces de los ríos, así como los robles del campo contiguo a la granja, cuyas vibraciones dibujaban etéreos grabados. Le contaba la colina, al este del pueblo, a la que se llegaba por un sendero de curvas cerradas hasta un sotobosque de álamos donde cada familia podía recoger leña tras las primeras nevadas, y después le contaba los caminos de sirga de los seis cantones, sus lagos de esmeralda y de juncos, el huerto de Eugénie, sus artemisas, su mejorana y su menta. Los rostros de las ancianas, arrugados como las manzanas de otoño, desfilaban por su visión compartida, y por fin ya no quedó más que el de la más bajita de las cuatro, alegre y decidida bajo la cofia de lazos color nomeolvides.

—Eugénie —dijo Maria.

En el espacio infinito e íntimo que separa los corazones que aman, Jesús sintió su dolor y su duelo como si fueran propios. Él le contó a su vez su árida comarca, el lago seco de su infancia, la pena de quedarse y el desgarró de partir, pero también la belleza de las aguas, ciertos amaneceres, con su caligrafía de brumas oscuras.

—Éramos inocentes —dijo ella con una tristeza que a Jesús le encogió el corazón.

Siguió contándole Extremadura, sus llanuras y sus castillos desolados, su sol implacable, sus rocas crueles y su asombro de que las piedras de las brumas pudieran hacerse líquidas.

Había en la mirada de Maria un desamparo de niña herida.

—¿Qué te dijo Eugénie antes de morir? —le preguntó él.

Ella le contó cómo su tía había perdido todo deseo de vivir tras perder a su hijo en la guerra, su odio por las violetas cuando los inocentes caían en el campo de batalla y su horror por los cielos transparentes sobre las matanzas. Y cómo se alzó un día de su duelo al curar a Marcel. Al final fue un día a la habitación de Maria, se sentó en el borde de su cama y le dijo: «Me has curado, pequeña».

Jesús le tomó la mano. Su palma era como la piel de los melocotones maduros, y sus dedos, tan finos y gráciles que le dieron ganas de llorar.

Maria compartió con él una última escena en la que la anciana hablaba sonriéndole, una escena nueva que no era ni un recuerdo ni una premonición, sólo el efecto del té y de la noche de las redenciones del amor.

—Mira —le decía su tía, sonriendo alegre y asombrada—. Mira —repitió— lo que no pude decirte aquella noche. ¡Oh, cómo hace Dios las cosas! ¿Estamos muertas, estamos vivas? Poco importa, mira lo que me has dado, pequeña.

Les enseñó un jardín en el que habían colocado grandes mesas decoradas con lirios del solsticio. En esa tarde apacible sonreía a un joven: mi hijo, se asombró, que murió en la guerra pero a quien pude decirle cuánto lo quise. Entonces una dicha que nacía del diálogo entre los

vivos y los muertos inundó el corazón de la vieja campesina, una felicidad tan intensa que ya no le importaba morir.

—Una muerta que habla de sus muertos —dijo divertida.

Volviéndose por última vez hacia su pequeña, añadió:

—Recogerás el espino blanco.

Maria se acercó a Jesús y hundió el rostro en su pecho.

Él le acarició el cabello, saboreando la atemporalidad de las horas del amor.

Un poco más lejos, frente al claroscuro de los árboles, Petrus había abierto unas cuantas botellas sustraídas de la bodega de Alejandro. Todos pensaban que quizá estuvieran muertos al día siguiente y todos conocían lo único que un vivo puede saber de la muerte.

—Siempre llega demasiado pronto —dijo el padre François.

—Siempre llega demasiado pronto —dijo Petrus.

Podían beber el vino de Yepes.

—Cuando pienso que quizá haya que renunciar a él... —dijo el elfo.

Con un suspiro desgarrador, añadió:

—Y a las mujeres, ay, qué lástima.

Justo antes del amanecer, la compañía, a la que se habían unido Solon, Gustavo y Tagore, se congregó en el centro de la galería bañada de oscuridad y de luna.

—Ha llegado la hora de decir adiós a nuestra cultura —dijo el Jefe del Consejo.

Petrus bebió un último sorbo de Amarone y abrió una nueva botella. En las copas el oro pálido resplandeció tenuemente a la luz de la luna.

—Vino del Loira. Esta alianza de la modestia y el refinamiento me vuelve loco —dijo.

—Casi nada —dijo Alejandro, llevandoselo a la nariz.

En boca, el vino tenía una cristalinidad de piedra blanda que se tornaba en flores blancas con un toque de pera ligeramente dulce.

—Las piedras y las flores —dijo Clara con ternura.

Delante de todos rozó brevemente los labios de Alejandro con los suyos.

Petrus alzó su copa y dijo:

—Cuando llegué por primera vez a Katsura hace ciento treinta y ocho años —Marcus y Paulus soltaron una risita, movidos por cierto recuerdo de esa llegada, pero Petrus ignoró su burla—, no tenía ni idea del destino que me aguardaba allí. Me pregunté mucho tiempo qué esperaba éste de una ardilla insignificante y perpetuamente fuera de lugar. Pero luego supe que precisamente esos rasgos de mi carácter hacían de mí el instrumento del destino, que recurre a hombres inteligentes



para llevar a buen puerto sus proyectos pero se sirve de un idiota para congrega a esos hombres en el momento adecuado.

—Me pregunto qué es un idiota —dijo el padre François.

—Un alcohólico que cree en la verdad de los sueños —dijo Paulus.

—Qué fantástico evangelio —comentó el sacerdote.

Honraron en silencio el último vino antes de que Paulus repartiera a cada uno el vial de desintoxicación, y entonces la extraña compañía reemprendió el camino hacia Nanzen.

El valle de los árboles zumbaba de sonidos desconocidos, y la luna inundaba el camino de piedras negras. Silencioso e inmóvil en la hora que precede a la aurora, en orden de batalla delante del pabellón los esperaba el Estado Mayor del ejército de las brumas.

*Estamos muertas o estamos vivas*

Libro de las oraciones

# 文体

## Estilo

Petrus apreciaba las historias y las fábulas por el poder que tenían, como el vino, de abrir en tiempo de vigilia la libertad de los sueños, pero además de esa ebriedad del relato era sensible a su factura tanto como al refinamiento de las cepas. Una hermosa historia sin estilo es un Petrus en un abrevadero, solía decirles a Paulus y a Marcus (a quienes esta cuestión traía sin cuidado).

Más aún, tenía debilidad por la lengua francesa, por su fuerza de tierra y sus coqueterías de corte, porque el arraigo y la elegancia son al texto lo que el sabor al vino, con ese añadido de gracia que viene de la pasión de lo inútil, y ese añadido de sentido que nace, siempre, de la belleza.

# 戦略

## Estrategia

Petrus se sentía profundamente humano y, me atrevería a decir, francés. Si bien apreciaba el arte, la luz y la mesa de Italia, el garbo descuidado de Francia lo cautivaba decididamente.

Un día lluvioso de 1910 había asistido en Inglaterra a un partido entre oponentes ingleses y franceses de un curioso deporte. Aunque en un primer momento sólo entendió una única regla, la de que había que aplastar contra el suelo un balón de cuero en un extremo del campo contrario, le gustaron los despliegues y los pases, ejemplos a su juicio del talento y el ingenio de los humanos.

Tras una acción en la que los franceses le parecieron un enjambre de bailarinas frente a una escuadra de percherones jadeantes, el viejo inglés que mascaba tabaco a su lado en las gradas dijo: «Malditos franceses, mal rayo les parta, pero es el rugby que todo el mundo quiere ver»; y ello resumía por qué Petrus ponía a Francia por encima de todo lo demás, junto con el vino, las mujeres y los paisajes hermosos.

Y, veintiocho años más tarde, a la hora de la última batalla, tenía la intuición de que la guerra se ganaría con una estrategia de bailarinas.

## Vamos hacia la tormenta

Nanzen, amanecer de la última batalla.

Había allí una veintena de elfos de distintas casas, entre ellos un unicornio, un castor, una cebra y una pantera negra. Los elfos de las provincias centrales tienen pocas ocasiones de conocer a sus compatriotas de las regiones cálidas, pero Petrus, Marcus y Paulus se reencontraron con gusto con sus viejos amigos de las Marcas del Norte, la cebra y la pantera, que servían de oficiales en el ejército y junto a los cuales ya habían combatido. Los humanos, en cambio, estaban circunspectos ante el gran felino, aunque lo que más los asombraba era que la mitad del Estado Mayor estuviera compuesto por elfas. Aunque los dirigentes del momento presente eran elfos, en el pasado había habido Guardianas del Pabellón y Jefas del Consejo memorables, hasta el punto de que esa desaparición progresiva de las mujeres de los puestos de mando se les antojaba ahora a Solon y a Tagore como una de las señales manifiestas del declive.

En el centro del destacamento élfico, el unicornio se transformó en una mujer de blanca cabellera, ojos negros y piel surcada de numerosas arrugas; pese a ello era esbelta y atlética; en resumen, poseía una belleza impresionante que nunca hubieran imaginado que la edad pudiera conllevar.

—Estamos preparados —les dijo la jefa del Estado Mayor a Solon y Tagore.

Entraron en el pabellón, donde los esperaban Hostus, Quartus y otros diez asistentes. Como la primera vez, pese a su exigüidad, el lugar parecía con capacidad para acoger a toda la compañía. Los miembros del Estado Mayor y los asistentes del guardián se instalaron contra las paredes, y los mismos que antes habían formado el círculo se situaron en el centro de la habitación. El unicornio se sentó a la derecha de Solon, y su primer teniente, un elfo castor, informó de los movimientos del ejército. Todos los batallones estaban en sus posiciones. Las tropas intervendrían a la última señal de Nanzen, tras lo cual cada unidad sólo podría depender de sí misma; pero todas estaban apostadas en puntos estratégicos y tendrían ventaja en la mayoría de los ataques decisivos. De todos modos, la destrucción del té era algo inimaginable para el enemigo; los elfos de la última alianza, por el contrario, estaban preparados para ello. Naturalmente, los soldados sabían que el regreso por los canales no podría asegurarse; el castor añadió que ni uno solo de ellos lo lamentaba.

Terminado el informe, Petrus tomó el relevo y rogó a Tagore que compartiera una escena compuesta por una treintena de hombres curiosamente ataviados. Algunos, repantigados unos

sobre otros, formaban un montón indistinto. Otros estaban algo apartados, inútiles y ociosos, sobre un vasto césped surcado de líneas blancas. Había dos equipos, uno vestido de blanco y otro de azul, repartidos a cada lado del montón pululante del que uno de los de azul trataba de extraer algo. Nadie se movía, pero al cabo de un largo momento logró su objetivo y lanzó hacia atrás el fruto de su conquista. Todo cambió de velocidad y de forma; a cada lado del montón de cuerpos, los de azul y los de blanco echaron a correr unos hacia otros, repartidos en diagonales perfectas; algo parecido a un balón pasó de delante hacia atrás de la línea azul y, en el momento de contacto entre las dos líneas, la configuración se transformó y se realineó; pero el balón seguía avanzando, saltando de un corredor de delante a uno de detrás en una coreografía que le arrancó al padre François un silbido de admiración. Entonces el portador del balón se desplomó, atrapado en pleno vuelo por un adversario, y, de nuevo, todos se arrojaron unos sobre otros, mientras el mismo de antes se esforzaba por arrebatarse su grial al montón de cuerpos. En la retaguardia y la vanguardia, en una mecánica fluida en maravillosa armonía con el placer de la mirada, los ociosos se redistribuyeron en líneas diagonales y, una vez más, esperaron su momento. Llegó bajo la forma de una nueva extracción muy cerca de un extremo del campo señalado por dos gigantescos postes. Ahora el objeto codiciado fue lanzado a la derecha y, tras una rápida y compleja serie de pases cruzados hacia atrás, el último oponente ataviado de azul de la línea se arrojó sobre el césped con el balón bajo el vientre, haciendo alzar los brazos en señal de victoria a unos, y en señal de derrota a otros. Por fin la escena se desvaneció, y todos se miraron, circunspectos.

—Es rugby, ¿verdad? —preguntó Alejandro—. En tiempos asistí a un partido en un pueblo, aunque no es un deporte popular en España. No entendí todas las reglas, pero encontré interesantes las secuencias de movimientos.

—Es rugby —confirmó Petrus—, y también estrategia, como su mirada militar puede apreciar.

—Puntos de fijación y tácticas de despliegue —dijo Jesús—. ¿Necesitamos el rugby para eso? Hostus dejó en el centro del círculo una bola hecha de ramillas de arce entrelazadas.

—Los arcos de las Marcas del Norte tienen la propiedad de incendiarse al cabo de unos minutos de estar cerca de una hoja de té —dijo Petrus.

«Verán que también lo vegetal se hace fuego», recordó Jesús.

—Avanzaremos de forma lineal, dejando a nuestra espalda el germen del incendio —prosiguió Petrus—, como en un partido con varios balones en el que las líneas avanzan sin que el adversario pueda detener su progreso. Si atacamos por todas partes o concentramos el ataque, no podremos incendiar el perímetro sin quemarnos a nosotros mismos. Pero si invitamos al enemigo a una melé respaldada por nuestras líneas traseras, tenemos una posibilidad de alcanzar nuestro objetivo.

—Los participantes en la melé serán sacrificados —observó Alejandro.

—Tengo la esperanza de que este primer enfrentamiento no ocasione bajas —dijo Petrus—. Seremos dueños de un juego cuyas reglas el enemigo no conocerá. Pensará que lo atacamos, pero estaremos desarmados, sólo contaremos con nuestras piernas para correr y nuestros brazos para lanzar.

—¿De qué armas dispone el enemigo? —preguntó Alejandro.

—De arcos, espadas, lanzas y hachas —contestó el elfo unicornio—. Y de su dominio del clima.

—Nos harán picadillo si estamos desarmados —dijo Jesús.

—Eso no está tan claro —dijo Paulus, mirando a Petrus—, nos hemos entrenado en un arte de la finta concebido por el único elfo alcohólico del universo conocido.

—Muy eficaz en caso de lucha cuerpo a cuerpo —añadió Marcus.

—Podemos hacer mucho daño al caer —aseguró Petrus.

Hubo un silencio quebrado tan sólo por el sonido del viento en los árboles del valle.

—Puede funcionar —dijo Jesús despacio—. En cualquier caso, cuenten conmigo.

Alejandro asintió.

Llegaron al puente. Nacía el alba. Lejos detrás del pabellón, más allá del valle, breves relámpagos morían en el final de la noche. Amanecía, y surcaban el cielo de estallidos que se fundían con la aurora. Entonces se oyó un rugido lejano surgido de los intersticios de los rayos.

—Vamos hacia la tormenta —dijo Petrus.

De las brumas centrales del puente surgió un equipo de ocho elfos —tres ardillas, dos osos, un jabalí y dos nutrias—, que, saludando a Solon y a Tagore con deferencia, se unió al comando de Petrus. Alejandro miró a Clara, Jesús miró a Maria, el escuadrón al completo se inclinó ante el resto de la asamblea y avanzó por el puente.

Se oyó un potente trueno.

Algunos miembros del Estado Mayor entraron a su vez en las brumas del arco del puente. Los otros fueron al pabellón.

Empezaba la última batalla.

Al otro lado de la realidad, el comando de Petrus aterrizó al borde de los campos de té gris de Ryoan. A otro lado más, el Estado Mayor se materializó alrededor de los de Inari. En el otro extremo, lado o cuadrante del mundo, Aelius y Santangelo, en su pabellón dorado, empezaron a sospechar que se tramaba algo.

La acción de Ryoan se desarrolló de la siguiente manera. El único equipo de rugby entre especies jamás constituido se desplegó con una rapidez y una eficacia fulgurantes, multiplicadas, debo decirlo, por la capacidad de Petrus para alentar a su comando. Nada más aterrizar, agachado

detrás de los setos de té, se sacó una botella del hatillo, repartió generosamente su contenido y se incorporó como un demonio, blandiendo su primera bola de arce, y entonces el equipo se precipitó sobre el campo, encontrando casi de inmediato a sus adversarios. Alejandro y Jesús cerraban la diagonal izquierda manteniendo la distancia adecuada con el último elfo de la línea. Vieron a los primeros, entre ellos a Petrus, chocar frontalmente con un grupo de osos armados con lanzas y engañarlo con el arte de la finta ensalzado por Paulus; y era magnífico, pues los elfos de la alianza caían como borrachos entre las patas de los otros antes de escurrirse como anguilas, dejando tras de sí a sus enemigos ocupados en pegarse unos a otros. Durante un momento, Alejandro y Jesús sólo tuvieron que correr, pero el punto de fijación quedó por fin a su altura, y se enfrentaron a sus primeros adversarios. Los oficiales superiores no suelen destacar en el combate cuerpo a cuerpo, pero Alejandro de Yepes y Jesús Rocamora eran hijos de tierras áridas donde señores y siervos sufren el mismo yugo y el mismo rigor del clima. Tenían la agilidad propia de los supervivientes de condiciones hostiles y supieron tirarse al suelo y retorcerse para evitar los hachazos, los golpes de lanza y unos curiosos torbellinos, unos tornados en miniatura que se deshacían al tocar el suelo, silbando antes como flechas en pleno vuelo. Al cabo de un instante empezaron a volar flechas de verdad, apuntaban un poco al azar por encima de los setos, y nuevos tornados se abatieron a ráfagas, alcanzando a veces al enemigo al que querían proteger. Pero todo ocurría muy deprisa, y muy astuto debía ser quien, en el bando de Aelius, pudiera frustrar los planes de un ataque cuyo designio resultaba impenetrable. El comando se desplegaba pasando, esquivando, depositando y volviendo a pasar con una precisión diabólica que podría cautivar, sin duda, a numerosos entrenadores de la tierra de los humanos, y debo decir que este partido, absurdo, pues lo jugaba un solo equipo, ofrecía sin embargo una encarnación impecable de la esencia del rugby. A Petrus no le gustaba la caballería y sus sensiblerías morales; pensaba que, de todos los males, la guerra es el más abyecto y el más vil; que hay que ganar rápida, brutal y absolutamente, y que los espías y los asesinos son los verdaderos artesanos de las victorias. Pero odiaba esas servidumbres de la guerra tanto como la guerra en sí, y, como sabía que lo que vendría después sería tan horroroso como el odio del enemigo, no le disgustaba que la escena inaugural tuviera cierto estilo. La belleza del rugby estriba en su organicidad, el equipo no es nada sin sus miembros, los cuales a su vez no son nada sin el equipo; cuando, tras el largo y repetido enredarse unos con otros, las melés sin fin y los avances miserables, la línea se despliega y recorre porciones enormes de terreno, no es sólo la fluidez del movimiento, sino también la conjunción del corazón y las piernas lo que exalta las conciencias, pues el que marca es el heredero de la precisión y el entusiasmo de todos los demás. Así, Petrus de los Bosques Oscuros, elfo meticulado y entusiasta, malicioso y astuto, pero franco y amable en compañía de los amigos, apasionado por *otros lugares* aunque fiel a sus padres y a sus brumas, vivió en la guerra una batalla al menos que, como el rugby de los franceses, cuadró con su naturaleza e hizo gala de un refinamiento y un garbo que el whisky de los ingleses no había mermado. Sabía que lo que vendría a continuación sería una sucesión de matanzas, por lo que disfrutaba de ese último enfrentamiento

sin estruendo ni bajas. En el amanecer de la tragedia se empleó a fondo con la fuerza de la desesperación, y vio en su gesto el homenaje debido al coraje de los justos.

Cuando los dos españoles penetraron por primera vez las filas enemigas y, escurriéndose como peces en un río, se encontraron al otro lado de un batallón de grandes liebres, sintieron un júbilo tal que la primera bola de arce que recibió Alejandro fue para él de verdad un grial; la llevó durante un centenar de metros hasta dejarla en el suelo entre dos árboles de té, y siguió corriendo detrás de una hilera más corta, nacida de la dislocación de las líneas iniciales. Las flechas silbaban y caían al azar, el bando de Aelius había renunciado a los tornados, y si no hubieran corrido con el viento en los oídos habrían podido oír los rumores de alerta lanzados alrededor del perímetro. Nuestros héroes ya habían recorrido una legua cuando tropas enemigas más numerosas invadieron el campo. Alejandro le pasó a Jesús la bola que acababa de recibir desde delante y chocó de lleno con el estómago de un jabalí. El golpe lo aturdió y le costó levantarse con la celeridad necesaria; horrorizado, Jesús vio al jabalí alzar el hacha y gritó; en la vanguardia, Petrus se volvió y, con un pase que incluía un salto de antología, apuntó y alcanzó al suido en pleno morro. El hacha se abatió a dos centímetros del cráneo de Alejandro, que, gritando de alivio, rodó sobre sí mismo y se puso en pie rápidamente.

Delante de él, armado con una enorme hacha, había un elfo gigantesco que no parecía de humor afable.

—¡Grizzli! —gritó Paulus desde el otro extremo del campo.

El hacha se alzó, y, escabulléndose entre las piernas del monstruo, Alejandro sintió que su bota derecha volaba por los aires. Reptó frenéticamente hacia delante, pero su adversario se había vuelto, y Alejandro sabía, por el conocimiento de la experiencia, que el próximo golpe le partiría la espalda.

Esperó el mazazo, reptando sin esperanza.

Detrás de él, Jesús volvió a gritar.

El golpe no llegó.

Al sur, en la retaguardia, se elevaron las llamas.

Los setos de té gris se prendieron de golpe. Hubo un gran ruido, un viento de incendio, y el campo entero empezó a arder. Petrus gritó a su vez, y, apartando la mirada del espectáculo, el equipo de la alianza reanudó su avance. Aterrado, el enemigo se quedó petrificado. Se oyó tocar a rebato —empezaron a formarse cadenas de agua—, pero el comando llegó sin trabas al extremo de los primeros cultivos. Había recorrido una legua y media y tenía vía libre para las dos



restantes. Esparció sus últimas bolas de arce y llegó a los silos abandonados. Petrus lanzó el último fuego vegetal entre los fardos de té que colgaban en el aire, donde permaneció tranquilamente, balanceándose y vibrando entre las hojas empaquetadas. Antes de dar la señal de partida, Petrus se detuvo en la orilla de los campos en llamas. El cielo se había tornado de un color rojizo y salvaje, y, en el espejeo del incendio, las lenguas de fuego parecían flores en movimiento.

Después todos regresaron a Nanzen.

En ese instante, la jefa unicornio del Estado Mayor de las brumas contemplaba la agonía de Inari. De los vastos campos de té verde, cien veces más extensos que los de Ryoan, se elevaban humaredas que nunca antes se habían visto en las brumas, contemplaba esos penachos retorcidos subir al cielo y el mundo en el que había crecido desvanecerse en la aurora. Ella que había observado el otro mundo desde el pabellón, visitado en la tierra de los hombres al antiguo Jefe del Consejo, admirado el ingenio de los humanos, su pródigo arte y la esperanza que éste insuflaba a su pueblo, no conocía nada más hermoso que las auroras de brumas en el frente de Katsura. Esos amaneceres absolutos y dorados en los que la comunidad de los elfos mezclada con las cenizas de Hanase murmuraba en cada desplazamiento vaporoso, las voces de los vivos y los muertos se confundían en una comunión que ningún humano, lo sabía, alcanzaría jamás.

Las brasas del incendio se proyectaban a sus pies. Retrocedió dos pasos y sintió resbalar una lágrima por su mejilla.

Concluía así la primera fase de la última batalla. En el horizonte se reunieron espesas humaredas que se estancaron sobre las tierras. La atmósfera se alteró sutilmente, y todos pudieron oír la última arenga de Solon a su pueblo.

Los campos de Inari y de Ryoan están ardiendo, decía. Nunca hasta hoy habían tenido que tomar los dirigentes de las brumas decisión tan dolorosa, pero confiamos en que lleguen tiempos de renacimiento, como ocurre siempre después de las grandes caídas. A quienes nunca han dudado de nuestra sabiduría les pido que no teman al cambio. A quienes se han pasado a las filas del enemigo, les expreso mi tristeza por este desastre orquestado por el odio. Somos un sueño, un prodigio de árboles y de piedras, el sueño de un espíritu surcado de bruma, el vapor por el que circula la energía de la vida. Somos un hálito atmosférico, un centelleo de polvo sobre los ríos del tiempo que unen las cosas y los seres y mezclan a vivos y muertos. Somos una armonía atravesada por los vientos del sueño, una llanura infinita poblada de rosas y cenizas. Pero somos también un pueblo más antiguo que ninguno, prisionero de un mundo moderno, es decir, viejo y desencantado,

en el que ya no sabemos vivir. Por la lógica de los declives, nuestros antepasados entraron en un letargo a la vez que nuestras brumas se debilitaban. Por dos veces una pasarela tendida sobre las orillas de la tierra humana las regeneró. Las tragedias han venido siempre de las escisiones y de los muros; los renacimientos, de los puentes construidos sobre riberas desconocidas. Por ello la caída del té debe ser la puerta hacia nuevas alianzas si no quiere ser vana y trágica para siempre. Habitantes de las brumas, conozco vuestras reservas hacia el pueblo de los hombres. ¿De qué incuria en el gobierno del mundo, de cuántas crueldades hacia los vivos han sido culpables? ¿De qué explotación cínica de los otros reinos, cuando no tienen ni brumas ni té para vincular entre ellas las conciencias? Sin embargo, poseen un tesoro del que nosotros carecemos. Tienen la facultad de pintar lo que no existe y de contar lo que nunca ocurrirá. Por extraño que eso pueda parecer a nuestra mente, inmersa en el flujo del mundo, ello forma una verdad paralela que desdobra lo visible y modela sus civilizaciones. Ahora nosotros hemos de inventar el porvenir, y ese don visionario, aunado a nuestra armonía natural, tiene el poder de salvar nuestros mundos. El té se consume ya, y no sé por cuánto tiempo más seguiremos unidos en conciencia, pero confío en que, allí donde se detengan las palabras, el pensamiento progrese. En cuanto a mí, haré lo que debo hacer: mantendré.

Calló, y Tagore proyectó en las brumas los rostros de los humanos y los elfos de la última alianza. A cambio, la comunidad fiel a Nanzen enviaba el mensaje de su lealtad, mezclado de inquietud y tristeza así como de rechazo a toda clase de odio y de confianza en la integridad de sus jefes. Por último daba fe de una admiración inesperada por las dos pequeñas nacidas en la noche de nieve.

Antes de abandonar el pabellón, la jefa del Estado Mayor le puso a Petrus una mano en el hombro.

—Tu pequeña incursión con pases hacia atrás ha sido bastante bonita —le dijo.

—Cuando todo termine —contestó él—, te llevaré a ver un partido de verdad.

—Quién sabe lo que veremos —dijo ella—, ¿un torneo o una batalla?

—Hay que ser ciegos para ver —dijo Petrus—. Quizá seamos demasiado clarividentes.

*Vamos hacia la tormenta*

Libro de las batallas

# 木

## Árboles

La vida vegetal es lo absoluto de la existencia, la comunión integral de la naturaleza consigo misma. Lo vegetal transforma en vida todo lo que toca. Metamorfosea en cuerpo vivo los rayos del sol. Lejos de adaptarse, engendra. Crea la atmósfera mediante la cual todo adviene y se mezcla sin fundirse. Fabrica la fluidez sin la cual no hay coexistencia ni encuentro. Genera la materia que moldea las montañas y los mares. Expone la vida de cada uno a la vida de todos los demás. Es el origen del primer mundo, el del hálito y el movimiento, de las *regiones vaporosas* y la demiurgia de los climas. Es el paradigma de la inmersión vital y de la circulación líquida de toda cosa.

Habitamos la atmósfera, pensó Petrus tras su caída en las brumas del canal de las Marcas del Sur. En su solidez, su inmovilidad y su poder, el árbol no es sino la expresión más material y poética de esta evidencia, el pasador de las respiraciones, la figura nativa de la vida del hálito, o dicho de otro modo, de la vida del espíritu.

石

Piedras

En el cielo vagan los astros que los árboles convertirán en vida. De ahí viene que las piedras y las brumas cultiven una solidaridad tan íntima y que Clara, por su infancia en las montañas, haya concebido su arte como una melodía de piedrecitas de río.

Por ello también los jardines de piedras líquidas de las brumas del pasado son lo que acabamos de decir: la raíz de la vida, la mineralidad de los corazones y el camino de la redención.

## Las llamas son de arcilla

La comunidad fiel a Nanzen era leal a la última alianza; en Alejandro, la corriente de simpatía de los elfos barría como un vendaval los últimos vestigios de su vieja soledad; en Jesús, un agua de río bañaba la herida de las traiciones; pero la admiración del pueblo de las brumas por las dos jóvenes los sobrecogía cien veces más.

Las jóvenes nacían al amor romántico y estaban al cargo de la batalla de los tiempos. Quien es amado soporta los rigores del invierno, quien ama extrae de ello la fuerza para combatir: Maria y Clara conocían el amor de todas las maneras concebibles y veían en los tumultos de su suerte el justo pago de la ternura y los dones que habían recibido. Más todavía, ese destino las había unido como las ramillas de una misma rama, y sólo Clara comprendía lo que aterraba a Maria; sólo ella sabía cómo aplacar sus temores, sólo Maria, a su vez, le daba la fuerza que forja a los pasadores; quiero decir una confianza absoluta y ciega, sin eclipses ni entredichos, y creo que esa adhesión desmesurada explica el paso a Clara del descaro y la alegría de Maria, mediante una forma de traspaso en el que la más fuerte de las dos cuidaba un tiempo de los bienes más preciados de la otra. A esta confusión de las almas, pese a la disyunción de los cuerpos, las muchachas añadían la singularidad de ser de sangre o de apariencia extrañas, lo cual, además de la alquimia inefable de los encuentros, hacía indestructible su amistad hasta un punto que los humanos o los elfos corrientes no pueden siquiera imaginar.

Mirémoslas con los ojos de los dos españoles que no piensan ya en su ausencia de la Liga, movidos por la certeza de que la verdadera batalla se libra junto a las magas de noviembre. Son hermosas como lo son todas las mujeres amadas, pero el oro de los cabellos de una, la piel dorada de la otra, su elegancia natural y de raza no son más que las toscas figuraciones de sus gracias invisibles. Por suerte, porque eran soldados y gentes de tierras poéticas, Alejandro y Jesús querían morir al sol y ver lo invisible que quema la mirada. Querían conocer la tierra que se dibujaba en el límite de su percepción, y esa tierra invisible, sin suelo ni fronteras, tiene por nombre el continente femenino. Que dos muchachas nacidas en la nieve y el viento pudieran llevarlo tan alto sin duda no habrá de asombrar a quienes hayan seguido el relato hasta aquí, pues nieve, viento y brumas son los filtros que revelan los contornos secretos de las cosas, desvelan su esencia en perpetuo movimiento y ofrecen de ellas una visión que abarca todas las edades.

¿Quién sabe lo que miramos?, pensó Alejandro. Sólo queremos consumirnos en ello o morir.

Mientras tanto, la batalla se había extendido a todos los sectores del mundo, y Petrus, que no encontraba espinosa la cuestión femenina, declaraba en ese mismo instante:

—El enemigo reacciona.

Si aún fuera necesario poner de manifiesto la locura de Nanzen, decía Aelius, no habría nada mejor que las cenizas a las que pronto quedarán reducidos nuestros campos sagrados. A través del té hablaban nuestros muertos, nuestros tiempos, nuestros ancestros a los que insulta un puñado de jefes dementes, una falsa profecía exhumada por un vagabundo piojoso y el refuerzo inicuo de mercenarios extranjeros. Los humanos son bestias, el calco funesto de la animalidad, la mutación de sus virtudes en vicios. Extienden la muerte, saquean las tierras nutricias y amenazan de aniquilación a su propio planeta. Son supervivientes de guerras devastadoras que no les han enseñado ni la vanidad de la fuerza ni la virtud de la paz. Responden al hambre con la represión, a la pobreza de todos con la riqueza de unos pocos, y al deseo de justicia con la opresión de los más débiles. Decidme, insensatos que queréis aliaros con esos insensatos, ¿no merecen más bien la muerte, y, si no debiera quedar ni uno, acaso sería una tragedia para nuestras brumas? Me acuerdo del Ryoan de antes de la caída del té y lloro. ¿Es concebible que ese esplendor cayera? Al alba, las brumas oscuras pasaban a través de nuestra ciudad; sobre la plata de los ríos se abatía el oro del cielo; saboreábamos en silencio el té de la comunión; se abrían los canales, y vivía en armonía un mundo de almas tranquilas. Pero las nieves de Katsura no volverán, y ya no oiremos a nuestros difuntos. Habituaremos nuestras tierras en lugar de vivir en nuestras brumas, olvidaremos la atmósfera y sus ligerezas, el canto de los árboles y la complicidad de los reinos, erraremos como los hombres en la indigencia y la opacidad del otro, porque ellos son gregarios, mientras que nosotros somos por esencia seres comunitarios. Por ellos los movimientos de Nanzen nos obligan a recurrir a tácticas que repugnan al elfo de bien, hasta que en el campo no queden más que los valientes del bando vencedor.

La voz de Aelius calló.

—Es mejor tribuno de desgracia de lo que fue orador en tiempo de paz —dijo Petrus.

—«Recurrir a tácticas que repugnan al elfo de bien» —repitió Marcus—. La batalla va a ser terrible.

—Se recordará que la mayor guerra de todos los tiempos la habrá buscado y desatado un elfo —dijo Petrus—, que obró para que los humanos se exterminaran en nombre de la pureza de las razas y mancillaran el mundo con campos entregados al crimen total. Se recordará también que de paso él mismo aniquiló sus brumas queridas.

—«Los humanos son bestias» —citó Sandro—. Algunos lo creerán.

—Poco me importa lo que crean —dijo Petrus—, las guerras se ganan con los amigos.

Por oleadas sucesivas, las ondas de simpatía de los elfos por las muchachas acariciaban las conciencias. Sus vibraciones se henchían y morían en un dulce lamento y, al final, recordaban sólo haber oído: «Aquí estáis». Sin embargo, a la melopea de lealtad y simpatía de los fieles a Nanzen se superponía ahora un rumor lejano.

—Todas las unidades han entrado en combate —dijo la jefa del Estado Mayor.

Y Tagore compartió la visión de un espectáculo apocalíptico.

—Shinnyodo, en la provincia de las Marcas del Norte, el granero de nuestras brumas —dijo.

Hasta donde alcanzaba la vista se extendían campos de trigo anegados de elfos muertos y sangre. Sobre la carnicería, un cielo de relámpagos restallaba como una vela en la tempestad. Se oían estallidos sordos, y la tierra humeaba y vibraba sin descanso. Yacían arcos por toda la pradera y otros tantos elfos caídos, con el cuello atravesado por una flecha o rebanado por una espada. Los habitantes de las brumas no llevan armadura ni escudo, la energía de perdurar en una sola esencia los distraería del combate: obligados a transformarse, están condenados a una vulnerabilidad que han de compensar con velocidad y destreza. Los demás proseguían la matanza cuerpo a cuerpo en un amasijo de seres cuyo rugido se elevaba a andanadas hacia la tormenta. Torbellinos de aire y de agua recorrían la llanura, dejando a su paso una desolación de incendio. Cuando se tocaban, una explosión silenciosa pulverizaba un perímetro considerable de elfos cuya sangre seguía derramándose mucho tiempo aún después del estallido mudo. En la vanguardia de la batalla, los que luchaban debían contar con los abismos que se abrían bajo sus pies, tragándose a cohortes enteras. En algunos sitios la tierra reptaba, cual topo demente, y luego se alzaba como una montaña para golpear de lleno al adversario. La velocidad de las flechas y las lanzas se multiplicaba por una corriente de aire que abría un canal vertiginoso en el que las armas traspasaban veinte cuerpos antes de terminar su trayectoria en una última garganta.

En ese preciso instante, al oeste se elevó un clamor en el bando enemigo. Grandes porciones de brumas se formaban y avanzaban hacia el este. Los soldados de Aelius pasaban a través y levantaban los brazos al cielo profiriendo gritos de venganza.

—Hasta el extremo de la infamia —murmuró Tagore.

Cuando las brumas alcanzaron su objetivo, se transformaron. Hubo un segundo en el que pivotaron sobre sí mismas cual bailarinas como en los tiempos felices, envolviéndose y desplegándose con toda la gracia posible en ese mundo, y después se erigieron en murallas de una belleza pasmosa. Ganando velocidad, pasaron entre las filas de la última alianza, eran dagas dantescas que segaban a los combatientes como simples juncos de río, y Alejandro, horrorizado,

pensó que las armas de los humanos eran bien poca cosa comparadas con la devastación de la naturaleza descarriada.

De pronto, el cielo estalló en rojos cortes que supuraban su infección en la tormenta, y se vieron cuchillas de brumas pasar a su vez de este a oeste y cercenar a los elfos del enemigo.

—Y nosotros, aquí, ¿qué esperamos para actuar? —preguntó Jesús.

—Una señal —contestó Solon.

—Después de dos siglos de espera —dijo Petrus—, la última hora se me antoja un milenio.

La última hora, amigo Petrus, es la única que no pertenece al tiempo. La hora de librar batalla, la hora de morir y de ver morir son la infinitud del sufrimiento contenida en una duración ínfima. Por ello el tiempo se conjura y, conjurándose, nos entrega al dolor absoluto.

—Una hora durante la cual seremos testigos de todos los ultrajes —dijo Tagore.

En el horizonte occidental de la batalla, una mancha oscura se extendía como una inundación. Al este, las tropas se paralizaron antes de que un gran clamor se elevara por doquier. «¡Orcos! ¡Orcos!», gritaban los soldados, y en su grito se oía tanto la estupefacción como el desprecio y la rabia. Eran orcos que se habían unido a las tropas y avanzaban como una cucaracha gigante e inestable; los elfos de Aelius se apartaban a su paso, pero se percibía su repulsión y su vergüenza.

—Si aún creéis en ella, es el momento de pensar en las ruinas de la caballería élfica —dijo Petrus.

Los orcos, más cortos y anchos que los elfos, no tenían cabello ni pelo, sino una cutícula de hormiga cuajada de manchas pegajosas. Caminaban con pesadez, casi cojeando; curiosamente, unas alas azules aleteaban de manera intermitente en filigrana de sus siluetas repugnantes.

—Los orcos son insectos prisioneros de su crisálida, semibestias que nunca consiguieron convertirse en los animales que estaban latentes en ellos —dijo Solon.

—¿Cabe imaginar a esos seres abyectos convertirse en mariposas cerúleas? —preguntó el padre François.

No había desprecio en su voz.

—Todo es posible en este mundo —dijo Petrus—, pero ahora mismo no me parece que tengan humor de ninfas.

Se oía claramente un canto hecho de gruñidos y jadeos.

—Ni de ruiseñores —añadió Paulus.

—No quiero ni imaginar cómo habrá conseguido Aelius convencerlos, ni cuántos emisarios habrá perdido en la negociación —dijo Solon.

—¿Dónde viven? —preguntó Jesús.

—En los confines —contestó Petrus—. Es una zona híbrida que no pertenece ni a las brumas ni a la tierra de los hombres, donde viven también otras especies igual de agresivas.

El padre François contempló los campos de trigo. El paso de los soldados había tumbado las



espigas, pero, aquí y allá, las inflorescencias desgredadas se levantaban de los charcos donde agonizaban los soldados y apuntaban hacia el azul del cielo sus tallos sangrientos; las gotas escarlatas caían como perlas y, unas tras otras, volvían a la tierra. Poco a poco, esa sangre cambiaba; se ennegrecía y se endurecía, extendiéndose por un vasto perímetro y, conforme los elfos iban muriendo, se esparcía, reflejando los relámpagos de la tormenta. Pese al espanto, esa explosión de la ira del cielo en estrellas fugaces sobre un fondo de tinta profunda era un espectáculo magnífico. El padre François miró al norte, allí donde la llanura se desvanecía en las brumas, delimitada por un ribete de espigas intactas que parecían blancas en comparación con la oscuridad de la sangre. Abarcó con la mirada la lucha de la blancura y las tinieblas, abrazó con el corazón la batalla de los mundos que se tragaba las flores de los ciruelos, abrazó con el alma el final de la era de los grandes olmos y de las brumas y, al fin, abrazó con todo su ser la desolación de las tierras donde no crecen hojas ni pétalos.

Pensó en la muerte, que llega siempre demasiado pronto, y en la guerra que nunca termina, pues había venido al mundo durante el gran conflicto del siglo pasado y había conocido aún joven la primera guerra del siglo presente. Buscando un guía que pudiera decirle cómo vivir en tiempos de desastre, se persuadió de haberlo encontrado en la religión de sus hermanos. Había creído en un arca de la alianza de las almas unidas por el amor de Cristo, y vivido para confiárselas a Dios y protegerlas de las maniobras del diablo. Veía el universo como el campo de una batalla donde el deseo del bien repelía al mal, donde los reinos de la muerte retrocedían ante los corceles de la vida. Pero un día de enero de hacía ocho años, una anciana había muerto en la aldea, y en el momento de recitar la oración final, el padre François había buscado en vano en su memoria las antiguas plegarias de costumbre. Había sido un momento extraño: a lo lejos avanzaba una nueva guerra en forma de una tormenta enviada por el enemigo, y ante esa amenaza, lo que tenía que ofrecer eran las últimas palabras dirigidas a una hermana que había perdido a su hijo en la batalla, y entonces había visto las cosas tal cual eran, llenas de tinieblas y de sangre, vacías y crueles como el mar; y había sabido que no hay nada en esta tierra, nada en el cielo y nada en los corazones más que la inmensa soledad de los hombres, donde se cuelan las quimeras del diablo y de Dios; nada más que el odio, la vejez y la enfermedad, a los que no quería añadir la cruz de una falta, de una crucifixión y una resurrección. Durante un instante más hondo que la desesperación y más doloroso que la tortura, se tambaleó bajo un cielo al que la fe había abandonado. Si ya no creía en nada, ¿qué quedaba que pudiera hacer de él un hombre? Entonces miró a su alrededor y vio el cementerio, abarrotado de hombres y mujeres que se habían mantenido erguidos ante los vendavales helados. Miró cada rostro y cada frente y, en una gran llamarada de luz, quiso ser uno de ellos. Ahora que habían pasado ocho años recordaba el cementerio lleno de campesinos que habían acudido a honrar a su hermana desaparecida, y pensaba: Lo que es más grande que uno mismo no está en el cielo, sino aquí delante de nosotros, en la mirada de otro a cuyo ritmo hay que vivir. No hay nada en este mundo más que los árboles y los bosques, los grandes olmos y las

mañanas de rocío, nada más que el dolor y la belleza, la crueldad y el deseo de vivir. No hay nada más que elfos, espino blanco y hombres.

La escena desapareció, y cuando otra la sustituyó, el pabellón tembló violentamente. La visión de Tagore había dejado la batalla de Shinnyodo y sobrevolaba otra llanura de combate. Violentos choques sacudían la tierra, y destellos sangrientos que colgaban de las ruinas del cielo cruzaban el paisaje. En lo alto de las colinas que dominaban el campo había apostadas baterías de cañones. La llanura estaba llena de soldados, de carros de asalto y de unidades de ametralladoras fijas y móviles. Más allá se distinguían otras colinas verdes y, más lejos todavía, una extensión azul bordeada de riberas claras y acantilados blanquecinos. El mar, y sin su presencia, ese paraje habría parecido el Aubrac. Las colinas estaban perladas de luz, un verde esmeralda como de terciopelo cubría los pliegues de la tierra, y el aliento del viento acariciaba los relieves y las ensenadas.

—Ésta es la llanura de Irlanda, su belleza y su declive —dijo Tagore—. Son muchas las que a esta hora se asemejan a ella, pero la he escogido porque es una tierra de espíritus y de hadas, áspera, encantada y poética como parece preferirlas este relato. Ha sido cuna de grandes poetas, uno de los cuales escribió en tiempos estos versos que hoy encuentro oportunos:

*Nieva sobre la llanura de Irlanda, y las llamas son de arcilla*  
*Nieva sobre los valles y los ríos ciegos*  
*Los cementerios erguidos sobre el barro de sangre negra*

Un estallido más fuerte que los anteriores sacudió el escenario de los combates. En el centro de la llanura estaban concentradas la infantería y la artillería, detrás de sus cañones y ametralladoras. Ahora ya se distinguía a los hombres que se afanaban en esa triste tarea que llamamos guerra o que yacían, amontonados y desmembrados, sobre un suelo arrasado por los impactos. Estaban pesados y febriles, pardos de barro y de sangre; acosados además por una lluvia torrencial sin parangón con las que suele conocer Irlanda, pues el enemigo transformaba los chaparrones en lanzas heladas en el momento en que alcanzaban su objetivo.

—Atrapados entre el hielo, el barro y el fuego —murmuró Alejandro—. El infierno, el único, el de verdad.

La escena se oscureció antes de dejar paso al estuario del canal de las Marcas del Sur. Allí estaba congregado un grupo de delfines que se desplazaban en círculo alrededor de las barcazas amarradas. Nunca los elfos de los Bosques Oscuros habrían imaginado que hubiera tantos, miles tal vez, a los que se dirigía un elfo plantado en el pontón.

—El canal agoniza —les decía—, marchaos y llegad al mar.

Uno de los diques de brumas que rodeaban el embarcadero se resquebrajó y dejó pasar una pálida luz, a continuación se abrió otra brecha unos metros más lejos, y el canal se tambaleó. Por

la abertura se distinguía una extraña cacofonía de elementos indistintos; nadie habría sabido decir si eran casas, árboles, calles o montañas.

El elfo del pontón levantó hacia el cielo las patas delanteras de su nutria.

—El pasador —murmuró Petrus con marcada simpatía.

—Adiós —decía la nutria—, la amistad sobrevive a las caídas.

Los delfines emitieron un arpegio grave antes de zambullirse y desaparecer para siempre. Los miembros de la última alianza miraron el canal y, por encima de éste, la ciudad sobre la que revoloteaban copos de ceniza. El debilitamiento de las brumas proseguía, y los canales emitían la melodía de un himno fúnebre desgarrador.

La visión se transformó de nuevo.

—Por última vez antes del panorama final —dijo Tagore.

En un patio de rosas, Gustavo Acciavatti abrazaba a una mujer y le decía: «Te quiero». A su lado, envuelta en papel y apoyada contra una pared, aguardaba una forma rectangular. Más allá, un hombre alto y encorvado, de edad respetable pero aspecto vigoroso, aguardaba él también. Gustavo lo abrazó a su vez; abrazó a Pietro Volpe, hermano de Leonora, hijo de Roberto y heredero del cuadro que va a abrir las puertas del porvenir.

Tras una última mirada a Leonora, el antiguo Jefe del Consejo, convertido en *direttore* en la tierra de los humanos, se encaminó a Nanzen.

*Nieva sobre la llanura de Irlanda*

*Y las llamas son de arcilla*

Libro de las batallas

# 涙

## Lágrimas

Había muchas lágrimas en el cuadro del destino.

Las pinturas de paisajes muestran el alma del mundo en el espejeo que la maestría del pintor extrae de nuestra percepción ordinaria, pero las lágrimas de las *pietà* muestran al hombre en su invisible desnudez.

El alma líquida ya, la belleza del fervor por fin visible, hemos de soñar ahora con el paisaje que contenga todos los paisajes, con la lágrima que encierre todas las lágrimas y, al fin, con la ficción que englobe a todas las demás.

# 四冊

## Los cuatro Libros

La vida de los hombres se declina en oraciones, batallas, pinturas y legados.

En oraciones para que el mundo tenga sentido.

En guerras ajenas donde se libra la batalla con uno mismo.

En pinturas —ya sean jardín o cuadro— que, haciendo temblar la visión, desvelan la esencia oculta detrás de lo visible.

Y en legados invisibles sólo a través de los cuales accedemos al amor.

## En la hora postrera de amar

El antiguo Jefe del Consejo apareció sobre el puente de las brumas con el cuadro del destino bajo el brazo. Cuando dejó atrás el arco del puente se transformó en un caballo negro, seguido de una liebre de pelaje immaculado. Al poner el pie en el pabellón, se hizo hombre de nuevo, miró a Clara y pareció desconcertado.

—Sonrío porque ya no toco para usted —le dijo ella con malicia, y eso asombró aún más al Maestro.

Cuando llegó hasta Maria y le entregó el cuadro, las venillas del rostro de la muchacha se oscurecieron.

Maria quitó con sumo cuidado el papel de seda que protegía el lienzo.

En la luz matinal recobraba todas sus texturas. Su esplendor estaba intacto, pero el alba de Nanzen daba a las teces y los tejidos un significado nuevo. Ya no era un espectáculo de lamentación y de fervor, sino un relato que flotaba a la espera de las palabras para contarlo. Sin embargo, era la misma escena reproducida sin descanso por el arte de los humanos; la Virgen María y los fieles a Cristo lloraban sobre el cuerpo bajado de la Cruz: lágrimas como perlas de rocío, belleza del trazo flamenco, tan nítido y tan cristalino; pese a ello, más allá del relato de la imagen, los miembros de la última alianza sentían vibrar algo, algo que respondía a la madera del pabellón, a los árboles del valle, a las piedras del camino de té, algo al otro lado de la superficie del lienzo, algo que buscaba liberarse. Las brumas se aletargaban en el bosque, intactas y ligeras. Por encima de las últimas cimas, el cielo de tormenta seguía rugiendo. Cantó un pájaro. Algo en la realidad dio un vuelco, y la luz del alba se tornó una claridad que a Sandro le evocó los paisajes de los cuadros flamencos que en tiempos le gustaban. Las transparencias del camino titilaron y, tras un instante entre dos soplos, los árboles aparecieron a la luz del sol. A lo largo de las piedras negras había centenares de arcos, de pinos y de ciruelos entrelazados por encima del paso, cuya silueta inadvertida recibía el poder de transformarse en visión con una intensidad de presencia que ningún árbol vivo alcanzaría jamás. Las transparencias del camino volvían a hacerse opacas, y ese renacer más allá de la muerte era la señal que los elfos aguardaban. Dejando a un lado la contemplación de los árboles resucitados, volvieron a centrar la mirada en el lienzo.

En su superficie, modificando la escena con la mirada, pasaba una onda transparente en la que se fundían las lágrimas de los fieles. Maria acercó la mano al cuadro, y la onda se retrajo y se quedó inmóvil. En la mejilla de la Virgen resbalaban lágrimas, agua en el agua formando gotas donde flotaba un reflejo borroso, de tal manera que lo que vibraba al otro lado de la escena parecía haberse refugiado en esas perlas móviles.

—El pabellón desvela la esencia del cuadro, su poder interior de transformación —dijo Solon.  
Todos sentían que el corazón les latía en el pecho como en el momento de un nuevo nacimiento.  
Tagore entregó a cada uno un vial.  
—Veamos qué poder tiene el té gris —dijo.  
Cuando todos bebieron, Maria y Clara se miraron.  
—Primero Pietro —dijo Maria—, después las otras batallas.  
—Quisiera un piano —dijo Clara.

Apareció un piano en la sala.

Era un bonito piano de estudio, suave como un canto rodado aunque hubiera viajado y vivido mucho. Clara se acercó al objeto que había ido a su encuentro el verano antes de cumplir los once y la había iniciado en la voluptuosidad de las músicas, la había llevado a Roma bajo la protección de Pietro y conducido hasta el cuadro que Roberto adquiriera mediante el crimen.

Cuando acarició las teclas, las notas crearon un paréntesis que horadó la seda del tiempo y abrió en ella una extensión barrida por los vientos de montaña. Han de entender quién era Clara Centi, la huérfana de los Abruzos que había aprendido a tocar el piano en una hora y conocía las piedras de sus laderas como los navegantes las estrellas del negro cielo. La hija de Tagore y Teresa conocía la vía de los espacios y de las almas, mediante su música se vinculaba a los pasos y a los corazones, así era la pasadora que reunía las mentes más allá de las comarcas y los tiempos y, al final, daba forma a los sueños que Maria encarnaría en el mundo.

La música contaba la historia del padre y del hijo que se habían odiado sin que el uno supiera la razón y el otro quisiera decirla. Pero Clara tocaba y, por el poder del té gris, cada cual oía la confesión de Roberto a su hijo.

Decía así: «La víspera de tu nacimiento, maté al hombre que quería venderme el lienzo flamenco. Cuando me lo enseñó, algo resplandeció, pero sentí que lo enviaba el diablo y, en un arrebato, lo maté. Un asesino no tiene derecho al amor, y expié mi culpa prohibiéndote amarme. No me arrepiento de nada, pues si no hubiera tenido esa determinación, el crimen habría engendrado otros crímenes. Adiós, ama a tu madre y a tu hermana, y vive con honor».

Al final, movido por un último pensamiento, añadió:

*A los padres la cruz*  
*A los huérfanos la gracia*

El piano calló.

Tagore compartió la visión de una gran sala llena de cuadros y esculturas. De rodillas, el marchante de arte lloraba como lloran los niños, con grandes sollozos que resbalaban por su mejilla como gotas de rocío y se escapaban, alegres y dando brinco, al capricho de las palabras que se le ocurrían a la hora del saber. «Loco como eres —decía—, te quiero y nunca lo sabrás.»

Y a continuación desapareció de la mente de los hombres y de los elfos de Nanzen.

Contra la pared, el cuadro cambiaba. El agua volvía a fluir y borraba la escena de la lamentación. Los rostros temblaban antes de que la ola los arrastrara, y pronto en el lienzo ya no quedaron más que las lágrimas de María. Al cabo de un momento en que se dilataron al máximo, no quedó sino una, cofre transparente y abombado en el que se revelaba la nueva escena oculta detrás de la primera. Bajo la lamentación, la misma mano élfica había pintado un paisaje verdoso y azulado con colinas, acantilados sobre el mar y largas extensiones de bruma. Los maestros flamencos son los únicos que han alcanzado jamás tal perfección en la ejecución de escenas que su dominio de la luz baña con el reflejo tornasolado del mundo, pero tenía ese cuadro un añadido de alma y de belleza por haber sido empezado en Nanzen y recubierto después en Ámsterdam con la escena de la *pietà*. Había quedado tal cual hasta que la conjunción del pabellón y del té gris lo hiciera aparecer en su doble estratificación, mostrando una simbiosis de tierras y de brumas humanas y élficas.

—Parece Irlanda —dijo Petrus.

Hubo un gran terremoto que sacudió el pabellón, y Tagore compartió otras visiones. La luna se demoraba en el cielo de Irlanda y, pese a las trombas de agua que caían sobre los combates,



brillaba a través de la tormenta. Los cadáveres se amontonaban en dunas de sangre roja, la sangre negra cubría los trigales de Shinnyodo, y sus campos y los de otros lugares se anegaban de carne y cadáveres hechos pedazos.

Entonces.

Entonces Maria entró en la batalla.

### *Libro de las batallas*

Sobre la llanura de Irlanda, la luna se volvió como sangre, y Clara tocó un soplo de notas más ligeras que copos de nieve. Cada cual oyó el relato que llevaban, el de la nieve y el alma del país que, encontrándose como las flores de ciruelo en el bosque invernal, transformaban en llamas la greda de los combates. Después, mediante el poder de Maria, la melodía cobró vida, y la arcilla del campo pareció germinar de verdad y elevarse en un árbol de fuego que no ardía pero calentaba el cuerpo y el corazón de los soldados. El frío pasaba, el suelo se endurecía, y cada cual miraba la arcilla ardiente que cubría los campos y detenía las batallas. Empezó a nevar.

Han de entender quién era Maria Faure, la pequeña de las Españas y de la Borgoña, nacida de dos elfos poderosos pero criada por las ancianas de la granja de la Hondonada. A la totalidad del arte que encarnaba Clara respondía el poder de Maria de conocer la totalidad de la naturaleza. Desde la infancia estaba en contacto permanente con los flujos de la materia en forma de trazos impalpables que le revelaban el resplandor de las cosas. No reconocía más religión que la de las violetas, estupefacta de que los demás no oyeran como ella los cánticos del cielo y las sinfonías de las ramas, los grandes órganos de las nubes y la serenata de los ríos. Por esa magia, en la primera batalla en los campos de Borgoña metabolizó y transformó los esbozos que trazaban las cosas vivas como quien pintara en un lienzo de deseo. Con ello supo volcar el cielo y la tierra para abrir en ellos la brecha a través de la cual aparecieron los combatientes élficos.

Nevaba sobre la campiña irlandesa, y mientras caían los copos magníficos y livianos, la arcilla de las matanzas se transformaba en un fuego donde se conjuraban los dolores.

La música de Clara se volvió más trágica.

En el otro extremo de la realidad, por el poder de las dos muchachas, el puente y el pabellón de Ryoan empezaron a arder, y el oro mate se elevó hacia el cielo al capricho de espirales

magníficas.

En Nanzen, por las aberturas desnudas del pabellón, vieron difuminarse el puente rojo. Se tambaleó y se desvaneció como un espejismo, mientras las brumas del arco levantaban el vuelo a ráfagas plateadas y quedaban en suspenso, sin saber si morirían.

En Ryoan las humaredas doradas se tornaron regueros grises y sucios.

Nanzen tembló, y Solon dijo:

—Han bebido su último té.

En las brumas pasaba el mensaje postrero del enemigo.

¡Locos, insensatos! ¿Qué opción nos dejáis? La historia no se escribe con el deseo, sino con las armas de la desesperación.

El padre François sintió un escalofrío helado recorrerle la espalda y una presencia furtiva colarse en su mente.

«Danos las palabras», dijo la voz de Clara.

«¿Qué palabras?», preguntó él.

«Las palabras de los sin palabras», contestó Clara.

### *Libro de las oraciones*

Se vio una vez más, después de la batalla, en la loma en la que había caído uno de los valientes del pueblo. Era un joven de la tierra, trabajador, más terco que una mula, de voz fuerte y áspera ternura, excesivo en la fiesta pero solemne en la amistad, que quería a su mujer con un amor recto y pleno. Como campesino que era había sido pobre; como hombre, su riqueza era el único tesoro que no se posee y, en el momento de morir en los campos de Borgoña, le hizo al cura la ofrenda de su confesión. Era el sueño de una casa de madera abierta al bosque en la que cada cual aspiraría al amor y a una vida tranquila, de una tierra que no fuera de nadie más que de sí misma, de una caza tan hermosa como justa y del paso de las estaciones, que haría madurar a la gente. Era una historia de deseo y de batidas, un sueño de mujer con perfume a verbena y a hojas, la fantasía de un corazón sencillo festoneado de místicos encajes. Ese valiente se llamaba Eugène Marcelot, y a la hora de morir seguía sin haber aprendido las palabras. Las llamas interiores que se alzaban sobre la marga de sus campos le gritaban por qué era un príncipe, pero él no sabía cómo decirle a su mujer que había sido un hombre de bien y de honor por haberla amado. Los poderes de Maria y Clara permitieron que el padre François oyera el texto de ese corazón sencillo y, tras cerrarle los ojos al valiente, le transmitiera el mensaje a su viuda.

Hoy, por la dilución de las lágrimas de la lamentación, le parecía comprender por fin la confesión muda de Eugène Marcelot, su significado en el primer combate y su papel en la última batalla de la guerra. Había visto el paisaje detrás de las lágrimas en las exequias de Eugénie, justo cuando buscaba en su fuero interno las palabras de Cristo y sólo se le manifestaba la evidencia de la grandeza de los árboles y de los embrujos del cielo. A nuestro sufrimiento le basta la muerte, pensó, y a nuestra fe, el fervor del mundo. Recordó de pronto otro cuadro que le había causado una viva impresión de joven, un cuadro alemán del siglo XVI que representaba a Cristo entre el descenso de la cruz y su resurrección, tendido sobre una sábana en un sepulcro, solo, frío y abandonado al proceso de la descomposición, y dijo en voz alta: si el universo no es sino una novela a la espera de palabras, elijamos un relato en el que la salvación no requiera tortura, la carne no sea culpable ni sufriente, el espíritu y el cuerpo sean dos accidentes de una única sustancia y la idiotez de amar la vida no se pague con crueles castigos. Así es la vida de los hombres y los elfos, ora escena de pasión, ora vasta llanura; ora batalla, ora plegaria; ora llantos, ora cielo. Contemplo las lágrimas de la Virgen María y llamo al amor de Eugène Marcelot en el paisaje total; contemplo el paisaje detrás de la crucifixión y llamo a esa armonía en la sustancia de nuestras lágrimas; de ahí vendrá la abolición de las fronteras de las tierras y de la mente a la que, desde que el hombre es hombre, llamamos amor.

Por fin miró a Petrus y pensó: A los ciegos, la cruz; a los idiotas, la gracia.

Mientras Clara le transmitía el mensaje a Maria tocando una melodía que le pareció la transcripción exacta de sus palabras, hermosa y lírica, apacible y serena, el padre François sintió que se tambaleaba. El mundo había cambiado de apariencia. Veía su sustancia y su energía desplegadas ante él en un abanico ondulante que se deformaba y restallaba como la vela mayor de un barco. Saltaba una fuerza con la energía de un fuego fatuo, cabalgaba las corrientes y se deslizaba sobre la espuma de las líneas magnéticas por encima de abismos de vibraciones indistintas, y en el momento en que todo desapareció, creyó ver un cuadro luminoso y pensó: La tierra y el arte tienen la misma frecuencia. Cuando la tormenta amainó y él regresó al mundo tal y como lo conocía, pensó: Así percibe Maria el universo, bajo la forma de ondas y de corrientes que rigen la mutación de toda cosa; y pensó también: Un poder así debería haberla consumido, pero no tiene más que unos estigmas en el rostro.

En el paisaje del lienzo se pintaron nuevas formas. ¿Qué decir de ese prodigio en el que aparecían rosas, lirios y espinos blancos, hombres, elfos y casas abiertas al bosque? El cuadro se transformaba ante ellos en una síntesis de los dos mundos en la que había viñas y campos de té, viviendas de madera y de piedra a la orilla de silenciosos bosques, ciudades a orillas de ríos por los que se deslizaban barcas sin vela. Por doquier se sentía el sueño de Eugène Marcelot, por

doquier se sentía la armonía de las brumas; pronto surgió en la superficie del cuadro un haz de chispas en el que apareció una figura borrosa que se pintó borrando a los hombres y a los elfos.

Cubrió todo el paisaje.

—¿Eres tú quien hace todo eso? —le preguntó Sandro a Maria.

Ésta asintió.

—Pero la imagen y el sentido me los da la música de Clara —dijo.

Solon colocó en el suelo del pabellón una pequeña esfera cubierta de pieles que se asemejaba a la figura borrosa del cuadro.

—Un ancestro —murmuró Petrus.

La esfera aterciopelada se puso a girar sobre sí misma, formando un torbellino, y de ella se desprendió una primera esencia, la de una nutria seguida de una liebre, un jabalí, un oso, y así sucesivamente, y esa multitud de especies empezó a dar vueltas con todas las demás en el espacio del pabellón, infinitamente dilatado. La última esencia que apareció fue una ardilla rojiza que puso fin a la danza y se quedó ahí, latente, con sus semejantes, en una representación perfecta de la totalidad del reino animal.

—¿En eso nos vamos a convertir? —preguntó Jesús, mirando al ancestro resucitado.

El cuadro cambió de nuevo, el ancestro desapareció, y aparecieron dos siluetas, las de un campesino jovial y un hombrecillo pelirrojo y barrigudo, Eugène Marcelot y Petrus de los Bosques Oscuros. Entonces el paisaje empezó a fundirse, los perfiles de los seres y las cosas se difuminaron en un agua nueva que formaba pequeños remolinos sobre el lienzo, impactos de lágrimas invisibles que caían de un cielo de tinta negra. El paisaje se precipitó al interior y desapareció por completo, desvelando de nuevo la escena de la lamentación.

Ésta se transfiguró a su vez.

No había nada más maravilloso que ver los toques delicados que Maria le imprimía a la escena, porque su mente, por la fuerza del té gris, se había convertido en seda del pincel, modificando el relato de la vida. La música que Clara componía como eco a las palabras del padre François terminaba con una oda desgarradora, un adiós murmurado —la última mirada—, la última batalla. Lo primero en borrarse fueron los clavos de la crucifixión, seguidos de los estigmas, la corona de espinas y la sangre de la frente de Cristo, y ya sólo quedó un hombre muerto rodeado por la

aflicción de los suyos, mientras sobre los rostros aparecía sobreimpreso el paisaje de árboles y colinas inundado de espino blanco y de rosas.

Así mismo es la vida de los hombres y los elfos, ora escena de pasión, ora vasta llanura; ora batalla, ora plegaria; ora llantos, ora cielo, pensó el padre François. ¿Por qué añadir sufrimiento al sufrimiento? Hay una sola guerra, y con eso ya nos basta y nos sobra a los vivos. Y pensó también: Que el idiota triunfe, pues, sobre los locos.

El piano calló.

### *Libro de las pinturas*

Hostus dejó delante de Sandro un pincel de seda y una tinta negra sobre la que he de decirlo que tampoco estaba ahí por casualidad. Provenía de una cantera en la frontera entre las brumas y las escarpadas laderas donde se juntaba un color negro de humo en el que se ponía en abismo la vida de Sandro. El primer cuadro que le había enseñado a Pietro al llegar a Roma representaba, trazados con un solo gesto y un solo aliento, cuatro trazos hechos con tinta china. En la lengua de los elfos era el signo de la montaña, y Pietro, que sabía leerlo, estaba estupefacto de que Sandro lo hubiera concebido sin haberlo aprendido nunca. Después Sandro ya sólo había pintado cuadros que encontraba irrisorios, aunque para Roma fueran genialidades, hasta que Pietro le enseñó el lienzo flamenco, y esa incandescencia le quemó los ojos con una belleza a la que no sabía sobrevivir. Pero, antes de abandonar Roma y retirarse en Aquila, pintó un último cuadro con trazos de tinta negra sin figuras ni contornos, realizados sólo por tres toques de pastel carmín. Y todos los que habían visto el puente de las brumas lo reconocían como una evidencia.

Después renunció a pintar para siempre.

En el entarimado del pabellón, el polvo plateado se quedó inmóvil antes de desaparecer a ráfagas de minúsculas estrellas. Somos los extraviados, pensó Sandro mirando a Petrus, los errantes que buscan como ciegos un reino porque saben que son *de otro lugar* aunque sean *de aquí*. Somos los extraviados por ser de dos mundos a la vez, el que nos vio nacer y el que deseamos. Petrus nació en un universo sublime y no piensa más que en beber y en contar historias; yo vengo de una vida imperfecta en la que he vivido más de lo que he pintado, aunque aspire al absoluto silencioso de las visiones. Nosotros que conocemos el precio de la tierra y el mensaje del viento, el sabor de las raíces y la ebriedad del desarraigo, podemos ser los pioneros que tiendan las pasarelas desconocidas.

Tagore le ofreció un último vial de té gris.

—Ciruelas del jardín —murmuró tras beberlo.

Mojó la seda del pincel en la tinta.

El aire —¿o era la tierra, el cielo, el universo?— se estremeció extrañamente. Parpadearon.

El mundo era ahora en blanco y negro, salvo los seres de carne y hueso y el ancestro, que vibraba en sus múltiples avatares.

Lector, no pienses que el trazo auténtico nace en el lienzo, ocurre más allá, en la inspiración mediante la cual el pintor absorbe la totalidad de lo visible, en la espiración mediante la cual se dispone a restituirla con la punta del pincel. Cuando rozó el suelo, el pabellón tembló ligeramente. ¿Cuánto tiempo duró el gesto? Era fulgurante e infinito, concentrado y expandido, único y múltiple, pero Sandro llevaba sesenta años madurándolo, y se dibujó con una fluidez que dejó estupefactos a los miembros de la última alianza porque sobre la madera del pabellón había un solo trazo.



un solo trazo desnudo

que contenía todos los demás

un solo trazo negro en el que se veían

todos los colores y todas las formas

un solo trazo que partía del suelo del pabellón

y llegaba a la superficie del cuadro flamenco

cuyas figuras e historias absorbía

Petrus ya había visto en Katsura un trazo similar de mano del Jefe del Consejo, el cual, decían, había visto nacer el puente. Su caligrafía curva parecía una sola línea que, a su vez, figuraba todas las curvas posibles, de la misma manera que hoy no veían más que un único trazo de pincel y percibían, sin embargo, la totalidad de lo visible. ¿Por qué ilusión óptica se llevaba consigo la consistencia y la prolijidad del mundo? Mientras ese mundo recuperaba sus colores, y Maria lanzaba su mente sobre el trazo de Sandro, Petrus pensó también: Es el visionario el que le da consistencia al relato, pero necesita el poder de las pequeñas para escribir el texto.

La tinta se endureció en el suelo y, poco a poco, el trazo creció hasta atravesar las paredes de madera del pabellón, que se habían vuelto transparentes. Fuera se metamorfoseó en una estructura

gigantesca que se estiró para formar un puente resplandeciente de tinieblas, sin arco ni pilares, era una simple raya negra tendida hasta donde abarcaba la mirada.

—El nuevo puente —dijo Maria.

Las brumas que en el pasado anegaban el arco se replegaron sobre sí mismas en una última languidez llena de gracia y se deshicieron antes de fundirse lentamente. En el horizonte aparecieron las brumas de todas las provincias, que, desplegadas sobre el valle, se dirigieron a su vez hacia la nueva pasarela entre los mundos.

Cuando ya no hubo brumas, la miraron y vieron que terminaba en el vacío. Su línea pura desembocaba en una *nada* donde no se distinguían ni brumas, ni árboles ni nubes. Por debajo apareció un lago oscuro.

—Sólo he vivido para esta visión —dijo Sandro.

En la habitación, el ancestro en sus múltiples encarnaciones empezó a girar sobre sí mismo como un torbellino, y a cada vuelta una especie se reabsorbía en él al tiempo que atravesaba las paredes del pabellón y se fundía a su vez en la laca del puente. Entonces Clara tocó un cántico —un extraño cántico, libre como las nubes, peligroso como el fervor—, y sobre el cuadro, convertido ya en una simple mancha de tinta negra, surgían ahora inscripciones en la lengua de los elfos que los humanos comprendían ya: el relato flotante del inicio que presentían, el que estaba deseoso de escribirse y esperaba a que alguien quisiera continuar la obra del pintor de Ámsterdam; el relato que contaba las lágrimas del amor y los paisajes de fervor.

*En la hora postrera de amar  
Todo estará vacío, todo será maravilloso*

¿Cómo se capta el centelleo que pasa? Basta, como saben hacerlo los elfos, reducir la vida a su osamenta e inscribirla en su desnudez esencial en un último paisaje; convertir al fin ese paisaje, como saben hacerlo los hombres, en decorado del último relato: la novela de las novelas, la ficción de las ficciones.

*En la hora postrera de amar  
Todo estará vacío, todo será maravilloso*

Las inscripciones, abandonando la superficie del cuadro, atravesaron a su vez las paredes del pabellón y se fundieron en el puente de tinta. Las brumas habían vivido y dejado paso al vacío en el que circulan los seres y las cosas. De la manera en que, en el pasado, hacían el milagro de que el mundo nunca fuera visible del todo, eligiendo cubrir a veces el universo con excepción de una única rama desnuda, contrayéndose después para que se viera la mayor proporción posible de las cosas, el vacío recomponía el equilibrio de la totalidad invisible.

Deben entender lo que es ese vacío del que hablamos, porque nosotros los del Oeste estamos

acostumbrados a considerar que no es sino la nada, ausencia o falta de materia y de vida, mientras que aquel al que llamaba con sus deseos la nueva novela del mundo era una auténtica sustancia. Era el valle en el que flotan las cosas, el hálito habitado que las arrastra en el ciclo de sus mutaciones, la invisibilidad de lo visible, la imagen interior de las esencias vivas, la desnudez de las corrientes donde se precipitan los vientos del sueño; era la energía que hace girar el mundo alrededor de su eje invisible, la tangible intangibilidad del misterio de estar ahí, lo inefable hecho presencia; y pasaban sobre lo maravilloso espinos blancos y rosas en un cuadro que conservaba los anteriores aunque no dejara de abolirse. Quisiera que pudieran tocar esa belleza que no existe sino por la victoria de lo vacío sobre lo lleno, por la recomposición de los cuadros del mundo al ritmo de oleadas de borrado donde se ahoga lo que nos traba y nos mata, esa belleza que hunde sus raíces en la tierra y el cielo y no nace de la continuidad de las cosas, sino del despojamiento que revela el corazón. Sobre el cuadro pasaban los nuevos paisajes del relato que se componían y se desvanecían sucesivamente en andanadas de verdes colinas y de ríos, de valles de árboles blancos o de ramas ahogadas en la invisibilidad de las nubes. El vacío los orlaba de aire como una estola de armiño, los hacía resplandecer en su deslumbrante desnudez y los disolvía despacio antes de crear una nueva configuración de naturaleza, una nueva victoria de lo maravilloso de las visiones.

—Aquí todo es posible —pensó Petrus.

—Hemos escuchado el evangelio del idiota —dijo Maria al padre François.

—«Vacío y maravilloso.» El viejo canto de Extremadura que te recordó Luis ayer en la bodega —dijo Jesús.



—Ayer —murmuró Alejandro—. Desde entonces ha pasado una eternidad.

*En la hora postrera de amar*

*Todo estará vacío, todo será maravilloso*

Libro de los padres



→  
Uno

Es necesaria la lengua de los elfos y de los pueblos del Este de la tierra para realizar la unión de la naturaleza y del espíritu, pero es necesaria también la imaginación de los hombres para convertirla en el relato que rige todos los demás relatos.

El único trazo de pincel es la unidad mediante la cual se engendra la multiplicidad, el puente entre las especies y los universos, la matriz de todas las novelas, el descubrimiento del centelleo que pasa, la asunción de lo maravilloso, la libertad del vacío y el embrujo del mundo.

Más aún, el único trazo de pincel es la prueba de que la realidad se engendra siempre de una visión metamorfoseada en ficción. La que proponía la compañía de Nanzen era límpida: lo maravilloso nace del vacío que, a su vez, engendra la sencillez de la belleza.

Y, tras ésta, la complejidad del fervor.

# 父親

## Padres

El cuarto Libro es el Libro de los padres.

*Padres* no ha de entenderse de otra manera que la de los grandes Libros. El continente femenino es parte integral del mandato por el que aprendemos a vivir. Decimos padres como podríamos escribir madres, hermanos, hermanas o compañeros. Pero los hombres y los elfos inscriben en la paternidad, más allá del sexo y de la cultura, la realidad de las transmisiones invisibles, la evidencia de que los vivos están al cargo de los muertos y los muertos al cargo de los vivos; por ello el Libro de los padres es el depositario de los territorios, los linajes y las herencias que no pueden verse a simple vista.

Las verdaderas cárceles y los verdaderos legados son siempre invisibles, los transmiten el viento de los sueños y la respiración de los árboles.

## Epílogo (1938-2018)

Los padres acudieron a su vez en auxilio de la última alianza.

No hay hijo sin padre, vida sin mandato ni libertad sin legado. Alejandro asistió, mudo, a la transmutación del arco rojo en pasarela negra y a la aparición de los árboles muertos sobre las transparencias del camino. Su vibración era de una naturaleza similar a la del cementerio de Yepes, y encontraba en ella el destello del pasado. Los muertos de cada reino hablan entre sí, pensó, y quiso compartir ese pensamiento con la mujer a la que amaba. Cuando miró a Clara, la descubrió sombría, con la mirada grave y lejana.

—¿Qué ocurre? —le preguntó en voz baja.

—Algo no está bien —dijo ella en un murmullo—, pero no sé qué es.

Tagore les enseñó los campos de batalla de los dos mundos que terminaban de quemarse. La arcilla de fuego había consumido las armas y los cuerpos; los soldados supervivientes de Irlanda y otros lugares erraban sollozando bajo la nieve. Alejandro miró los campos de trigo de Shinnyodo, prisioneros de su sangre negra, el campo en el que orcos, arcos, espadas y muertos se habían desvanecido en la tierra convertida en llamas, y le pareció oír un rumor nuevo. El guardián le entregó un vial de té casi negro que tenía en boca un sabor familiar, y murmuró: «Jerez». El rumor que se elevaba de los campos de Shinnyodo se amplificaba, y el té gris le desvelaba su naturaleza.

¿Saben lo que es habitar la provincia de la vida y de la muerte? Es un país extraño, pero sólo son humanos quienes hablan su lengua. Tienen que dirigirse a los vivos y a los muertos como si formaran un solo ser, y Alejandro conocía ese idioma. De niño, siguiera el sendero que siguiera, lo atraían irresistiblemente las tapias del cementerio de Yepes. Allí, entre las lápidas y las cruces, se sentía en compañía de los suyos. No sabía hablarles, pero la paz del lugar hervía de palabras para él. Por lo demás, incluso cuando no significaba nada, la música de los muertos lo alcanzaba en un punto del pecho que no requería palabras para comprender. En esos momentos de gran plenitud, vislumbraba en el límite de su campo visual un destello intenso y sabía que discernía la

luz de una forma de espíritu desconocida y poderosa. Hoy en Nanzen adoptaba una forma nueva, y Alejandro comprendía el poder que le brindaba el té gris.

Miró a Maria, que asintió con la cabeza en señal de respuesta, y Clara, inspirándose en su diálogo mudo, tocó un salmo en armonía con los legados que el cielo enviaba.

### *Libro de los padres*

Los muertos de Shinnyodo fueron los primeros en renacer. Era un espectáculo fabuloso, no sólo porque el deseo de Alejandro, acompañado por la música de Clara y catalizado por el poder de Maria, resucitaba a los difuntos, sino también porque el universo se volvía atmosférico, y todos se sentían flotar en la realidad de la gran mezcla en la que se unen los vivos y los muertos. Habitamos la atmósfera, pensó Petrus, y en el mundo hecho líquido donde el presente, el pasado y el porvenir se reunían en el palmo infinito del instante, los muertos de todos los tiempos se levantaron y se unieron a los soldados del bando de la última alianza. Vieron surgir hombres, mujeres y elfos de épocas remotas, no tal y como los había sorprendido la muerte, sino en la hora de la vida en que más felices habían sido y, vestidos y adornados según los usos de su siglo, aparecían encarnados y tangibles, sin ninguna de las singularidades que la fe común atribuye a los fantasmas.

En todos los campos se vio a esa multitud o, más bien, a ese ejército de muertos, y, de la impresión, los supervivientes cayeron de rodillas. Ese ejército que no llevaba armas ni deseaba combatir recorría la nieve de las batallas sembrando en ella flores de ciruelo, decía los legados invisibles y denunciaba el sinsentido de la guerra. Sintieron también en el seno de esa multitud un soplo ligero en forma de rosa o, quizá, de copo de nieve, y oyeron, colándose en las conciencias como el agua de un río, el mensaje singular de las mujeres. Murmuraban: «Estamos con vosotros», y cada cual podía sentir el poder del linaje, su fuerza líquida y su gracia de continente salvaje. Entonces el piano de Clara calló.

Aparecieron dos hombres en el pabellón, y Alejandro abrazó a Luis Álvarez y a Miguel Ybáñez, que la gran mezcla le devolvía en las horas postreras. He dado a mis oraciones la misericordia de la poesía y he aceptado el mandato, pensó. Como recompensa de esta devoción, veo la vida de mis muertos. Y en efecto los veía, de regreso a la vida, mientras le eran reveladas las razones que otrora sellaran su suerte. Veía al asesino de Miguel, un espadachín de la misma índole que los asesinos de Yepes, reclutados todos por el traidor y enviados después a la nada de la que nadie regresa: les atribuyó como destino las brumas, según el mismo proceder conforme al cual se atribuía el destino de Nanzen o de Roma, y los desdichados desaparecieron para siempre. Ello

permitió al enemigo matar sin dejar rastro al general que podía deshacer la Confederación y a los testigos, en Cruz de Yepes, de la búsqueda del cuaderno gris.

Fuera, la totalidad de la vida hacía vibrar el nuevo puente. Por debajo crecía el nuevo lago de los tiempos. Sus orillas quedaron anegadas de aguas que se derramaron en el vacío y, al otro lado de ese vacío, llegaron a la tierra de los humanos. Las vieron extenderse alrededor del castillo de Yepes y bañar la llanura de Extremadura en una escena de una gran belleza, pues el lago, al cubrir el paisaje, cambiaba también su configuración. ¿Acaso porque las aguas negras ofrecían a la mirada una sencillez de formas de la cual surgía la sustancia de lo maravilloso, acaso porque se sentía el mundo menos *pleno* en su liquidez despojada? ¿O acaso porque dibujaban una historia sin Iglesia, una fábula para acoger el deseo de cada corazón?

La batalla llegaba a su fin.

—Hemos de partir sin saber quién vencerá, el crimen o la poesía —dijo Luis.

—Lo que empezó con un crimen termina con otro —dijo Miguel.

—Lo que advino por traición engendra traición —añadió Luis.

—Algo no está bien —murmuró de nuevo Clara.

—Algo no está bien —dijo Solon.

Sandro Centi se levantó.

Compartida por Tagore, la escena de Cruz de Yepes se modificaba.

El lago ardía.

Largas llamas rabiosas se elevaban por encima de las aguas y, a medida que se desplegaban gritando, el mundo se llenaba. Sí, el mundo se iba haciendo más pleno y más denso, hasta el punto de que uno sentía que se ahogaba a fuerza de panoramas atestados de ciudades, de casas, de fábricas y de multitudes que desfilaban por la escena con indiferencia.

Luis y Miguel desaparecieron. Sandro se tambaleó.

Se desplomó sobre el suelo del pabellón.

Corrieron hacia él y, arrodillándose, Maria y Clara le tomaron la mano.

Ardía de fiebre.

—Se muere —dijo Clara.

Gustavo, Solon y Tagore se pusieron de pie de un salto y escrutaron el universo; lanzando en la lucha todo el poder de sus mentes de gigantes, rebuscaban en el universo por la fuerza del té, recorriendo cada rincón y cada vía, buscando el germen de la traición, cada falla de fuerza y cada temblor de sueño.

«Es el visionario quien muere en los primeros tiroteos y, al caer en la nieve y verse morir, piensa en las cacerías de su infancia, cuando su abuelo le enseñaba a respetar a los corzos.»

¿Quién me dijo eso?, pensó Petrus.

Entonces se acordó.

—El escritor —dijo.

Se arrodilló junto al pintor.

—Dale la nieve —le dijo a Maria.

Ella lo miró sin comprender.

—Se muere —dijo Petrus—. Dale el consuelo de la nieve.

—No puede morir —dijo ella.

Sandro abrió los ojos.

—Pequeña, desde hace diez años estás ahí cada vez que renazco y que muero —murmuró—.

¿Cuántas veces más ocurrirá?

Con esfuerzo, añadió:

—Sólo he vivido para esta paz.

Empezó a nevar en el Pabellón de las Brumas, y pasó un soplo de aire, que llevó a los pensamientos la imagen de un corzo en la linde de un bosque nevado, seguida de la de una cascada de ciruelas transparentes en un vergel estival.

El aire volvió a quedarse inmóvil.

—Ha muerto —dijo el padre François.

La nieve caía lentamente.

Grietas doradas corrían como lagartos por el nuevo puente.

—Qué ciegos hemos sido —dijo Tagore—, el enemigo nos ha engañado desde el principio.

—«La historia no se escribe con el deseo, sino con las armas de la desesperación» —dijo Petrus—. El té gris es mortal.

¿Hay que ser clarividente o ciego para frustrar las intrigas del destino? Entre todos, Petrus presentía que lo que nos conmueve es siempre lo último que comprendemos y, ay de nosotros, en un principio sólo vemos lo no esencial, en cuyas redes se enreda nuestra esperanza, y pasamos sin verlo delante del jardín de nuestras almas. El té gris era mortal. Al aceptar que gobernara su visión, Katsura y Nanzen habían sellado su perdición. ¿Había activado Aelius su toxicidad al final, o la había inscrito desde el principio en su uso? Era demasiado tarde para la resolución de

los enigmas. El enemigo prefería su propia destrucción a la victoria de la alianza. Todos aquellos que lo habían bebido morirían hoy, enemigos y aliados mezclados en una tragedia final.

«¿Por qué nacen algunos para asumir la carga de los demás seres? Ése es nuestro reino y nuestro mandato, el ministerio que da vida a las potencias de la muerte, a su territorio y a su legado. Esa eternidad y esa responsabilidad les incumben de ahora en adelante porque hoy han bebido el té de mil años.»

—¿Quién dijo eso? —pensó Petrus.

Y entonces comprendió.

Quienes habían bebido el té de mil años sobrevivirían al veneno porque viajaban para siempre en compañía de sus muertos. Porque el pasador de las Marcas del Sur se lo había otorgado a tres elfos recién salidos de sus Bosques Oscuros, Petrus, Paulus y Marcus seguirían viviendo.

Quienes no lo habían bebido morirían.

—Hemos fracasado —dijo Solon.

—No hay profecías —dijo Petrus—, sólo esperanzas y sueños.

—Quienes han bebido el té de mil años vivirán —dijo Tagore—. Y quizá nuestras hijas, que son de ambos mundos a la vez.

En los campos de los dos mundos los resucitados habían desaparecido, y los combatientes de cada bando se consumían por un fuego invisible. Se oían los gritos de dolor cuyo clamor Tagore mantuvo un instante antes de que el espanto del espectáculo dejara paso al lago extremeño. El incendio había cesado, y un fango pardo, plaga infiltrada en las aguas negras, se desbordaba de las riberas del lago. Se extendía en el mundo por el suelo y por el aire, envenenando los campos y las nubes durante más años de los que se podrían contar. Los árboles lloraban, y oyeron un réquiem desgarrador que se elevaba de las transparencias del camino. Por fin, el follaje difunto se desvaneció despacio, hasta desaparecer por completo de la vista.

—Nuestra presencia les ha sido revelada a los hombres —dijo Solon.

—¿Cómo acabará la guerra? —preguntó Alejandro.

—Los combates se reanudarán en la tierra —dijo Maria.

—El té es pasado —dijo Solon—, ya no tenemos control sobre el curso de la historia.

—Se construirán otros campos de exterminio —dijo Tagore.

—El pabellón pervive —dijo el padre François.

—Amputado de sus brumas, de sus muertos y de su puente —contestó el guardián.

Cuando la muerte ronda, sólo hay un lago que pueda distraernos. Cada cual conoce uno en su

corazón que le viene de los favores y los sufrimientos de la infancia. Permanece en nuestro seno y se torna granito hasta que el hechizo del encuentro lo vuelve líquido de nuevo.

A la mente de Jesús volvían las imágenes del lago seco en el que habían sufrido su padre y la larga dinastía de pescadores miserables; volvían a él el sabor de la traición y el alivio redentor de las cargas; volvían las guerras que había librado como hijo y como soldado, su sinsentido y su cruz; miró a María y de nuevo vio las piedras que las brumas volvían líquidas. Al final, todo está vacío y todo es maravilloso, pensó, ¿hay que morir para comprender la desnudez sin sufrimiento? Y libre por fin el corazón de anhelos, Jesús parte dichoso a reunirse con los manes de sus padres, el gran Eugène Marcelot que amaba a su mujer como se enciende un cirio y todos aquellos que, antes que él, conocieron la paz del encuentro.

A Alejandro le volvía la imagen del lago tenebroso y en calma de Luis en el que rezan los hombres que quieren vivir y amar. He implorado toda mi vida para salvar a mis muertos, pensó, y son ellos quienes me salvan a mí a la hora de morir. Volvió a ver el cuenco en el que se contemplaba una vida de humildad y de tierra, recordó la presencia de los elfos en las brumas, miró a aquella que lo había alzado al amor y oyó el último mensaje de los que lo habían precedido. «Vacío y maravilloso», murmuró. La idea triunfa siempre sobre las armas y, mal que le pesara a Luis, la poesía sobre el crimen.

Todo relato mayor es la historia de un ser que abandona la desolación de sí mismo para abrazar el vértigo del otro y, por esta ausencia de sí mismo a la que consiente, abraza por fin el prodigio de existir. Jesús Rocamora y Alejandro de Yepes habían soltado sus lastres. Miraron a las mujeres a las que amaban.

En esa hora en que se derrumbaban los sueños, sin saber si vivirían o morirían, las jóvenes se habían transfigurado. La traslación operada en ellas por la guerra, la de la alegría y la malicia que habían pasado a Clara, se invertía de nuevo y, por una última migración de los corazones, María volvía a ser la niña que era antaño, jovial y alegre como el agua viva, derramando a su alrededor el encanto de su descaro. Pero miraba a Clara y sondeaba esa alma salvaje que, por ese vuelco, volvía a ser la pequeña italiana. Esa alma privada en tiempos de risa y de lágrimas recobraba su gravedad de antes, pero, al no poder deshacerse del rastro de la alegría que le había sido confiada un tiempo, había perdido la lobreguez y la soledad de su infancia recobrada. Así, María Faure y Clara Centi, encontrándose en el punto de equilibrio de las fraternidades, recorrieron juntas los peldaños del continente femenino y, arrulladas por la compasión del linaje, se prepararon para vivir o morir en compañía de los suyos. Todo el mundo sintió la presencia de ese gremio sellado



por una solidaridad sublimada, todo el mundo sintió la cruz de duelo y de poder de Maria desvanecerse como un sueño al despertar y la gravedad de Clara cubrirse con una pátina de plata surcada por las marcas de la felicidad.

Paulus, Marcus, Hostus y Quartus envolvieron a Sandro en una tela clara, y la compañía salió del pabellón.

—Los muertos nunca nos abandonan —dijo Petrus, caminando al lado de Alejandro—. El segundo santuario era el corazón de este mundo, ojalá lo hubiera comprendido antes.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó Alejandro.

—Ustedes también habrían bebido el té de mil años —contestó.

—Si bebieron el té de mil años, es porque eran dignos de ello —dijo Alejandro.

—El destino no conoce la dignidad —dijo Petrus—, pero me corresponde estar al cargo del desenlace de la historia, como todos aquellos que se quedan para contemplar el declive de sus mundos y la muerte de sus amigos.

—De todos nosotros, es usted el aristócrata —dijo Alejandro.

Llegaron a las orillas del lago. El fango pardo, que enturbiaba las aguas al otro lado del puente, alteraba allí la superficie con remolinos en forma de caligrafías hostiles. El puente negro empezó a fisurarse de un modo extraño: las grietas se convertían en brechas que se tragaban a sí mismas y creaban una nada allí donde antes vivían las brumas. Entonces pareció que ese vacío producía una nueva sustancia, espesa y atestada, donde se veían grandes metrópolis y edificios entre la niebla; una niebla amarilla y sucia que se pegaba a las cosas y a los seres, mientras el cielo se abría y dejaba pasar unos rayos malsanos.

—La nada no es el vacío —dijo Solon—. Del vacío surge el sueño, de la nada procede el pleno que nos ahoga y nos mata.

—¿Cómo hemos podido perder esta guerra? —preguntó Tagore.

—El primer crimen nunca es el primero —dijo el padre François.

—El mundo no está preparado para la ficción de las ficciones —dijo Petrus.

—Sin embargo, es un hermoso sueño —dijo el padre François—. Un relato sin capilla, una historia sin Iglesia.

—¿Quién quiere inventar su destino cuando otros pueden elegirlo por uno? —preguntó Petrus.

Y de repente era hora de despedirse, como ocurre siempre demasiado pronto y no hay manera de prepararse para ello, porque si es difícil vivir bien, más difícil todavía es morir bien. Estamos en otoño, en noviembre, el mes más hermoso porque todo se desvanece en él con belleza y muere en

él con gracia, y ese desgarró que exige que todo perezca dejando tras de sí el fervor de un resplandor efímero es precisamente lo que llamamos amor. En esas horas en las que todo decae se conoce el último Libro, el más valioso de todos, el único importante para la vida de los vivos y los muertos. No puedo describir con precisión lo que había en el corazón de quienes iban a morir, pero han de saber que en el rostro de la pequeña francesa, que era también una pequeña española, había antes venillas oscuras de las que ya no quedaba ni rastro, lo cual Petrus comentó, mascullando algo que sólo el padre François oyó: «En la hora postrera de amar».

El elfo se sacó del hatillo una botella polvorienta.

—Ésta me escogió a mí —dijo.

En la etiqueta carcomida por la humedad podía leerse:

*1918 – Petrus – Gran Vino*

Huelga decir que, en el momento en que todos bebieron el último vino de ese último día en las copas de cristal milagrosamente conservadas en el hatillo del idiota, aparecieron figuras extrañas en la superficie de las aguas maléficas.

Malas hierbas en el lago.

*fin de los cuatro libros del tiempo presente*

# 景觀

## Paisajes

Ha habido en este relato dos paisajes importantes: la bodega de Yepes por un lado, y, por otro, las tierras ásperas y poéticas de Borgoña, de los Abruzos, del Aubrac, de Irlanda y de Extremadura.

Si la bodega atraía a los peregrinos viñadores y hacía surgir fantasmas, es porque la viña y los muertos participan ambos del gran relato del mundo, y, para ello, ¿qué mejor metáfora que los viajeros que llevan el elixir de las fábulas al laboratorio de la novela?

Por último, si todos los protagonistas de esta historia crecieron en comarcas de soledad y de espíritu es porque todo nace de la tierra y del cielo, y todo se descompone por el olvido de esa poesía innata, como en tiempos lo aprendió Alejandro de Yepes de Luis Álvarez.

«Mantendré siempre» era el lema de las brumas y del castillo de Yepes. ¿Qué hacer en esta vida sino mantener la magia de un relato de fantasmas y de rosas?

# 小説

## Novela

«Cuando no es sueño, la novela es falacia», escribirá un escritor que quizá Petrus conozca algún día.

Los espíritus del mundo no son diferentes de los de la novela. Por consiguiente, aquel o aquella que sostiene la pluma tiene, bajo la tinta, la totalidad de lo que ha sido y será. Si el primer elfo que cruzó el puente de las brumas fue a Cruz de Yepes, es porque quiso ir al límite de lo real, al corazón del feudo extraño donde se abolen las fronteras de las tierras y el espíritu. Y si el primer elfo que optó por una vida humana fue él también a la tierra poética de Extremadura, es porque mi pluma así lo decidió, y mi sueño, y la totalidad del universo al que dan voz los que son como yo.

En última instancia he puesto también fantasmas y vino, porque todo hombre es heredero de una historia que ha de hacer suya a su vez, algo a lo que, como todo el mundo sabe, contribuye la magnanimidad de un buen caldo de crianza.

# 暗い森

## El apocalipsis según Petrus

Por su ceguera, el idiota es aquel que ve hasta bien lejos: por el corazón conoce los espacios y los tiempos; por la mente, los estratos y los aluviones de lo real. Por él están todos reunidos aquí, porque es el servidor de los relatos y porque yo lo he decidido así.

Petrus conocía el poder de la esperanza y la inexorabilidad de la caída, la grandeza de la resistencia y la eternidad de la guerra, la fuerza del sueño y la perennidad de las batallas. En resumen, sabía que la vida no es sino lo que ocurre en los intersticios del desastre. No hay amigos mejores que los desesperados, soldados más valientes que los que defienden el sueño, ni caballeros de lo prodigioso más valerosos que los incrédulos y bebedores ante el apocalipsis.

De ello dan fe las palabras que pronuncia al final, en el momento en que todos estaban ante las aguas negras y los hombres y los elfos que no habían conocido el té de mil años morían en brazos de aquellos a los que amaban.

«Hemos perdido la batalla, pero el tiempo no se detiene en esta derrota. Por ello estoy abocado a continuar la novela de este extraño país de guerra y de sueño al que llamamos la vida de los humanos y los elfos.»

## Cronología

4000000 a. C. Surgimiento del Pabellón de las Brumas.

100000 a. C. Primer debilitamiento de las brumas.

20000 a. C. Surgimiento del primer puente de Nanzen.

Primera regeneración de las brumas.

1400 Principio del segundo debilitamiento de las brumas.

1501 Primer paso definitivo de un elfo al mundo humano.

Principio de dos siglos de regeneración de las brumas.

1710 Un elfo liebre de Katsura (Gustavo Acciavatti para los humanos) es elegido consejero de la cámara alta.

1750 Principio del tercer debilitamiento de las brumas.

1770 Un elfo liebre de Ryoan (el futuro Aelius) se convierte en jefe de los jardineros del Consejo.

1800 Llegada de Petrus a Katsura.

Gustavo es elegido Jefe del Consejo, un elfo jabalí de Katsura (Tagore para los humanos) es nombrado Guardián del Pabellón.

1865-1867 Guerra franco-alemana.

1870 El sobrino de Aelius encuentra el cuadro y el cuaderno gris en Ámsterdam.

Roberto Volpe lo mata.

Nacimiento de Pietro Volpe.

Petrus descubre la profecía: nacimiento de la idea de alianza.

Petrus se convierte en el emisario del Consejo en el mundo humano.

1880 Nacimiento de Leonora Volpe.

1900 Muerte de Roberto Volpe.

Gustavo se casa con Leonora.

Un elfo liebre de Inari (Solon para los humanos) es elegido Jefe del Consejo. Tagore sigue siendo Guardián del Pabellón.

1908 Nacimiento de Alejandro de Yepes y de Jesús Rocamora.

Un elfo jabalí de Ryoan (Raffaele Santangelo para los humanos) entra al servicio del jefe del jardín.

1910-1913 Primera Guerra Mundial en el mundo humano.

1918 Nacimiento de Maria y Clara (principio de *La vida de los elfos*).

Aelius conoce el contenido del cuaderno gris.

1922 Aelius construye el pabellón y el puente de Ryoan.

1926 Raffaele Santangelo es elegido gobernador de Roma.

1928 Clara llega a Roma.

1931 Primera batalla en los campos de Borgoña (fin de *La vida de los elfos*).

Principio de la guerra interélfica.

1932 Primer año de la Segunda Guerra Mundial en el mundo humano.

1938 Sexto año de la guerra

Petrus encuentra el cuaderno gris.

Última batalla de la era de las brumas.

Agradecimientos y gratitud a Jean-Baptiste Del Amo y Édith Ousset.  
Gracias también a Shigenori Shibata.

En memoria de Meziane Yaici y de Sayoko Tsutsumi.



## Notas

1. En español en el original. (*N. de la t.*)

1. En español en el original. (*N. de la t.*)

1. Se pronuncia «Hie».

2. Se pronuncia «Hanasé».

1. Aquí comienza la historia contada en *La vida de los elfos*, que abarca el periodo comprendido entre 1918 y 1931.

2. *en ti están todos los sueños y caminas sobre un cielo / de nieve bajo la tierra helada de febrero.*

Éste es el relato que forma Clara espontáneamente en su composición, que le viene del corazón de Maria y de su propio poder poético.

3. *la liebre y el jabalí velan por vosotros cuando camináis bajo los árboles / vuestros padres atraviesan el puente para abrazaros cuando dormís.*

Poema escrito por Tagore en el margen de una partitura de Teresa y descubierto en Roma por Clara. Esta lectura le abre la vía de la visión de María. Después Solon envía el poema a Borgoña.



4. Aquí termina la historia contada en *La vida de los elfos*.

*Un país extraño*  
Muriel Barbery

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Un étrange pays*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, © Claudia Tremblay, ETSY

© Éditions Gallimard, 2019

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

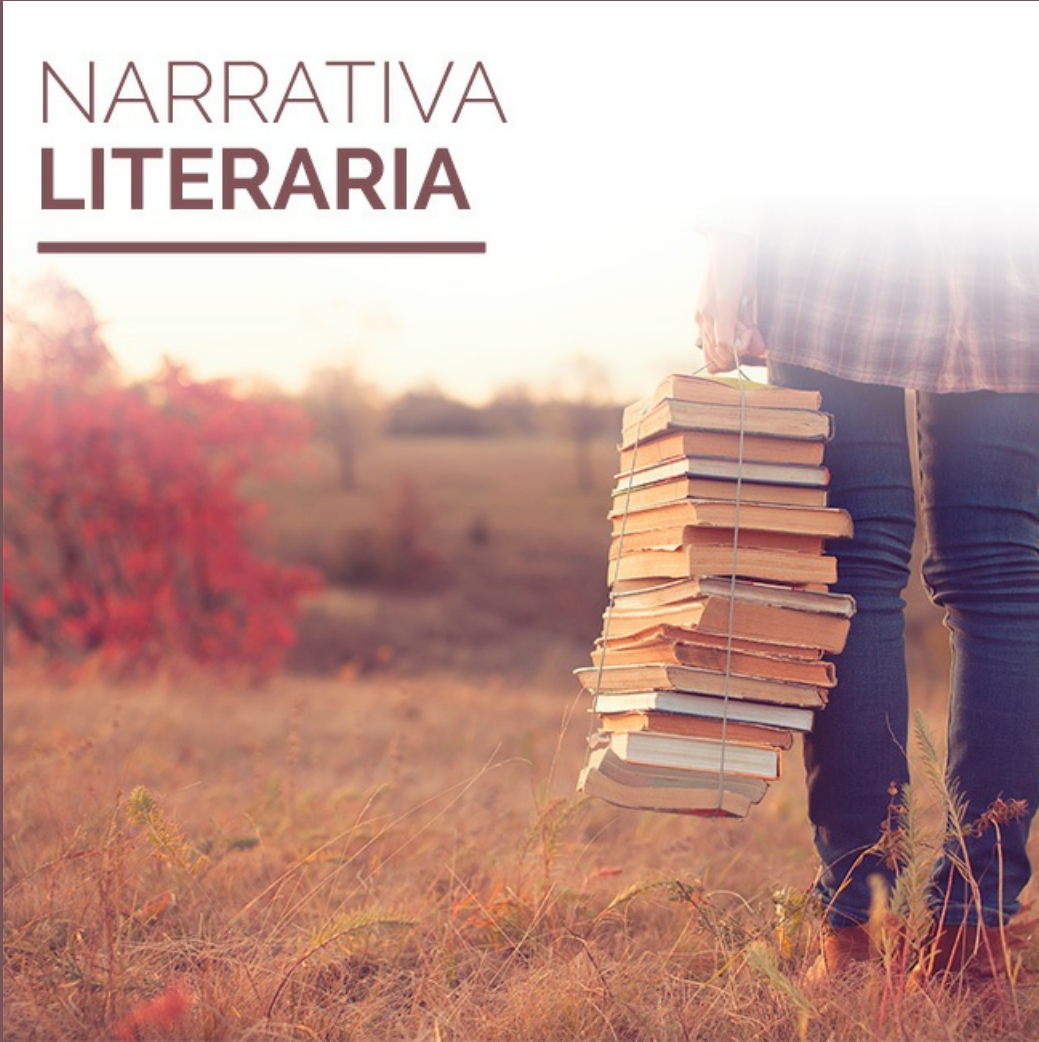
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3590-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

**Muriel Barbery**

Un país extraño

